



ALFREDO BARNECHEA

Perú, país de metal
y de melancolía



Memorias de una educación política



TIERRA FIRME



Alfredo Barnechea (Perú, 1952) estudió en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y es Máster en Administración Pública por la Universidad de Harvard.

Es autor de *La república embrujada* (1995), *Peregrinos de la lengua. Confesiones de los grandes autores latinoamericanos* (1997), *La mayoría de uno* (2000), *Para salir del laberinto. Del neoliberalismo a la nueva socialdemocracia* (2001), y *El edén imperfecto. Sudamérica a principios de milenio*. (2005).

TIERRA FIRME

PERÚ, PAÍS DE METAL
Y DE MELANCOLÍA

Perú, país de metal
y de melancolía

Memorias de una educación política



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ALFREDO BARNECHEA

Perú, país de metal y de melancolía

Memorias de una educación política



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición FCE Perú, 2011

Primera edición FCE España, 2011

Barnechea, Alfredo

Perú, país de metal y de y de melancolía. Memorias de una educación política / Alfredo Barnechea. – Madrid : FCE, 2011
319 p. : ilus. ; 22 x 14 cm – (Colec. Tierra Firme)
Incluye: índice onomástico
ISBN 978-84-375-0656-2

1. Vargas Llosa, Mario – Entrevistas 2. Barnechea, Alfredo –
Entrevistas 3. Perú - Historia – Siglo XX I. Ser. II. t.

LC PQ8498.32

Dewey Pe864 B133p

© 2011, Alfredo Barnechea

© 2011, Fondo de Cultura Económica

© 2011, Fondo de Cultura Económica de España, S.L.

Vía de los Poblados, 17 - 4.º - 15. 28035 Madrid

editor@fondodeculturaeconomica.es

www.fondodeculturaeconomica.es

© 2011, Fondo de Cultura Económica del Perú S.A.

Berlín, 238; Miraflores, Lima 18.

© 2011, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho - Ajusco, 227, C.P. 14200 México D.F.

www.fceperu.com.pe

www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de portada: Víctor Escalante

Corrección: Víctor Rojas

ISBN 978-84-375-0656-2

Depósito legal: M-20457-2011

Impreso y encuadernado en Safekat, S.L.

www.safekat.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido el diseño tipográfico y de portada- sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

Impreso en España

*A Cayetano, Belén e Iñigo,
para que comprendan el último
medio siglo de su patria,*

*y por supuesto a su mamá, Claudia,
la mujer de nuestras vidas*

*¡Oh pequeña morena de delgada cintura!
¡Oh Perú de metal y de melancolía!
¡Oh España! ¡Oh luna muerta sobre la piedra dura!*

FEDERICO GARCÍA LORCA

They were not men; they were battlefields.

REBECCA WEST

Índice

Prólogo	15
I. EN EL PRINCIPIO SIEMPRE FUE EL VERBO	
La provincia	21
Una memoria del 68	27
1971. El Caso Padilla	33
Tres días con Fidel Castro	39
1972. Corpus Barga	49
Szyszlo, “el joven que quería ser Picasso”	55
1973. La muerte de Allende	59
II. LA EXPERIENCIA MILITAR	
Carlos Delgado y la sombra del militarismo	65
III. LOS MARXISTAS DE INDIAS	
Por qué no fui marxista	83
El renegado Ravines	87
Los trotskistas de Indias	97
La costa de Utopía	101
IV. HAYA DE LA TORRE, EL PROFETA DESTERRADO	
Retrato de Haya de la Torre	109
El encuentro entre Haya de la Torre y Mario Vargas Llosa	115
Con Haya, en la cumbre socialdemócrata de Caracas	121
La muerte de Haya	125
Las etapas en la vida de Haya	131
V. ESLABONES	
Octavio Paz	153
La transición española	163
El otro populismo: Fernando Belaúnde Terry	167

VI. BIOGRAFÍA INTELECTUAL DE UNA GENERACIÓN	
El sartrecillo valiente	185
Nostalgia de Albert Camus	193
Vargas Llosa: de Camus y Bataille al liberalismo	197
VII. 1983. UCHURACCAY. EL ENCUENTRO CON EL MUNDO DE ARGUEDAS	
La guerra del fin del mundo	203
Uchuraccay y Arguedas	207
Los mundos de Arguedas y Vargas Llosa	209
La utopía arcaica	215
La polémica sobre Uchuraccay	221
VIII. 1990. LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE VARGAS LLOSA	
Alan García	227
La campaña contra la estatización de la banca	233
El Frente Democrático	237
Un paréntesis en Praga	241
Las elecciones	243
En Boston, después de la derrota	251
Una noche en Frankfurt. Vargas Llosa y Semprún	255
IX. EL FUJIMORATO	
El embrujo colombiano	263
Harvard	267
Andrés Pastrana y el Plan Colombia	273
El golpe del 5 de abril de 1992	281
Pérez de Cuéllar después de Naciones Unidas	285
La campaña electoral de Pérez de Cuéllar contra Fujimori	289
¿Qué fue el Fujimorato?	293
EPÍLOGO	
El país que llegó	301
Índice onomástico	309

Prólogo

Este libro comenzó alrededor de un escritor: Mario Vargas Llosa.

Toda su obra –incluso *La guerra del fin del mundo*, ambientada en Brasil, o *La fiesta del chivo*, en el Caribe– es inseparable del Perú, pues ha sido siempre inspirada por sus paisajes, sus razas, sus gentes, sus demonios.

Los libros de Mario Vargas Llosa brotaron siempre como una reacción a experiencias peruanas: primero a las experiencias más inmediatas, de su familia o su escuela, y luego, más en general, a los eventos y dramas que transformaron y a veces, ha que decirlo, azotaron a los peruanos.

Si alguien quiere entender el Perú, ¿qué mejor que las novelas, cuentos, ensayos y conferencias de Mario Vargas Llosa?

Así, ¿por qué alguien cuya obra expresó tan profundamente la naturaleza del Perú fracasó cuando quiso gobernarlo?

Este libro comenzó tratando de responder a esta pregunta.

La obra de Vargas Llosa está intensamente mezclada con la política. Quizá su punto más alto, donde la literatura latinoamericana llegó a unos niveles narrativos que no había alcanzado antes, *Conversación en La Catedral*, es una meditación sobre el poder, sobre sus mecanismos secretos y el efecto que causa en la moral de las sociedades y el destino de los individuos.

Acaso no sea casual que esa sofisticada exploración narrativa, con su yuxtaposición de innumerables puntos de vista y su pirámide casi infinita de diálogos, sea una novela política. Hablando de Víctor Serge, Susan Sontag dijo que la novela como un gran lienzo, la narrativa de múltiples voces, es “la forma preferida de un escritor con una poderosa conciencia política”.

Puesto que la intersección de esa obra y la política es tan delgada, pensé que debía intentarse no un ensayo literario, de los que existen muchos y brillantes, sino una suerte de biografía política.

Al fin y al cabo, Vargas Llosa no es solamente un narrador, un técnico de la ficción, sino un intelectual de primer orden, un hombre habitado y definido por el debate de las ideas. Lo más alejado de alguien como Fitzgerald, según lo vio Edmund Wilson: "Le ha sido dada la imaginación sin control intelectual de ella; el deseo de la belleza sin un ideal estético; un don para la expresión sin muchas ideas que expresar".

Vargas Llosa es lo más cercano que tenemos hoy en América Latina al *maître-à-penser*, como lo fue Sartre, o al "pensador público", como lo fue su otro ídolo, Víctor Hugo. Pero no ha sido sólo el escritor-pensador público, sino también el escritor-combatiente. Se ha dicho mucho, comenzando por el propio Vargas Llosa, que su modelo original fue Jean-Paul Sartre. Pero el modelo secreto de Vargas Llosa no fue Sartre. La vida que Vargas Llosa hubiera querido tener es la de Malraux: el hombre universal, el ensayista, el creador de ficciones inmortales, el guerrero, el aventurero. De haber nacido un poco antes, Curzio Malaparte habría sido de pronto otro de sus modelos.

Como todas las cosas latinoamericanas, este propósito de biografía política se complicó rápidamente. Me di cuenta de que su trayecto no sólo se conectaba con los grandes temas de su época, sino que se cruzaba con otras grandes figuras, de las que tenía que hablar.

Yo tuve la fortuna de conocer íntimamente a casi todas las grandes figuras peruanas de los últimos cuarenta años, y, en varios casos, a algunas latinoamericanas. Me di cuenta de que cada una de ellas era como el emblema de un gran tema que había cautivado o dividido a los latinoamericanos. Habían sido "campos de batalla" en sí mismos.

Muy joven, tuve el privilegio de caer en un círculo donde Mario Vargas Llosa era el centro. No era todavía la estrella mundial de la cultura que es ahora, pero era ya la estrella pe-

ruana indiscutible. Esas tertulias fueron mi inolvidable “educación sentimental”.

Conocí a Mario en 1971. Él tenía treinta y cinco años. Ahora tiene setenta y cuatro. Lo conozco, por tanto, más de la mitad de su vida. Yo tenía entonces diecinueve años –ni siquiera veinte, la edad que Paul Nizan detestaba–, de modo que su figura ha influido sobre dos terceras partes de la mía.

¿Cómo analizar este trayecto? ¿Cómo contar esta historia? “Existe un género adecuado para cada clase de experiencia”, dice Naipaul.

“Yo”. Harvey Mansfield nos insistía, en su seminario de Harvard sobre Maquiavelo, en que los comentarios a las *Décadas de Tito Livio* comienzan con esa palabra. ¿Debía contar esta historia como una memoria?

Mitad autobiografía y mitad ensayo, este libro es un intento de entender cuarenta años de pasiones políticas latinoamericanas, según como las vi, en mi trato con estas figuras que recuerdo. A pesar del uso de la primera persona del singular, no es sobre mí. Max Aub lo dijo inmejorablemente: “Veo lo que vi, sin verme”.

Es, por supuesto, un intento de entenderme. ¿Qué eventos me formaron? ¿Qué figuras influyeron sobre mí? ¿Qué cosas me hicieron el latinoamericano que soy? Porque mi experiencia me ha enseñado que cuando uno vive fuera de su país, descubre que uno es eso que se llama un latinoamericano, algo distinto a un norteamericano, y, para el caso, a un español, ahora el segundo pasaporte de Vargas Llosa. Sentía que las experiencias de un peruano de mi generación tenían inevitablemente ecos y resonancias en cualquier otro latinoamericano al que le interesaran las mismas cosas.

Nabokov dijo de *Lolita*: “Es una novela sobre fantasmas”. Este libro es también sobre fantasmas, pero fantasmas de carne y hueso. Ya he dicho que tuve la suerte de conocer gente extraordinaria. Este libro es también un tributo.

I

En el principio siempre
fue el verbo

La provincia

Provinciano.

Esto es algo que creo me define.

Qué significa exactamente, ya es más difícil de decir. No estar en el centro, tal vez. O no saber dónde está el centro. O acaso estar siempre en dos partes al mismo tiempo —que es como una descripción de la neurosis.

O quizá sea tener, o creer tener, un punto de vista más rico, más plural, que combina una mirada marginal con, paradójicamente, un cierto sentido de superioridad.

Bernard Baylyn ha escrito que los *Founding Fathers* de la revolución norteamericana —la única de las revoluciones modernas que no pasó bajo el arco resplandeciente pero sombrío del Terror— hicieron lo que hicieron precisamente porque eran provincianos, y porque se hacían las preguntas fundamentales que ya no se hacían en las cortes europeas.

Quizá percibirse como provinciano signifique aún sentir que uno vive en territorios de No-Historia, donde la historia, con mayúsculas o minúsculas, no ocurre, u ocurre como un eco.

Pero en mi caso hablar de territorios sin historia sería completamente injusto, porque el lugar donde nací, y donde transcurrieron mis primeros y definitivos quince años, estaba rodeado de “Historia”. Sólo que esa historia estaba enterrada. Era “naturaleza”.

En el desierto, alrededor de la ciudad y de los pequeños poblados, yacían los textiles y las cerámicas de dos de las más grandes civilizaciones precolombinas: la Nazca y la Paracas.

Cuando leí por primera vez a Camus, además de los grandes temas ideológicos que habían atormentado al siglo XX, reconocí instantáneamente la voz de la provincia.

Argelia podía ser parte de la historia de larga duración del Mediterráneo, el gran *Mare Nostrum*, pero lo que veía ante todo Camus, y haría ver a Mersault en *L'Etranger*, era sol, naturaleza, aquella que lo acompañaría y sostendría el resto de su vida. En *Noces* dijo: “A través del invierno, he descubierto que hay en mí un invencible verano”.

Ica, la ciudad donde nací, en 1952, había sido fundada en 1563 por Jerónimo de Cabrera, quien también fundó Córdoba, en Argentina. Como todas las ciudades de la conquista, tomó un nombre español, Villa de Valverde, que yo atribuía en mi infancia al monje que acompañó a Pizarro en la captura de Atahualpa. Más tarde descubrí que era una posesión española del virrey que la fundó, el Conde de Nieva. Y como todas las fundaciones españolas del Perú, con la excepción de Trujillo, que guardó para siempre su nombre extremeño, también Ica recuperó muy pronto su toponimia nativa.

¿Qué significa? Un sabio de la región, Sebastián Barranca, dijo que significaba río, o laguna, o pozo.

Agua, siempre el agua, como en las civilizaciones árabes.

A principios del siglo XX, pasó por mi pueblo José de la Riva-Agüero, Marqués de Aulestia y Marqués de Casa Dávila, historiador y noble limeño. Ica le recordó precisamente “noches de Arabia”. Riva-Agüero no era provinciano sino el epítome del mundo limeño, del centro —si centro podía ser Lima, esa capital de virreinato anclada en un remoto confín del Pacífico.

Mi región era uno de los oasis, o milagros, de la costa peruana, creados por los ríos que descienden de los Andes. Un producto del intercambio constante entre los Andes y la Costa, el diálogo inmemorial que forma la civilización peruana.

Uno de los acontecimientos anuales de mi infancia era lo que yo oía como “la avenida”, que era en realidad algo mucho menos urbano: la llegada de las aguas, que cada cierto número de años arrasaban con todo, cuando se presentaba

el fenómeno del Niño, pero la mayoría de las veces eran esperadas con ansiedad por los agricultores.

En 1600, un anónimo judío portugués, espía de los holandeses, recorrió las posesiones sudamericanas españolas desde Buenos Aires. Ahora sabemos que se llamaba Pedro León de Portocarrero. De todas las ciudades que recorrió, Ica le pareció la más encantadora.

No estoy muy seguro de que, durante mi infancia, mi ciudad hubiera cambiado mucho desde la visita del espía holandés.

La Plaza de Armas, de ficus enormes, tenía todavía la bucólica quietud de antaño. En ella, en el siglo XIX, había toreado el gran matador mulato Ángel Valdez, un oriundo de Palpa, y los domingos se oían las retretas de todos los pueblos de provincia.

Aunque Abraham Valdelomar escribió lo que sigue para las playas de Pisco, también sirve para Ica, la ciudad donde nació:

*Mi infancia, que fue dulce, serena, triste y sola,
se deslizó en la paz de una aldea lejana,
entre el manso rumor con que muere una ola
y el tañer doloroso de una vieja campana.*

*Dábame el mar la nota de su melancolía;
el cielo, la serena quietud de su belleza;
los besos de mi madre, una dulce alegría,
y la muerte del sol una vaga tristeza.*

*En la mañana albórea, al despertar el día,
trátanme los aires como una melodía,
el aliento fresco, perfumado del mar,*

*y lo que él me dijera, aún en mi alma persiste;
mi padre era callado y mi madre era triste,
y la alegría nadie me la supo enseñar.*

El sistema de haciendas regía la organización económica de la región. El algodón ya no era el “oro blanco” de la inmediata postguerra, pero el valle seguía girando en torno a su cultivo. Un antropólogo norteamericano, Eugene Hammel, que había querido ir a Yugoslavia a hacer trabajo de campo, no obtuvo visa para ir allá, y se encontró un día haciéndolo en Ica. Al llegar, compró un viejo Ford-T y se hizo amigo de mi padre. En su memoria de campo estableció que había tres categorías de propietarios: los grandes, generalmente ausentes, pues vivían en Lima; los propietarios más locales, una suerte de *gentry*; y los pequeños propietarios.

¿En qué se parecía Ica a la Piura donde creció Mario Vargas Llosa y que forma el telón de fondo de *La Casa Verde*? La ciudad norteña tenía barrios crueles como la Manganchería, que Ica no tenía. Pero ésta tenía, sí, barrios de brujos.

Luego están los valles. El río Chira abre el de Piura, un valle de grandes latifundios, mucho más grande que el de Ica. Ica tiene poca sierra, a diferencia de las vastas extensiones piuranas de Huancabamba y Ayabaca. Piura tenía además petróleo, en los campos de La Brea y Pariñas. De allí, de Talara, nacieron las primeras tradiciones socialistas, con letrados como Luciano Castillo. En su lugar, Ica era una región con mucho aprismo, desafiado en mi infancia con éxito por el belaundismo, que competía con aquél de igual a igual por todas las alcaldías del departamento. La izquierda era marginal, un subproducto de la creación, en 1961, de una universidad nacional.

En esa ciudad más bien tradicional, hice toda mi educación primaria y secundaria, en un colegio “de curas”. ¿Cómo habría sido mi infancia si hubiera venido al “centro”, a Lima, y hubiera estudiado en la Inmaculada, el colegio jesuita de mi padre, o en la Recoleta, el colegio francés de mi abuelo y mis tíos maternos? ¿Habría sido más, o menos, “peruana” mi educación?

San Vicente de Paúl, que le daba el nombre a mi colegio, había sido un sacerdote francés dedicado a la caridad,

muerto en 1660 a los ochenta años, después de haber llegado a Limosnero Real de Luis XIII.

Los curas paulistas de mi infancia habían sido reclutados en las pequeñas aldeas rurales de la España de la guerra civil y su inmediata postguerra. ¿Cuántos tenían verdadera vocación y cuántos solamente huyeron de la hambruna, en ese régimen que Agustín de Foxá llamó graciosamente “nacional-seminarismo”? Ahora que recuerdo sus nombres, me impresiona la gran cantidad de apellidos vascos, y entiendo por qué eran curas carlistas.

Después de haber frecuentado tantas veces el País Vasco, una de las referencias de mi identidad mestiza, y de estar por ello familiarizado con la tragedia de su nacionalismo, pienso en esos curas de mi infancia, fanáticos unos del Atlético de Bilbao y otros de la Real Sociedad de San Sebastián, a la vez que lectores ansiosos de las ediciones del *ABC* que les llegaban irregularmente, y reconozco lo españoles que eran, o españolistas si se quiere.

De ellos viene tal vez mi hispanofilia. En *Anglomania*, Ian Buruma hizo la crónica de la larga historia de amor, y a veces de odio, por Inglaterra, de gente como Voltaire y Goethe. Tom Burns Marañón hizo lo mismo para la *Hispanomania*. Sabemos que el país primordial de ésta ha sido su histórico rival, Francia. No sólo la pintura de Manet y la de los impresionistas bebió ardientemente de Velásquez o Goya, sino que la corte de Luis XIV, la corte *par excellence*, copió muchas cosas de la española.

Mi pasión por España debería ser menos extraña. Al fin y al cabo, España nos hizo, tanto o más que la huella nativa. Pero, ¿por qué digo “debería ser”?

Todas las naciones, dijo Benedict Anderson en un libro que se ha hecho célebre, son “comunidades imaginadas”. La de la nación peruana se apoya en el Incanato. Cuando hace unos años se hizo una encuesta sobre quién era el peruano del Milenio, no figuraba por ningún lado Francisco Pizarro, cuyas acciones fueron, qué duda cabe, los grandes eventos

formadores de la peruanidad. ¿Era por ser extranjero, *no nacido* en el Perú? En la lista figuraban, sin embargo, varios extranjeros, como el naturalista Antonio Raimondi o la arqueóloga María Reiche. Era el voto de esa comunidad imaginada, transversal a todas las clases sociales, en contra de Pizarro.

A diferencia del Cusco, rodeado de ruinas incaicas y en el que, en algunas familias, late aún sangre de los linajes incaicos, en Ica el Incanato no se sentía físicamente. Podía sentirse Paracas, o Nazca. El cura cajamarquino de mi pueblo, del que las malas lenguas decían que tenía una mujer en cada lugar en el que oficiaba misa, era un apasionado estudioso de sus cerámicas, de sus huacos. Pero los curas de mi colegio habían saltado de los caseríos españoles al desierto precolombino del Perú.

El evento político formador de mi infancia tuvo que ver también con el desierto, en cierto sentido. Pero había ocurrido más de medio siglo antes.

Nicolás de Piérola había partido de Iquique, en una frágil embarcación que hacía agua, para comenzar la gran revolución democrática de 1895. Había arribado por casualidad, luego de naufragar, a Punta Caballa, entre las desembocaduras del río Ica y el río Grande, es decir, al desierto.

Lo acompañaban dos lugartenientes, uno de ellos mi bisabuelo Bustamante. En mi casa había una reproducción del cuadro de Lepiani— conservado hoy en el Museo Histórico del Perú— de la entrada de Piérola y sus tropas por Cocharcas. Es el acontecimiento-pantalla, dirían algunos psicoanalistas, de mi imaginación política. Nací en una familia donde la palabra Piérola era una oración. Todos mis resortes más íntimos se activan, mis emociones se disparan, cuando escucho la palabra Piérola, el único jefe político que yo he tenido nunca, aunque muriera treinta y nueve años antes de que yo naciera. Para mí, siempre es Cocharcas, 17 de marzo, 1895, cinco de la mañana.

Una memoria del 68

Aunque yo venía con mucha frecuencia a Lima, incluso por largas temporadas, con mis padres o solo, a casa de mi abuelo, mi mundo cambió por completo en 1968: ese año entré a la Universidad Católica.

¿Cómo era el ambiente de la Católica? Lo recuerdo como un espléndido hervidero de cultura: profesores por lo general de magnífico nivel, discusiones de libros, controversia de ideas. Me recuerda lo que Harold Bloom dijo que eran, o debían ser, los cuatros años de *college*: “cuatro años de libertad”.

Existía, aún poderosa, una facción hispanista, agrupada alrededor del Instituto Riva-Agüero, y que uno identificaba con la derecha de la universidad. La izquierda no era todavía lo que sería más tarde, pero sus textos ya habían penetrado los claustros. Ese año, súbitamente, habían cambiado las lecturas y la sociología se había entrometido. Pero todavía la educación era clásica: se leían los *Diálogos* de Platón, *La ciudad antigua* de Foustel de Coulanges, Toynbee. Entre los “cachimbos”, que es como se les llama en el Perú a los equivalentes de los *freshmen* en Estados Unidos, estaba de moda Hermann Hesse. Ese primer año, *Marat/Sade* fue la sensación teatral; la revista de la Universidad de Ingeniería, *Amaru*, dirigida por Emilio Adolfo Westphalen, era una verdadera joya; los cineclubs mostraban la *Nouvelle vague* y a Fellini.

La Católica quedaba todavía en el centro de Lima, no lejos del poder: Palacio de Gobierno, el Congreso, la Catedral. La Católica era parte de ese entramado. Su local central era la vieja casona familiar de José de la Riva-Agüero y Osma, sobre quien Julio Ramón Ribeyro había ironizado en *Los*

geniecillos dominicales: “Un santo que murió en olor de santidad, de prostatitis”, y que había legado esa casa y toda su riqueza a la Universidad. Pero Riva-Agüero no murió de prostatitis sino de un ataque cerebral, en la madrugada, después de una cena al parecer pantagruélica. Su legado permitía un centro de cultura que, en esa época, no desentonaba con casi ninguna universidad del mundo. Cuando llegué a Harvard, por ejemplo, confirmé que mi universidad original había sido sólida y universal.

Ahora que miro a la generación de mis hijos, ajena por completo a los periódicos, veo que la mía fue una generación de papeles. Y también una generación inoculada de política. A nadie se le ocurría definirse como “pragmático”, por ejemplo. Se era izquierdista o derechista, hispanófilo o indigenista, revolucionario o conservador, pero un cuchillo de ideas dividía las aguas.

Todos los años, el Cardenal primado de la Iglesia peruana organizaba una cena de gala a la que asistían donantes ricos. Ese año de 1968, los estudiantes de la Católica hicieron una marcha sorpresa de protesta. La policía no supo cómo reaccionar, y corrieron balas y hubo algunos prisioneros. Fue, creo, un evento-heraldo, un anuncio de que los tiempos estaban cambiando. Yo me había sumado a él, más por novelería que por otra cosa, ya que iba a cada manifestación política que podía, sin importarme de quién fuera. La política era el teatro que había estado esperando.

Todo resultaba muy intenso, y la política parecía al borde de una catástrofe. Así vivimos el último año del gobierno de Fernando Belaúnde, que fue el primero de mi vida universitaria. ¿Se caía realmente el país, como nos pareció? No, no pasaba nada demasiado serio, y el país no iba del todo mal. Pero lo *parecía*. La crisis que precipitó el golpe militar de 1968 contra Belaúnde no era fundamentalmente económica sino ideológica. ¿O acaso, por debajo de esa tensión ideológica, había crecido un nuevo país, estirando la piel del Perú, y ya no cabía en las viejas estructuras?

Así, una mañana, despertamos con los tanques en Palacio. Recuerdo, como si fuese ayer, la mañana del 3 de octubre de 1968. Javier de Belaúnde, entonces Presidente de la Federación de Estudiantes de la Católica, la FEPUC, y yo tratábamos de salir de la Plaza Francia hacia la avenida Wilson. Todo el centro olía a gases lacrimógenos. De pronto nos topamos con un hombre bajito, a quien Javier saludó. Era parlamentario (a esas horas, ex parlamentario) como su padre, de modo que Javier lo conocía bien. Era Valentín Paniagua, que treinta y dos años más tarde sería, en otras circunstancias de cambio, Presidente del Perú. Es gracioso, pero me parecía entonces alguien mucho mayor que nosotros. Sin embargo, apenas superaba los treinta años: había sido elegido diputado en 1963, casi con el mínimo de edad. Paniagua nos dijo esa mañana: “Este no es un golpe como los otros. Hay un lenguaje progresista en el manifiesto”. Es lo que vaticinaba hacía meses, lo supe años más tarde, Eudocio Ravines: la próxima revolución militar será izquierdista, “no hay sino que ver la lista de profesores del CAEM”.

1968 fue un *turning-point* en todo el mundo. ¿Qué fuerzas se juntaron, qué coincidencias, qué cambios demográficos o de mentalidades irrumpieron de pronto por doquier?

El Mayo francés fue por supuesto el acontecimiento emblemático. No recuerdo su impacto en el momento. Llevaba un mes en la universidad. Aparte de las clases, generalmente fascinantes, estaba cautivado por el descubrimiento del cine, del teatro, la música, los mítines políticos, las librerías. Me faltaba tiempo para digerir las novedades. Sentí su impacto meses más tarde, cuando llegó a Lima un librito de Carlos Fuentes editado por Era, *La revolución de mayo*. Mario Vargas Llosa, que estaba en 1968 en Londres, me contaría tres años después, cuando lo conocí, que Fuentes lo llamaba desde París: “Esto es la Comuna, viejo”.

El Mayo francés tuvo mucho de llamarada, de fuego fatuo, de magia verbal incandescente. Fue como un juego, como un *happening* surrealista, como si se hubiera debido más, mucho

más, a André Breton que a Carlos Marx (con una pizca de Sigmund Freud).

Medio en neblina (la globalización no se había anunciado todavía), seguimos también la insurrección en Columbia. Cosa curiosa: los estudiantes negros de Harlem (acababa de decidir la Corte Suprema en *Brown vs. Board*) se rindieron, y los estudiantes blancos fueron los que se parapetaron hasta que las autoridades universitarias autorizaron la entrada de la policía.

En agosto ocurrió la Primavera de Praga. Eso sí me impactó, y la seguí con ansiedad día a día. Quizá ya estaba más adaptado al medio universitario, y podía distinguir las novedades. La primavera de Praga fue un parteaguas: sin ella no se entienden, por ejemplo, cosas como el caso Padilla, la soviétización de la revolución cubana (que había empezado mucho antes, acaso con la primera misión comercial de Anastas Mikoyan).

El 68 tuvo una extraña evolución.

Los revolucionarios del Mayo francés se dispersaron, y algunos, los *Maos*, organizaron grupúsculos y, por supuesto, editaron periódicos. Lo más lejos que llegaron con las armas fue secuestrar a un ejecutivo después de los conflictos de la fábrica Renault en Billancourt. Al cabo de varias semanas, sin saber qué hacer con él, lo soltaron, cosa que, según parece, indignó a Sartre (unos años antes se había excitado con la revolución cultural china).

Poco después se produjo la expulsión de Solyenitzin de la Unión Soviética. Para quien quisiera ver y oír, se sabía todo de los campos de concentración soviéticos desde hacía cuarenta años, desde el principio. Pero el *Archipiélago Gulag* tuvo un impacto que pocos libros han tenido, y fue el pistoletazo para que varios *Maos* viraran, entre ellos algunos de los más prominentes, como André Glucksman y Bernard-Henri Levy. Así, lo que dejó el Mayo francés fue a los *Nouveau philosophes*, o sea, produjo liberales.

Alemania era en cambio la lengua de Paul Celan, que había escrito: “La muerte es un maestro de Alemania”. La rebelión universitaria produjo allí la banda Baader-Meinhof.

En Italia provocó las Brigadas Rojas, que un día de pronto se extraviaron y se confundieron en los otros oscuros pasadizos italianos, de la mafia o las logias masónicas.

Tony Judt dice, en *Ill fares the Land*, que los sesenta dejaron un legado “irónico”. A diferencia de sus padres, atrapados en medio de la Gran Depresión, y para los cuales el Estado-Beneficencia había sido una curación, para los radicales de los años sesenta la justicia social no era ya una preocupación central. “Lo que unió a la generación del sesenta no fue el interés de todos, sino los derechos de cada uno”. Dice Judt que el lema “Haz el amor, no la guerra” describe en esencia objetivos privados, no bienes públicos. Así, el tema de “la identidad comenzó a colonizar el discurso público”. Eso sí, los radicales de los sesenta de los países desarrollados seguían dispuestos a la revolución, “pero sólo cuando afectaba a gente distante de quien conocían poco. Mirando atrás, es sorprendente cuántos en Europa y Estados Unidos expresaron entusiasmo por la dictatorialmente uniforme revolución cultural de Mao, mientras en casa definían reforma cultural como el maximizar la autonomía de la iniciativa privada”.

En el Perú, el 68 fue Velasco, un militar populista que se esforzó tardíamente por aplicar, a través de inesperados gestores (los que siempre habían servido más bien de “perros guardianes de la oligarquía”), las políticas cepalianas que Raúl Prebisch había proclamado en un lejano 1950.

Ese 68 militar tiene su propia historia, pero generó dos reacciones. Una de ellas fue la de muchos de mis compañeros universitarios, miembros de esa ultraizquierda universitaria que yo conocí. Tenían entonces el mismo fanatismo, la misma arrogancia que vería años después en los neoliberales (muchas veces eran los mismos, transformados al cabo de años, matrimonios, calvicies y desencantos). No era una ultraizquierda sindical, como la que comenzaba a aparecer

contra los militares en Brasil, y que sería uno de los fermentos posteriores del PT de Lula. Eran universitarios, librescos —o semilibrescos.

Tenían la certeza de las ideas. Paul Berman, en un libro sobre la generación del 68, *A Tale of Two Utopias*, ha descrito al militante europeo y norteamericano de esos años de una manera que refleja, sin embargo, a los ultras que conocí: “Una cierta personalidad surgió en el curso de las rebeliones de 1968: el profanador imprudente, que se burlaba de cada objeto hasta entonces sagrado”. Cohn-Bendit y Abbie Hoffman fueron sus portaestandartes. Uno de los novelistas de esa generación, Salman Rushdie, convertiría esa personalidad en un escándalo mundial en *Satanic Verses*.

Hubo otro 68, por supuesto, infinitamente más serio: el que salió precisamente de la Primavera de Praga. En las memorias que escribió desde su lecho de enfermo terminal, afectado por el mal de Lou Gehring, Tony Judt ha contado lo que significó el descubrimiento de la disidencia checa y su compromiso profundo con la búsqueda de la verdad. Vaclav Havel es el símbolo de esa búsqueda.

La otra reacción fue más extraña, acaso más indirecta, pero fue devastadora. La Reforma Agraria de 1969 creó en algunas provincias unos bolsones de extraños desplazados. En Ayacucho, que tenía desde hacía poco una universidad extraordinariamente ideologizada, algunos de esos desplazados encontraron una nueva fe. Augusta La Torre, que venía de una familia de propietarios rurales, encontró no sólo esa fe sino a su profeta y esposo: Abimael Guzmán.

Cada movimiento revolucionario busca la pureza, la expiación, la limpieza de los males, nos dice Berman. Y algunos líderes (como Hitler, Stalin, Pol Pot, Fidel y Sadam Hussein) son “irresistiblemente carismáticos, precisamente porque fueron visiblemente locos y tenían por tanto un toque de lo divino”.

Así, un legado indirecto, tortuoso y perverso del 68 en el Perú fue Sendero Luminoso.

1971. El Caso Padilla

Conocí a Mario Vargas Llosa en el invierno de 1971. Ya había publicado tres de sus grandes novelas: *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en La Catedral*.

Lucho Llosa me llevó un sábado por la noche al departamento que Patricia y Mario habían alquilado en la calle Alfredo Salazar, en San Isidro. Era un departamento moderno, pequeño, pero que daba a un parque espléndido. A una cuadra quedaba la librería Castro Soto, entonces la mejor surtida de la ciudad.

Esa noche, los Vargas Llosa tenían un huésped fascinante: Paco Ibáñez, que para mí lo era doblemente: era vasco. Mario estaba rodeado todavía del viejo grupo, aquel de su época de “sartrecillo valiente” y de la revista *Literatura*, entre ellos Abelardo Oquendo y José Miguel Oviedo.

Ibáñez estuvo simpático a la vez que taciturno. Unos días más tarde, dio un recital en el Teatro Municipal. Recuerdo claramente que en él pidió la libertad de Héctor Béjar, aún preso por el levantamiento guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1965. Creo que ese es un indicio de que Mario seguía, humanamente, en la esfera izquierdista de su adolescencia y primera juventud. Ya se había producido, sin embargo, el Caso Padilla en Cuba.

Parece ahora algo tan remoto, un nombre tan distante, y sin embargo recuerdo claramente los contornos de aquella época. Fue un caso que dividió al progresismo latinoamericano, casi como lo hicieron los procesos de Moscú a los europeos de entreguerras, aunque no tuviera, por supuesto, visos tan trágicos.

Heberto Padilla había nacido en Pinar del Río, en 1932, cuatro años antes que Mario. Había trabajado en Nueva York

y Moscú como periodista. Hablaba por ello inglés y algo de ruso, y dicen también que francés, italiano y algo de griego.

En 1968 fue premiado por la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) por su poemario *Fuera del juego*, lo que sería el comienzo de su célebre proceso.

El 20 de marzo de 1971, fue encarcelado y recluso en la prisión conocida como Villa Marista. Treinta y ocho días después salió, y el 27 de abril de ese año, en la misma UNEAC, hizo una “confesión” en la que abjuraba de todas sus desviaciones. De esa reunión quedan dos frases. Una es de Fidel: “Con la revolución todo, contra la revolución nada”. La otra es de Virgilio Piñera: “Yo sólo quiero decir que tengo miedo”.

Cuba había significado la ilusión de “otro” socialismo, en contraposición al socialismo “real” de la Unión Soviética y la Europa oriental. El primer golpe de frío para esa ilusión fue el apoyo de Fidel Castro a la invasión de Checoslovaquia en 1968, que ahogó la Primavera de Praga.

Vargas Llosa escribió en agosto de ese año un artículo que tituló “El socialismo y los tanques”, donde señaló que la invasión era “una agresión de carácter imperial” y “un daño irreparable para la causa del socialismo en el mundo”. Terminaba diciendo que “a muchos amigos sinceros de la revolución cubana las palabras de Fidel nos han parecido tan incomprensibles y tan injustas como el ruido de los tanques que entraban a Praga”. Fue el antecedente más directo de lo que sería su ruptura con Cuba por el Caso Padilla.

En 1968, hacía un año que el Ché Guevara, que era un obstáculo para las relaciones con los soviéticos, había muerto en Bolivia. Ya Castro, luego del cisma chino-soviético, había tomado partido y atacado a Mao en plena Plaza de la Revolución llamándolo “viejo chocho”.

Pero, ¿por qué el encarcelamiento de Padilla? ¿Qué pasaba en Cuba, económicamente?

En 1970, había fracasado la gran zafra azucarera y la inflación campeaba. Castro se sumergió entonces en el modelo

soviético, y unos meses después escogió a Padilla para dar un escarmiento a los intelectuales y a toda veleidad democrática.

Esta es la misma época en la que Jorge Edwards, embajador del Chile de Salvador Allende, es declarado "persona non grata". De día, Edwards alternaba con los funcionarios oficiales y, de noche, con los escritores disidentes. A Padilla lo fueron a buscar los policías de Seguridad del Estado una madrugada, luego de haber estado con Jorge Edwards. Así, los dos casos están mezclados, como dos caras de un mismo proceso. Edwards ha contado que Neruda lo animó a escribir su libro, pero le dijo también que "me diría cuándo debía publicarlo". Es probable que Neruda, ya desencantado de Moscú pero militante formal todavía, no hubiera encontrado nunca el momento oportuno para publicarlo. Pero murió en 1973, muy pocos días después del golpe de Pinochet, y en 1974, Edwards publicó en Barcelona *Persona non grata*, un libro decisivo, *parteaguas*, en el debate político latinoamericano.

El Caso Padilla es el momento en que Vargas Llosa siente que está, intelectual y afectivamente, al otro lado del castrismo.

Aparte del artículo condenatorio de la invasión de Checoslovaquia, hay otro antecedente, tal vez crucial para la evolución política de Vargas Llosa, del que se ha hablado, creo, relativamente poco.

En 1967, apenas un año antes del artículo contra la invasión a Checoslovaquia, Mario militaba todavía inequívocamente en la izquierda revolucionaria. En París, en un acto en la Mutualité, presidió junto con su héroe de entonces, Jean-Paul Sartre, un acto público pidiendo la liberación de Hugo Blanco, encarcelado en el Perú por su levantamiento de La Convención, Cusco, en 1962. En noviembre de ese mismo año, en la Plaza San Martín de Lima, Vargas Llosa presentó a Carlos Malpica como candidato por una unidad de izquierda a las elecciones complementarias para diputado por Lima.

Pero Vargas Llosa hizo en 1968, después del Mayo parisino y antes de la primavera de Praga, un viaje a Moscú. En julio de 1968, publicó, resultado de ese viaje, "Moscú: notas a vuelo

de pájaro”. Esta frase, casi al comienzo del artículo, delata sus simpatías todavía vigentes: “No creía llevar conmigo prejuicio alguno contra la Unión Soviética, y sí, en cambio, *una simpatía entusiasta por casi todos los aspectos de su sistema político y social, con excepción del cultural*” (subrayado nuestro). La frase fue escrita en 1968, doce años después del XX Congreso del PCUS, y treinta después del último proceso de Moscú. ¿Simpatía “por casi todos los aspectos de su sistema político y social”? Políticamente, todavía Vargas Llosa estaba ciego. Critica, sin embargo, al nacionalismo, lo que será una de sus constantes posteriores: “El nacionalismo implica la idea de que una nación vale más que otras y que ser originario de un país constituye una forma de superioridad. Las consecuencias políticas de semejante creencia pueden resultar trágicas”.

Ese viaje a Moscú fue una ocasión para que Vargas Llosa diera rienda suelta a su fetichismo literario: visitó las tumbas de Pushkin y Maiacovski, así como las casas de Tolstoi y Gorki.

Pero lo más importante del viaje no está escrito, se quedó en el tintero: la íntima, la profunda desazón que le produjo Moscú. “Me di cuenta –me diría mucho más tarde– que yo no viviría nunca en un país así, que si eso era el socialismo, yo no lo quería para mí”. De modo que cuando estalló el Caso Padilla, Vargas Llosa ya estaba interiormente preparado para la ruptura.

El 5 de abril de 1971, desde Barcelona –donde Carmen Balcells lo atrajo de Londres, donde vivió hasta 1968–, renunció al comité de la revista de la Casa de las Américas, luego de la “confesión” de Heberto Padilla. En su casa de Barcelona, se reunió con Juan y Luis Goytisolo, José María Castellet, Hans Magnus Enzensberger y Carlos Barral, para publicar un comunicado contra el acto en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Cada uno redactó, por su lado, un borrador y luego votaron para establecer cuál utilizar: ganó el de Vargas Llosa. Ese es el documento que luego firmaron, entre otros, Simone de Beauvoir, Ítalo Calvino, Tamara Deutscher, Marguerite Duras, Giulio

Einaudi, Carlos Fuentes, André Gorz, Michel Leiris, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, Pier-Paolo Pasolini, Alain Resnais, Juan Rulfo, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún y Susan Sontag.

La “Carta a Fidel Castro” comienza: “Creemos nuestro deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera”, y continúa diciendo que ese acto en la UNEAC “recuerda los momentos más sórdidos de la época del estalinismo, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas”. Piden los firmantes que la revolución cubana vuelva a ser “lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo”.

Heberto Padilla salió de Cuba en 1980, gracias a las gestiones lideradas por Ted Kennedy. Lo conocí cuatro años después, en Madrid. Una noche de 1984, una de esas noches de invierno en las que sopla el frío de Madrid “que mata un cristiano pero no apaga un candil”, Mario me llevó a una comida a casa de Juancho Armas Marcelo, donde estaba Padilla. Enormemente gordo, fumaba y jugaba, o me pareció que jugaba, al papel de bufón. Había mucha gente y no hablé mucho con él.

Estaba también Jorge Edwards, el otro protagonista del caso Padilla, y un escritor “inglés” que resultó ser el indio Salman Rushdie. Recuerdo que alguien contó que esa tarde Rushdie casi se había electrocutado con una máquina de escribir eléctrica que había acabado de comprar. Mario hizo una broma: “Es que escribir es peligroso”. Cinco años después, cuando Khomeini decretó la *fatwa* contra él, ya no era una broma sino una extraña y tal vez macabra profecía.

Vi dos veces más a Padilla, ambas en Miami, y pude entonces hablar a fondo con él. Era un cubano simpático, dicharachero, culto, y me pareció extrañamente derrotista.

En Valencia, en 1987, en la reunión que se organizó para celebrar los cincuenta años del célebre Congreso de Intelectuales de Valencia de 1937, de la Guerra Civil, Padilla asistió. Un día, en el hotel, al abrirse el ascensor, salió Octavio Paz. Padilla le gritó desde el lobby: “Torre de poeta, tú lo viste...”. Mirándolo, Cabrera Infante dijo entonces: “Veo

un suicida”. Míriam, su mujer, lo contradijo: “Tú sabes que Heberto nunca va a suicidarse”. “No, pero yo veo un suicida”, replicó Cabrera Infante.

El 24 de septiembre del 2000, Heberto Padilla se desplomó en un cuarto de hotel en Alabama. Había escrito: “No te fue dado el tiempo del amor/ ni el tiempo de la calma...”.

Tres días con Fidel

Yo fui a Cuba y conocí a Fidel mucho después, cuando el Caso Padilla ya era historia.

Era mayo de 1985. Alan García acababa de ser elegido presidente por primera vez, y yo acababa de ser elegido diputado. Una noche, me llamó de Nueva York Javier Pérez de Cuéllar. “Tengo que hacer un viaje a Cuba. ¿Quieres venir?”. Así, en un atardecer mágico, caribe al cien por ciento, aterricé en La Habana.

Había estado antes en La Habana, en 1978, cuando, como periodista, acompañé al presidente Morales Bermúdez a una cita de países No-Alineados, lo que me permitió conocer fugazmente a Tito, ya la sombra de él mismo, y a Arafat, entre otros. Pero esta vez apenas tuve tiempo para cambiarme, antes de que me llevaran al Palacio de la Revolución, donde había una recepción para Javier. Mi primera sorpresa fue reconocer en la cola para saludar al Secretario General de la ONU y al Primer Ministro de Cuba a muchos políticos latinoamericanos de izquierda, aparentemente muy familiarizados con los encargados del protocolo cubano, por lo que concluí que debían visitar la isla frecuentemente. Me sacaron de la cola y me llevaron casi en vilo donde Fidel Castro. Mi segunda sorpresa fue que Castro conocía los recientes resultados electorales peruanos en detalle, incluido mi voto parlamentario. Parecía estar muy interesado en el Apra.

Pero eso no debería haber sido demasiado sorprendente, pues Fidel venía, en el fondo, del Apra. Cuando Eddy Chibás murió, luego de suicidarse en plena radio, al aire (algunos dicen que sin quererlo realmente, pues se disparó teatralmente en la cintura, sin verdadero ánimo de matarse),

Castro acompañó como un sonámbulo, durante días, el féretro de Chibás, tratando de identificarse con él y heredarlo políticamente. El partido Ortodoxo de Chibás era una suerte de partido “corresponsal” del aprismo, como lo era por ejemplo en Costa Rica el Partido de Liberación Nacional, y muchos apristas estaban exilados en la isla y militaban corrientemente en el partido ortodoxo. “Vamos a hablar estos días”, me dijo el Comandante.

Al día siguiente, acompañé a Pérez de Cuéllar y a su pequeña delegación al tour que Fidel les había organizado a la isla de la Juventud, donde había estado encarcelado en el Presidio Modelo, después del asalto al Moncada.

Viajamos en un helicóptero militar, de fuselaje más bien estrecho, sentados en unas incómodas bancas situadas frente a frente. ¿Qué recuerdo de ese trayecto en helicóptero? La figura de Carlos Rafael Rodríguez. Rodríguez era en cierto modo una leyenda. Había sido miembro del Partido Comunista desde muy joven y, en 1942, miembro del gabinete ministerial de Fulgencio Batista. Esa alianza del PC con Batista fue una de las consecuencias de la política que ha dado en llamarse “browderismo”, en alusión al secretario general del partido comunista de los Estados Unidos, Earl Browder, quien, en medio de la guerra y la amenaza del nazismo, propuso un acercamiento entre el capitalismo y el comunismo. Rodríguez había sido uno de los primeros miembros del Partido Socialista Popular, que era el nombre del partido comunista cubano, en subir a la Sierra Maestra y, luego del triunfo de la revolución y casi hasta su muerte en 1997, uno de los altos jefes de la nomenclatura cubana.

Ese vuelo me enseñó rápidamente, más que muchos libros, acerca de la naturaleza del régimen cubano. Porque Carlos Rafael Rodríguez, la vieja leyenda, se portó como una mezcla de apuntador, valet y bufón del líder máximo. Sólo habló para celebrar sus chistes, y sólo se movió para ofrecerle un peine al Comandante, con el cual alisó éste su pelo desordenado y sus cejas inconfundibles. No recuerdo nada más de ese tramo.

No recuerdo de qué habló Castro, por lo que deduzco que no debe haber sido nada trascendente.

El siguiente día tuvimos una excursión a Cayo Piedra, donde pasamos un momento marineramente, a bordo de una de las pequeñas cañoneras de Castro (había otras dos idénticas alrededor, como había siempre dos Mercedes negras idénticas a las que Castro tenía para desplazarse en tierra).

Todo era espartano, rústico, militar, en el pequeño barco. Antes del almuerzo, Fidel entró a un camarote y salió con un *wetsuit* para hacer pesca submarina. Se paró en la cubierta y abrió los brazos como un Cristo. Un ayudante se arrodilló para colocarle cerca del tobillo un cuchillo. "Para las lianas, si las hubiera", me dijo, tal vez adivinando mi curiosidad. Entonces miré el mar. Después de la genuflexión aérea de Carlos Rafael Rodríguez, tuve mi segunda clase magistral sobre la naturaleza personal del régimen cubano. Una pequeña chalana a remo, con dos personas, iniciaba el cortejo. Lo cerraba un *zodiac* y, en el centro, un círculo de guardaespaldas de Castro, todos con los brazos extendidos y con guantes negros. Antes de lanzarse al mar, le pusieron a Castro unos guantes blancos, marcados con una cruz roja cada uno, para identificarlo mejor bajo el agua. Pérez de Cuéllar miraba en silencio, y un poco al costado, toda la ceremonia. Cuando Castro ya estaba en el mar, se me acercó en la cubierta para susurrarme: "Es el sultán".

Castro no sólo está todavía vivo veinticinco años después de esa aventura submarina, sino que es uno de los gobernantes más longevos de la historia: cincuenta y dos años en el mando absoluto. El otro gallego, Francisco Franco Bahamonde, duró treinta y seis años (1939-1975). Rafael Leonidas Trujillo permaneció en el poder treinta y un años, de 1930 a 1961. La dinastía Somoza permaneció en el mando de 1934 a 1979, cuarenta y cinco años, divididos entre tres: el padre y los dos hijos. Alfredo Stroessner en Paraguay permaneció de 1954 a 1989: treinta y cinco años. Juan Vicente Gómez, en Venezuela, de 1908 a 1935. Si queremos darle ribetes

reales a la comparación, Felipe II fue Rey de España de 1556 hasta su muerte, en 1598: cuarenta y dos años. Si buscamos referencias comunistas, Lenin murió en 1924 y Stalin se quedó en la cima del Kremlin hasta su muerte en 1953: veintinueve años. La revolución china triunfó en 1949, después que la hiperinflación barriera al Kuomintang, y Mao fue durante veintisiete años el emperador rojo, hasta su muerte, en 1976.

La naturaleza profunda del régimen castrista ha sido en efecto la de un sultanato. No en vano Octavio Paz dijo que el caudillismo era una herencia hispano-árabe.

Uno de mis profesores en Harvard, Houang Chehabi, estaba obsesionado por los *sultanistic regimes*. Le parecía que presentaban un fértil campo de estudio para la política comparada. El libro que Chehabi editó con Juan Linz, precisamente con ese título, *Sultanistic Regimes*, se ocupaba de Trujillo en República Dominicana, de Batista en Cuba, de Somoza en Nicaragua, de Duvalier en Haití, de Reza Pahlevi en Irán y de Ferdinando Marcos en Filipinas. Eran regímenes de un poder absoluto. No estaban basados en la ideología ni en la misión predestinada de un líder, y habrían sorprendido a Max Weber: no estaban basados ni siquiera en el carisma del líder. “Eran *raw power*, poder puro, *without restraints*”. Lo que los sostenía era el miedo que infundían, la amenaza del castigo.

¿Cae dentro de esta definición el largo mandato de Fidel Castro? En algunos aspectos cruciales, ciertamente no. Hay una ideología que justifica todo el armazón. Aunque en el seminario de Chehabi discutíamos si la Rumania de Ceaucescu formaba parte de este tipo de regímenes, por más que invocara una ideología para sustentarse.

Y luego estaba el tema del carisma... Castro no está en la categoría de líderes opacos como Pahlevi, Batista o Marcos. Pero lo esencial del sultanato es que los ritos del poder se ordenan en torno a la voluntad omnipresente del líder máximo. Es un régimen esencialmente no democrático.

Según Chehabi y Linz, la caída de esos sultanatos, a semejanza de los sultanatos originales, es siempre en

circunstancias caóticas. ¿Cómo terminará sus días Castro? ¿Como esos sultanes? ¿O más bien como su coterráneo gallego, Francisco Franco Bahamonde, en su cama, soñando ser inmortal?

Regresamos de la excursión de Cayo Piedra a La Habana por tierra, por una avenida desierta, en la que sólo circulaban los carros de nuestra comitiva. Yo iba en el asiento delantero, junto al chofer, y Perez de Cuéllar y Fidel, en el asiento de atrás.

“Esta noche voy a hablar contigo”, me dijo el sultán; “te busco donde estés”. Álvaro de Soto y yo nos fuimos al Tropicana, pero después del primer acto, un militar se me acercó para decirme que me esperaba un auto afuera. Me llevaron entonces en uno de los Mercedes del Comandante a unos 170 kilómetros por La Habana, sin encontrar en el camino más vehículos, lo que me hizo comprobar que el parque automotor estaba por lo menos en crisis en Cuba, hasta llegar a lo que supe después era el Palacio de la Revolución, para lo que fue una de las noches más fascinantes de mi vida.

Me subieron por un ascensor a un piso alto cuyo número no alcancé a identificar, y entré a la oficina privada de Castro a eso de las diez de la noche. Salimos de allí a las seis de la mañana, cuando él mismo me dejó en Cubanacán, en la casa de protocolo que le habían asignado a Pérez de Cuéllar.

La oficina era grande, pero no monumental. A la izquierda había una mesa de madera más bien rústica, sobre la que casi no había papeles para la firma. “Entonces no trabaja allí, o alguien trabaja por él”, fue el dictamen del jefe de gabinete de Pérez de Cuéllar cuando le describí al día siguiente la oficina.

Junto a la mesa observé dos estantes de libros. En el más grande, detrás de la mesa, había muchos libros, la mayoría técnicos, incluso de zoología o de producción alimentaria. En el más pequeño, al costado izquierdo de la mesa, vi libros notoriamente usados, incluso algunos muy gastados. Me acerqué a ellos: eran libros de literatura, de literatura española más precisamente.

Al otro lado de la habitación, dando a la puerta de entrada, había una pequeña salita con dos sofás grandes y, en el centro, una mesa de mármol oval, muy baja. En la pared, pude ver una pintura de pop art, un retrato de Camilo Cienfuegos.

Castro hablaba dando vueltas alrededor de la mesa, y se detenía exactamente frente a mí, como una inmensa pared humana. Al cabo de un rato, mientras estaba dando la vuelta al otro lado de la mesa, puse mis piernas en la mesita, para impedir que se me pusiera al frente, en una suerte de gran *contra-picado*. De allí en adelante, la conversación fue un poco más equilibrada.

Los días anteriores, ambos de pie, había notado que Castro te hablaba muy cerca de la cara, casi en susurros, con guiños constantes, como diciéndote: esto es sólo entre tú y yo. Era un viejo hábito, y un viejo truco: producía intimidación. Por eso tantos turistas políticos, flor de un día en el jardín del héroe (como yo, de quien Castro no se habrá acordado nunca más), salieron de allí creyendo que se habían vuelto amigos íntimos de la leyenda.

El primer día que lo vi, Castro me preguntó: “¿Eres más un periodista o un político?”. Lo segundo, le dije. “Ah, vamos a entendernos”, me dijo. Me estaba diciendo, concluí, que lo que dijera era *off-the-record*, y sólo violó ahora, un cuarto de siglo después, la conversación, y apenas en parte.

En ese pacto tácito, me atreví a preguntarle, a propósito del gran retrato de Cienfuegos que presidía la oficina: “Dicen que lo mataste”. “Qué va... Era un avioncito enano y la tormenta lo zamaqueó”, respondió. “Como a Torrijos”, agregó. “Ese era un loco que se subía a cualquier avión. Nadie lo mató”. Y añadió: “¿Por qué no averiguas, en cambio, que pasó con Roldós o con tu general Hoyos?”. Rafael Hoyos Rubio había sido el comandante velasquista que sacó de palacio a Belaúnde en 1968, y había sido luego jefe del ejército en el segundo gobierno de éste, durante la guerra de “falso Paquisha” con Ecuador. Cuando volví a Perú, traté de indagar sobre la muerte de Hoyos, en un helicóptero,

pero todas las personas con las que hablé, militares y civiles, velasquistas y antivelasquistas, descartaron la idea de un atentado.

En otro momento le dije a Castro: “Dicen que te despiertas todos los días pensando: coño, cómo Cuba no es Brasil”. “Qué va, qué tontería”, me respondió. Y agregó inmediatamente esto que ahora, con Hugo Chávez en Caracas, me parece tan interesante: “Donde yo debí haber hecho la revolución es en Venezuela, y hoy toda América Latina sería socialista”. Desafortunadamente, según él, la guerrilla en Venezuela la hicieron “esos jovencitos comunistas que bajaban de las montañas el fin de semana para ver a las novias”. Cuando le conté poco después este comentario a Teodoro Petkoff, montó en cólera, y me dijo: “El imbécil nos lanzaba las armas al costado de los cuarteles. Claro, como él sabe todo, creía conocer el territorio venezolano mejor que nosotros”.

Hoy existen unas estrechas relaciones entre Venezuela y Cuba, gracias a Chávez y los hermanos Castro. Venezuela ha reemplazado el “Plan Marshall” de Rusia (petróleo ruso barato canjeado por azúcar cubana cara), que duró hasta 1985, cuando Gorbachov lo terminó. ¿Qué sería ahora de la isla sin ese auxilio del socio caribeño? Paradójicamente, cuando nos fuimos al aeropuerto al final de la visita –Javier Pérez de Cuéllar iba en el carro de Fidel–, yo fui en el segundo carro con Raúl Castro, un hombre completamente afable. Gorbachov acababa de ser elegido Secretario General del PCUS, y la confianza de Raúl, que muchos presumen como el más pro ruso de la familia, fue: “Parece que esta vez sí tuvimos suerte”.

Esta conversación con Castro, en la que mostró una especial predilección por Venezuela (no en vano trató por todos los medios de tumbarse a Rómulo Betancourt), es de hace un cuarto de siglo. Desde que la tuve, he pensado que el esquema en su cabeza era algo así como el esquema de la RAU, la República Árabe Unida de Egipto y Siria bajo Gamal Abdel Nasser. ¿Pero quién será Nasser? ¿Quién mandará?

Cuando hablamos de Perú (Castro tenía una prodigiosa y casi exacta información, incluso de detalles, sobre la política peruana, sobre todo de la década anterior a nuestra conversación, es decir, la de los años setenta), le dije a boca de jarro: “El terrorismo es nuestro problema”. “No conozco a nadie de Sendero Luminoso”, me respondió instantáneamente. “Ninguno ha venido acá”. “Muy bien”, le repliqué, “pero existe otra organización: el MRTA”. “Ah, de eso podemos hablar. Y si no hablamos nosotros, hablan los nicaragüenses”. Cuando volví a Lima, le reporté al presidente electo, Alan García, la conversación. “Creo que es un mensaje”, le dije.

Al cabo de un cuarto de siglo, caído el muro de Berlín, cerrado a cal y canto Castro en una defensa numantina de su régimen, me viene constantemente a la mente, cuando pienso en Cuba, una frase que Castro me repitió varias veces esa noche: “Yo no seré Sadat”. Cuatro años antes de este encuentro, en octubre de 1981, habían matado a Anwar el-Sadat por haber ido en 1977 a Israel. En otras palabras, dijo que nunca iría a los Estados Unidos, ni abriría nada. No dijo estas palabras, pero fluían invisiblemente de sus labios.

Durante nuestra estadía, visitaba Cuba una delegación de norteamericanos compuesta, entre otros, por Tad Sulz, que estaba escribiendo una biografía de Castro, Arthur Schlesinger Jr. y Katheleen, la hija de Robert Kennedy. Castro me dijo, sorprendentemente: “Su papá quiso matarme”. Y a continuación: “Es más fácil entenderse con los republicanos”.

Ya en la madrugada, Fidel me preguntó: “¿Qué quieres saber de Perú?”. Tenía en las manos un grueso cartapacio, semejante al que le habían ido entregando cada dos horas aproximadamente. Era un resumen de las noticias de todo el mundo, hora tras hora.

A eso de las cinco de la mañana dejamos la oficina del Palacio de la Revolución, y Castro me llevó a Cubanacán, el barrio diplomático de La Habana. En la puerta, Fidel se quedó hablando otra hora, de modo que me fui a dormir

a las seis de la mañana. A las diez, Fidel estaba entero en el aeropuerto para despedir a Javier y a su delegación. Yo dormí en el avión.

Esa madrugada, antes de despedirnos, Fidel me dijo: “Vas a ver a Felipe en Madrid. Dile que...”. En efecto, yo tenía una cita con el presidente del gobierno español, junto con otra gente (a la postre fue cancelada por un viaje de González). ¿Pero cómo lo sabía? Yo no le había hablado de esa reunión. Estaba, sí, escrita en mi agenda, en esos ahora lejanos tiempos manuales. Cada día, me dejaban en mi habitación en Cubanacán los legendarios helados de Copelia. Cuando le comenté a Javier Pérez de Cuéllar, en el avión, el conocimiento que Castro tenía de la cita con González, sonrió y me dijo: “¿No te dejaban unos ricos helados en el cuarto?”.

A Mario Vargas Llosa, la ruptura con Cuba, en 1971, lo perseguiría mucho tiempo. Lo alcanzó durante la campaña de 1990, cuando la polarización de dos décadas atrás seguía viva, incluso ardiente, e hizo que un grueso contingente político se precipitara contra él. El Consenso de Washington no florecía todavía. El Muro de Berlín había caído, pero la noticia no parecía haber llegado del todo al Perú. Cualquier cosa, menos un renegado.

1972. Corpus Barga

Yo conocí a Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna. Se llamaba también, o se hacía llamar, Corpus Barga.

Un sábado de 1972, Lucho Llosa y yo fuimos con Mario Vargas Llosa al Estadio Nacional a un clásico Universitario-Alianza. Yo estaba aburrido de las clases de Derecho. “¿Qué quieres hacer?”, me preguntó Mario. “Periodismo”. A la mañana siguiente me llamó para decirme: “Mañana lunes te espera Paco Igartua”. Mario me consiguió, por tanto, mi primer trabajo.

Acababa de entrar a trabajar a la revista *Oiga*, cuando Paco Igartua me envió a entrevistar a Corpus Barga. Fue mi primer entrevistado.

Fui a buscarlo a su casa, cerca de la avenida Dos de Mayo, en San Isidro. Me pareció entonces un viejecito infinito, de enormes barbas blancas, que parecía extraordinariamente pequeño sentado en su sillón. Lo extraordinario es que no recuerdo nada de lo que conversé con él. Peor aún: no sabía quién era.

Mucho tiempo después leería en las memorias de Ilya Ehrenburg que Corpus Barga fue una de los cuatro asistentes al entierro de Modigliani. Eso quiere decir que en 1920 ya Corpus Barga era una figura de la cultura europea.

El viejecito me habló, ese lejano atardecer, de aquel entierro, y me pareció una fanfarronería senil. Muchos años después, Fernando de Szyszlo me comentó que cuando conoció a Barga le había contado también la misma historia, y también le había parecido una fanfarronería, y también había descubierto más tarde, por su cuenta, la veracidad del relato. Después me enteré de que había sido además amigo

de Picasso, de Pío Baroja y de Valle-Inclán, de modo que Corpus Barga era uno de los “españoles de mi tiempo”, de los que escribiría su gran contemporáneo, el ingeniero Salvador de Madariaga, por esos años alto funcionario de la Liga de las Naciones; esos grandes españoles de los años 20, de los cuales el más grande era por supuesto Pablo Ruiz Picasso.

Un día encontré por azar, en una librería de Bogotá, uno de sus libros, que recopilaba sus crónicas de París para el diario *El Sol*. Supe entonces que Barga no sólo había estado en el entierro de Modigliani, sino que era uno de los grandes cronistas que había habido en la lengua española. Juan Ramón Jiménez escribió de él: “Parece que escribe con sarmientos, con yerbas, con agua, con hormigas, con escoria, con rocío. En ningún escritor español encuentro correspondencia como la suya a la estética jeneral de nuestro tiempo. Sin alarde ni manifiesto, es un cubista verdadero y lejítimo.”

El Sol era el periódico de José Ortega y Gasset, o, más exactamente, el periódico de Nicolás de Urgoiti, del que Ortega era la inspiración y el colaborador estrella. Ortega tenía el periodismo en la sangre: su padre, José Ortega Munilla, había dirigido *El Imparcial*, y su abuelo materno, Eduardo Gasset y Artime, había sido también un editor.

Venía *El Sol* en un formato grande de doce páginas, y tenía muy buena información internacional, además de que prestaba atención equilibrada al nacionalismo vasco y catalán. Corpus Barga era el responsable de lo que venía de París, todavía el faro mundial de la cultura. Desde allí viajó a Berlín, igualmente como corresponsal para *La Nación* de Argentina, y cubrió, por ejemplo, el viaje del Gran Zeppelin a Sudamérica.

Probablemente *El Sol* sea el antecedente más directo de un diario como *El País*. Ahora que los periódicos parecen estar en vías de desaparición, son como una galaxia remota. Pero *El Sol* fue un gran periódico reformista, de grandes firmas, y fue la raíz mediática de la Liga de Educación Política y de la Agrupación por la República, de la que Ortega sería más tarde diputado.

Dicen que cuando llegó la República, Ortega se quejó: “No era esto”. Acaso Corpus Barga tuvo sentimientos parecidos, pero igual colaboró con ella. En el mítico avión que piloteaba André Malraux, llevando armas, quien lo acompañaba era Corpus Barga.

Al fin de la guerra civil, cuando todo pareció perdido para la República, el gran poeta republicano Antonio Machado huyó hacia Francia. Ya estaba casi “desnudo, ligero de equipaje”, camino de la muerte, que lo encontraría en Collioure, donde antes de expirar se fue a mirar el mar y escribió sus últimos versos melancólicos: “estos ojos azules / y este mar de mi infancia...”.

Cuando cruzaba la frontera, en una noche de lluvia y fango, y el poeta por cuyas venas corría “una gota de sangre jacobina” aunque su verso brotaba “de manantial sereno”, apenas se sostenía en pie, quien lo ayudó, en realidad quien lo cargó para pasar la frontera, fue otro escritor: Corpus Barga. Es probable que fuera él quien tomara la última y célebre foto de Machado.

En 1948, después de la Segunda Guerra Mundial, Corpus Barga llegó a Lima. Lima era todavía un lugar poroso, relativamente abierto al mundo. Había suficientes europeos –refugiados judíos, por ejemplo– que enriquecían el tejido cultural de la ciudad. Luego, la ciudad se haría más plana, o, para ser más justos, más andina y menos internacional. El eco cosmopolita se apagó.

Contribuyó a eso que a fines de los años treinta, el gobierno de Óscar R. Benavides negara la entrada a los republicanos españoles. Benavides, que llenó Lima de edificios presuntamente neoclásicos, diseñados casi todos por el arquitecto polaco Malachowski, parecidos a los edificios que Mussolini había promovido en Italia, era probablemente admirador secreto del régimen italiano y no quería “rojos” en el Perú. Esos republicanos se fueron a Argentina, donde levantaron una extraordinaria industria editorial, y por supuesto a México, donde crearon gran parte de la cultura moderna mexicana.

Así, Corpus Barga fue una rareza. Pero, ¿por qué vino? Según parece, porque a un hijo lo hicieron representante de Air France en el Perú. Familia más bien trágica. Ese hijo junto con su mujer y dos de sus cuatro hijos, paseando por Chancay, cerca de Lima, se desbarrancaron en su vehículo por un acantilado y murieron. La otra hija de Corpus Barga adoptó a las dos hijas que quedaron del hermano. El marido de esa otra hija, un judío francés, murió también trágicamente, y el hijo de ambos, que sería arquitecto, dejó para siempre el Perú.

En Lima, Corpus Barga escribió los cuatro volúmenes de sus memorias, *Los pasos contados*, que están fechadas en 1957 pero llegan sólo hasta 1943. En 1974, recibió el Premio de la Crítica por uno de los volúmenes, *Los galgos verdugos*.

Murió en 1975, en Lima. Su mujer ya había muerto.

Enseñó en San Marcos, donde dirigió su Escuela de Periodismo, pero no hay muchas trazas, hasta donde he podido seguirlo, de Corpus Barga en los periódicos peruanos de entonces. Uno de los mejores periodistas de la lengua, pasó más bien desapercibido en el Perú.

Estaba conectado en silencio, sin embargo, con lo mejor de la cultura peruana. Era amigo, por ejemplo, de José María Arguedas. El día del entierro de éste, en 1969, llamó a Fernando de Szyszlo para pedirle que lo llevara al funeral. Tenía ochenta y dos años y estaba cansado, pero necesitaba despedirse del amigo que se había suicidado, enfermo seguramente del Perú. Al llegar a la Universidad Agraria, en La Molina, les repartieron en mimeógrafo la letra de *La Internacional*, que se cantó.

Szyszlo me enseñó, hace poco, una foto de una de sus primeras exposiciones, de 1951. Gody tenía veinticinco años. En la foto está al centro uno de sus cuadros, y lo flanquea un grupo increíblemente importante de la cultura peruana. Están Arguedas y su primera mujer, Celia Bustamante, además de Blanca Varela, la más importante poetisa peruana, entonces esposa de Szyszlo. Al otro lado del cuadro, ligeramente fuera del centro de la acción, se ve a Corpus Barga.

Arguedas, claramente cetrino, aparece jovial, risueño, sereno, diríamos casi elegante, aunque sin ostentación. Faltaban dieciocho años para su suicidio.

Corpus Barga no es en la foto el viejecito pequeño que yo recordaba. Es más bien un hombre alto. Parece corpulento y tiene un sombrero en la mano. Debe ser verano porque lleva un terno claro, como de lino (aunque la foto es en blanco y negro), y las mujeres están con los brazos desnudos.

El cuadro que está al centro tendrá su propia historia. José Gómez Sicre, el gran crítico cubano que dirigió durante años la sección cultural de la OEA, refirió a Szyszlo a Alfred Barr, Jr., el legendario director del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Szyszlo le llevó dos cuadros. Barr no le llegó a comprar nada para el MOMA, pero lo recomendó en cambio a Nelson Rockefeller, quien le compró los dos cuadros para su colección privada. Szyszlo cree recordar que por unos cuatrocientos dólares cada uno. Cuando murió Rockefeller, la familia mandó el cuadro de la foto a Sotheby's. Allí lo compró, extrañamente, nada menos que John Lennon. Cuando éste murió, volvió otra vez a Sotheby's. ¿Quién lo tendrá ahora?

Pienso ahora en la tarde en que conocí a Corpus Barga, en ese encuentro lejano que fue mi primera comisión periodística, y veo que pasé frente a ese hombre extraordinario, que era una de las grandes figuras de la cultura en español, como pasó el Perú, sin darme cuenta de quién era y cuánto valía.

Szyszlo, “el joven que quería ser Picasso”

No recuerdo ahora el día exacto en que conocí a Fernando de Szyszlo, pero sin duda fue Vargas Llosa quien me llevó a su casa. En ella he tenido luego, a lo largo de los años, la suerte de conocer a mucha gente. Recuerdo a Juan Rulfo, por ejemplo, que se sentó en una silla sin hablar, triste como un ex alcohólico. También vi, en cada visita, en estos casi cuarenta años, cómo progresaban sus telas: lienzos blancos primero, con un esqueleto, una estructura, a lápiz, que luego se iban cubriendo de colores.

Szyszlo pertenece a una generación de la ilusión. En 1945 tenía veinte años. El Frente Democrático (1945-1948) parecía enlazarse con el fin de la segunda guerra: todas las esperanzas parecían posibles.

Los jóvenes creadores de entonces fueron un grupo dorado de la cultura peruana: Szyszlo, Sologuren, Eielson, Salazar Bondy. Emilio Adolfo Westphalen, que era mayor que ellos, fungía de adelantado. El escritor inglés Christopher Isherwood viajó por Sudamérica esos años, y escribió un interesantísimo relato de su viaje, *The Condor and the Cows, A South American Travel Diary*. Allí dijo de Westphalen que “hay instantes en que su cara parece casi transparente de lo puro inteligente, una fina máscara dorada que encubre una lucidez melancólica y sutil”. De Szyszlo dijo que era “un joven que quería ser Picasso”, que era “alto y oscuro, con un aire de fanatismo romántico”, y que “su estilo y temas están obviamente influidos por Picasso, pero tiene un sentido del color estimulante y original”.

Cuando cayó Bustamante, Szyszlo se fue a París. “Europa te hace crecer”, escribió Martín Adán, que nunca viajó. ¿Qué pasaba en esos años en Europa? Después de la guerra, redescubría la dulzura de vivir. El existencialismo estaba de moda.

En la obra de Szyszlo prima la búsqueda de la autenticidad, algo que lo emparenta con esos tiempos del existencialismo. Pero también hay un ánimo de experimentación formal, a la vez que de rigor moral, que viene del surrealismo. Szyszlo conoció a su fundador por Octavio Paz, que lo llevó a la mítica casa de Breton: 42, Rue Fontaine.

La amistad con Paz fue un evento decisivo en la vida del pintor peruano. Paz es un modernista, un devoto de las vanguardias, pero a la vez está anclado en el pasado precolombino de México. Como él, Szyszlo es una síntesis: hijo de polaco, a la vez que sobrino del iqueño Abraham Valdelomar (1888-1919).

En Francia se conectó con la pintura moderna, y en Florencia estudió a los renacentistas. Cuando volvió e hizo en 1963 su famosa exposición en el Instituto de Arte Contemporáneo, inspirada en el poema del “Apu Inca Atahualpa” recogido por Arguedas, puede decirse que nació la pintura peruana moderna. El indigenismo que lo precedía tenía “temas” peruanos, pero su lenguaje era muchas veces ingenuo. Con Szyszlo, las formas son modernas, pueden pararse en cualquier museo del mundo, aunque los “temas” sigan siendo mitos, sueños y voces ancestrales del Perú.

Quizá me equivoque, pero no recuerdo ahora haber hablado nunca con Szyszlo de “lo español” en el Perú, como si fuese una interrupción del gran arte (aunque lo mismo pudiera decirse acaso de “lo inca” respecto de lo precolombino). Lo que sí es vital es el paisaje, como lo era la caleta de San Andrés o el Caballero Carmelo para su tío Abraham. Paracas, por ejemplo, y ese cielo plomizo de Lima, que extrañamente le encanta: “el cielo sin cielo de mi ciudad” del poema de su amigo Sebastián Salazar Bondy.

¿Qué veo en sus cuadros? No sé si lo que digo es original, pero creo que en ellos se desarrolla casi siempre una ceremonia, probablemente un sacrificio. Veo siempre una habitación, que podría ser un recinto precolombino. Veo una estela, que se parece al lanzón de Chavín. ¿Se me ocurre esto porque en su estudio hubo siempre una foto en blanco y negro de ese lanzón? Veo casi siempre el color rojo, que parece sangre (comprensible, dado que es un sacrificio). Dore Ashton, la crítica norteamericana que ha escrito algunas de las cosas más inteligentes sobre Szyszlo, ve también “ciertas imágenes claves que se repiten, como en los poetas: arquitectónicas referencias a escaleras que no van a ningún lado, lenguas de fuego, mesas, cuchillos, altares...”.

Se ha dicho que hay dos clases de pintores: aquellos que cambian constantemente, como era el caso de Picasso, y aquellos que pintan un solo cuadro y que, como dijo Paz de Szyszlo, no cambian sino que maduran.

Szyszlo representa una de las cimas de la pintura latinoamericana moderna, y uno de los momentos estelares de la cultura peruana. Dentro de muchos años, habrá gente que se seguirá parando frente a un huaco Moche, o una tela Paracas, o un cuadro de Szyszlo, y se maravilla: ¿cómo, cómo en esos desiertos del Perú se creó esto?

A lo largo de estos últimos 40 años, Szyszlo ha sido una referencia para mí, cultural y moral. Breton dijo de Apollinaire: “Haberlo conocido pasará por un raro privilegio”.

1973. La muerte de Allende

La caída y muerte de Salvador Allende fue uno de los eventos políticos formadores de mi generación.

Ya en 1938, casi al mismo tiempo que la Francia de Leon Blum, el Frente Popular chileno había llegado al poder con Pedro Aguirre Cerda. En 1970, una reedición de ese frente, la Unidad Popular, ganó las elecciones cuando Allende se impuso estrechamente a Jorge Alessandri y Radomiro Tomic. Allende ganó con un tercio de los votos, de modo que no tenía mayoría para hacer la “transición al socialismo”. Intentarlo suponía romper todo el sistema. Después de la efímera república socialista de Marmaduke Grove, con quien estaba emparentado, Allende estuvo entre los fundadores del Partido Socialista. No era un radical, pero después de la revolución cubana se había corrido a la izquierda.

Había heredado de Frei una economía más bien estancada y puso por eso en marcha fórmulas keynesianas. Durante un tiempo, la economía creció, pero, como siempre ocurre con esas experiencias si se prolongan demasiado, las reservas se evaporaron y la inflación se disparó. Las clases medias se exasperaron, la Unidad Popular se radicalizó, y el resultado fue la polarización y, al final, el golpe.

Como Azaña en la guerra española, la izquierda republicana de Allende fue devorada por los extremos. No logró pactar con el centro (el grueso de la Democracia Cristiana se había corrido a la derecha) ni controlar su ala izquierda, que cruzaba a menudo la frontera de la violencia. Esa izquierda, amenazando a la oposición con actos que nunca se producían, fue la parodia de una revolución. Con

su muerte, Allende transformó ese sainete en una tragedia, que elevó a la categoría del mito.

El golpe de 1973 interrumpió una larga tradición democrática, de talante más bien “radical”, aunque el Partido Radical, al modo de la Tercera República francesa, había ido cediendo la hegemonía a la Democracia Cristiana, que mantenía en su interior poderosas facciones de derecha y de izquierda.

La penúltima interrupción a esa tradición había sido Balmaceda, una suerte de proto Getulio Vargas, que se metió un tiro en 1891. A Balmaceda lo había sucedido una república parlamentaria con su anarquía de salones y su *pax* veneciana, según la interpretación que hizo Alberto Edwards en su clásico libro *La fronda aristocrática*. La imagen de Balmaceda, qué duda cabe, era la que tenía en la cabeza Salvador Allende aquel 11 de septiembre de 1973.

La primera vez que vi a Pinochet fue en esa famosa foto. El militarote sentado, con los lentes oscuros, más oscuros que la pena. Cuando esa instantánea se tomó, salía humo todavía de La Moneda, el viejo edificio diseñado por Toesca, el arquitecto italiano atormentado por las infidelidades de su mujer que Jorge Edwards revivió en una espléndida novela.

La voz grave de Allende acababa de hablarle al mundo, y a la posteridad. Había dicho en 1970: “No tengo pasta de apóstol ni vocación de mártir”, pero el viejo *bon vivant* dio una lección de virilidad.

Yo había estado en el Chile de Allende, de modo que sabía que no había sido la tierra prometida. Mi tío Arturo García, primo hermano de mi madre, fue el embajador peruano durante los gobiernos de Frei (1964-1970) y Allende (1970-1973). Conocía a todo el mundo en Santiago, y las relaciones entre los gobiernos de Velasco Alvarado y Allende parecían muy estrechas. Uno de los días de 1972 que pasé en su casa, Allende se apareció para una comida. Yo observaba a un costado al líder ahora mítico. Llevaba puesta una corbata, pero encima tenía una gruesa casaca de cuero, vestido casi

de combate. No se quedó a comer, venía a saludar, pero alcancé a oír que le decía a mi tío Arturo: “Di en Lima que estoy rodeado de locos”. Poco después se paró, se despidió de nosotros, uno por uno, y se fue.

Aunque eran fenómenos muy distintos, entonces a muchos les pareció que el cisma chileno era una reedición moderna de la guerra española. Pinochet era el Franco chileno. Dicho sea de paso, a diferencia de lo que ocurrió en España a partir de 1975, la transición se hizo en Chile con su Franco vivo y sentado en el Senado.

Así como Franco se topó con unos tecnócratas del Opus Dei que impulsaron la modernización de España, en algún momento, más bien afortunado para la economía chilena, Pinochet se encontró con unos jóvenes que venían de Chicago y que lo persuadieron de que debía hacer algo distinto al clásico corporativismo militar. Hacia mediados de los años ochenta, comenzó a ser evidente que algo habían hecho bien esos jóvenes. El modelo chileno comenzaba a tener éxito económico, y se convirtió en uno de los insumos para el Consenso de Washington.

¿Se necesitaba mano dura para lograr el despegue económico? El éxito de esos militares era una excepción, no la regla. Allí estaba Argentina como ejemplo. Es verdad que en los casos exitosos de desarrollo contemporáneo hubo algunas dictaduras, como en el sudeste asiático, pero han sido mucho más los fracasos, como África lo puede atestiguar en demasía. Amartya Sen ha señalado que en el mundo contemporáneo, las hambrunas y las pestes sólo se han producido bajo dictaduras.

Ahora que escribo sobre Allende, me doy cuenta de que en América Latina ha habido pocas muertes como la suya, digna de algún emperador estoico de la Roma difunta. Fue un dirigente fallido, presidió una experiencia errónea, pero fue un gran héroe republicano.

II

La experiencia militar

Carlos Delgado y la sombra del militarismo

Carlos Delgado fue la eminencia gris de Juan Velasco Alvarado, y como tal, tuvo una poderosa influencia en un período crucial del Perú contemporáneo.

Yo lo conocí en 1972, en Quito. Acababa de entrar a trabajar en la revista *Oiga* y hacía mi primer viaje como episódico corresponsal viajero, a Venezuela y Ecuador. *Oiga* era entonces la revista del mundo progresista peruano, y su director, Francisco Igartua, era amigo íntimo de muchos intelectuales peruanos, entre ellos, por supuesto, Mario Vargas Llosa.

En Quito me enteré de que Delgado estaba en la ciudad. Me pareció casi una obligación entrevistarlo. Llegué al hotel Colón, donde se alojaba, y lo llamé desde la recepción. “Sube”, me dijo cordialmente, lo que atribuí a la estrecha relación de la revista con los militares en el gobierno (relación que se quebraría dramáticamente dos años más tarde, con la expropiación de los periódicos).

Toqué la puerta. “Soy Barnechea, de *Oiga*”. “No, tú no eres de *Oiga*”, me dijo. Insistí, desconcertado y probablemente nervioso (tenía entonces veinte años). “No, tú eres de *Diagrama*”.

Un grupo de cuatro amigos (Augusto Ortiz de Zevallos, Luis Llosa, Alonso Cueto y yo) habíamos publicado el primer número de una pequeña revista cultural. Como casi todas las publicaciones de ese tipo, fue una experiencia efímera, pero de la que estábamos naturalmente muy orgullosos. Ernesto Cardenal, el poeta-sacerdote nicaragüense (que se alojaba donde Luis Varese, quien se enrolaría más tarde en

el MRTA), nos había dado un poema sobre Solentiname, su isla-comunidad, y Antonio Cisneros, recién regresado de Londres, nos entregó otro texto. Mario nos dio un adelanto de su *Historia secreta de una novela*. Un texto que propuso Augusto me hizo descubrir a un escritor que me encantó: Herbert Read. Su prédica anarquista, sobre todo su crítica del leninismo, influyó para confirmar lo que ya sentía: yo no era marxista, y no tenía ganas de serlo.

¿Cómo sabía Delgado de esa secreta revista? Aparentemente, una tía de Alonso era su amiga y se la había dado, y Carlos la había leído en el avión a Quito, de modo que me acogió casi familiarmente. Me quedé varias horas con él, y finalmente me dijo: “Quédate a comer, que viene Alfredo Pareja”.

Alfredo Pareja Diez-Canseco era uno de los novelistas más conocidos de Ecuador, además de diplomático (sería Ministro de Relaciones Exteriores siete años más tarde, en el gobierno de Roldós). Era, además, medio peruano, pues su madre era hija de uno de los generales arequipeños Diez Canseco. Había tenido una vida azarosa: huérfano, grumete, profesor, hombre de negocios y diplomático. No dijeron, o al menos no recuerdo que lo hicieran, de dónde venía su relación, pero probablemente tenía que ver con el Perú o el aprismo. Pareja era guayaquileño, y a lo largo de la historia, las familias de Guayaquil se han relacionado con familias peruanas, sobre todo de Piura.

Recuerdo, sí, que el diálogo me impresionó, y me hizo pensar que eran dos señores ya muy mayores, y algo excéntricos. Fue cuando Carlos le preguntó: “¿Con quién conversas aquí?”, y Pareja le respondió: “Con las paredes y los libros”. Y Carlos comentó, sin inmutarse, sabiendo que era lo más natural del mundo: “Ah, claro, igual que en el Perú”. Poco después yo encontraría, leyendo las *Antimemorias* de Malraux, que éste le había preguntado a Leopold Sedar Senghors algo parecido: “¿Qué intelectual no se siente un poco extranjero en el Tercer Mundo?”.

Me doy cuenta ahora de que no debo haber tratado mucho tiempo a Carlos Delgado, acaso poco más de cinco años.

Pero fueron años formativos de mi vida y de mi experiencia política. Ahora muerto, a la distancia, lo recuerdo con cariño. Y al hacerlo, pienso en mi relación con la experiencia de Velasco.

Lo primero que me viene a la mente es un olor, un olor a gases lacrimógenos. Deben haber sido las diez u once de la mañana, cuando Javier de Belaúnde y yo caminábamos entre tanquetas y humo por la Plaza Francia, al costado de la vieja Facultad de Letras, frente a la iglesia del antiguo Colegio de la Recoleta. Todo el mundo esperaba un “desenlace”, aquello que en la tradición hispánica se llama un “pronunciamiento”. Ya he dicho que 1968, el año en que entré a la universidad, había sido un año intenso, politizado, o al menos politizado para mí, que descubría en la universidad la arena política y mil debates. Pocos días después, vi por televisión la toma de Talara, y mi recuerdo me dice que me emocionó.

En la universidad, quiero decir en la Católica, porque en el resto de las universidades había ocurrido mucho antes, comenzaron a organizarse los primeros grupos marxistas, entre ellos el FRES, sigla que, si no me equivoco, correspondía a Frente Revolucionario de Estudiantes Socialistas. Javier Diez Canseco y Agustín Haya de la Torre aparecían como sus líderes principales. La posición de ellos era que la revolución militar era, por supuesto, una revolución “burguesa”. En la Facultad de Derecho había un grupo, más bien desorganizado, de estudiantes de “derecha”, hostiles a Velasco. Yo me encontraba psicológicamente al medio, y más bien favorable a lo que entonces se llamaba el “proceso”, pero fui desencantándome poco a poco. En 1974, cuando el gobierno endureció su posición, Velasco deportó a un grupo variopinto de opositores y cerró el semanario *Marka*. Yo escribí contra eso y sostuve una breve polémica con Hugo Neira, que está registrada en el diario *Correo* de entonces. Ahora veo todo eso como algo lejano, como algo que no tiene conexión real con nada de lo que pienso o me interesa, pero ésa es también mi historia.

En esos tres años, desde que lo conocí hasta que Velasco cayó, vi a Delgado con frecuencia. Lo vi muchas veces, generalmente en la casa de Manuel Checa Solari, *Mañé*. Exilado su padre en Chile, luego de la caída de Leguía, cuyo régimen había apoyado, Mañé trabó allí amistad con los exilados apristas. Era una mezcla inusual: el miembro de una familia de terratenientes de Piura, un viejo señorón limeño, pero aprista; un aprista entre civilistas. Era un puente entre dos esferas humanas muy distintas. Amigo de Neruda y de Botero, fue un mecenas y un extraordinario coleccionista de pintura. Su casa era asilo, galería, club social. Su amistad, generosidad, casi protección, fueron muy importantes para el adolescente que era entonces.

Trato de recordar algunos momentos con Delgado, y esto es lo que aparece en mi memoria.

Lo acompañé a escuchar una conferencia de Jaroslav Vanek, uno de los teóricos de la autogestión yugoslava que había venido especialmente invitado a Lima. Ya para mí, Milovan Djilas era importante, parte de mi equipaje antiestalinista, que iba creciendo. Carlos seguía muy concentrado la conferencia, y movía por momentos la cabeza aprobando, pero al terminar me hizo este extraño comentario: “Haya era más profundo que esto”.

En el Café Haití de la Plaza de Armas, frente a la estatua de Pizarro –ahora desaparecida, como el propio Café Haití– se apareció Carlos. Salió de Palacio, por la puerta lateral, y vino donde nosotros. “Nosotros” éramos Alberto Methol Ferré y yo.

Yo había conocido poco antes a Methol, en Montevideo. Vivía en una casa junto al puerto, y su altillo era una enorme biblioteca. Era colaborador de la revista *Vispera*, la revista del progresismo católico latinoamericano, que yo compraba regularmente en la librería Studium de la calle de la Amargura, como se llamaba antiguamente a una de las cuadras del jirón Camaná. Me llamaban la atención los artículos de Methol, que expresaban lo que se llamó en el Río de la Plata la “izquierda nacional”.

Methol había sido originalmente “blanco”, partidario de Herrera, pero también partidario al comienzo de Perón y de todos los movimientos populares “nacionales”, llamados después “populismos”. Era católico e izquierdista, pero admiraba a Haya, cosa que me sorprendió. Pero más me sorprendió la rapidez con la que Delgado aceptó, ya sentado en el café con nosotros, lo que Methol le decía: “Están haciendo lo del Apra, y tú estás aquí en tanto que aprista”. Methol insistió que el eje conceptual del aprismo, como el de todos los movimientos populares latinoamericanos, había sido democracia más industrialización más integración.

En 1974, junté a Carlos con Jorge Abelardo Ramos, a quien yo había conocido en Buenos Aires y que estaba de paso por Lima. Grabé una conversación entre ambos que publiqué en uno de los últimos números de *Postdata*, mi revista.

Como es obvio, la revista debía su nombre al libro de Octavio Paz, mi más grande influencia de esos años. La habíamos publicado con mucho esfuerzo y con relativo éxito, pero cometí el error de aceptar que se incluyera como suplemento de un periódico expropiado por el gobierno. Muy pronto me enfrenté a la posición del gobierno, y por tanto a la dirección de ese periódico, con lo que la revista dejó de existir.

Como cuento en otro capítulo de este libro, Ramos era una de las sobresalientes, aunque heréticas, figuras del marxismo latinoamericano. Trotskista de la línea “pablista”, creía que el “entrismo” que esta corriente propugnaba, y que en Europa consistía en “entrar” y capturar a los partidos comunistas, en América Latina debía hacerse en los grandes partidos populares, que eran todos, o casi todos, partidos como el peronismo y como el Apra. Había entre ellos notorias diferencias, por supuesto, pero principalmente dos. Primero, el aprismo, a diferencia del peronismo, no se había hecho desde el poder sino desde la oposición y la clandestinidad. Segundo, a diferencia del peronismo, que cobijó a nazis a la caída de Hitler, el aprismo había entregado todo, o casi todo, en el altar de la democracia representativa.

Ramos había ideado el término de “izquierda nacional”, había apoyado a Perón, y por tanto era comprensible que le interesara mucho el fenómeno Velasco. Había sido amigo, o lo era todavía, de Michel Raptis, que, pese a ser griego, había estado en los orígenes del Frente de Liberación argelino y de los movimientos revolucionarios árabes. ¿Era Velasco otro Nasser?

Recuerdo con nostalgia a otro amigo que Carlos me presentó: Darcy Ribeiro. Era bajo, casi siempre risueño, extremadamente locuaz, completamente “carioca” (aunque había nacido en Minas Gerais). Después de conocerlo, me invitó varias veces a su gran departamento en la avenida Benavides, frente al parque Reducto. A la distancia, no recuerdo libros en su casa, que tal vez no estaban allí debido a todos sus exilios. La decoración principal eran las mujeres que lo visitaban.

Yo era muy joven entonces y no aprecié bien el calibre del hombre. Leí después, mucho después, sobre Brasil, los libros de Gilberto Freyre que Darcy prologó para la Biblioteca Ayacucho. Darcy había sido Rector de la Universidad de Brasilia, Ministro de Educación y poderoso aunque efímero jefe de la Casa Civil de Joao Goulart. Pero sobre todo era un antropólogo, muy a la brasileña, proclive a las grandes teorías, a las interpretaciones grandiosas y globales. No hablé nunca de esto con Darcy, no lo sabía entonces, pero me pregunto ahora si es uno de los vástagos de la presencia conjunta de dos de los más grandes intelectuales franceses (y del mundo) de este siglo: Claude Levi Strauss y Ferdinand Braudel, que habían estado en Sao Paulo, en cuya universidad se graduó Darcy en 1946. Precisamente, sus primeros trabajos fueron sobre indígenas amazónicos, en la estela del trabajo que Levi Strauss inmortalizó en *Tristes Tropiques*.

No sé qué aportó Darcy al Perú. El golpe de 1964 lo había sacado de Brasil y erró por todo el mundo, principalmente por América Latina. Estuvo con Allende en Chile, cómo no, y vino al Perú tras su caída, en 1973. Tal vez era un poco tarde

para orientar al régimen militar, o tal vez el Perú fue sólo una estadía de su exilio. Cuando comencé a estudiar al Brasil, y a viajar con más frecuencia a ese país, quise buscar a Darcy. Hacía veinte años que no lo veía, pero cuando pasé por Río y pregunté por él, el cáncer acababa de matarlo.

Cuando se produjo la sucesión de Velasco Alvarado por Morales Bermúdez, Carlos ya estaba medio alejado del gobierno. Seguía formalmente en él, pero su influencia, como probablemente la de Velasco mismo, se apagaba. Un grupo de militares (lo llamaban en la prensa *La Misión*), presuntamente menos izquierdistas, había capturado Palacio.

Francisco Morales Bermúdez logró articular una heterogénea coalición que incluía algunos militares izquierdistas con otros notoriamente derechistas (afines por ejemplo al régimen militar argentino). Desde Tacna (de allí el nombre de “Tacnazo”), Morales Bermúdez hizo su *pronunciamento*. En Lima se realizaba una conferencia de Países No Alineados. Recuerdo de ella al hoy presidente argelino Bouteflika, entonces canciller. Morales cerró esa reunión, ya como Presidente, diciendo que “la revolución que los había recibido era la misma que los despedía”.

Para Delgado, el relevo de Velasco fue el fin de su carrera política. Volvía a las épocas de su juventud, de su travesía aprista, de su exilio. Vivía en Miraflores, en un pequeño departamento frente al mar, con una salita, que era básicamente su biblioteca, y un dormitorio. Salía del gobierno sin dinero y necesitaba empleo, pero sabía que nadie se lo daría en el Perú. Mientras trataba de colocarse en alguna organización internacional (para retomar el trabajo de funcionario internacional que había tenido en la CEPAL), veía a sus amigos. Muy a la peruana, le gustaban los restaurantes de comida china. No había amargura en él, sino más bien una cierta ternura, en medio de lo que parecía, a primera vista, arrogancia. Pero era una cierta arrogancia en las ideas, nunca en la vida personal. De ese tiempo, recuerdo haber ido a unos de esos chifas, en su Volkswagen usado, con el poeta

César Calvo, que lo divertía. También conservo en mi mente encuentros con Ismael Frías, trotskista pablista como Ramos, y que por eso se había acercado también a Velasco.

A principios de 1976, Carlos me llevó a conocer a Velasco. Yo no había aceptado ir a Palacio en el par de ocasiones que Carlos me lo había propuesto, pero ya derrocado, “en el llano” como solía decirse en el Perú, me pareció muy interesante conocerlo. Invité a mi amigo Guido Lombardi a que viniera. Velasco nos recibió en el segundo piso de su casa de Roca y Bologna, sentado en su silla de ruedas (le habían cortado una pierna).

A decir verdad, no recuerdo del todo lo que se habló. Pero no me pareció que articulara bien lo que había hecho ni su significado en la historia del país. Pero acaso era ya un hombre cansado, retirado, y no tenía muchas ganas de hablar. ¿Qué recuerdo de ese hombre? Sus ojos. Eran inquisitivos, duros. Recuerdo que pensé instantáneamente en el libro de John Womack sobre Zapata, donde habla también de los ojos de Zapata.

Al irme, casi como si fuera un juego, Velasco me dijo: “No sabía que eras tan joven (tenía entonces veinte y cuatro años). Pero fregaste tanto con lo de *Marka* que te íbamos a deportar. Éste –alargó el brazo hacia Carlos– te salvó”. Se refería a la clausura del semanario marxista *Marka*, que yo critiqué.

Carlos había nacido el 24 de diciembre de 1924, y tenía por lo tanto la misma edad de mi padre, que era de mayo de aquel año.

Lo busco en Google, como se hace ahora, casi instintiva, automáticamente, pero Carlos Delgado Olivera no existe: aparecen un beisbolista y un político y militar venezolano, Carlos Delgado Chalbaud. Me doy cuenta de que Carlos pertenece a un pasado extinto, que es más viejo en la memoria pública que Leguía, que tiene ciento cuarenta mil menciones.

¿Quién era y de dónde había venido Carlos Delgado? Creo que saber esto orientará mucho sobre su papel en la historia contemporánea del Perú. Era chiclayano, y eso

definía una buena parte de su personalidad. Chiclayo es una ciudad comercial, mesocrática, una ciudad de chicherías y compadres. A diferencia de Trujillo, es una ciudad más bien nueva, republicana, creada cuando una inundación y un sismo arruinaron a Lambayeque, que era el lugar primogénito. Carlos guardó siempre ese espíritu de camaradería “horizontal”.

Se había hecho aprista muy joven, acaso niño. Chiclayo formaba parte todavía, como todo el Norte peruano, del “sólido Norte”, el bastión original y entonces inexpugnable del aprismo. Había sido el primer secretario de la JAP, la juventud aprista, y había estado, cómo no, preso, en El Frontón. En la Universidad de San Marcos perteneció a la misma generación que el novelista Manuel Scorza y el poeta Washington Delgado, y en esa adolescencia participó de grupos literarios. Como líder aprista, presidió la Federación Mundial de Juventudes, y en los años cincuenta se fue a estudiar sociología a Estados Unidos, en la San Diego State University (1954), y luego una maestría en Cornell, que terminó diez años más tarde, en 1964. Como muchos apristas, Carlos Delgado rompió con su partido en 1962, cuando se produjo la alianza con Odría.

El Apra había apoyado en 1956 a su perseguidor de antaño, Manuel Prado. Como se sabe, cuando se realizaron las elecciones de 1962 y Haya le ganó a Belaúnde y a Odría, sin alcanzar el tercio constitucional requerido, con lo que la Presidencia debía dirimirse en el Congreso, el ejército hizo saber que vetaba al jefe del aprismo. Haya ofreció sus votos a Odría, en el prolegómeno de lo que sería la coalición parlamentaria y municipal entre el Apra y la Unión Nacional Odríista, entre 1963 y 1968.

Pero esa vez existían alternativas al Apra para los jóvenes, en el Perú y en América Latina. En 1956 había aparecido un candidato “aluvional”, Fernando Belaúnde Terry, que había captado a los jóvenes y a las clases medias que la modernización peruana había ido creando, y en 1959

aparecieron, sobre todo, Fidel Castro y la revolución cubana. Lo que nos interesa ahora es que esa decisión de 1962 separó de Haya de la Torre a un gran contingente de jóvenes. Uno de ellos, ya acercándose sin embargo a los cuarenta años, fue Carlos Delgado.

Al separarse del Apra, Delgado pasó a formar parte de otra legión, una realidad masiva de la cultura política peruana, acaso uno de los partidos más numerosos del Perú: los ex-apristas. Como tantos de ellos, Carlos nunca se libró de la sombra del Apra. Tenía la obsesión y la dependencia del aprismo. Citaba siempre una carta de Haya, de 1917, desde el Cusco, dirigida a uno de sus hermanos, en la que aparentemente le decía que había que aliarse con cualquiera para las elecciones de 1919, siempre y cuando les ofrecieran algo. La carta está fuera del carácter de Haya, de su cerrado protagonismo, y si se quiere, fuera de su poderoso egocentrismo. Pero Carlos la citaba como para justificar su distanciamiento.

Tal vez esa estela del aprismo sólo pueda entenderse si se la compara con la del comunismo y su influjo sobre los ex-comunistas. En su extraordinario libro *L'écriture ou la vie*, Jorge Semprún rememora su estadía en el infierno, en los campos de concentración, pero hace al mismo tiempo una elegía de la fraternidad comunista. Cuando escribió ese libro, hacía cuarenta años que Semprún había roto con el comunismo, pero la impronta de sus lazos, su aroma, todavía lo embriagaba, como analizaré más adelante en este libro.

Algo parecido pasó con casi todos los ex-apristas. Los dominaba la nostalgia, una sensación de extraña soledad, de orfandad, o eran compelidos a la diatriba, al odio que confiesa su amor. El ex-aprismo tuvo así dos caras, pues produjo dos culturas diversas. Una fue una derivación "izquierdista", probablemente la más numerosa, la de quienes pasaron del Apra al marxismo, al comienzo hacia la órbita del Partido Comunista. Es el caso de escritores como Alberto Hidalgo y Magda Portal. Luego, en los sesenta, ya producida la

revolución cubana, cuando ésta no parecía aún un satélite ruso, muchos ex-apristas derivaron a una izquierda más radical. Es el caso de quienes, como Luis de la Puente Uceda, se incorporan a la guerrilla, siguiendo la teoría “foquista” de Regis Debray. Otros, al final, se convirtieron en políticos sin partido, como Alfonso Barrantes, que guardó siempre un estilo político muy aprista, forjado en las aulas sanmarquinas.

La otra derivación fue más bien anticomunista. Curiosamente, Carlos pertenecía a esta cultura. En el fondo, buscaba a tientas, antes de tiempo, un *Third Way*, esa búsqueda que tuvo tantas tentativas. Parte del prestigio de la Yugoslavia de Tito se debió a eso.

No sé bien cómo conjugó Carlos esta inclinación, durante el régimen de Velasco, cuando estuvo rodeado de gente que venía mayoritariamente de la izquierda marxista, como por ejemplo Héctor Béjar.

Ahora bien, el “alma” aprista encerraba también dos culturas, que se expresan en su relación con la violencia. Porque hay una relación secreta de los apristas con la violencia y su mitología. De hecho, hasta 1948, dos tendencias luchaban constantemente dentro del aprismo: la de quienes buscaban ubicarse genuinamente dentro del juego democrático, y la de quienes buscaban simultáneamente una insurrección. Durante década y media, Haya nunca resolvió este dilema, y pareció más bien alentar ambos caminos, aunque quizá como una herramienta de presión frente al establecimiento.

En otra demostración invisible de sus ataduras apristas, Carlos no escapaba a esa mitología. Un día vi salir de su oficina (yo había quedado en comer con él) a un hombre que parecía muy anciano, con una frente gravemente deformada por algún golpe. No sabía quién era, pero cuando ya estaba lejos, Carlos me dijo: “Es Carlos Steer Lafont”. Steer había matado en 1935 a Antonio Miró Quesada y su mujer.

Sin embargo, Carlos era intelectualmente un demócrata, casi podría decir que un liberal. Cuando Velasco clausuró *Caretas*, y su director, Enrique Zileri, estaba escondido en algún lugar de

Lima, Mario Vargas Llosa intercedió por él directamente con Velasco, en una reunión organizada por Carlos.

Mario no había roto con el régimen militar, cosa que hizo en 1974, cuando éste expropió los diarios. Muy poco antes, en una ocasión en que volvía a Europa, lo acompañé al aeropuerto, y en la cafetería redactó a mano una pequeña nota para Ismael Frías, entonces el principal columnista del periódico estatal *La Crónica*. Hay muchas declaraciones entre 1968 y 1974 en las que Mario apoya las reformas del gobierno, aunque siempre señalando la necesidad de la libertad de expresión.

Al salir de aquella reunión con Velasco, Mario me contó que Carlos lo había apoyado sin ambages en su posición, directamente en contra de lo que pensaba Velasco. Carlos tenía una fascinación con Vargas Llosa (“el único tipo serio en el Perú, siempre trabajando”, me dijo un día), y estaba orgulloso de ser su amigo.

¿Cuál fue exactamente el tipo de relación de Delgado con Velasco?

Después de su ruptura con el Apra, Carlos se convirtió en funcionario de la CEPAL. Prebisch ya no era su secretario ejecutivo, pues había pasado a dirigir en 1964 la recién creada UNCTAD, la Organización de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, pero seguía siendo su presencia tutelar. De esos años es un magnífico ensayo de Carlos: “Notas sobre la sociología del arribismo en el Perú”, una perceptiva comprensión de la compleja trama social del país mestizo. Revisando notas para este libro, he visto incluso que hay quienes mencionan a Carlos como el que propone tempranamente la idea de un Índice de Desarrollo Humano, algo que se atribuye a Amartya Sen. ¿Cuál es el origen de esa idea hoy universalmente aceptada? Como tantas cosas, acaso tenga varios orígenes simultáneos, y uno de ellos podría haber sido Delgado en Chile.

Lo cierto es que a comienzos de 1969 se realizó la reunión anual de la CEPAL en Lima, y alguien le pidió a Carlos

Delgado que preparase un borrador para el discurso de inauguración que haría Velasco. En la ceremonia, Velasco leyó ese discurso de principio a fin, casi sin cambios, y eso marcó el comienzo de la estrecha colaboración entre ambos. ¿Qué unió a esas dos personalidades tan distintas, al ideólogo en ocasiones barroco y al militar tosco y no muy educado?

Ambos eran provincianos y conscientes de serlo. La de Carlos Delgado era una cultura mixta: a un nivel Cornell, CEPAL, la moderna sociología, y a otro más visceral, la raigambre chiclayana. Eso explica su prosa alambicada, engalanada como para un domingo de provincia.

Velasco era piurano, pero piurano del barrio de Castilla. Mi suegra, Marcela Pérez de Cuéllar, me cuenta que en la única ocasión en que vio a Velasco, éste le dijo: “Señora, yo soy piurano como usted, pero no de la Plaza de Armas como usted sino de Castilla”. Castilla: el barrio popular, la sociedad de la manganchería, el otro lado, el margen. Carlos Delgado era agudamente consciente de ser otro marginal, y su travesía política había acentuado ese carácter: no aprista ya, pero tampoco incorporado a la otra “iglesia”, la del marxismo. Era un provinciano en Lima.

Pero tiene que haber existido esta otra conexión: el uso del ejército como el partido del cambio. En efecto, Velasco representó un giro en el militarismo peruano. El Ejército había sido siempre, desde su formación al comienzo de la república (con oficiales en su mayoría realistas, que se pasaron al bando republicano sólo después de la batalla de Ayacucho), una fuerza mesocrática, un canal de movilidad social. Pero hasta Velasco, el Ejército había actuado como el “perro guardián” de la oligarquía.

Asimismo, aún con un signo ideológico novedoso, el Ejército seguía siendo la alternativa política al Apra. La historia contemporánea del Perú, en efecto, es un diálogo (*dia-logos*: sólo dos razones) y una tensa competencia entre el Ejército y el Apra, en medio del cual se interpusieron sucesivos fantasmas sin carne, hasta la aparición, en 1956, de Fernando

Belaúnde, quien trató de hacer un aprismo “blanco”, sin manchas, sin violencias, un reformismo que recogiera los viejos sueños descentralistas pero que no despertara los recelos de Lima.

En otra parte de América Latina, en el Caribe, otro aprista, Juan Bosch, propuso en un libro la “dictadura con apoyo popular”. Rodrigo Borja me regaló en Quito, en 1972, una copia de ese libro, en la misma visita que conocí a Carlos Delgado.

Pues bien, Carlos era en 1968 un hombre sin partido. Si no tengo al Apra, imagino que pensó, tendré al Ejército, a ese Ejército que hablaba, aunque balbucientemente, su lenguaje desarrollista, ya reconvertido al cepalismo. Ciertamente era un cepalismo tardío. ¿Qué habría pasado si el cepalismo se hubiera hecho, como en Colombia (con el Partido Liberal y Lleras Restrepo), por el Apra de haber llegado al poder en 1962? ¿Hubiera “estado a tiempo”? ¿Hubiera sido un cepalismo más gradual, más consensual? La verdad es que, en teoría, el intento cepaliano de Velasco fue radical. Hizo las reformas, primordialmente la agraria, de los sectores que bloqueaban el desarrollo, según la teoría de Prebisch.

Carlos creía de verdad que Velasco estaba haciendo “aprismo”, el aprismo que se había extraviado por la convivencia y la coalición con Odría (y por tanto, con los “señores de la tierra”). Pero Carlos no se orientó según la fórmula belaundista sino que siguió la de Bosch. Para usar ese partido, no necesitaba asambleas ni comités: sólo necesitaba la oreja del mandamás. Era la ilusión del ideólogo que creía que, como en los tiempos del despotismo ilustrado, el progreso llegaría desde arriba. Era la búsqueda del Santo Grial, la tercera vía. Tenía el instrumento equivocado, pero era el único que la historia le había dejado.

Cuando se encontró con Velasco, en 1969, Carlos tenía cuarenta y cinco años, estaba en la flor de la vida. Me recordaba muchas veces que Manuel Seoane tenía cuarenta y cinco años en 1945 cuando, con su tórax erguido, con

su oratoria embrujadora, su acento de barítono tronante, dominaba el Senado de la república y las plazas apristas, compitiendo con el demiurgo por excelencia, Víctor Raúl Haya de la Torre. Acaso Carlos sintió que le había llegado su momento histórico; como segundón, pero su momento. Y ese papel de actor de reparto acaso se acomodaba con su modestia personal y su marginalidad provinciana, disfrazada de la arrogancia del ideólogo.

No sé qué pensó a finales de los años setenta de su experiencia con los militares, qué balance haría. Lo dejé de ver porque tuvo que irse a Mozambique, el único lugar donde la Organización de las Naciones Unidas tenía un puesto para él. Ya no lo vi. Poco después, igual que a Carlos García Bedoya, otro brillante y honrado colaborador del gobierno militar, el cáncer lo atrapó, a los cincuenta y seis años de edad.

Yo pasaba por Nueva York el 4 de noviembre de 1980, en tránsito a Madrid. No sabía que Carlos estaba en Nueva York, en una clínica, y no sabía que ese día, precisamente ese día en el que yo estaba por azar en el aeropuerto de Nueva York, moría. Me hubiera gustado, cómo no, verlo, y haberle dicho cuánto lo había querido, aunque en muchas cosas no pensara como él, y pensara ahora que el régimen de Velasco Alvarado había creado más problemas que los que había resuelto.

Curiosamente, ese 4 de noviembre se realizaban las elecciones americanas, en las que Ronald Reagan arrasó. Un año antes había sido elegida Margaret Thatcher. Comenzaba pues el dominio liberal, y las ideas que defendía Carlos también agonizaban.

III

Los marxistas de Indias

Por qué no fui marxista

Yo me libré de la enfermedad intelectual de mi generación: el marxismo, que hoy, a veinte años de la caída del muro de Berlín, parece una teoría tan lejana, y acaso dentro de un siglo algunos la vean como algo tan remoto como vemos hoy las herejías cátaras. Pero ese pasado, *El pasado de una ilusión*, como tituló su libro Francois Furet, cautivó durante casi siglo y medio a mucha gente.

Cuando uno lee, por ejemplo, *The Private Life of Chairman Mao*, las memorias de Liu Shao Shi, su médico personal, y su detallada descripción de la vida privada del Gran Timonel, o el fascinante libro de Simon Sebag Montefiori, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, uno se pregunta cómo una teoría que condujo a esas crueldades pudo cautivar a tanta gente, y en muchos casos a gente tan notoriamente inteligente.

Para comprender esto, quizá sea necesario recordar que, “al otro lado”, Martin Heidegger, una mente tan inmensamente superior, fue un nazi. Cuando Jaspers le preguntó cómo alguien tan primitivo como Hitler podía gobernar Alemania, Heidegger le contestó extrañamente: “¿Pero has visto sus manos?”. Por eso, en una de las cartas más conmovedoras del siglo XX, Jaspers le pidió que, si tenían algo en común, si la filosofía significaba de veras algo, la usara al servicio de la razón y no de la magia.

Mis compañeros de universidad leían una pequeña biblia, los *Elementos del materialismo histórico*, de Martha Harnecker, que tuvo un impacto desmesurado en su momento. Lo leí, o traté de leerlo, pero me pareció un catecismo más bien tonto. Con el tiempo sabría que la Harnecker, chilena, había terminado en Cuba, casada con Manuel Piñeiro, a quien vi

en La Habana. Apodado Barbarroja, Piñeiro era el operador de Fidel para América Latina, y probablemente haya estado en el centro de muchas muertes y vendetas dentro de la izquierda latinoamericana.

La Harnecker era la traductora en la región del efecto Althusser. Qué extraño. Althusser, el teórico marxista más influyente para mi generación, que ahorcó a su mujer en las escalinatas de La Sorbona, estaba probablemente loco. Uno de sus discípulos, Nicos Poulantzas, brillante y extasiado, cuyo libro *Fascismo y dictadura* fue otra biblia, estaba igualmente desquiciado y se suicidó. Nadie sabía entonces, por supuesto, lo que vendría, pero me pareció que había en esas teorías un esquematismo peligroso.

¿Qué me salvó del marxismo? Quizá lo mismo que podría haberme atraído a él: un poco de lecturas y tal vez un temperamento, en mi caso, un espíritu poco gregario. Yo venía de la provincia y de la vida rural, y era poco aficionado a las patotas, así estuviesen disfrazadas de ideología.

Lecturas... Yo leí, en el primer año de universidad, la trilogía de Isaac Deutscher sobre Trotsky, que me encandiló. Comencé, por tanto, como un resuelto antiestalinista. Pero había leído también un librito revelador, que tocó cuerdas naturales en mí: *Arte y revolución*, de Herbert Read. El anarquismo me atraía, y su crítica de la dictadura del proletariado me resultó enteramente persuasiva. No me gustaban los bolcheviques, y, cada vez que leía algo sobre la revolución rusa, me inclinaba instintivamente hacia los mencheviques.

Quizá por ello me tropecé pronto con los casos de los disidentes soviéticos, como el de Víctor Serge, el eterno exilado, que se convirtió por un tiempo en uno de mis ídolos. Víctor Kalbichiec había nacido en 1890, en Bélgica, de padres rusos, populistas aunque moderados, exilados después de que una rama terrorista de esos *narodniks* asesinara a Alejandro II. Fue a España antes de que estallara la revolución bolchevique, y allí asumió el nombre de pluma de Víctor Serge. En 1919, ya con Lenin en el poder, volvió a Rusia, a la casa ancestral,

para ayudar a la revolución naciente. Estuvo a cargo de la estructura administrativa del recién fundado Komintern, pero hacia 1924, poco antes de la muerte de Lenin, ya estaba desencantado, y volvió a salir al exterior. Sin embargo, al cabo de unos pocos años volvió, y comenzó entonces su terrible vía crucis por Siberia. Allá fue con su hijo pequeño, ya que lo separaron de su esposa y de su otra hija.

En 1935, se realizó en París el célebre Congreso de Escritores Antifascistas, orquestado por Willy Münzenberg, el genio de la propaganda comunista, y que copresidieron nada menos que Romain Rolland, André Gide y André Malraux. Los surrealistas armaron un escándalo por el caso de Serge. Se cuenta que Rolland intercedió ante Stalin para que lo liberaran, a fin de no dañar así la reputación de ese congreso.

Reunieron a Serge y su hijo con su esposa e hija, y los pusieron en un tren rumbo a Varsovia. De allí llegaron a París, donde se quedaron hasta 1940, cuando tuvieron que huir a Marsella, junto con figuras como André Breton. Pero como, a diferencia de éste y otros artistas y escritores, no logró obtener, debido a su pasado revolucionario, una visa para Estados Unidos, se dirigió a México. Ese año, Ramón Mercader asesinó a León Trotsky en su casa de Coyoacán.

Trotsky había excomulgado a Serge de la "oposición de izquierda" por sus tendencias "anarquizantes". Sin embargo, al llegar a México, Serge ayudó con generosidad a Natalia Sedova, la viuda de Trotsky. En México, se refugió también lo que quedó de los familiares de León Trotsky, luego de todas las masacres de los esbirros de Stalin. Entre ellos estaba una nieta: Verónica Volkow, poetisa.

Curioso del mundo, invencible, escritor de raza, Serge siguió escribiendo. Estaba terminando un libro sobre el México antiguo cuando, en 1947, en el Distrito Federal, en un taxi desconocido, un ataque al corazón lo mató. Tenía cincuenta y siete años.

Años más tarde, conocí fugazmente a ese hijo que lo había acompañado a Siberia y luego a México. Vivía en Cuernavaca,

era pintor y practicaba una pintura geométrica. Se llamaba Vladimir Serge, pero firmaba sólo como Vlady.

El otro gran descubrimiento de mi adolescencia fue Octavio Paz. Hablaré de él más adelante, pero aquí debo señalar la conexión con lo que acabo de contar. A través de Paz, y de su revista *Plural*, accedí a otras historias de disidentes, como por ejemplo la de Ossip Mandelstam, el poeta acmeísta cuya viuda memorizaría en el terror sus poemas y los salvaría del olvido. Busqué las memorias de ésta, *Contra toda esperanza*, y leí todo lo que pude sobre ellos. También fue muy importante leer *The Great Terror*, de Robert Conquest.

Así, mientras muchos de mis compañeros universitarios leían sobre la revolución bolchevique imaginando estar en la toma del Palacio de Invierno, yo leía otra historia rusa, la de sus disidentes. Por eso conozco la vida de Anna Ajmátova mejor que la de cualquier otro mito femenino.

A esas lecturas se sumaron, poco más tarde, otras. José María Salcedo, con quien íbamos casi todos los días a los cineclubs, a ver sobre todo los filmes de la *nouvelle vague* francesa y los de Fellini, me recomendó *Caminos de utopía*, de Martin Buber. Me entusiasmó sobremanera, y durante meses fue mi guía. A él se agregó Emmanuel Mounier, el fundador de *Esprit* y su personalismo comunitario.

No recuerdo cómo, pero tropecé asimismo, creo que en mi segundo año universitario, con las proclamas de *Giustizia e libertà* y los escritos de Carlo Rosselli. No sé cómo ni por qué, porque nadie hablaba de ellos, pero llegaron a mis manos.

Con esas influencias, se fue formando en mí una amalgama teórica. Como Monsieur Jordain, que hablaba en prosa sin saberlo, un poco por azar y mucho por intuición, yo también era un socialdemócrata, sin saberlo.

Fue desde esa posición que observé y me relacioné con los marxistas. Traté a muchos de ellos, comenzando quizá por el más importante, a quien no conocí exactamente, pero a quien traté: Eudocio Ravines. El renegado Ravines.

El renegado Ravines

“¿Usted ve a Haya de la Torre?”, me preguntó la vieja leyenda.

“Sí”, le dije.

“¿Sabe qué ha opinado de lo que he escrito sobre su elección?”.

“No creo que haya visto ningún artículo suyo. Anoche estuve con él y me dijo: ‘¿Qué habrá dicho Eudocio?’”.

“Hombre, qué lástima, porque le he mandado todos los periódicos con mis artículos. Estoy muy contento, ¿sabe? Es como una reivindicación de la edad”.

Habían sido rivales toda la vida, o casi toda la vida, pero el tiempo los había reunido. La edad, decía Ravines. La vejez.

Una vez, cuando le pregunté a Haya quién había sido su gran rival, me contestó: “Ravines”.

Se habían conocido muy jóvenes, en 1916, cuando Haya visitó Cajamarca por el cincuentenario del combate del 2 de Mayo, y fue por alguna razón a la casa de Ravines. Haya tenía veintún años; Ravines, diecinueve.

Lo que he contado al principio es parte de una conversación telefónica que tuve en julio de 1978 con Eudocio Ravines.

Yo no era su amigo. Ni siquiera lo conocía. Lo había visto una sola vez, una mañana de 1968, poco antes del golpe militar. Salía de clases, del viejo caserón de la Plaza Francia, y caminaba por la calle de la Amargura cuando, casi en la esquina con Quilca, lo vi de pronto, de vereda a vereda. Tenía, averigüé después, una oficina en el 872 del jirón Camaná.

Gesticulaba agriamente el rostro agestado y molesto. Bajo, enfundado en un terno mal hecho que disimulaba su abultado abdomen, llevaba pesados anteojos y emanaba ese

aire inconfundible de murciélago, o de algunas especies de batracio, que lo hacía tan desagradable. Ravines despertaba en mi generación los mismos resquemores que había suscitado antaño; era una figura ante la que no se podía ser neutral.

Pero diez años más tarde, yo quería verlo. Acababa de hacer una larga entrevista con Haya de la Torre para mi programa de televisión *Contacto Directo*, y quería hacer ahora una con esa otra figura histórica del siglo XX peruano, antes de que se muriera. “Venga”, me dijo. “Encantado. ¿Qué le parece en dos semanas?”. Pero yo no fui en dos semanas, y poco después Ravines había muerto, o lo habían asesinado.

Había nacido en 1897, sólo dos años más tarde que Haya, y formaba parte por tanto de la misma generación. Ravines marcó a fuego lento cuarenta años de la vida política peruana, desde finales de los años veinte hasta 1969: veinte años en la izquierda y veinte en la derecha. Había nacido el 9 de mayo. Era pues un Tauro, y toda su vida se mantuvo embistiendo. Cambió de bando, pero no cambió nunca de temperamento: siempre faccioso, apasionado, rencoroso, acerado, duro.

Desde comienzos de la década de los veinte, en toda Europa los comunistas se habían separado de los socialistas. En España, se habían separado del tronco socialista cuando Pablo Iglesias, Julián Besteiro y Fernando de los Ríos se mostraron más bien partidarios del laborismo inglés, que tenía ya la influencia de la moderada vena de los fabianos. En Italia, la separación se produjo después del congreso de Livorno.

José Carlos Mariátegui no había querido llamar Comunista al Partido Socialista que fundó, pero después de su muerte, ocurrida el 30 de abril de 1930, Ravines demoró dieciséis días en rebautizarlo.

Antes, por unos pocos años, Ravines había formado parte de una célula del Apra, cuando éste era todavía un frente – más y menos que un partido– de inspiración marxista, y Haya no había definido aún sus relaciones con el comunismo y la Unión Soviética, como lo haría tan previsoramente a partir del Congreso Antiimperialista de Bruselas de 1927.

El Komintern sabría pronto de los talentos del joven comunista peruano. Su primera aparición internacional fue en Chile, donde además se casó. De allí fue enviado a España, en 1937.

La leyenda señala que fue una de las estrellas del campo comunista en la guerra civil española, y que fue, junto a Tito y a Palmiro Togliatti, uno de los comisarios claves del comunismo. Haya me dijo un día que Ravines escogió el (muy literario) *nom de guerre* de "Leopardi". Algunos dijeron, incluso, que había estado al mando de una de las "checas" que tuvieron que ver con el asesinato de Nin y de Durruti.

Otra parte de la mitología es que mientras todos los que iban a decirle a Beria que aquella guerra se perdía inexorablemente eran liquidados, Ravines fue, se lo dijo, y sobrevivió. Puede ser, pero el nombre de Ravines no aparece en ninguno de los libros clásicos sobre la guerra civil.

Lo que está probado es que Ravines se encontró en Moscú muy pronto, lo que quiere decir que estuvo poco tiempo en España. Y el Moscú al que llegó fue el de las purgas. En otras palabras, Ravines estuvo en el medio de los dos acontecimientos que influyeron en la ruptura de muchos con el comunismo: España, o más específicamente la actitud de la Unión Soviética en España, y los procesos de Moscú.

En desgracia con Codovilla y otros funcionarios latinoamericanos de la Internacional, Ravines fue virtualmente un prisionero en Moscú, pero, protegido por Dimitrov, sobrevivió, y fue enviado de nuevo a Chile para ayudar en la organización del Frente Popular. Como se sabe, en los años treinta, Moscú promovió el enfrentamiento con los socialdemócratas, división que en Alemania ayudó a Hitler a tomar el poder. Cuando esto ocurrió, Moscú cambió su estrategia. Los Frentes Populares fueron el resultado de ese cambio. Chile parecía ser un perfecto lugar para la idea, pues no sólo contaba con un vigoroso partido comunista, algo inusual en América Latina, sino también con antiguas tradiciones obreras. Así, cuando la

guerra española terminó, en 1939, hacía rato que Ravines estaba en Chile.

Fue después del éxito del Frente Popular que Ravines desertó del comunismo, a fines de 1939. Aparentemente, negoció su separación del PC con el Komintern, y pudo quedarse varios años en Chile. Como todos los que estuvieron en posiciones como la suya, tuvo miedo de que lo mataran.

En 1945 volvió a Lima, poco antes de que terminara el primer gobierno de Manuel Prado, quien al parecer le envió los pasajes para que regresara, suponiendo que combatiría al enemigo que tenían en común: el Apra.

Ravines no “se pasó” a la derecha inmediatamente, sino que se afilió al Partido Socialista de Luciano Castillo. ¿Quién era Luciano Castillo? ¿Un menchevique peruano? Si lo fue, ¿por qué no se entendió con el aprismo? Piurano, abogado y profesor universitario, Castillo alcanzó a ser candidato a la Presidencia en 1962. Figura al cabo marginal, es una nota a pie de página, pero muy interesante, en la historia peruana del siglo XX. El 4 de noviembre de 1945 –muy pronto por lo que se ve–, expulsaron del Partido Socialista a Ravines. ¿Tramó una conjura interna, un golpe de Estado para capturar el partido?

Panfletario vociferante, conspiró contra Bustamante (o más bien contra el Apra) y celebró el golpe de Odría en 1948. Pero cayó pronto en desgracia también con éste, que lo deportó a México, de donde se iría a París. Allí fue donde escribió la mayor parte de *La gran estafa*, publicada primero en inglés por la Random House con el título de *The Yenan Way*, en 1952, el mismo año en que se publicó *Witness*, de Whittaker Chambers. El libro de Ravines lo tradujo James Buckley, que luego sería senador americano. James Buckley era hermano de William Buckley, que tres años más tarde fundaría *National Review*.

Se ha dicho que fueron los contactos de Pedro G. Beltrán en Nueva York los que abrieron ese camino editorial. En todo caso, Ravines ya tenía una relación con *La Prensa*, en cuya

imprenta editaba otro periódico de escasas cuatro páginas: *Vanguardia*.

Graduado de la London School of Economics y amigo íntimo de David Rockefeller, Beltrán fue una de las figuras más poderosas e influyentes del siglo XX peruano. Algodonero, amigo desde muy joven de Augusto B. Leguía (con quien compartía una antigua relación: Cañete), y defensor ilustrado de los intereses agroexportadores, Beltrán revolucionó a fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta la prensa peruana. Pero, ¿cuál fue la exacta relación de Beltrán y Ravines? Tenían un trato íntimo, qué duda cabe, pero me pregunto si llegaron a ser amigos personales de verdad, o si fueron sólo cómplices políticos. Lo cierto es que la imagen de Ravines ha quedado asociada para siempre a la de Pedro Beltrán.

Esa relación fue la que permitió a Ravines ser el vocero primordial de la derecha, desde su regreso del exilio odriista, pasando por toda la convivencia de 1956 a 1962 y la república semiparlamentaria de 1963 a 1968, hasta su último exilio en 1969.

El 11 de febrero de 1969, Velasco lo deportó. El general Ricardo Pérez Godoy, presidente de la Junta Militar de Gobierno en 1962 y primo hermano de Ravines, trató de impedirlo, sin éxito. En un vuelo de APSA, Aerolíneas Peruanas, Ravines salió a México para no volver nunca más al Perú.

Ravines había visto rápidamente la orientación del nuevo gobierno militar. *El Comercio*, en cambio, apoyó el golpe. Incluso su director, Luis Miró Quesada de la Guerra, se vistió de gala para una cena en honor de Velasco Alvarado. Muchos en la derecha creyeron entonces que se trataba de un golpe más, una simple reaparición de los “perros guardianes” de la oligarquía, como lo había sido el Ejército durante casi todo el siglo XX contra la insurgencia aprista. Pero Ravines se dio cuenta del viraje. “No hace falta sino ver”, dijo, “la lista de los profesores del CAEM para ver que la nueva revolución será de izquierdas”.

México era un destino familiar de sus exilios, y esta última vez encontró nuevamente trabajo como escriba, siempre combatiente. Uno de sus blancos preferidos fueron los sandinistas, que combatían contra Somoza. ¿Servía Ravines a Somoza? Éste había comprado indirectamente revistas como *Visión* y tenía defensores en la prensa latinoamericana. ¿Tuvo algo que ver esta presunta relación con su muerte? Una noche, en noviembre de 1978, lo golpearon salvajemente en Tlatelolco, y, poco después, el martes 23 de noviembre, un carro Renault verde limón lo atropelló en una calle del Distrito Federal. Dos meses después, el 25 de enero de 1979, Ravines murió en el exilio. Quien a hierro mata, a hierro muere, podría haber dicho alguien.

Ravines pertenece a la historia del comunismo, o, más precisamente, a la de los renegados del comunismo. Esta segunda historia es tan importante como la propia historia del comunismo, toda vez que la sombra de una se proyecta constantemente sobre la otra.

A lo largo del siglo, casi desde el comienzo de la revolución bolchevique, hubo quienes se apartaron del comunismo, decepcionados. Unos se fueron en silencio y otros dando un portazo, alertando al mundo del mal que veían venir. Koestler, Jean Valjean, Víctor Krevchenko, Ignazio Silone, Whittaker Chambers, son algunos de los grandes hitos de esa historia de renegados.

Podría decirse que fueron tres los acontecimientos principales que motivaron esa ruptura. Uno fueron las purgas de Moscú, de las que la primera tuvo lugar en agosto de 1936 (por tanto, un mes después del levantamiento de Franco en España). Fue la llamada purga de “los dieciséis”, entre los que estaban Zinoviev y Kamenev. La segunda, producida en enero de 1937, fue llamada la de “los diecisiete”, entre los que se cuenta Radek. La tercera se realizó en junio de 1937, y tocó, entre otros, al mariscal Tukachevsky. La cuarta, en marzo de 1938, derivó en el asesinato de Bujarin y de Rykov, entre otros. Ana Larina, la viuda de Bujarin, ha escrito un

libro estremecedor sobre esto, que incluye su relato de cómo, en medio de la purga, Beria quería seducirla. Leyendo *The Court of the Red Tzar*, el gran libro de Simon Sebag Montefiore, uno puede apreciar el mundo enrarecido, endogámico, adúltero del Kremlin, pero aun sabiéndolo, la memoria de Ana Larina sobresale dentro de esa barbarie.

El segundo acontecimiento fue la guerra de España. La actitud de la URSS en el conflicto es, por ejemplo, lo que “convirtió” a Koestler. Cuando Eric Blair, es decir, George Orwell, llegó a Barcelona, quizá no tenía demasiados prejuicios, salvo su decisión antifascista, pero lo que vio, la salvaje destrucción del POUM, lo definió en su antiestalinismo. *Homage to Catalonia* es el relato pasmado, imperecedero, de la tragedia.

El tercer acontecimiento fue el pacto de Stalin con Hitler. El 22 de agosto de 1939, Molotov, el Canciller soviético, y Joachim von Ribbentrop, Ministro de Asuntos Exteriores alemán, firmaron ese pacto infamante que actuó como detonador de la ruptura de muchos comunistas.

The God that Failed (El Dios que falló), en alusión a su desencanto del comunismo, se llamó la antología de ensayos de Koestler, Ignacio Silone y Stephen Spender, entre otros. Pero cuando ese libro se publicó, hacía ya mucho tiempo que se sabía la verdad sobre la Unión Soviética.

No puede sino reconocerse la clarividencia de André Gide. Había ido a Moscú al entierro de Máximo Gorki, muerto en junio de 1936, y se quedó horrorizado de lo que vio, y de lo que oyó. Publicó entonces su *Retour de l'Urss*.

Por eso sorprende que cuando Koestler publicó el libro que lo volvió famoso, *Darkness at Noon*, Maurice Merleau-Ponty escribiera la respuesta que escribió, *Humanismo y terror*. Y sorprende todavía más la violenta respuesta de Sartre a la “Carta al director” que Albert Camus envió a *Les Temps Modernes*, puesto que al menos hacía veinte se sabía la verdad.

Cuando rompieron, los ex comunistas lo hicieron casi siempre por etapas. Por ejemplo, Koestler insistió durante varios años en que “Rusia es progresista en su estructura

económica". Lo mismo ocurrió con Vargas Llosa cuando rompió con el castrismo y con la izquierda tradicional, pues trató de mantener las buenas maneras durante algunos años.

Esa ruptura tuvo siempre un evidente eco religioso. Por eso se ha dicho que los conflictos internos de muchos ex comunistas parecen "ejercicios espirituales". Quizá, a su manera perversa, las purgas de Moscú también lo fueran.

De hecho, muchos ex comunistas se transformaron en seres religiosos, o acaso sólo mudaron de fe, puesto que siempre habían sido espíritus de iglesia. Es el caso de Chambers, que se preparó cuidadosamente para bautizarse. Koestler se orientó hacia otro tipo de metafísica, que llamó la "parafísica". Ravines, por su parte, se adhirió al Rearme Moral. Pero en todos los casos se trató de la búsqueda de una fe sustituta, que protegiera al huérfano de la poderosa iglesia que había abandonado.

El itinerario que más se parece al de Ravines es el de Whittaker Chambers. Ravines nació en 1897; Chambers, en 1901. En 1948, Chambers se creyó obligado a denunciar a Alger Hiss, un alto funcionario del departamento de Estado, como un agente soviético. En su época, la prensa liberal pensó que la acusación era una infamia. Todavía el senador por Wisconsin, Joseph McCarthy, no estaba en el apogeo de su fama y poder, pero el clima de guerra fría ya había preparado el terreno para él. La denuncia pareció parte de ese clima fantasmagórico, pero Chambers denunció que había conocido a fondo a Hiss en una célula comunista.

En 1952, Chambers publicó su memoria, *Witness* (como hemos dicho, el mismo año que Ravines publicó *The Yenan Way*). Es un libro repleto de nombres, lleno de detalles, y sin embargo nadie, nunca, ni siquiera los mencionados adversamente por Chambers, desmintieron los hechos, salvo Hiss. Ahora se conoce toda la historia. Se conoce también la historia de Anthony Blunt y de todos los espías de Cambridge. La denuncia de Chambers aparece como algo completamente verosímil.

¿Por qué escribió el libro? Es una larga carta a sus hijos. Quería que supieran quién y qué fue su padre. Un *Witness*, un testigo (en alusión obvia a la célebre causa de Hiss, pero también, más metafóricamente, al siglo en que vivió).

Después de la ruptura con el comunismo, Chambers trabajó para *Time* de Henry Luce y para la *National Review* de Buckley, hermano del traductor de Ravines. Para Luce, que nació en China, la amenaza del comunismo era una obsesión. El testimonio de Chambers reverbera en sus oídos.

Como en un espejo de la vida de Chambers, Ravines trabajó para *La Prensa* de Beltrán. Son vidas paralelas.

¿Por qué tuvo el comunismo esa atracción? ¿De dónde vino el poder hipnótico del marxismo? Como se sabe, Marx creía que el socialismo se realizaría primero en el centro desarrollado de Europa, de preferencia en Inglaterra o Alemania, no en su periferia. No en vano el alemán fue, durante décadas, el idioma habitual de la Internacional Comunista. Incluso a comienzos de 1917, todavía en Zurich, Lenin pensaba que Rusia no estaba preparada para el socialismo. Pero los alemanes lo metieron en un tren blindado y encabezó, más que una revolución, un *putsch*, y la historia del mundo se reorientó.

En los años treinta, la atracción del comunismo se volvió enorme. Por un lado, la crisis de esa década, prolongación de la gran crisis de 1929, había desacreditado al capitalismo (y de paso a la democracia). Por otro, el comunismo mostraba el señuelo del internacionalismo y ofrecía romper con las catástrofes del nacionalismo que habían assolado Europa.

Pero de pronto el comunismo apeló a instintos más básicos del ser humano, según lo ha planteado Archie Brown en su *The Rise and Fall of Communism*, como son el noble deseo de justicia, por una parte, y un apetito más básico, más elemental, pero igualmente extendido: el deseo de venganza.

El comunismo o, de una manera más general, el marxismo fueron, en palabras de Leszek Kolakowski, “la gran fantasía de nuestro siglo”. Eudocio Ravines renegó de ella, pero selló

su vida. Fue por eso siempre un renegado, un marginado, una eterna *bete noir*. Como lo fue para mi generación adolescente, que lo miraba con distancia, casi con miedo, cuando nos cruzábamos con él en el jirón Camaná, en aquellos lejanos años de 1968.

Los trotskistas de Indias

Ahora que expongo mis recuerdos en torno de mis relaciones con el marxismo, creo que resultarían incompletos sin una semblanza de algunos trotskistas que conocí y de otros que supe. De haber sido marxista, ¿habría sido trotskista? Trotsky era una figura romántica, pero yo ya sabía que sus posiciones no habían sido menos dictatoriales que las de Stalin.

El primero, Ismael Frías, era ya un ex trotskista cuando lo conocí. Se había ido, casi adolescente, a la meca del trotskismo latinoamericano de su juventud: México, y había sido secretario de Natalia Sedova, la viuda de Trotsky. Frías es, en parte, la figura en la que Mario Vargas Llosa se inspiró para el personaje de *Historia de Mayta*, homosexual por añadidura, como Frías. Cuando me lo presentó Carlos Delgado, vivía en el tercer piso de un pequeño edificio en Lince. Era culto y tenía una nutrida biblioteca, la de una persona esencialmente afrancesada.

Había transitado del trotskismo “pablista” a la defensa del socialismo autogestionario. Fue la posición que defendió en sus columnas periodísticas en los diarios expropiados durante el régimen de Velasco Alvarado, para pasar luego, en la efímera revista *Equis* que fundó al caer ese régimen, a posiciones más bien liberales, antes de terminar como un propangadista del aprismo. Desde el cuarto piso de ese edificio de Lince donde vivía, se arrojaría muchos años más tarde, cuando ya no veía y el mundo se había vuelto oscuro para él.

He dicho que fue un pablista, pero, ¿qué fue el pablismo? Fue, en gran medida, la creación de Michel Pablo, tal vez uno de los trotskistas más interesante de la postguerra, del que la corriente tomó el nombre. Se llamaba en realidad Michel

Raptis, y había nacido en Egipto, en Alejandría, la ciudad de Constantin Cavafis.

En 1938, ya era una figura clave de la Cuarta Internacional. Luego apoyó a Tito y se convirtió en partidario de la autogestión como una alternativa al socialismo “real”. Naturalmente, apoyó la insurrección húngara de 1956, y cuando ésta fue aplastada, se comprometió con el Frente de Liberación Nacional de Argelia, donde, después de la independencia argelina, fue ministro de Ben Bella. Más tarde, cuando se produjo la primavera de Praga, en 1968, también la apoyó, como apoyaría el Mayo francés. En 1970 se encontraba en Chile para la elección de Salvador Allende.

Trotamundos, tercermundista, probablemente aventurero, era amigo de Andreas Papandreu, de modo que cuando murió, en 1996, a los 85 años, éste le prodigó en Atenas un entierro de Estado.

El pablismo había propuesto la tesis del “entrismo”: como los partidos de masas no eran los trotskistas sino los comunistas, había que penetrar éstos. En América Latina, como los partidos de masas no eran los comunistas sino los viejos partidos populistas como el aprismo y el peronismo, el “entrismo” se orientó hacia ellos. Así, el pablismo estuvo, en parte, en el origen de lo que se llamó la izquierda nacional.

El gran promotor de esa corriente fue el argentino Jorge Abelardo Ramos, el “colorao” Ramos. Lo conocí en Buenos Aires, en 1973, y un año después lo invité a Lima, donde grabé un diálogo entre él y Carlos Delgado (que publiqué en el cuarto número de mi revista *Postdata*).

Ramos era uno de los pocos argentinos que miraba hacia América Latina y no hacia Europa. Sin embargo, a través de su madre, que era judía, procedía de Europa central. No muy alto, con gruesos anteojos y áspero sentido del humor, era un formidable polemista. No sólo fundó la “izquierda nacional” sino que escribió libros extraordinariamente interesantes sobre la naturaleza de la nación latinoamericana. Guiado por ese propósito nacionalista, apoyó a Galtieri en el triste

episodio de Las Malvinas, y, al final de un largo y accidentado romance con el peronismo, también a Carlos Saúl Menem, de quien fue embajador en México. Había nacido en 1921, y murió en 1994.

Pero el trotskismo tuvo otras figuras, algunas extrañas. Atraía a gente menos “encuadrada” que en los otros partidos de izquierda, a menudo excéntrica y, si se me permite la expresión, menos equilibrada, pero quizá por eso, al mismo tiempo, más libre, sólo que más adepta a los conflictos y a las divisiones.

Yo no lo conocí, pero uno de los trotskistas legendarios fue Juan Posadas, el líder del POR-T. Se llamaba en realidad Homero Rómulo Cristalli Frasinelli. Era tan adepto a las divisiones, que en 1962 formó su propia Cuarta Internacional, y tan excéntrico, que pensaba, por ejemplo, que el Che no había muerto realmente en Bolivia sino que se había “ocultado”. Sobre todo, creía en los ovnis. Sí, en los objetos voladores no identificados.

Argentina fue el hogar por excelencia del trotskismo en América Latina, como lo fue del psicoanálisis. ¿Alguna conexión?

La Plata era de donde procedía otra de las figuras del trotskismo, Nahuel Moreno, que tampoco se llamaba Nahuel Moreno sino Hugo Bressano. Como se ve, casi todos tenían orígenes italianos –claro, eso le ocurre a muchos argentinos sin necesidad de ser trotskistas–, y eso me trae a la memoria una historia que Gerald Brenan relató en *El laberinto español*: la de esos anarquistas italianos, de barbas bíblicas y lengua flamígera, que llegaron a Barcelona a predicar “la idea”. No hablaban sino italiano, y uno que otro algo de francés. Los obreros que los escuchaban no hablaban ninguna de esas lenguas, pero alguna luz vieron, alguna chispa de la imaginación se prendió en ellos, pues de esa incomunicación salió el noble, arrebatado y a veces incendiario anarquismo español.

El último trotskista al que traté fue Hugo Blanco. El trotskismo nunca fue una corriente popular en América

Latina, salvo en Bolivia. Allí, un viejo trotskista, Guillermo Lora, oficia todavía de gurú, refugiado en el sótano de una vetusta librería, casi clandestina. Sin embargo, en el Perú siempre fue una minoría. Blanco pertenecía a ella, pero fue eficaz organizando en 1962 una revuelta campesina en el valle de La Convención, en Cusco. Después de ser rápidamente derrotado y capturado, estuvo preso hasta que el gobierno de Velasco Alvarado lo amnistió, en 1970, después de la reforma agraria de 1969. Se exiló entonces en México y en Suecia, donde incluso se casó con una nativa (sueca, naturalmente).

Cuando los militares convocaron a elecciones para la Asamblea Constituyente en 1978, Blanco fue candidato e hizo una campaña en ausencia, pero obtuvo, sorprendentemente, la tercera votación nacional y la más alta de la izquierda. Volvió sólo cuando ya era constituyente, y lo invité entonces a mi programa de televisión. Con barba, desaliñado, con una pita gruesa como correa, era mordaz y dicharachero. Su *bete noire* era el Apra, sobre la que dijo una frase ingeniosa: “El Apra está viva porque tuvo muchos muertos, pero ahora se está muriendo porque tiene muchos vivos”.

Durante la entrevista, mientras revisaba mis notas en busca de una pregunta más “sustanciosa”, le pregunté al pasar, para hacer tiempo: ¿a cuánto debe crecer el Perú? Era una pregunta casi trivial, para la que podía haber ensayado infinidad de respuestas, pero hubo un silencio. Me llamó la atención, dejé las notas, y me agarré a ese tema accidental. No sabía qué decir. El que parecía la gran amenaza revolucionaria peruana no tenía en realidad nada que decir. No sólo no tenía ninguna respuesta para esa pregunta, sino que ese hombre no parecía saber nada serio sobre casi nada. Había expresado un estado de ánimo, pero detrás sólo había vacío.

La costa de Utopía

Los marxistas que conocí fueron pasajeros de la ilusión revolucionaria, una larga travesía de más de doscientos años.

En abril del 2007, vi en el Lincoln Center de Nueva York *The Coast of Utopia*, la obra de teatro de Tom Stoppard. La vi en su versión “marathon”: las tres partes de la obra de corrido, durante diez horas. Comenzó a las diez de la mañana, y cuando terminó, eran las ocho de la noche. En el foyer del teatro, los actores repartían insignias: “*I have survived the utopia*”.

Como se sabe, la obra está inspirada en *Russian Thinkers*, de Isaiah Berlin, de quien Stoppard dijo que era “el espíritu que presidía la trilogía”. Es la historia de unos amigos, ricos y rebeldes, que se conocen en la Universidad de Moscú, en los días de Nicolás I, poco después del final de las ilusiones “decembristas”. Está estructurada en tres partes: “Viaje”, “Naufragio” y “Salvación”. La primera está ambientada en la propiedad familiar de los Bakunin y luego en Moscú; la segunda, en Sokolowo y París; y la tercera, en Londres y Ginebra. Stoppard dijo que la obra iba a llamarse originalmente “Bakunin, Belinsky, Herzen”, porque cada uno de éstos domina una de las partes. El personaje gravitante de “Viaje” es Bakunin, cuya fuerza destructiva Stoppard presenta contra los ideales liberales de Herzen; el de “Naufragio” es Belinsky, y el de “Salvación” es Herzen.

A lo largo de toda la obra se muestra, asimismo, un gran desfile de figuras, sobre todo en la tercera parte, donde aparecen Marx, Louis Blanc, Giuseppe Mazzini, y uno diría que casi cualquiera que hubiera sido en el siglo XIX una gran figura radical. Todos esos revolucionarios rusos eran ricos, y a veces inmensamente ricos. El único del grupo que no lo era

fue Belinsky, que pasó toda su vida en Rusia, como periodista, y murió a los treinta y siete años.

La riqueza en Rusia, entonces, no se medía en hectáreas, como en todas partes, sino en siervos. Rusia tenía una población de sesenta millones, de los que más de cincuenta millones eran siervos. Alejandro II los liberó en 1861, dos años antes que Lincoln, y lo hizo liberando al doble de gente que éste.

Por eso la escenografía de la obra es magnífica. Al comenzar, el escenario se ve inundado magistralmente por olas, acaso simbólicas de las fases de avance y repliegue de la historia iluminada del siglo XIX. Pero sobre todo resulta extraordinario el telón de fondo: como si fuera sólo un tul, una bruma, aparece un inmóvil cortejo de siervos, la base material para que esos radicales pudieran soñar sus utopías.

La historia de esos amigos es la historia de la *intelligentzia* rusa, atrapada en el centro de un arco que va de la Ilustración hasta por lo menos el Romanticismo. Esa *intelligentzia* desplegó sus ilusiones en el exilio. Como Herzen había logrado sacar de Rusia el grueso de su fortuna, fue el centro alrededor del cual gravitó el resto de los exilados. En cierta medida, *The Coast of Utopia* es un teatro del exilio político, un tema con una viejísima prosapia. Algunos de los grandes textos políticos del mundo, como los de Maquiavelo y Tucídides por ejemplo, fueron escritos en el destierro.

Estos exilados del siglo XIX eran contemporáneos de George Sand. Es importante mencionar esta conexión, porque sus vidas fueron un crisol donde la política nunca estuvo muy lejos del amor, o del sexo. ¿Cuál era su utopía? Stoppard parece decirnos que no bastaba con el mito de un orden social perfecto, sino que además éste debía estar unido al amor romántico perfecto. Pese a ello, esta costa de utopía es una historia de triángulos y traiciones.

¿Cuál fue la ilusión revolucionaria? La ilusión de que existía un instante a partir del cual el mundo sería justo, un momento idílico que lo reordenaba. Por eso se ha dicho que esa ilusión revolucionaria, el producto de un mundo secular,

fue un intento de vuelta a lo sagrado: la revolución como una *hierofanía*, como la súbita revelación de la divinidad en el mundo. Pero como en el desencanto religioso, fue inevitable que a la ilusión sucediera siempre la desilusión. En su crítica de la obra de Stoppard, el crítico del *New York Times*, John Rockwell, dijo que era “el drama de sueños destrozados”.

Pero había dos clases de revolucionarios: el fanático y el moderado. Lo que fascinó a Isaiah Berlin de Herzen era que no aceptaba las “monoteorías”, las explicaciones totalizadoras que resolvían todos los misterios del mundo, y que asimismo reconociera que el individuo valía a la larga más que lo colectivo; en suma, que, como no tenía respuestas definitivas, no aceptara que un futuro hipotéticamente perfecto justificase un sacrificio sangriento en el presente. Por eso Berlin vio a esos radicales rusos del círculo de Herzen como menos doctrinarios y –quizá sea inevitable decirlo– más “humanos” que Marx. En *The Coast of Utopia*, éste aparece, pero como un personaje poco simpático, frío y distante.

Herzen había nacido en 1812, y después de la muerte de su padre heredó una extraordinaria fortuna. “El 17 de enero de 1847 –empieza E. H. Carr su célebre libro, *The Romantic Exiles*– partieron de Moscú varios carruajes, forrados en pieles, para protegerse del invierno”. Aparte de huir del autoritarismo zarista, otra de las razones del viaje fue buscar una cura para uno de sus hijos, sordo de nacimiento. Nunca volvieron. Herzen murió en París, el 14 de enero de 1870, exactamente veintitrés años después de abandonar Moscú, el mismo año que nació Lenin.

El nexo entre las generaciones de Herzen y Lenin fue la de Chernichevsky, autor de *Qué hacer*, obra que Lenin dijo haber leído siete veces, y cuyo título copió.

En una entrevista, Stoppard dijo que “como todo lo que llegó del Occidente, la revolución romántica llegó tarde a Rusia”, algo que recuerda las semejanzas entre Rusia y España y, por extensión, los países latinoamericanos. En efecto, ninguna tuvo Renacimiento, ni Reforma Protestante,

ni Revolución Industrial. En ambas, a diferencia de lo que se estaba construyendo en Inglaterra –y, por añadidura, más tarde en los Estados Unidos, donde la revolución política de las ideas del Contrato precedió a la Revolución Industrial–, no existía un sistema de derechos, lo que explicará mucho más tarde, al caer el comunismo, el pillaje de los bienes públicos por un reducido grupo de oligarcas.

Sin embargo, en la larga travesía de estos exilados, en toda esa *Coast of Utopia* no aparece España ni se la menciona. Aparecen Londres y París por supuesto, Suiza (que sería en 1917 tan importante para Lenin y los bolcheviques) y también Italia, con los héroes de la unificación romántica, pero no España.

Después de los afrancesados, los últimos modernizadores peninsulares a los que la invasión napoleónica transformó en traidores a la nación (con excepciones contadas como Jovellanos), hasta la debacle de 1898, la España del siglo XIX es una sombra. Atractiva tal vez para Washington Irving o para William Prescott, quizá porque es la España “oriental”, “marroquí”, la que iluminó los cuadros de Mariano Fortuny (1838-1874), es a la que fueron llegando distintos creadores rusos, todos hechizados, qué casualidad, por sus afinidades con España. Mijail Glinka (1804-1857) llegó a España en 1844, y se entusiasmó con Aranjuez, con Granada y con Madrid, a la que llamó “la San Petersburgo del sur”. Producto de su viaje, compuso la *Jota aragonesa*. Diecisiete años más tarde llegó Nicolás Rimski-Korsakov (1844-1908), compró un libro de melodías populares, y se inspiró en ellas para su suite sinfónica *Sherezade y Capricho español*.

Pero todo eso es la España de pandereta.

Casi al mismo tiempo que *The Coast of Utopia*, vi una espléndida exposición en la Corcoran Gallery de Washington: *Modernism. Designing a New World, 1914-1939*.

¿Cuál es la relación entre ambas?

El modernismo fue una reacción a la inesperada destrucción que trajo la Primera Guerra. Se desarrolló en varios lugares

y se desplegó en todos los dominios del arte: en el cine de Eisenstein y Fritz Lang, en la pintura de Mondrian y en los constructivistas rusos, en la arquitectura de Le Corbusier y la Bauhaus, entre otros. Lo definían las formas geométricas, los colores fuertes, la abstracción que al mismo tiempo quería ser funcional.

Como en el mundo de los exilados rusos de Stoppard, el modernismo buscaba una forma de utopía, una ilusión modernista para la que nada fue más central que la tecnología, el culto de “la máquina”.

Un vástago del modernismo fue el constructivismo ruso. La vanguardia rusa cobijó algunos de los grandes creadores del arte moderno, muchos de los cuales fueron, además, teóricos de primer nivel: Kandinsky, Malevich, Alexander Rodchenko, Naum Gabo, Vladimir Tatlin.

Tatlin hizo de todo: pintura, escultura, montajes teatrales, arquitectura, y en 1920 diseñó un *Monumento a la Tercera Internacional*, una estructura de acero, rodeada de vidrios, cuyos elementos habrían rotado a diferentes velocidades. El cubo que contenía, giraría en un año; la pirámide, en un mes; los cilindros, en un día; y la media esfera, en una hora. Habría sido ésta una construcción de cuatrocientos metros, destinada a ser más alta que la torre Eiffel. Habría proyectado el espíritu de la revolución hacia los cielos, y San Petersburgo habría sido su hogar. Habría... Pero nunca se construyó, porque el régimen soviético había decidido, como el nazismo, que el arte abstracto era decadente. Su utopía de 1920 terminó olvidada en la corte del Zar rojo.

Tatlin había nacido en 1885, y logró vivir, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, hasta 1953. Murió poco más de un mes después que Stalin. Sin embargo, para entonces, el acero de su monumento no era sino rejas, las rejas que han rodeado a menudo a la ilusión revolucionaria. Los exilados de Stoppard aún no lo sabían.

IV

Haya de la Torre, el profeta
desterrado

Retrato de Haya de la Torre

Si alguien en todo el siglo XX peruano encarna el epígrafe de Rebecca West, ése es Víctor Raúl Haya de la Torre.

Todavía recuerdo, como si fuera ayer, la tarde en que lo conocí, durante el invierno de 1969. Su sobrino Raúl, hijo de su hermano Cucho, el efímero prefecto de la revolución de Trujillo de 1932, me invitó a conocerlo. Partimos de la Plaza Francia, del antiguo local de Letras de la Universidad Católica, rumbo a Villa Mercedes.

Había excitación en aquellos adolescentes que éramos entonces. Yo acababa de leer —casi por casualidad, encontrado entre los libros de mi casa— *Sudamérica por dentro*, de John Gunther, donde el célebre periodista norteamericano describía con lujo de detalles cómo, durante el primer gobierno de Manuel Prado (1939-1945), lo habían llevado donde Haya, que estaba en la clandestinidad. La tarde ahora era apacible, y, a pesar de encontrarnos bajo un gobierno militar, no había ni asomos de esos remotos peligros. Pero el mito de Haya seguía tan vivo, y su impronta sobre la historia del país había sido tan intensa, que yo me sentía transportado a la atmósfera del libro de John Gunther.

Años después leería otra reminiscencia extranjera de esos años: *The Condor and the Cows*, el diario de viajes por Sudamérica de Christopher Isherwood, que ya he mencionado antes. Después del Berlín de entreguerras que retrataría en *Good Bye to Berlin*, Isherwood viajó por Sudamérica, desde Colombia hasta el Buenos Aires de Borges. Entró a los Andes por el norte, y en Lima encontró una atmósfera y una élite que al parecer lo deslumbraron. La cabeza del poeta Westphalen le pareció la más perfecta que había visto nunca, y el Szyszlo

joven, un gran pintor en ciernes “que quería ser Picasso”. Otro pintor, Ricardo Grau, lo llevó donde Haya, que lo cautivó, como había encandilado a Gunther.

Villa Mercedes era una casa de campo en las afueras de Lima, en el distrito de Vitarte, llena de árboles y perros, algo como los *recreos* que abundaban en las provincias de la costa peruana.

Nos acomodaron en una sala de muebles viejos y raídos. En las paredes había regalos de correligionarios a su jefe, cosas como tapices artesanales con el cóndor de Chavín o toscos bronces con el busto de Haya, además de fotos de éste con personajes como Einstein. Había un descuido involuntario en esa casa, como si faltara en ella una mano de mujer.

Alguien había fallecido, y cuando llegamos, Haya estaba en Lima. Al menos eso nos dijeron. Después he pensado que quizá Haya estaba, simplemente, haciendo una siesta. Se acostaba a las dos o tres de la mañana y se despertaba relativamente temprano, de modo que completaba su régimen de sueño con esas siestas vespertinas. Por tanto, había demorado aquella tarde en reunirse con sus invitados. Mientras esperábamos, nos trajeron unos refrescos y “king-kones”, unos dulces nortños.

Habíamos llegado a las dos y media de la tarde, y a eso de las cinco y media, Jorge Idiáquez, el secretario que había acompañado a Haya desde los años treinta, vino a anunciarnos: “Ya viene el Jefe...”. Lo habían llamado “Jefe” desde el principio, como lo habían llamado también casi desde el principio, cuando aún era joven, “el Viejo”, como llamaban a Adenauer, aunque con más razón, *Der Alte*, el Viejo.

De pronto escuchamos unos pasos detrás de la cortina que daba al salón de muebles también viejos y fotos descoloridas. Unas manos grandes se asomaron entre los pliegues de la misma, agarrándolos. Así quedaron unos segundos, mientras nosotros guardábamos estático silencio, hasta que abrieron brusca y violentamente las cortinas. Sin desprender sus manos de cada uno de los lados de las mismas, el viejo mito,

con su grueso tronco de ex remero, se quedó mirándonos, fija y dominadoramente, otros largos segundos.

Su aparición fue teatral, y con el tiempo vería que para Haya, ya fuera en pequeños o en grandes auditorios, la política era antes que nada escenografía. Me contarían después que así se apareció en 1945 en un balcón de la plaza San Martín, en el primer mitin de la legalidad, después de trece años de persecuciones y cárceles y entierros, de guerra civil sorda. Pese a saberlo ahora, no he olvidado la primera impresión de esa teatralidad.

Estábamos en un semicírculo. El grupo de asistentes era una mezcla de algunos apristas y de otros que no lo eran. Entre los primeros estaba un joven con una melena larga y una casaca de cuero colorada que le citaba a Haya un libro del Conde Keyserling, que al parecer Haya le había prestado. Su nombre era Alan García, y poco después se iría a Europa.

Haya saludó uno por uno a los asistentes, y lo hizo más lentamente con los que estábamos al final del semicírculo, que éramos los no apristas del grupo. Yo era el penúltimo, antes de una pareja de suecos, probablemente turistas políticos del Tercer Mundo, aunque a decir verdad no recuerdo por qué habían venido al Perú, ni si eran de izquierda o de derecha. Lo que sí recuerdo es que Haya comenzó hablando de Suecia con ellos, prosiguió hablando de una plaza que había en Estocolmo en homenaje a Francisco de Miranda, lo que le permitió una larga y brillantísima disertación sobre Miranda, que sería más tarde, sin saberlo entonces, mi héroe por excelencia, cuyo cosmopolitismo y acaso sensualidad Haya admiraba. A continuación hizo otra sobre Bolívar, y otras más sobre una variedad de temas históricos. Al final, habló del “modelo sueco”, tema de uno de sus libros más interesantes, de finales de los años cincuenta: *Mensajes de la Europa nórdica*.

En una de las paredes había una pequeña reproducción del famoso retrato de Erasmo pintado por Holbein, y alguien le preguntó por el pintor. Con el tiempo, se me ha hecho evidente que ese retrato no estaba allí por casualidad. Probablemente

Erasmus era inconscientemente uno de sus modelos. Como aquel Desiderio, hijo de clérigos, que nunca habló el holandés sino el latín, y que había sido un europeo *avant la lettre* extraviado entre las guerras de religión de su época, Haya había viajado intensamente. Era un cosmopolita, a sus anchas en el mundo internacional de la cultura y las ideas. Como él, Haya era también un humanista temeroso de las facciones, aunque la historia lo había colocado como el jefe indiscutido de una de ellas en la república peruana del siglo XX. Como él, Haya no era en el fondo un revolucionario, aunque había encabezado explosiones de violencia, sino un reformista, un hombre instintivamente apegado a la conciliación, como lo demostraría hasta la saciedad en la segunda mitad de su vida. Y como él, que había sido el primer gran maestro moderno de la prosa política, Haya había construido su carrera por el poder de sus escritos, golpeteados toda su vida en una vieja Remington, y por el poder incandescente de su palabra. Una vez, se llevó el índice derecho a la lengua y me dijo: "Todo lo hice con esto".

En realidad se parecía a Erasmo sólo en parte, porque otra dimensión de su alma compleja se parecía más al rival fanático de Erasmo, a Lutero. Como éste, según lo describió Stefan Zweig, tenía "los dones del genial conductor de pueblos: gestos plásticos y palabra programática".

Pasado el tiempo, me impresiona cómo aquella tarde aparecieron, concentradas, algunas grandes tendencias de la personalidad de Haya. El sueco leía un libro entonces desconocido para mí: *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar. No logro recordar si se comentó el libro, ni si Haya lo había leído. Lo lamento porque, quizá todavía más que Erasmo, Adriano era como una encarnación de otra época, del ser que Haya era verdaderamente.

Como el Adriano de la Yourcenar, el Haya que conocí estaba asomándose, desde su ocaso, a toda la perspectiva de su vida. Como él, su alma había llegado ya a esa zona donde la razón se cruza con el escepticismo, o con la fe. Como él,

había ejercido implacablemente el poder pero conocía su límite, y como él, había ansiado también dominar las únicas formas que vencen a la muerte, que son las del arte. “Quizá debí ser músico”, me confesó en una ocasión. “Pero como no fui músico, ni artista, me dediqué a la otra poesía, que es la que hacen los pueblos”. Así, ambos concebían al Estado como una forma de arte.

Como Adriano, estaba dividido entre la convicción de la disciplina y el abandono de los placeres. En ambos convivían un clásico y un romántico. En muchos sentidos, como Adriano, Haya era un emperador pagano, misterioso y complejo, cuya vida no tenía un centro compacto, un eje diamantino, sino que se eludía en múltiples facetas diversas, y en esa ausencia de centro quizá debamos encontrar una de las explicaciones a que jamás capturara el poder del todo. Era un personaje apasionado pero ambivalente. Al mismo tiempo, contradictoriamente, era uno de esos personajes monotemáticos, balzacianos, construido sobre una montaña de héroes olvidados.

El encuentro entre Haya de la Torre y Mario Vargas Llosa

Después de unos años, comencé a ver a Haya de la Torre con cierta frecuencia. Yo había hecho política universitaria lejos del aprismo, y no sé bien cómo volví a tomar contacto con él.

Lo visitaba con otros amigos en su “oficina” –que era apenas un escritorio donde escuchaba a quienes se le acercaban, mezcla de profesor de filosofía política y juez de paz– del local central partidario de Alfonso Ugarte, la llamada Casa del Pueblo, un nombre que había usado ya Pablo Iglesias en España, y que reflejaba la inserción popular del aprismo en la vida cotidiana de sus partidarios: el local era en efecto su casa, su club provincial, su comedor, su peluquería, su consultorio médico, su banda de música, su colegio fiscal, su cofradía religiosa.

Comencé luego a verlo en Villa Mercedes. En muchas ocasiones, Jorge Idiáquez me llamaba para decirme: “El Jefe te invita el domingo”.

Lo veía los domingos por la noche, después de que grupos de jóvenes apristas habían estado, por la tarde, en una ceremonia probablemente parecida a la de mi primer encuentro con Haya. Nos reuníamos en su biblioteca y hablábamos de historia y literatura.

En esa habitación grande, que daba al jardín, había una mesa enorme y rústica, y sobre ella reposaba su vieja máquina de escribir, en la que había escrito libros, apuntes de discursos, artículos, cartas, anónimos, panfletos. Cobraba vida en ella el

poema de Sebastián Salazar Bondy, “Testamento ológrafo”: “mi máquina / que como un pequeño caballo / galopó año tras año / en busca de la fuente del placer / donde la muerte muere”.

Una de esas noches, en 1975, Haya, que acababa de leer *Conversación en La Catedral*, me dijo: “Trae a tu amigo Vargas Llosa para enseñarle de conspiraciones. He conspirado toda mi vida y veo que no sabe nada de ellas”. A Mario, que venía del izquierdismo antiaprista, le encantó la idea.

Llegamos con Mario un domingo a las diez de la noche, después de la cena, para una *soirée* de chocolates y bizcochos. Vino también por supuesto Patricia, y Fernando de Szyszlo y su mujer de entonces, la poetisa Blanca Varela.

Seductor y manipulador profesional, Haya no se dirigió primero a Mario sino a Blanca. No le habló de su obra, una de las cumbres de la poesía peruana, y en general de la poesía en español de este siglo, sino de su familia, a la que conocía, y especialmente de su tío “Clovis”, el seudónimo de Luis Varela y Orbegoso, un escritor de temas de heráldica, trujillano por su madre. Era el viejo señorón hablando de un Perú rancio y extinguido, que había sido en parte el de su infancia y juventud.

Lamento ahora no haber tomado una foto del encuentro. ¿De qué se habló esa noche? Recuerdo con precisión el ambiente, el tono de la reunión, pero tengo un recuerdo vago de lo que se habló, como un espacio en blanco. Hace unos años le pregunté a Mario: “¿De qué hablamos esa vez?”. “De Flaubert, de Romain Rolland”, me dijo.

Haya había nacido en 1895, un 22 de febrero; Mario, el 28 de marzo de 1936. Cuarenta y un años de diferencia.

En su libro *Le Siècle des Intellectuels*, Michel Winock ha dividido la historia intelectual francesa de los últimos cien años, que se confunde tanto con la historia intelectual de todos, en tres grandes etapas: los años Barres, los años Gide, los años Sartre.

Mario pertenece, se sabe, a los años Sartre.

En cuanto a los años Gide, el tiempo se traga a los autores.

André Gide fue el autor por excelencia del período de entreguerras, la referencia indiscutible, pero a mí me resulta más lejano que Rolland, una estrella remota. Leí *Los alimentos terrestres* en una vieja traducción de la editorial Sudamericana, pero la huella es tenue, mínima, sobre mí. Recuerdo en cambio mucho más nítidamente una visita a una finca taurina, espléndida aunque ya en ruinas, en La Camargue, que había sido propiedad de una rejoneadora, y aún antes, antaño, propiedad de los padres de Gide. Desde allí, el hijo escribió unas cartas a Proust. ¿Serían aquellas en que le pedía disculpas por haber rechazado en las ediciones de la *Nouvelle Revue Française* el manuscrito de *A la Recherche*? Quién lo sabe, pero el sabor de esa marisma francesa me queda más cerca que la literatura del hijo de su ex propietario.

Haya no pertenecía ni siquiera a “los años Gide”. Tampoco, en rigor, a “los años Barres”. A ellos pertenecieron sus inmediatos predecesores, los escritores y políticos de la generación del 900: Riva-Agüero, los García Calderón. Haya pertenecía más bien a la estela del cometa Rolland. Lo había conocido en su primer exilio europeo, en Suiza, donde el autor de *Jean Christophe* trataba de curarse de la tuberculosis. Haya siempre guardó ese encuentro entre sus más preciados tesoros.

Por tanto, a fin de cuentas, no eran cuarenta y un años los que separaban a Vargas Llosa de Haya aquella noche. Era casi un siglo, si de cultura y referencias se trataba. Pertenecían a dos capítulos distintos, sucesivos, de la cultura peruana y latinoamericana. Haya era cinco años mayor que Luis Alberto Sánchez, el crítico eminente de la literatura peruana, que fue el estimulante profesor de Mario en San Marcos. “Citaba de memoria, se equivocaba a veces en los títulos, confundía en ocasiones a los autores de los libros –me dijo Mario en uno de mis primeros encuentros con él–, pero uno salía disparado de las clases a buscar esos libros”. Sánchez en el Perú, como su contemporáneo Germán Arciniegas en Colombia, había rescatado –en la práctica, creado– la literatura “nacional”. Haya y Sánchez eran contemporáneos de los novelistas

indigenistas, los predecesores históricos de Vargas Llosa, autores de una novela sin personajes, plana en sus estructuras narrativas, desbordada por el paisaje inmenso del continente. En *La vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera, alguien pregunta por los personajes, por la gente, y la respuesta llega lenta como un eco nocturno: no están, “se los tragó la selva”.

Ahora que escribo esto, pienso que no se habló aquella noche de esos novelistas, ni de Ciro Alegría, por ejemplo. Una pena, porque Mario me diría mucho más tarde, la noche que velábamos en la iglesia del óvalo Gutiérrez de Miraflores a su madre, cuando acababa de escribir *La utopía arcaica*, su libro sobre Arguedas, que había terminado también de releer para ese efecto *El Mundo es ancho y ajeno*. “Cómo respira, qué fuerza tiene todavía”, me dijo. Pero acaso en 1975 no estaba muy activo en su memoria, y estaba desterrado de la de Haya. Liberteano como él, pero de Huamachuco, de la sierra de La Libertad como César Vallejo, que era de Santiago de Chuco, Ciro Alegría había sido aprista, como tantos escritores de la primera mitad del siglo XX, pero, también como tantos, había abandonado la tienda y terminado en 1963 como diputado seguidor de Fernando Belaúnde.

Hablamos en cambio de Vallejo, qué duda cabe. Había nacido tres años antes que Haya, en 1892, y Haya siempre guardó para él la memoria de la hermandad adolescente de Trujillo. Un día, le comenté una línea que me parecía ilegible de un poema de Vallejo: “Serpentínica u del bizcochero engirafado al tímpano...”. Haya me dijo: “¿Cómo que ilegible? Estudiábamos en un segundo piso –conozco yo ahora muy bien ese lugar, ese enorme balcón republicano que hace esquina en el jirón Independencia, a una cuadra de la Plaza de Armas y por tanto a una cuadra de la casa de mi mujer–, no teníamos plata, Vallejo era incluso muy pobre, y todos los días a las cinco de la tarde pasaba religiosamente un bizcochero vendiendo sus productos: bizcochoouuu... La ‘u’ nos llegaba más que al estómago de hambre al tímpano. Ya ves, cómo que ilegible”.

En la entrevista de televisión que hice con Haya en 1977, éste me contó cómo, una noche de 1917, los miembros de la bohemia del grupo *Norte* se reunieron a comer, y él proclamó a Vallejo como “el nuevo poeta de América”. “Parece increíble –me dijo–; César no había publicado nada todavía –*Los heraldos negros* se publicaría un año después, en 1918–, pero todos estábamos persuadidos de que revolucionaría la poesía en español después de Darío”.

Dos épocas, entonces, se hallaban frente a frente aquella noche de 1975 en casa de Haya, pero además de dos épocas, dos aproximaciones vitales acaso diferentes. Mario ha sido siempre un aventurero dispuesto a conocer los límites del mundo, y conocer al viejo mito era una de esas aventuras. Haya ha sido, o ha tenido que ser siempre, un seductor, en este caso tratando de impresionar a la gran estrella literaria del Perú. Apenas un año después de esa reunión, en 1976, Mario fue jurado en el festival de cine de Cannes y elegido presidente del PEN Club Internacional. La sombra sobre él no sólo era la de Sartre, el *maître-à-penser* del siglo XX, sino también la de Víctor Hugo, el gran poeta público.

Pero aparte de aproximaciones diferentes, Haya y Vargas Llosa tenían raíces muy distintas. Haya era trujillano, y Mario, arequipeño. Uno venía de una tierra de grandes haciendas, el otro de una de pequeños topos. A eso se agregaban raíces políticas diversas: Mario venía de la experiencia juvenil de la revolución cubana, y en su momento había defendido a las guerrillas, de las que Luis de la Puente Uceda fue uno de los líderes. Para Haya, en cambio, De la Puente era un tráfuga, uno de los tantos que se habían ido a lo largo de la historia del Apra, sólo que esta vez su estela tenía todavía secretos admiradores entre los jóvenes apristas. Fidel Castro también los dividía: Haya nunca compró la opción castrista, y pensó siempre, como analizaré más adelante, que Castro, de alguna manera, había suplantado su liderazgo continental.

Vuelvo ahora a esa noche, a ese encuentro memorable en Villa Mercedes. Y a la distancia, algo me sorprende,

algo curioso, extraño, profundamente revelador no sólo del encuentro sino de la naturaleza histórica de mi país: se habló poco del Perú. Era el encuentro de dos personajes profundamente peruanos –Szyszlo y Blanca Varela no lo eran menos–, pero el Perú, país de fragmentos, mosaico cultural al cabo, los separaba. No había un puente cultural “peruano” entre ellos. Lo que los unía era Europa y sus experiencias europeas.

El Perú que ha emergido después de ellos, y que Haya no verá, es mucho más sincrético, pero a la vez más confuso y sin forma. Los dos grandes acontecimientos de la historia peruana son por una parte la Conquista, el evento que en Cajamarca quiebra y a la vez sella la identidad peruana, y por otra ese proceso de “larga duración” en que las poblaciones andinas se “descuelgan” a las ciudades de la costa y erosionan y cambian la faz criolla del país. El resultado es un país aún informe, un país que repite el drama que Rubén Darío expresó en uno de sus versos: “Yo persigo una forma que no encuentra su estilo...”.

Con Haya, en la cumbre socialdemócrata de Caracas

En mayo de 1976, Haya me invitó a acompañarlo a Caracas, donde se realizaría una Cumbre Mundial de la Socialdemocracia, que organizaba el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. Lo acompañaron Ramiro Prialé, uno de los hombres más decentes y sensatos que el aprismo produjo a lo largo de sus luchas, Armando Villanueva y Andrés Townsend.

Era la Venezuela inaudita que nadaba en petróleo. De hecho, la reunión se hizo en un año anclado en medio de los dos grandes *shocks* petroleros, y la importancia de Venezuela en el mundo del petróleo ayudó a que Carlos Andrés Pérez reuniera prácticamente al *Who is Who* de la socialdemocracia mundial, salvo Mitterrand y los laboristas ingleses.

Vivía todavía Rómulo Betancourt, a quien conocí entonces y me dijo: “Qué grande Víctor”, para agregar, casi al pasar, como si no hubiera una malvada ironía en ello: “Yo tuve en Venezuela la mitad de su apoyo, aunque fui Presidente dos veces”. Admiré durante mucho tiempo a Betancourt, que fue parte de esa extraordinaria constelación de presidentes reformistas que crearon la mejor época política y económica de América Latina: aparte de Rómulo, los dos Lleras en Colombia, Figueres en Costa Rica, Frei en Chile, Belaúnde en el Perú, y, ante todo, Kubitschek en Brasil. Pasado el tiempo, la figura de Juscelino Kubitschek crece y crece, y comienzo a ver a Betancourt también en otra luz; por ejemplo, el golpe contra Medina Angarita parece ahora menos justificado, y el sistema partidista que surgió después de Pérez Jiménez

y que fue en gran medida su hechura, era una carpintería eficaz pero puesta al servicio de sí misma, que no resolvería el drama venezolano de la petrolización. Con todo, no se le puede juzgar por sus derivaciones, porque en ellas ya no gobernaba Betancourt, que murió en Nueva York el 28 de septiembre de 1981 y fue enterrado unos días más tarde en Caracas, en olor de multitud.

Para mí, el momento memorable de esa cumbre socialdemócrata fue el encuentro que presencié entre Haya y Willy Brandt, desarrollado en la suite del líder alemán, en el hotel Tamanaco. Haya habló primero en alemán con Brandt, y luego pasaron al inglés, probablemente por cortesía hacia los otros. Haya le hizo una explicación, muy brillante, sobre cómo el aprismo se había adelantado, al recusar al marxismo, a los socialdemócratas alemanes del congreso del SPD de 1954. La cumbre socialdemócrata se cerró precisamente con sendos discursos de Brandt y Haya. Este hizo un discurso algo descosido, a lo largo del cual jadeaba y sudaba intensamente, y que terminó con la famosa cita de Goethe –había sido un tema en la conversación privada con Brandt–: “Gris es la teoría, amigo mío, pero verde y dorado el árbol de la vida”.

¿Por qué Haya estuvo allí? ¿Por qué lo invitaron a clausurar ese congreso? El físico le permitió ver realizado el precepto árabe: siéntate a esperar a la puerta de tu casa, y verás pasar el cadáver de tus enemigos. Los sobrevivió a todos. Pero hay otra conclusión evidente: Haya fue el inspirador de casi todos los latinoamericanos que estaban allí. Es el padre intelectual de los partidos socialdemócratas latinoamericanos.

La odisea comenzó en 1919, con la reforma universitaria en Lima, en San Marcos, una prolongación de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918. En 1968 escuché en Lima a Gabriel del Mazo, el líder de la revuelta argentina, lo que revela que cincuenta años después seguía vivo el tema: todos seguíamos hablando de la reforma universitaria.

De allí en adelante, Haya lanzó una prédica continental. De alguna manera, “inventó” la América Latina, quiero decir,

una visión integrada de América Latina, y al concepto, que nació en Francia en tiempos del Segundo Imperio, asociado a la idea de la "latinidad" le puso un acento mestizo, y lo llamó "indoamericano". La estela de esa prédica fueron los "aprismos" latinoamericanos, aunque no usaran ese nombre. Liberación Nacional en Costa Rica, el Partido Ortodoxo en Cuba, y movimientos anteriores al aprismo, como el Partido Liberal colombiano o el Socialista chileno, acogieron el mensaje de Haya.

Cuarenta años después, vendría Fidel Castro, que no inventó el Tercer Mundo (otra invención francesa, de Alfred Sauvy, en 1952), pero que se filtró, desde una pequeña isla del Caribe, en el gran juego geopolítico de la Guerra Fría.

Como ya he contado a propósito de mi encuentro con Castro, éste había salido del "aprismo" cubano, del Partido Ortodoxo de Eddy Chibás. Haya sentía que Castro había ocupado parte de su espacio latinoamericano, y esta puede haber sido una de las razones (la otra era una diferencia ideológica profunda) de su distancia, de su casi desdén hacia él. Lo que en el escenario continental le pasó con Castro, le ocurrió en el peruano con Fernando Belaúnde. Cuando éste surgió en 1956, luego de haber sido un diputado filoaprista entre 1945 y 1948, captó nuevas clientelas, clases medias y sectores juveniles que se habían insensibilizado al mensaje de Haya.

Pero en aquella reunión de Caracas hubo otra vindicación.

Estábamos todavía a trece años de que el muro de Berlín cayera y de que el comunismo disipara su promesa de casi un siglo, pero los hombres que estaban allí sabían que el modelo no funcionaba. Sin embargo, no siempre lo habían creído así, pues muchos de los líderes reformistas de América Latina habían sido en su juventud comunistas, o habían simpatizado con el comunismo. Ese fue el caso de Rómulo Betancourt, el fundador de Acción Democrática, que dirigió el Partido Comunista de Costa Rica durante su exilio en los años treinta. Fue también, aunque más fugazmente, el de Alberto Lleras,

que, aunque no estuvo en la reunión, envió a representantes del viejo Partido Liberal colombiano. Un poco distinto era el caso de Salvador Allende. Ese año de 1976, hacía tres años que había muerto. De todos modos, no hubiera asistido a esa reunión de Caracas, porque Allende, que en 1962 participó en un mitin del Apra en Lima, en la plaza de toros de Chacra Ríos, se transformó después, a mediados de los sesenta, en un filocastrista y en una figura de la Conferencia Tricontinental, creada por Castro en 1966. ¿Cuánto de eso fue para acercar a su partido socialista al partido comunista y a las otras fuerzas marxistas con miras al Frente Popular? No lo sabremos nunca, pero sí sabemos que Allende fue devorado por esa alianza, a la inversa de lo que le ocurrió a Francois Mitterrand, que se acercó a los comunistas para finalmente pulverizarlos.

No debería extrañarnos esa seducción original de tantos líderes. El siglo XX mostró hasta la saciedad la seducción de muchos espíritus inteligentes por el comunismo. Los fines parecían nobles. Como dijo tan certeramente Octavio Paz al caer el muro de Berlín, “que las respuestas fuesen equivocadas, no significa que las preguntas no fueran las correctas...”. Pero esa seducción comporta un misterio más complejo: ¿por qué grandes inteligencias se plegaron a los totalitarismos?

El caso de Haya es sui géneris. Fue marxista, sí, pero no compró jamás la ilusión comunista.

La muerte de Haya

En 1977, el entonces Presidente Morales Bermúdez me pidió, la víspera que anunciara la convocatoria a una Asamblea Constituyente, que se lo comunicara a Haya de la Torre y Fernando Belaúnde.

Encontré a Haya en la casa de Fernando León de Vivero, en San Isidro. Recuerdo que estaban Carlos Enrique Melgar y, naturalmente, Jorge Idiáquez. Haya tomaba una algarrobina. Ya esperaba, o conocía la noticia, y su respuesta fue inmediata: “Dile a Morales Bermúdez que participaremos. Y dile lo que él ya sabe: que los apristas no matamos a su padre” (el coronel Remigio Morales Bermúdez había sido asesinado en Trujillo, en 1932).

Era el esperado reencuentro de Haya con los militares. Durante todo el gobierno de Velasco, desde que regresó del exilio en 1969, luego del golpe, Haya había querido distinguirse del resto de la oposición a los militares, señalando, cada vez que podía, que las reformas hechas por los militares eran una copia del programa aprista, sólo que sin democracia ni libertades.

Esa pretensión de precedencia, de ser el origen de los cambios, fue su insistente pretensión de principios de los setenta. En uno de sus discursos del Día de la Fraternidad, dijo que cada joven hacía en su juventud una promesa, y que la historia entera de su vida no era sino la historia de la promesa que había hecho en sus días de estudiante.

Sin embargo, en 1976, le traje de un viaje *La tentation totalitaire*, de Jean-Francois Revel. El libro fascinó a Haya. “Esto es, esta es mi posición”, me dijo. Me habló entonces con pasión de un libro anterior de Revel, *Ni Marx ni Jesús*. Una lástima que

cuando conocí a Revel, en Lima, algunos años después, Haya ya había muerto, pues de lo contrario lo habría llevado donde el Viejo. Le había traído también, poco antes, de Caracas, *Del Buen salvaje al buen revolucionario*, de Carlos Rangel, una apología del reformismo latinoamericano y la primera defensa moderna de la vigencia del pensamiento de Haya de la Torre.

A fines de 1977, durante el proceso de las elecciones de la Asamblea Constituyente, lo convencí de grabar una entrevista para *Contacto Directo*, mi programa de televisión.

La televisión tenía ya una larga historia de relaciones con la política, desde las elecciones norteamericanas de 1960 y el legendario debate entre Nixon y Kennedy. Al principio, Haya no quiso aceptar la entrevista. En las elecciones presidenciales de 1962, la televisión le había sido esquiva, mientras que Belaúnde, con su estilo sintético de profesor y sus ejemplos de constructor, la había usado diestramente. Haya era más bien un hombre de extensas tertulias y un orador de plazas que no se acomodaba a un medio en el que dominaban los *sound-bytes*. Le propuse, entonces, lo que no había hecho con nadie en mi carrera televisiva. “No puedo adelantarle las preguntas –le dije–, pero le ofrezco lo siguiente: grabemos la entrevista, y si no le gusta, me comprometo a no emitirla”. Víctor Raúl aceptó. Se daba cuenta, sin duda, de que tenía que usarla, que sin ella no llegaría a los jóvenes, que no lo conocían, y a las inmensas mayorías que no iban ya a las plazas. Como el programa fue clausurado por el gobierno militar en enero de 1977, y sólo restablecido después de dichas elecciones, la entrevista no tuvo ningún efecto electoral. Se transmitió el día en que Haya era consagrado Presidente de la Asamblea (después de haber obtenido treinta y cinco por ciento de los votos), de modo que cuando se la mostré, era más para la posteridad que para las elecciones.

Fue una mañana en Villa Mercedes. Nos sentamos en un saloncito de la casa, Haya en una silla al centro, León de Vivero e Idiáquez a la derecha, y yo en otra silla a la izquierda. Me puse un poco detrás de Haya para poder observar sus

reacciones. Haya se colocó los anteojos, que nunca usaba en público, y durante los primeros diez minutos parecía nervioso. Se quitaba y se volvía a poner constantemente los anteojos, pero después de esos diez minutos se quedó quieto, confortable, en su asiento. Era evidente que le gustaba la entrevista. Asumí que tenía su autorización para emitirla, así que le dije: “Sale este domingo”. No me dijo ni sí ni no, sólo me dijo: “Vamos a almorzar”.

En la entrevista, Haya habló de los grandes momentos de su vida: su amistad con César Vallejo, su relación con el Presidente Leguía, que lo deportó la primera vez pero al que juzgó, paradójicamente, como el mejor Presidente de todo el siglo XX. También hablamos sobre cómo lo vería la posteridad, y de qué pasaría con el movimiento aprista a su muerte.

La entrevista no terminó nunca, en rigor. En un momento, Haya simplemente comenzó a llorar, se paró y dejó la habitación. Yo me quedé frío, hiératico, simplemente no sabía cómo reaccionar. Más tarde, al editar la entrevista para su emisión, se me impuso como obvio que debía terminar congelando a Haya en ese momento que manifestaba su honda humanidad: el viejo león, acostumbrado a las batallas más duras, mostrando un instante de debilidad.

El día que se emitió, Haya había jurado en la mañana como Presidente de la Asamblea Constituyente y había aceptado almorzar en la embajada de México. Yo estaba en un palco del Congreso, escuchando el discurso, cuando se me acercó uno de sus guardaespaldas, miembro de la “dorada” —la élite de los “disciplinarios” apristas, la guardia legendaria que se había forjado en los tiempos heroicos de la clandestinidad y se renovaba sin cesar, muchas veces con hijos de los hijos de esos primeros guardaespaldas—, para decirme: “El Jefe te invita a que lo acompañes a la embajada de México para almorzar”.

Fueron un almuerzo y una tarde inolvidables. Éramos muy pocos. Haya tomó dos o tres algarrobinas y estuvo feliz. No era especialmente amigo del embajador, pero parecía

completamente en casa. Por una parte, porque era siempre el señor donde llegaba, y por otra porque era como regresar al comienzo: ahora que el país formal se le había entregado y había reconocido por primera vez su magisterio intelectual y moral, podía recordar aquellos duros tiempos del primer exilio, cuando llegó al México de la inmediata postrevolución mexicana. Había una extraña, serena, placentera justicia poética, y Haya estuvo a sus anchas toda la larga tarde.

Lo vi muchas veces en esos meses de la Presidencia de la Asamblea. En una ocasión, me invitó a que lo acompañara cuando recibía a Héctor Cornejo Chávez, el brillante líder democristiano que, sin embargo, había obtenido un escaso dos por ciento en las elecciones. Haya le había tomado cariño. Vi que se entendían intelectualmente, y cuando se fue le pregunté por qué: “Es uno de los pocos aquí que distingue entre una premisa y una conclusión”.

En otra ocasión, estábamos en su despacho y él miraba en el circuito interno de televisión el debate que presidía su Vicepresidente, Luis Alberto Sánchez. El debate se enredaba y Haya ordenó que le dieran la palabra a uno de sus correligionarios, cuyo nombre me gustaría guardar por recato. Haya sabía que era un orador ampuloso, y lo que quería era precisamente prolongar el debate. Pero ese constituyente se expandió demasiado, abarcando citas y reflexiones que llegaban hasta la Grecia clásica. Yo veía que Haya miraba intermitentemente el monitor e iba impacientándose. Cuando terminó, había logrado distraer el debate, pero Haya lo llamó, y le dijo, furioso: “No puede engañarse así a la juventud. Has confundido todas las citas. Eso no lo dijo Séneca sino...”. Fue para mí una inesperada lección del viejo maestro, para quien la política había sido siempre una rama exigente de la pedagogía.

Una noche me enteré de que Haya estaba enfermo de cáncer, pero sus seguidores querían o necesitaban ocultarlo. Como con un viejo sultán en agonía, sus *taifas* no sabían qué hacer.

Lo llevaron a Houston para que lo trataran. Antes del viaje, me regaló un lapicero que todavía decora mi escritorio. Tuve el privilegio de ser uno de los pocos que podían entrar cuando querían a Villa Mercedes durante su enfermedad, pero después de su regreso de Houston ya no lo vi.

Estuve, sin embargo, en Villa Mercedes esa mañana de 1979 en que el general Pedro Richter, Primer Ministro del gobierno militar, y mi amigo el canciller Carlos García Bedoya llegaron a su cama de moribundo inconsciente para ponerle la única condecoración peruana de su vida, la Orden del Sol, ya casi póstuma. Estaban sólo Idiáquez, Ramiro Prialé, Armando Villanueva, Andrés Townsend, Luis Rodríguez Vildósola y yo.

Fue un momento fúnebre, un instante trágico. La vieja fuerza enemiga, el Ejército, llegaba a postrarse contrito en su lecho de muerte. Miré desde la puerta del cuarto, y al salir, Carlos me guiñó el ojo, envuelto en lágrimas. Richter salió también llorando. ¿Qué hubiera pasado en el siglo XX peruano si esos dos enemigos se hubieran entendido antes? Es una pregunta para la que no hay respuesta.

Poco después, el 2 de agosto, murió Víctor Raúl Haya de la Torre.

Hacía ya largas semanas que Luis Alberto Sánchez, el viejo polígrafo, el limeño maledicente e ingenioso, dirigía la Asamblea Constituyente.

En el Aula Magna, como los apristas llaman a su local central, el féretro fue colocado en el centro. Durante tres días, todo el día y toda la noche, miles de peruanos desfilaron, llorando. Muchos vinieron de lejos, trayendo presentes. Hubo un momento que se me quedó grabado. Estaba al costado del viejo Luis Heysen (ya todos los grandes líderes apristas eran para entonces irremediabilmente viejos), el "cuco" Heysen, el dirigente otrora temerario, y vi cómo se le acercaban a darle el pésame, como si fuera un pariente del occiso, un intermediario con el tótem yaciente. Había algo antiguo en ese rito.

Al cabo de tres días, el cortejo del emperador difunto se puso en movimiento. Yo lo seguí con unos amigos en carro. Alan García hizo todo el viaje cogido del féretro, como, según me contaron después, Fidel Castro había ido cogido del féretro de Chibás.

He recorrido innumerables veces después ese trayecto de Lima a Trujillo. Cada vez que lo hago y atravieso el desierto, recuerdo mi sorpresa de entonces: caravanas de gente humilde que aparecían donde no había ningún pueblo, que salían no sé de dónde, cargados de sacos, flores, tapices, de “ofrendas” para su jefe; era su humilde, su anónima manera de presentar sus saludos, de agradecerle que los hubiera defendido, que hubiera entregado toda su vida no a la riqueza, ni siquiera al poder, sino a crear un movimiento al servicio del pueblo. Eso no era otra cosa que amor, algo que había ocurrido antes en el Perú sólo con Piérola. Algo semejante, voy pensando en el camino, tiene que haber ocurrido a la muerte de un Inca noble o de un Faraón compasivo. Hay algo profundo, antiguo, en ese encuentro. Cada vez que llego a Trujillo, no puedo liberarme de esa emoción.

La noche previa al entierro, en la Plaza de Armas de Trujillo no cabía literalmente un alfiler. Como me habían visto tantas veces con Haya, la *guardia dorada* me abrió el paso y logré llegar al centro de la plaza, donde está ese horrendo monumento que desluce una de las plazas más bellas del Perú. Vi desde ese pequeño alto la multitud y recordé una conversación de 1976, en Caracas, con Felipe González: cuando la transición llega, se hace a través de los viejos partidos, de los grandes troncos políticos antiguos. Llevado por ese análisis, y por la indeleble emoción del momento, decidí inscribirme en el partido Aprista, del que me separaría dolorosa pero inevitablemente en 1988. Una nota final: recuerdo que al terminar el entierro, Alan García me dijo: “El Viejo se va sin un gran discurso”.

Las etapas en la vida de Haya

Se ha hablado en algunas ocasiones de “los dos Haya”. Uno joven, “auroral”, revolucionario, y otro maduro, conservador. La idea repite la distinción de “los dos Marx”, popularizada, entre otros, por Erich Fromm: la de un Marx juvenil, “humanista”, y la de uno maduro, “científico”.

Las circunstancias fueron, qué duda cabe, distintas en cada etapa de la vida de Haya. Sin embargo, Haya fue siempre un reformista, un “fabiano”. En mis conversaciones con él, nunca me habló, por ejemplo, de Lenin, y mucho menos de Stalin: hablaba de Lunacharski, el comisario de Instrucción Pública, quizá porque era el funcionario que había conocido, y hablaba sobre todo de Trotsky y de cómo, ya en México, dialogaba con los apristas exilados. Pero miraba todo ese mundo con distancia, con ironía. De Lunacharski, por ejemplo, me contó la siguiente anécdota.

Anatoli Lunacharski había sido un crítico literario, un promotor de las vanguardias. En 1905 estuvo con los bolcheviques, pero luego rompió con ellos, hasta 1917, en que volvió al redil. Como comisario, protegió a artistas heréticos como Stanilavski, y también impulsó un cómico juico a Dios por sus “crímenes” contra la humanidad. En él, puso en la silla de los acusados a una Biblia. Generoso, le puso abogados defensores a Dios. Sin embargo, éstos no pudieron con los argumentos de los fiscales soviéticos, de modo que el tribunal condenó a Dios. El 17 de enero de 1918, en la madrugada, un pelotón de fusilamiento disparó cinco ráfagas de ametralladora al cielo, donde presuntamente se encontraba Dios, premisa curiosa para los ateos soviéticos.

Cuando hablaba de la Revolución Francesa, Haya nunca

me hablaba de los jacobinos. Hablaba de Mirabeau. Un tema que lamento no haber hablado con él fue el de la Guerra Civil Española, pero Haya tampoco la convocaba naturalmente.

De todo esto resulta que mi impresión es que no hay propiamente dos Hayas. Hay sí, creo, un eje diamantino reformista, tal vez con acentos distintos, con énfasis quizá cambiantes a lo largo de su vida, pero constante en su orientación central.

Pero, ¿cuáles fueron los momentos cruciales, los momentos estelares de la vida de Haya?

El primero es Trujillo. No se entiende a Haya de la Torre sin Trujillo, la única ciudad del Perú que mantuvo su nombre español mientras todas las otras recuperaron sus toponimias indígenas. Esto es un dato significativo.

La idea “espacial” del Perú de un trujillano es esencialmente diferente a la de un cusqueño, o a la de un arequipeño. En *La república embrujada* creí encontrar en esta diferencia algunos de las razones de las divergencias entre Haya y Bustamante, y el consecuente fracaso del Frente Democrático de 1945 a 1948.

Sin esto, y sin la experiencia social vinculada a ello, no puede entenderse, por ejemplo, el sentido de las jerarquías sociales que Haya mostraría durante toda su vida, ni su dominio de los grandes espacios, ni sus búsquedas de síntesis que rescataran distintas partes del pasado, ni su innata vocación de compromiso, que sería más evidente en la segunda parte de su vida.

En la infancia y adolescencia de Haya, Trujillo era una ciudad más bien pequeña. En esa esfera reducida, la familia, el clan, era la rueda alrededor de la cual giraba la vida. Cuando lo conocí, me impresionó la facilidad con que Haya se movía en las genealogías.

Trujillo es una ciudad costera que durante la época precolombina albergó cortes ricas, polícromas, suntuosas. Es también una ciudad conectada estrechamente con la sierra norteña. Haya mismo fue un emblema de esas fusiones: la madre, de la ciudad tradicional, y el padre, oriundo de Cajabamba.

La ciudad es asimismo encuentro de clases, y también Haya lo representa: la madre pertenecía a lo que puede llamarse la aristocracia trujillana, y el padre era de evidentes orígenes mesocráticos. Es muy revelador, creo, que Haya nunca haya dejado caer el “de la Torre”. ¿Poderoso sentido edípico, afirmación de su linaje, o sólo eufonía, énfasis verbal?

La ciudad era inevitablemente mestiza, o estaba en trance de mestizaje. Haya formó parte de la bohemia trujillana, del grupo Norte, al que pertenecía César Vallejo, llegado de Santiago de Chuco. Esa ciudad pequeña, de viejas casonas, por lo general de la época colonial tardía, del XVIII, estaba rodeada de haciendas azucareras y era sostenida por los alimentos de la vasta sierra norteña, a lo que se sumaba la producción de algunas minas de oro.

Durante la infancia y adolescencia de Haya, Trujillo estaba en trance de cambio. La propiedad de la tierra había sido desplazada, o estaba en vías de ser desplazada, pasando de familias tradicionales criollas a extranjeros o descendientes de extranjeros, como los alemanes Gildemeister o los corsos Larco. Peter Klaren ha estudiado diestramente estos cambios. Su libro, que en español se tradujo como *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra*, se llamó más apropiadamente *Modernization, Dislocation and Aprismo* cuando fue publicado en inglés, en Texas, en 1973. *Dislocation*. Eso es lo que ocurrió entre 1895, cuando nació Haya, y 1917, cuando se fue a Lima. Klaren creyó ver en ese desplazamiento, que producía un encuentro entre aristocracias que “caían” y nacientes clases obreras que “subían”, una de las razones para la aparición del nuevo liderazgo aprista. Es un fenómeno que encontramos en muchas circunstancias históricas, donde aristocracias resentidas, o simplemente desplazadas, alimentan a las élites revolucionarias. Pasó en Francia en 1789, en Rusia en 1917, en Irán en 1978...

El segundo momento formativo de la vida de Haya es cuando llegó a Lima para estudiar en la universidad de San Marcos, que era ya un crisol multicultural. Haya fue

un hombre entre dos mundos. En un viaje al Cusco, para un congreso de estudiantes, entró en contacto con un país andino que no había conocido en Trujillo. Ese fue su primer y decisivo encuentro con el mundo indio.

Lima estaba en el apogeo de la “república aristocrática”, en el epicentro de un largo período de expansión. La ciudad tenía un tinte “europeo”. Al fin y al cabo, en esa población de poco más de cien mil habitantes, casi un quince por ciento estaba formado por inmigrantes europeos. El Palais Concert, que ensalzarían Valdelomar y Mariátegui, era el emblema de esa ciudad europeizada.

En esa capital todavía pequeña, donde las relaciones familiares jugaban un papel importante, como en Trujillo, un tío de Haya era Vicepresidente de la república, y otro, presidente de la Corte Suprema. Un día, escuché cómo Haya le reprochaba a Klaren su tesis. Le dijo en sorna: “¿No cree que con esos parientes y amigos me habría acomodado si lo hubiera querido?”.

La ciudad, como el país (y como Trujillo), estaba en tránsito, tránsito que Leguía encarnó mucho más claramente durante su inminente segundo gobierno, que comenzó en 1919 y en el que se pasó del dominio británico al del naciente poder de los Estados Unidos. En 1919, Estados Unidos se transformó de un país deudor en uno acreedor en la economía internacional. Esa modernización provocó que, junto al dominio de las élites tradicionales, aparecieran nuevos sectores y nuevos actores sociales, algo parecido a lo que ya había ocurrido en la Argentina de Hipólito Irigoyen, donde la expansión dirigida por la generación del 80 incubó nuevos bolsones sociales que fueron la base del radicalismo argentino. Este fue el contexto de las dos jornadas que lanzaron a Haya de la Torre al escenario histórico: la reforma universitaria de 1919 (eco de la de Córdoba, de 1918) y la jornada de las 8 horas.

Dicha jornada, que lo catapultó como líder popular, provocó también su exilio. La decisión de deportarlo probablemente

fue parte de un juego más complejo dentro del régimen leguista. El Presidente del Consejo de Ministros, Germán Leguía y Martínez, primo del Presidente, parecía aspirar a reemplazarlo, y un grupo de leguistas “progresistas”, mayoritariamente jóvenes (entre ellos su hijo, el historiador Jorge Guillermo, miembro prominente de lo que se llamaría la Generación del Centenario), agitó la escena. Augusto Leguía, ya decidido a la reelección, deportó a su primo. No habría opositores visibles a Leguía hasta 1930, en que cayó. El exilio de Haya fue parte de ese proceso.

Comenzó para Haya entonces el gran descubrimiento latinoamericano. La estación primordial fue México. ¿Qué pasaba en México esos días?

La revolución mexicana, como estallido de violencia, duró de 1910, el año del levantamiento de Madero, hasta 1917, el de la Constitución de Querétaro, pero como proceso duró mucho más tiempo, hasta que encontró una formalidad política estable con la presidencia de Plutarco Elías Calles, el sucesor de Álvaro Obregón, que era el Presidente de México a la llegada de Haya. Su secretario de Educación era José Vasconcelos.

Ocho años antes, Vasconcelos había pasado una breve temporada en Lima, como profesor errante de inglés, en una sucursal de las International Schools, estadía que ha descrito en el primer tomo de sus memorias, el *Ulises criollo*. En 1924 no era todavía el agresivo reaccionario en que se convertiría a fines de los treinta, cuando apoyó al Eje contra los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Al contrario, era el creador de la cultura revolucionaria de México, el hombre que promovía a los grandes muralistas e impulsaba las ediciones populares para ilustrar al pueblo. Haya fue, brevemente, su secretario.

Allí, en México, el 7 de mayo de 1924, Haya lanzó por primera vez la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Apra), cuando presentó a la Federación de Estudiantes de México la bandera indoamericana. Me gustaría consignar aquí algo que se menciona pocas veces: Vasconcelos soñaba con una

bandera similar. “Veo –escribió– la bandera iberoamericana flotando una misma en Brasil y en México”. Haya no usó el término “Iberoamérica” sino el de “Indoamérica”, pero quizá sea justo señalar que Vasconcelos escribió no sólo *La raza cósmica* sino *Indología*.

Después de México, Haya viajó a Nueva York y desde allí abordó el barco *Esthonia*, que lo condujo a Europa. Su compañero de camarote no fue un revolucionario sino el príncipe danés Valdemar, quien se embarcó porque el primer destino del barco era Dinamarca. Fue el comienzo del *grand tour* de Haya, como se llamaba en el siglo XVIII al gran viaje de iniciación por Europa, por la civilización. Llegó a Dinamarca, visitó los países bálticos, y desde allí alcanzó, en junio de 1924, Rusia, que aspiraba a ser “la tercera Roma”.

Es interesante el momento. Ya no estaba Lenin, muerto en enero de 1924, y tampoco Stalin había consolidado aún *la corte del zar rojo*.

¿Se cruzó alguna vez Haya con Víctor Serge? Serge ya no era el *factótum* de la Internacional, como en los primeros años, cuando la presidía Zinoviev. Desde 1923, se había incorporado más bien a la oposición de izquierda de Trotsky, y probablemente en el tiempo de la visita de Haya era ya un apestado, ajeno a todo contacto con el exterior.

Asimismo, siendo hispanohablante, ¿conoció Haya a Andreu Nin? Este hijo de zapatero y campesina estaba en Rusia por aquellos años, aunque en una posición parecida a la de Serge, ligado a la oposición de izquierda. Volvería luego a Cataluña, y en 1935 fusionaría su grupo con otros movimientos para formar el POUM. Los comunistas lo mataron, y Orwell lo inmortalizaría en *Homenaje a Cataluña*. Pero nunca hablé de Nin con Haya. No sé si lo conoció.

Algo de lo que vio tiene que haberlo incomodado. Haya no tenía la ingenuidad de un escritor como Lincoln Steffens, que llegó a Moscú y casi se arrodilló para decir: “He visto el futuro. Y funciona”. No sabemos a ciencia cierta lo que no le gustó, pero sí sabemos que en febrero de 1927 tenía la

suficiente certidumbre como para oponerse a los dictados de Moscú en la reunión de la Liga Antiimperialista de Bruselas.

El titiritero mayor de aquella reunión fue, otra vez, Willy Münzenberg, que organizaba para el Komintern toda la propaganda en Occidente. Creaba periódicos, financiaba editoriales, películas, montaba sin cesar frentes de fachada, y fue la pieza clave de la propaganda comunista. Comentando un libro de Stephen Koch sobre él que ambos habíamos leído, Mario Vargas Llosa me dijo un día: “Si hubiera vivido en nuestro tiempo, habría sido Murdoch”. En 1927 faltaban doce años para que la Segunda Guerra Mundial estallara, y trece para que, una madrugada, “partisanos” encontraran en un campo de Francia, colgado de un árbol, el cadáver de un hombre que se identificaría como el de Münzenberg. No se sabrá nunca quién lo mató, aunque Koch cree que fue Moscú, de la que comenzaba a distanciarse. Una biografía paralela a la de nuestro Eudocio Ravines.

En esa reunión de Bruselas se congregó una extraordinaria constelación de estrellas revolucionarias, la mayoría de lo que se llamaría más tarde el Tercer Mundo: Nehru, Sukarno, Ho Chin Minh, Zhou-en-Lai, Mussali Hdj (el fundador del nacionalismo argelino), Augusto Sandino, Antonio Mella, Vasconcelos, Haya, presididos por el *compagnon de route* por excelencia de Moscú, Henri Barbusse. Esa Liga Antiimperialista sólo tendría otra reunión más, la segunda y última, en Frankfurt, en 1929.

Haya hubiera podido ser la gran figura del Komintern para América Latina, pero en Bruselas se enfrentó a sus dictados. Fue marxista, y a veces insistía en que lo seguía siendo al final de sus días, pero nunca fue comunista. Probablemente lo alejó en parte de esa ruta la constelación de mediocridades que acogía, como el argentino Victorio Codovilla, pero sobre todo porque Haya había arribado ya a su intuición fundamental: la historia circulaba en América Latina de otra manera que en Europa.

Marx había tratado de predecir la historia analizando cómo se sucedían los “modos de producción” y cómo, a partir

del último, el capitalismo, se pasaría al socialismo. Pero Haya se dio cuenta de que en el fastuoso escenario americano, esa evolución lineal no se había producido. De allí concluirá, poco después, que en América Latina el imperialismo no era la fase superior del capitalismo, como había repetido mecánicamente Lenin, sino la primera.

1927 fue el año en que publicó en Buenos Aires su primer libro, *Por la emancipación de América Latina*. ¿Ya había leído Haya al conde Hermann Keyserling? En todo caso, hay cierta correspondencia, como un eco, con las nociones de “ritmos”, “espacios” y “armonías” del viajero y pensador alemán.

Después de Rusia, Haya fue a Oxford, la vieja universidad de comienzos del siglo XIII, y a Berlín, la atribulada capital del Reich. Hitler no era todavía Canciller, pero las camisas pardas ya eran un elemento frecuente en las calles.

Volvió de Europa en setiembre de 1927, y antes de regresar al Perú para ser en 1931 candidato a la presidencia de la República, recorrió varios países de Centroamérica. *Repertorio Americano*, en Costa Rica, sería la revista que lo promovería más. En 1926 escribió el artículo “Qué es el Apra”, y en 1928, la primera versión de *El antiimperialismo y el Apra*, que quedó inédito hasta 1936.

Aquí comenzó la cuarta etapa de la vida de Haya. El Partido Aprista Peruano se fundó el 20 de setiembre de 1930. Haya ingresó al Perú por el norte, por Talara. Hay una foto suya de entonces con un uniforme caqui. Es difícil no relacionar el atuendo con su estancia europea. Todavía Hitler arrastra la imagen del charlatán de la cervecería de Munich; por tanto, el traje militarizado probablemente deba más al fascismo. Ahora parece muy duro decir esto, pero el período de entreguerras fue un momento en que esas polarizaciones y esos atuendos no eran excéntricos.

La campaña fue arrolladora. ¿A qué se parecía este nuevo fenómeno en la historia peruana? Los antecedentes más cercanos serían tal vez Billinghamurst, el protopopulismo peruano y las primeras masas obreras desfilando en

manifestaciones políticas, y un poco más atrás aún, las montoneras de Piérola, todos movimientos populares, policlasistas, pero con una dirección “señorial”. Sólo que la piel del Perú había cambiado desde la República Aristocrática y sus restringidos clubes políticos: las masas, a la izquierda con el Apra, o a la derecha con el sanchezcerrismo, habían ingresado para quedarse en la escena peruana.

Haya perdió frente a Luis M. Sánchez Cerro (piurano como Velasco, y con quien guarda más de un parecido). ¿Hubo fraude? No tenemos los instrumentos para afirmarlo, pero lo que sí sabemos es que Haya transformó esa derrota en un instante épico. En su célebre discurso del 8 diciembre de 1931, en Trujillo, propuso una larga cruzada, y emparentó al aprismo con el cristianismo de las catacumbas. Creó así la mitología del martirologio.

En 1932, el 7 de julio, se produjo la infausta revolución de Trujillo. Haya estaba preso en El Frontón desde el 6 de julio, y las huestes juveniles apristas, con olor a revolución mexicana (y algunos a revolución soviética), decidieron actuar. ¿Hasta dónde sabía Haya del levantamiento? ¿Cuán coordinado fue el movimiento? Lo que sabemos por la historia es que la masacre de militares en el cuartel O'Donovan creó un abismo entre el Apra y el Ejército durante medio siglo.

Los años de 1932 a 1945 fueron para Haya de vida inestable, a salto de mata. Otros líderes, como Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez por ejemplo, se habían escapado a Chile, donde Seoane creó la principal revista del país, *Ercilla*, y Sánchez desplegó una extraordinaria labor editorial. Eran los tiempos del Frente Popular.

En 1945, después de varias reuniones entre Óscar R. Benavides y Haya (la mayoría de las cuales se realizaron en la casa del diplomático Alberto Ulloa Sotomayor), nació el Frente Democrático, que arrasó en las elecciones con su abanderado, José Luis Bustamante y Rivero. En 1978, en mi entrevista de televisión ya mencionada (la única que Haya dio para ese medio), me confesó que hubiera preferido a Rafael

Belaúnde, padre de Fernando, pero que éste no aceptó por algunos “malentendidos”. No tuve ocasión de hablar de esto con Bustamante. Cuando le propuse grabar también una entrevista para la televisión, me dijo: “Ya estoy viejo, dejemos que los archivos hablen”.

Haya y Bustamante nunca se entendieron. En *La república embrujada* traté de entender esas diferencias. Dije también en ese libro que había, sin embargo, una curiosa sintonía respecto de la política económica entre los partidarios de Bustamante, antecesores de la Democracia Cristiana y orientados por la idea del “bien común”, y los apristas, cepalinos *avant la lettre*. Pero dada la falta de sintonía política, la aplicación de esa política fue desastrosa. El resultado fue el golpe de Manuel Odría, el 3 de octubre de 1948. Detrás del mismo, estuvieron los agroexportadores y su eminencia más visible, Pedro G. Beltrán.

Poco después del golpe, el 3 de enero de 1949, Haya de la Torre se asiló en la embajada de Colombia, en lo que acabó siendo un largo asilo de cinco años, tres meses y tres días, que terminó el 6 de abril de 1954. Cuando entró en la embajada, en Colombia gobernaba el conservador Mariano Ospina, y cuando salió, la democracia colombiana había caído y gobernaba el dictador Gustavo Rojas Pinilla.

Mi impresión es que el asilo representa el comienzo de la quinta etapa en la vida de Haya, una etapa que durará hasta las elecciones de 1962.

En una ocasión, en uno de mis encuentros dominicales con él en Villa Mercedes, Haya me hizo un largo análisis del Concilio de Trento. Yo estaba completamente sorprendido. “¿Cuándo comenzaron a interesarle cosas como el Concilio de Trento?”, le pregunté. “Ya había leído todos los libros que podía en la embajada durante el asilo. Yo me había hecho muy amigo de Castiella, que era uno de los pocos embajadores con una buena biblioteca, pero muchos de sus libros eran sobre la historia de la Iglesia”, me dijo. Así, un gran franquista español resultó siendo una figura clave en la evolución de Haya.

Fernando María Castiella y Maíz había nacido en Bilbao, en 1907, y murió en 1976. Había peleado en la famosa División Azul. Entre 1957 y 1969, un período clave de la evolución del franquismo, cuando fue dominado por los tecnócratas del Opus Dei, fue Ministro de Asuntos Exteriores. Fue el primero que solicitó la incorporación a la Comisión Económica Europea (rechazada entonces porque uno de los requisitos era tener un régimen democrático). Pero antes, a comienzos de los cincuenta, había sido embajador en el Perú, y fue una de las pocas personas con las que Haya trabó entonces una estrecha relación. Es una de las señales de que este asilo marcó el comienzo de una moderación en el pensamiento de Haya de la Torre.

En 1954, publicó *Treinta años de aprismo* (que se iba a llamar inicialmente *Veinticinco años de aprismo*, pues la primera versión estaba terminada en 1949). Asimismo, hay un pequeño libro de Haya muy revelador: *¿Y después de la guerra qué?* Allí Haya propuso la tesis del “interamericanismo democrático sin imperio”. En la guerra, Haya no estuvo con el Eje, como fue el caso de otros políticos latinoamericanos; el más trágico, el de su antiguo amigo José Vasconcelos, que a través de su revista *Timón* apoyó al Eje.

Roosevelt y el *New Deal* tienen que haber sido para Haya, como lo fueron para otros latinoamericanos (Fernando Belaúnde en el Perú, para no ir muy lejos), una influencia decisiva. De hecho, todos los vástagos políticos del aprismo (liberales colombianos, liberacionistas costarricenses, radicales chilenos, entre otros) propondrían, en los años cincuenta y sesenta, alguna forma de asociación con los Estados Unidos.

Al salir del asilo, comenzó lo que llamo la etapa “italiana” en la vida de Haya de la Torre.

Haya salió primero rumbo al Uruguay, con pasaporte de ese país. En algún momento pasó una temporada larga en Río, como huésped de Assis de Chateaubriand (1892-1968), en su gran departamento de Copacabana.

Francisco de Assis de Chateaubriand Bandeira de Melo, *Chato*, había nacido en Umbuzeiro, en el estado de Paraíba, y había comenzado como reportero, metido entre linotipos, pero en el primer gobierno de Getulio Vargas, en el “Estado Novo”, había logrado amasar un imperio periodístico que comprendía 36 periódicos, 36 radios, 18 estaciones de televisión y varias revistas, como una que leía en mi infancia, *O Cruzeiro*.

Pero la mayor parte de estos ocho años, entre 1954, cuando sale del asilo, y 1962, cuando vuelve para ser por segunda vez candidato a la presidencia de la República, Haya vivió en Europa.

Al salir del asilo tenía cincuenta y nueve años. Fueron sus primeras vacaciones en veinticuatro años, después de una elección, un conato de guerra civil, trece años de combate y clandestinidad, tres de un tenso interregno democrático, y cinco de asilo. Veinticuatro años atado al potro del Perú.

Volvió a la Europa de sus treinta años, que, por supuesto, había cambiado mucho. La primera vez que llegó, en su primer exilio, era la Europa de entreguerras, de la lucha entre el fascismo y el comunismo. La Europa que reencontró era la de la reconstrucción, el Plan Marshall, el hallazgo germano de la economía social de mercado y el comienzo de la integración europea. No conocía yo entonces todavía al personaje visionario, magnífico de Jean Monnet, de modo que no hablé de él con Haya. Hasta donde sé, no se conocieron, o no he encontrado huellas de él en los textos de Haya. Una lástima, porque Haya hubiera encontrado aún más argumentos para su prédica integracionista latinoamericana.

Esta experiencia europea tuvo dos lados, creo, un poco contrapuestos.

En uno de ellos Haya goza de Italia, más concretamente de Roma y sus calles retorcidas y sus *palazzos*, y de la sofisticada, florentina curia vaticana. Porque muchos de sus interlocutores, aparte de jóvenes escritores latinoamericanos, fueron cardenales, padres de la iglesia políticamente muy astutos. Las lecturas de los libros prestados por Castiella

habían, sin duda, preparado a Haya para esos encuentros romanos.

El otro lado de esa experiencia europea fue uno de sus grandes descubrimientos: la Europa nórdica, es decir, la Europa socialdemócrata. Haya no quiso copiar nunca el nombre: contradecía su postulado de que América Latina era “otra cosa”, un continente nuevo donde la historia comenzaba, siempre, por primera vez. Pero Haya se dio cuenta de que allí se estaba labrando un modelo que se parecía al suyo. De sus recorridos por el mundo báltico de Europa queda, como he dicho, uno de sus libros más interesantes: *Mensaje de la Europa nórdica*.

Hay, sin embargo, una extraña anécdota que contradice esos acercamientos socialdemócratas: el intento de Haya por asistir en París a una misa, la tradicional misa en recuerdo de... Luis XVI. Y es que otra parte de las relaciones europeas de Haya fueron las ramas de la realeza, entre las que se contaba, por ejemplo, don Jaime de Borbón, el hijo sordomudo de Alfonso XIII. En 1978, cuando el rey Juan Carlos iba a visitar el Perú, mi amigo Juan Ignacio Tena Ibarra, extraordinario embajador de España, me pidió que organizara una visita, fuera de protocolo, a Villa Mercedes, para contarle a Haya la organización de la visita. Haya trató con distancia, casi con severidad a Juanchín, que era un encanto y un diplomático de destrezas poco comunes. Salí sorprendido del encuentro, y unos días después, Haya me reveló sin querer el enigma: “Quien debía ser Rey es Alfonso –me dijo–, ya que la sucesión no correspondía a don Juan sino a don Jaime”. Así, cuando tuvo que recibir oficialmente a Juan Carlos en el Palacio Legislativo, Haya, el orador expansivo, el pedagogo siempre dispuesto a desplegar sus conocimientos de historia a quien quisiera escucharlo (y al que no), se limitó a decir: “Bienvenido, señor, a esta que es la casa del pueblo”. Punto. Pero después Juan Carlos le dedicó horas en una entrevista privada, y aparentemente lo cautivó, dados los comentarios posteriores que le escuché a Haya.

Porque así era también Haya: personalizaba, a veces furibundamente, sus relaciones políticas. Por ejemplo, me había visto en Caracas, en aquella cumbre socialdemócrata de 1976 de la que ya hablé, en varios lugares del hotel Tamanaco, con Felipe González y Luis Yáñez, los representantes del socialismo español, a quienes conocí allí, y a cuya esfera me incorporé encantado. Cada cierto tiempo (no se habían realizado todavía las elecciones de 1977, que confirmaron el gran liderazgo de González), Haya me decía burlón: “¿Y por cuánto le ganará Tierno al jovencito de tu amigo”. “Va a ganar Felipe, Víctor Raúl, ya verá”, le respondía yo. En el fondo, era la reacción del líder más viejo que veía con distancia (y preocupación) a los liderazgos alternativos que surgían. Su experiencia con Fidel y con Belaúnde lo había marcado.

Más allá de las anécdotas, este largo periplo europeo de Haya, sazonado por eventuales visitas a Lima, marcó su reencuentro con el reformismo.

En 1962, regresó para ser, por segunda vez en su vida y treinta y un años después de la primera, candidato a la presidencia de la República. Ganó, pero no obtuvo el tercio constitucional requerido y el Congreso debió decidir entre los tres primeros candidatos. El Perú hubiera podido organizar un sistema tripartito, como el que tuvo Bolivia entre 1985 y el 2003. Haya sabía que las opciones de que fuera el elegido eran las más bajas. Así, el 4 de julio de 1962, desde el patio de deportes del local del Apra, pronunció uno de sus más célebres y sentidos discursos, al que se le ha llamado “el discurso del veto”, donde anunció que la bancada parlamentaria aprista votaría por Odría para Presidente de la República.

¿Qué hubo detrás de la decisión de Haya? Creo que buscaba entenderse con el Ejército, y que pensó, acaso, que Odría le garantizaba mejor eso. ¿Se equivocó? Ya era visible el apoyo militar a Belaúnde, el mismo que se haría evidente pocos días después, con el golpe “transicional” del 18 de julio de 1962. Inmediatamente después, de éste, la plana mayor de Acción Popular, el partido de Fernando Belaúnde, acudió

a Palacio a saludar a la Junta Militar. Más tarde, ya electo Belaúnde en las nuevas elecciones de 1963, el presidente de la Junta Militar, Nicolás Lindley, se convirtió en su embajador en España.

¿O tal vez Haya quiso entenderse directamente con el “titiritero”, con las fuerzas económicas, aquello que se llamó por años “la oligarquía”, lo que Francois Bourricaud describió como una “red de familias con clientelas”?

En todo caso, el pacto reformista entre el aprismo y el belaundismo se frustró; pero quizá no deba excluirse otra motivación: Haya sentía que, igual que Fidel Castro a nivel continental, a nivel peruano, Fernando Belaúnde le había “usurpado” votos, principalmente los de los jóvenes y los de las clases medias, que correspondían naturalmente al Apra. No estaba dispuesto a abrirle el paso a un rival que se vislumbraba histórico.

Entre 1963 y 1968, Haya persistió en una coalición parlamentaria y municipal (Belaúnde había restablecido después de más de medio siglo las elecciones municipales) con el odriismo. Al frente, tenía al belaundismo en alianza con el pequeño Partido Demócrata Cristiano. El Perú parecía encaminarse a un sistema “bipartidista”. La paradoja era que el aprismo había pasado al lado derecho del espectro.

Bourricaud, que fue tal vez el más fino, el más sutil observador extranjero de la política peruana contemporánea, me dijo una vez que el Perú estaba evolucionando en los sesenta a una fórmula política “muy civilizada, sofisticada”, que, de no haberse producido en 1968 el golpe militar, habría consolidado una democracia que, poco a poco, se habría vuelto socialmente más abierta. Pero eso es una ucronía. La historia dice que en 1968 hubo un golpe militar. Vista a la distancia, no había una crisis económica, ni social, demasiado profunda. De hecho, a lo largo de 1968, la crisis monetaria de 1967 se rearsorbió. Lo que había era una crisis esencialmente ideológica, un largo debate sobre “reformas” que se habían postergado por mucho tiempo.

Con el golpe de Velasco Alvarado, colapsó todo el juego que Haya estaba haciendo, tratando de borrar del lenguaje militar la palabra veto. Al mismo tiempo, fracasó en hacerse aceptable a la oligarquía, que lo trataba, y hasta lo admiraba, pero le temía a las masas apristas.

Comenzó entonces la última gran etapa de la vida de Haya de la Torre. Se encontró con que su némesis, su viejo adversario, el Ejército, hablaba ahora un lenguaje "progresista". Haya regresó, entonces, a sus orígenes, tratando de demostrar que se mantenía apegado a sus convicciones "aurorales". Recuerdo claramente una noche, una de esas noches de domingo en que lo visitaba, en que Haya sacó de sus estantes una edición en español de los *Grundissen* de Marx, profusamente subrayados, como diciéndome, o más bien diciéndolo directamente: "Esto lo dije yo".

Al fin de esta semblanza, me gustaría repetir: no hubo "dos" Hayas. Fue siempre un reformista, un socialista "fabiano", a la manera en que lo era Nehru. Y eso explica sus relaciones con el marxismo, de lo que creo que es inevitable hablar. Al fin y al cabo, en una carta que Haya reprodujo con orgullo en *¿Y después de la guerra qué?*, André Breton le decía que su pensamiento era la mejor adaptación del marxismo a América Latina.

Marx trató de dar una base "científica" al socialismo, al que vio como una fase sucesiva del capitalismo, que requería por tanto que éste se desarrollara y expandiera. Toda su teoría partió de un esquema de cómo los modos de producción se habían sucedido en la historia. Pero la historia tenía para él un centro que era Europa, y jamás pudo desprenderse de su carácter europeo. Por eso fue favorable a la presencia británica en la India, y en el conflicto entre mexicanos y norteamericanos creía que el progreso estaba del lado de los últimos.

Los teóricos de la dependencia han querido hacer creer que esa posición se debía a que cuando escribí, el imperialismo no se había manifestado todavía como tal. Sin embargo, como lo hizo notar Carlos Rangel en *Del buen salvaje*

al buen revolucionario, ya en 1848 se había producido con toda claridad el impacto imperialista del Occidente capitalista sobre el hoy llamado Tercer Mundo, y con indicios más que suficientes de todas sus consecuencias para ambas partes, buenas o malas. Las tesis sobre el imperialismo llegaron más tarde, sólo para rescatar al marxismo de uno de sus primeros entrampamientos intelectuales.

En efecto, una de las profecías de Marx era que el capitalismo se aproximaba a una crisis final, debido a la pauperización de las masas trabajadoras. Sin embargo, la realidad a la que se enfrentaron a fines del siglo pasado los marxistas europeos fue profundamente desconcertante: no sólo no se producía esa pauperización sino que los salarios reales no cesaban de aumentar. Así, durante aquel mundo feliz de la *belle époque*, se produjo la primera gran conmoción intelectual del marxismo, cuando en el partido socialdemócrata alemán, en torno al cual giraba el marxismo de entonces, se enfrentaron Kautsky y Bernstein. Este último propuso sacar las verdaderas conclusiones de aquella realidad: el capitalismo no estaba moribundo, y los socialdemócratas debían hacer todo lo posible para integrarse a esa expansión, de la que llegaría, si acaso, el socialismo.

Entonces aparecieron las primeras formulaciones del imperialismo, las de Hobson y Hilferding, que Lenin refinaría después, y que vinieron a crear el *alibi* ideológico para los marxistas, la vía de escape para no enfrentar la verdad de que el capitalismo estaba funcionando, y muy bien. En *El imperialismo, fase suprema del capitalismo*, Lenin formuló la coartada: “El capitalismo ha creado un puñado (menos de un décimo de los habitantes de la tierra) de Estados ricos y poderosos que saquean el resto del mundo... Obviamente, a partir de tales gigantescos superbeneicios (obtenidos además de los beneficios que los capitalistas arrancan a los trabajadores en sus propios países) se hace posible sobornar a los dirigentes sindicales y a todo el superestrato de la aristocracia obrera...”.

Esta teoría obró como un puente entre el marxismo y todos los progresistas de lo que se llamaría el Tercer Mundo. Los dotó de una coartada para la pobreza de sus naciones y les proveyó, asimismo, de una estrategia política: la división del mundo en centro y periferia relegaba a un segundo plano todos los otros conflictos y les permitía proponer una vasta alianza que aislara al “enemigo” principal, el imperialismo.

Lo que Haya aportó fue un esquema histórico distinto al de Marx, que afirmaba la evolución histórica peculiar de Latinoamérica. En este continente, postuló, todos los tiempos se confunden, conviven la edad de bronce con la revolución industrial, y por tanto aquí el imperialismo no es la última fase del capitalismo sino la primera. De esa idea nació la ambivalencia del pensamiento de Haya de la Torre, que lo llevó a valorar lo “positivo” del imperialismo. Así “adaptó el marxismo”, como dijo Breton, lo que fue el primer paso para dejarlo de lado. Porque una de las grandezas intelectuales de Haya es que se dio cuenta, mucho más temprano que casi todo el mundo, de que el marxismo no funcionaba.

De esa visión emergió también la idea tácita de que la sociedad peruana, y por extensión la latinoamericana, era una sociedad esencialmente dualista, en la que el sector moderno y el arcaico se confundían, como Haya había tenido ocasión de comprobarlo en su nativo departamento de La Libertad. Esto lo llevó a una comprensión mucho más aguda del paisaje social latinoamericano que la que tenían los comunistas “de Indias”, que repetían esquemas mecánicos, copiados de las consignas del Komintern.

A su vez, de esta percepción del dualismo nació una concepción particular del partido político. A diferencia de los partidos comunistas, que eran minúsculos partidos “proletarios” en países donde la mayoría de la población era todavía predominantemente rural (a diferencia de Europa), Haya propuso un “frente único de clases”.

Lo anterior me lleva al tema del populismo, noción sobre la que se ha discutido mucho. Ahora existe en América Latina

un “neopopulismo”, autocrático, pero el populismo original en América Latina tuvo raíces democráticas, pues buscaba incorporar al sistema político a vastas capas excluidas, a las que dio, en sociedades fragmentadas, un polo de referencia, una identidad.

Por eso creo que la figura de Haya pertenece a otro panteón que al del marxismo, o al de la historia internacional de los “progresismos”. Pertenece al mismo panteón de Atatürk y Nehru, constructores de nacionalidades en tránsito, al mismo tiempo que gestores de modernidad.

La última etapa de su vida fue para Haya un momento de lucha agónica. Entre la época en que surgió, que fue la de Leguía, y aquella en la que vivía ahora, muchos cambios se habían producido. La sociedad peruana de la primera era relativamente simple, dual, en tanto que la de la segunda era una que, de haberla observado profundamente, quizá no habría reconocido. Al fin y al cabo, pertenecía a la costra hispánica y costeña del Perú, y la realidad esencial de la sociedad de sus últimos días era la de una sociedad reandinizada, multiforme, dispersa en innumerables facciones, en múltiples identidades, un poco a la manera de la India. De alguna manera, la historia del Perú lo había convertido en un personaje del pasado. Haya luchaba contra ese destino con lo que fue siempre su instrumento más poderoso: su férrea e indomable voluntad.

¿Qué dejó Haya?

No hay, curiosamente, una novelística aprista, una reconstrucción de la diáspora aprista, la épica escrita de la larga gesta aprista, aunque, qué duda cabe, esa épica fue real. Pero dejó quizá una mística; en un país blando, dejó el acero de una posición. Acaso muchas de las resistencias que convocó venían de este conflicto cultural.

Dejó, asimismo, un legado democrático. Él, que tenía la legitimidad carismática, que se confundía frecuentemente con una legitimidad religiosa, la entregó en el altar de la legitimidad legal.

Dejó también una estela continental: todos los “aprismos” latinoamericanos, aunque usen otro nombre.

Quizá debería terminar preguntándome dónde residía de veras su grandeza. Nada de este personaje habría sido posible sin una grandeza intelectual: hizo un diagnóstico más acertado, entendió su país mejor que los otros dirigentes latinoamericanos de su tiempo. De la profundidad de su análisis, sumada a la fuerza casi sobrehumana de su voluntad, nació su permanencia en la política latinoamericana.

Pero otra de las grandezas o fortunas de Haya fue simplemente la de haber sobrevivido a sus adversarios. Luchó, o pareció luchar, toda su vida contra fuerzas superiores a él. Haya transformó esa experiencia en un reto a la fatalidad del destino, en una lucha contra el Ángel. De ese conflicto emerge su trágica grandeza. ¿Quién escribió que “la fuerza sólo es trágica cuando fracasa”?

V

Eslabones

Octavio Paz

Octavio Paz fue la influencia intelectual más importante para muchos latinoamericanos de mi generación.

Un océano incesante de ideas, un torrente de luz y de belleza que iluminaba un paisaje devastado por el insomnio.

Leímos a otros, por supuesto, pero Paz era uno de los *nuestros*, y fue nuestro intermediario para medirnos con la cultura de Occidente. Recuerdo, con una emoción que el tiempo no ha borrado, el momento en que lo conocí. Fue en 1974, cuando José Miguel Oviedo y yo coincidimos en México. En la noche del día que llegamos, asistimos a la inauguración de una exposición de Rufino Tamayo en el Museo de Arte Moderno. Octavio Paz estaba en el segundo piso, rodeado de mucha gente. Nos fuimos acercando, y finalmente logramos presentarnos. Nos abrazó, y llamó casi a gritos a su mujer: "Marie Jo, nuestros camaradas del Perú". Yo había creado una revista cuyo nombre mismo, *Postdata*, delataba que éramos su "célula" peruana.

Quisiera detenerme brevemente en este rasgo de Paz: tenía a veces el talante de la facción. ¿De dónde le venía esto? Quizá del surrealismo, del que, junto con la celebración del cuerpo y el sentido de la pureza magnética del amor, le había quedado también el ardor crítico, las batallas verbales. O quizá de la larga disidencia del marxismo. O quizá de su oficio de editor de revistas, acostumbrado y curtido en las polémicas.

Al día siguiente de ese encuentro, nos invitó a su departamento de la calle Lerma. No recuerdo a propósito de qué (quizá fuera a propósito de *Persona non grata*, libro de Jorge Edwards que se había publicado ese año de 1974, en medio de una gran polémica en la que participamos activamente), José

Miguel y yo nos quejamos del ambiente limeño. Paz nos replicó: “No, no, el epicentro de la maldad está aquí, en México”. Cuando, en una carta, Pere Gimferrer le escribió que se asfixiaba en Barcelona, Paz le contestó: “Por lo visto no has estado en México, Perú... Hace muchos años, sentí el mismo asco y el mismo impulso de huida que tú sientes ahora”. Pero sentía que estaba “condenado a partir piedras —y a partirme el alma— en los pedregales”. “Ser americano es angustioso: se está lejos de todo. Nos separan de Nueva York seis horas de vuelo y una impalpable muralla de siglos”, decía. Otra vez dijo, mostrando lo infeliz que se sintió a menudo en su país: “La diosa azteca, comedora de inmundicias, de tiempo, voluntad, talentos, obras”.

En 1975, cometí tal vez uno de los grandes errores de mi vida. Paz buscaba un secretario de redacción para *Plural*, y me mandó, a través de Mario Vargas Llosa, una carta proponiéndome que fuera a México. Indeciso, probablemente inseguro ante el desafío, me demoré en contestarle, y cuando lo hice, naturalmente ya habían contratado a otro. ¿Cómo habría sido mi vida de haber ido? ¿Qué habría significado para mi formación trabajar un tiempo, o mucho tiempo, al lado de Paz? Años después, en el número de los *Cahiers de L'Herne* dedicado a Paz, descubrí unas cartas a Mario Vargas Llosa en las que Octavio elogiaba la revista que yo dirigí. ¿Podría decir sin vergüenza que el día que lo leí fue uno de los más felices de mi vida?

En 1981, volé a México con el fin de hacer una entrevista a Octavio Paz para mi programa de televisión *Contacto Directo*. Descubrí entonces otra de sus facetas, algo divertida: una cierta vanidad, expresada por ejemplo en el cuidado de la iluminación a la hora de ver cómo se veía en cámara. Por momentos parecía escucharse a sí mismo. Sin embargo, más que vanidad, creo que iba cincelandando su pensamiento a medida que hablaba, como un crítico constantemente vigilante de sí mismo.

Lo vi varias otras veces. Recuerdo una en que lo encontré en el Hotel Palace de Madrid, poco después de la caída del

Muro de Berlín. Otra más en el Hotel Lutecia, en París, cerca de donde terminaría comprándose un departamento. Decir que era su amigo sería presuntuoso. Pero lo conocí, y lo reverencié.

Lo descubrí seis años antes de conocerlo, en 1968 –recién había ingresado a la universidad–, cuando encontré, en una vetusta librería de la Plaza San Martín, la antología de poemas que Barral había publicado. *Piedra de sol* fue entonces una comunicación primigenia con un mundo precolombino que no era de cartón, y que tal vez no había sido hasta entonces mío, envuelto en una educación más bien hispánica. Poco después descubrí *Los signos en rotación*, antología de sus ensayos en Alianza Editorial, con un prólogo de Carlos Fuentes. Fuentes no había roto todavía con Paz, lo que ocurrió a raíz de la publicación, en 1988, en el número 139 de *Vuelta*, del ensayo de Enrique Krauze “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”. En 1996, Fuentes me dijo: “Yo jamás habría publicado algo contra Paz en la *Revista Mexicana de Literatura*”.

Yo leí con pasión *Plural* (y luego *Vuelta*). Esperaba cada número con ansiedad. ¿Qué me dio esa revista? Tal vez, ahora que lo pienso, lo más importante fue que me introdujo al mundo de la disidencia de la experiencia socialista. En sus páginas descubrí la historia de Mandelstam, las memorias de su viuda Nadiezhda y la vida de Víctor Serge, además de textos de los “otros” marxistas, como Castoriadis y el grupo de *Socialisme ou barbarie*, o del amigo parisino de Paz, el griego Kostas Papaionnu. En resumen, me introdujo a las aventuras y desventuras de las utopías del siglo XX, del que Paz era un hijo emblemático. Había nacido en 1914, año en que estalló la Primera Guerra Mundial y en medio del estruendo de la revolución mexicana, y murió cuando el comunismo ya había caído.

El siglo XX tuvo dos caras. Una fue la creadora de máquinas, y la otra, el espectáculo de la locura humana, que recuerda constantemente a Tácito y a Shakespeare. El arte del siglo mostró y celebró también dos caras: una fue la del futurismo, con Marinetti o Leger, y la otra, una inmersión en la destruc-

ción humana, como ocurrió con el Picasso del Guernica. La obra de Paz tenía también esas dos caras. Por un lado, era un devoto de la vanguardia, y por otro, era un “antiguo”.

Paz se ubicaba en la intersección de estas dos caras, intersección que encerraba una contradicción, pero una contradicción que fue una de las fuentes de su grandeza. En efecto, como he dicho, era el intermediario entre dos mundos. “Frente a la realidad inmensa de México, ¿qué vale la minoría vociferante? Es un mal con el que hay que convivir. La única manera de curarla es dialogar con ella. Tal vez mi misión en la historia de la cultura moderna de México ha consistido en preparar ese diálogo”, decía.

Ante todo preconizaba el diálogo con España. Paz se apellidaba también Lozano, hijo de una española, y siempre estuvo orgulloso de su lado andaluz. Luego valoraba el diálogo entre Oeste y Este. India debe haberle parecido un espejo de su México natal. Estuvo allí varias veces como diplomático, la última, como embajador en los años sesenta. Desde allí renunció a su puesto en 1968, cuando acaeció la masacre de Tlatelolco. Ese penetrante paso por la India lo entroncaría con el surrealismo. La escritura automática desacralizó al “yo” que habla. Después de su paso por Oriente, escribiría: “Ignoramos qué es la muerte, excepto que es el fin del yo, el fin de la cárcel”.

Buceó en todo: Duchamp, Levi-Strauss, el budismo, la revolución rusa, los poetas sajones, pero también en la alfarería de pueblo, en las momias de Oaxaca. En esencia, Paz nos enseñó que uno podía ser mexicano y universal, latinoamericano y cosmopolita, provinciano y ciudadano del mundo, que América Latina era una zona sagrada donde todo ocurría, un crisol de civilizaciones que nos hacía “contemporáneos de todos los hombres”.

Era un puente de cristal entre la cultura universal y América Latina. Un papel que varias veces le ha tocado cumplir a un mexicano, como lo prueba el caso de Alfonso Reyes. Paz estaba adherido a la vanguardia, pero a la vez anclado en su

México natal. “México es un país solar, y también es un país negro: esa dualidad me ha obsesionado desde niño”.

Fue un niño que creció en una casa grande, dominada no por la figura del padre sino por la del abuelo. Siempre que podía, hablaba de Ireneo Paz, de quien decía había sido el primer novelista indigenista de México. El padre, Octavio Paz Solórzano, desgraciadamente alcohólico, vivió mucho tiempo fuera de la casa, guerreando con Zapata, de quien fue uno de sus secretarios. En *Pasado en claro*, el poeta cuenta cómo un día recogieron sus restos de entre las líneas del tren que lo había arrollado. “Mientras mi casa se desmoronaba/ yo crecía. / Fui, soy, sombra entre ruinas”.

¿Cómo afectó a Octavio Paz Lozano la imagen de Octavio Paz Solórzano? Freud estableció que las relaciones con la madre constituyen la clave de la vida de las personas, pero evidentemente la figura del padre es también crucial para la autoestima futura.

Kafka inmortalizó esa relación en su *Carta al padre*. Jean-Paul Sartre, que no tuvo esa sombra paterna, dijo en *Les Mots* que no tenía la pasión de mandar porque nunca había obedecido. Camus fue prácticamente hijo póstumo, pues su padre murió durante la Primera Guerra, muy poco después de que su hijo naciera. Así, Camus creció en una casa de mujeres. ¿Cómo, de qué manera, afectó eso su posterior historia de don Juan? Cortázar fue hijo de un padre que desertó del hogar y al que, por tanto, no conoció. En *El pez en el agua*, Mario Vargas Llosa ha revelado todo sobre el odio al padre, y cómo eso decidió su vocación de escritor, constituyéndose en el reverso de la frase de Georges Simenon: “A novelist is someone who hates his mother”.

En esa larga historia de relaciones con el padre, dos ejemplos me vienen a la mente como generosas excepciones. Uno es Orhan Pamuk, que dedicó todo su discurso del Nobel al maletín que su padre le había dejado con sus manuscritos. Sabe que no llegó a ser un verdadero escritor y que, de hecho, no habría sido uno grande, pero el amor brota en cada

párrafo, y en su hora de máxima gloria mundana vuelve los ojos al padre muerto. El otro es V. S. Naipaul, que ha publicado las cartas con su padre, que se había quedado en una isla perdida del Caribe. En *A Writer's People*, Naipaul dirá: "Small places with simple economies bread small people with simple destinities". Las cartas de Naipaul son un libro de oraciones por el padre que se ha quedado con ese simple destino.

¿Cómo habría sido la vida de Octavio Paz si en lugar de ir a París se hubiera ido a Estados Unidos? Al respecto, Paz dice: "En lugar de haber sido amigo de los surrealistas, habría conocido a los poetas norteamericanos de mi generación, diezmados por el alcohol y las enfermedades del alma. La suerte de esos poetas me asusta... Lo tuvieron todo, y toda esa abundancia se desvaneció y se quedaron desnudos, temblando de miedo y de vergüenza. ¿Fueron lúcidos? No lo sé. Fueron modernos: el psicoanálisis les ofreció una explicación, no una trascendencia".

En otro orden de cosas, Paz fue crucial para la posición política socialdemócrata que adopté. ¿Era un socialdemócrata? Nunca usó, hasta donde sé, esa palabra, pero ya sabemos que la socialdemocracia no es un punto, sino una zona, y en algún punto de ella se encontraba definitivamente Octavio Paz.

Como la socialdemocracia histórica, Paz venía del mundo del marxismo, más exactamente, creo, de lo que se llamaba la "oposición de izquierda", cercana al trotskismo. Vivía en París no sólo cuando publicó *El laberinto de la soledad* (1950), sino también cuando salió a la luz *L'homme revolté* y se produjo el debate entre Sartre y Camus y toda la discusión sobre los campos de concentración.

Con el tiempo, Octavio Paz evolucionó hacia una posición más "democrática", pero ¿cuál era esa posición? ¿Cómo nombrarla? Ciertamente, no fue la posición "liberal" a la que Vargas Llosa llegó progresivamente, después de su ruptura con la revolución cubana. Paz defendía la libertad, por supuesto. Y aborrecía la sumisión de los intelectuales al poder y a todas las iglesias, sumisión que Benjamin Peret, que vivió en Méxi-

co, describió como “el deshonor de los poetas”. Estaba, por tanto, lejos de Eluard, de Alberti y de Neruda.

Pero su posición tenía una veta que podría llamarse “comunitarista”. Cuando cayó el Muro de Berlín, dijo: “Que las respuestas no fuesen las adecuadas, no quiere decir que las preguntas no fuesen las correctas”. Lo encontré poco después en Madrid, y le recordé la frase. Me comentó: “Tenemos que encontrar una síntesis entre liberalismo y socialismo”.

En 1996, celebrando dos décadas de *Vuelta*, escribió esto: “Lo he dicho muchas veces, y hoy lo repito: el mercado es un mecanismo eficaz, pero, como todos los mecanismos, es ciego; con la misma indiferencia crea la abundancia y la miseria. Dejado a su propio movimiento, amenaza el equilibrio ecológico del planeta, corrompe el aire, envenena el agua, hace desiertos de los bosques y, en fin, daña a muchas especies vivas, entre ellas al hombre mismo. Por último, y sobre todo: no es ni puede ser un modelo de vida. No es una ética sino apenas un método para producir y consumir. Ignora la fraternidad, destruye los vínculos sociales, impone la uniformidad en las conciencias y ha hecho del arte y la literatura un comercio. No hay en lo que acabo de decir la menor nostalgia por la estadolatría. El Estado no es creador de riqueza. Muchos nos preguntamos: ¿esta situación no tiene remedio? Y si la tiene, ¿cuál sería? Mentiría si digo que conozco la respuesta. Nadie la conoce. Nuestro siglo termina en una inmensa interrogación”.

Detrás de Paz estaban muchas tentativas parecidas que ahora convoco. Algunas eran muy cercanas a él, como las posiciones de Castoriadis y el grupo de *Socialisme ou barbarie*. Otras nunca las citó, hasta donde sé, y no hablé con él de ellas. Pienso en *Giustizia e libertà* de Carlo Rosselli, por ejemplo.

Pero sé que Octavio Paz está parado en ese pórtico mixto, inclusivo, heterodoxo, integrador. Del lema genial de la Revolución Francesa, el grito de guerra más sintético y prometedor que la política haya producido nunca, estoy seguro de que Paz saboreaba la “libertad” pero enfatizaba antes que nada la “fraternidad”.

En eso, su política se encuentra con su poesía. La búsqueda, el encuentro de la soledad y la comunión constituyen el centro en el cual se halla la herencia surrealista de la celebración del cuerpo y la fuerza insondable del amor. “El mundo nace cuando dos se besan”, escribió en *Piedra de sol*. Y en *La llama doble* aludió a las figuras de fertilidad del neolítico y a las inmensas figuras del santuario budista de Karli, en India, “imágenes de una naturaleza al fin satisfecha, sorprendida en ese momento de acuerdo con el mundo y con nosotros mismos que sigue al goce sexual. Dicha solar: el mundo sonríe. ¿Por cuánto tiempo? El tiempo de un suspiro: de una eternidad”.

La eternidad estaba *aquí*. Paz era, en el buen sentido de la palabra, un ser *pagano*. No es casual que conforme se acercaba a la muerte (“qué horrible es la vejez y qué poca cosa somos los hombres”) se sintiera más cerca de los estoicos, y deslumbrado con el fin de la república romana; en una de sus cartas a Gimferrer le dice que “el fin de Cicerón, Pompeyo, Catón de Utica y Marco Craso me ha entristecido y desvelado: son nuestros contemporáneos”.

Por eso, cuando se quemó su biblioteca, y estaba ya roído por el cáncer, reaccionó como un estoico, con ironía melancólica, citando el verso de Machado: cuando la muerte llegue, “me encontrará desnudo, ligero de equipaje”. Por eso repetía constantemente el verso de Quevedo: “Nada me desengaña, el mundo me ha hechizado”.

Todos los que lo conocimos, reconocemos lo que dice en una de sus cartas: “Mi estoicismo nunca me llevó a desdeñar la vida. Siempre la amé, siempre veneré al ser”. En otra dice: “Ando perdido en este siglo, como casi todos, sin un sistema de creencias o una filosofía que me explique el universo y me defienda de los otros y de mí mismo. Tal vez estoy más cerca de Montaigne, aunque sin alcanzar su sonriente sabiduría: soy colérico, tengo el ‘genio irritable’ de los poetas, el mundo me sigue hechizando y no me resigno a la desdicha y a la muerte”.

Christopher Domínguez Michael cuenta la última aparición pública de Octavio Paz, el 17 de abril de 1997, y cómo les dijo después, en una tertulia íntima: “La gravedad de mi enfermedad me hizo recordar que no creía en la trascendencia. Seré entonces ese vaso de agua que me estoy tomando. Seré materia”. Fue en la inauguración de la Fundación que llevaba su nombre. Dijo entonces: “Estoy en todas partes, y para ver mejor, para mejor arder, me apago”.

Cuando murió Benjamin Peret, Breton reprodujo en *Arts* lo que había escrito en la *Antologie de l'humour noir*: “Estoy hablando de él demasiado cerca, como acerca de una luz que, durante cada día durante treinta años, embelleció mi vida”. ¿Qué cosa mejor dicha podríamos decir nosotros de Octavio Paz?

La transición española

Uno de los eventos decisivos para mi generación fue la transición española. Conocí a uno de sus astros, Felipe González, en esa Cumbre de la Socialdemocracia de Caracas, de la que he hablado a propósito de Haya de la Torre. Felipe tenía entonces apenas treinta y cuatro años.

Carlos Andrés Pérez era el anfitrión. Eran los tiempos del auge petrolero, posterior al primer *shock* del petróleo, y Caracas rebosaba de dinero. Algunos hablaban no de la Arabia Saudita sino de la “Venezuela inaudita”. Esa “enfermedad holandesa”, esa perversa petrolización de la economía y sociedad venezolanas ha continuado hasta hoy, bajo el régimen de Chávez. Pero a diferencia de éste, aquellos eran todavía los tiempos del semibipartidismo venezolano, surgido a partir de la caída de Pérez Jiménez, en 1958.

Como ya he contado, en esa Cumbre Socialdemócrata estaba todo el mundo, salvo Mitterrand y Olof Palme. Willy Brandt era claramente el sol de ese sistema; era la leyenda, el combatiente antinazi que había desertado durante el nazismo y refugiándose en Noruega, el brillante alcalde de Berlín cuando Kennedy proclamó en 1961 en la ciudad partida “Ich bein ein berliner”, el arquitecto de la Ostpolitik.

Cuando lo vi en Caracas, acababa de renunciar por el escándalo de Gunter Guillaume, el topo que la Stassi de Marcus Wolf le había plantado en la Cancillería. Alto, corpulento, siempre con una sonrisa, o semisonrisa en el rostro, todavía joven, lo vi varias noches en el Bar del Tamanaco, donde se desarrollaba el congreso, con una alemana mucho más joven que él, y naturalmente guapa.

Estaba también Bruno Kreisky, el canciller austríaco, siempre en sandalias, sin seguridad. Judío y socialdemócrata, era el puente de numerosos diálogos judeo-palestinos.

De los franceses, estaba Michel Rocard. No hacía mucho tiempo que su partido, el PSU, se había integrado al PS, surgido del congreso de Epinay, en 1971. Así, Rocard era de cierta forma un *parvenue* entre esos socialdemócratas europeos. Mientras la primera noche nos servíamos de un buffet en el último piso del hotel, estuve de casualidad al lado de Brandt cuando Rocard se presentó. Me pareció como si fuera la primera vez que se veían, aunque sin duda se conocían de nombre desde hacía bastante tiempo.

Rocard representaba una izquierda más nueva, acaso más plural, tal vez una combinación de Mendes-France y la rebelión del 68, mientras que Mitterrand parecía más bien un producto de la anticuada IV República, además de ese fondo barresiano que puso a la luz Pierre Pean en su libro sobre las relaciones de Mitterrand con el régimen de Vichy. Ya muerto Mitterrand, Rocard dijo muchas cosas innobles, o tontas, sobre su viejo rival, pero en 1976 me parecía alguien más interesante que el múltiple ministro de la IV República.

Felipe González era un descubrimiento todavía para todos, o casi para todos, pero no para Brandt, que vi que lo trataba con familiaridad y cariño. No había pasado todavía ninguna prueba electoral, lo que ocurriría un año más tarde, en 1977. Se discutía aún cuál era el verdadero partido representativo del socialismo español, si el PSOE o el Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván (que no estaba en esa conferencia pero había enviado en su nombre a Raúl Morodo). Felipe González ni siquiera se había reunido todavía con Adolfo Suárez, recién nombrado Presidente del Gobierno (reunión que se produciría tres meses más tarde, en agosto de 1976).

Pero Felipe se paseaba con gran soltura entre toda esa gente, con un terno de pana, sin corbata, como lo hizo por tantos años.

De esa reunión data mi ahora vieja amistad con Luis Yáñez, con quien compartí casi todos los momentos de la conferencia. Luis era entonces el secretario de relaciones internacionales del PSOE, y había sido uno de los “históricos” del grupete sevillano que se había hecho del poder en el PSOE durante el Congreso de Suresnes de 1974.

Una noche, le pregunté a Felipe González cómo habían hecho algo “nuevo”. “¿Nuevo? Mi partido tiene cien años”, respondió. He leído después que siempre tuvo la idea de que podría llegar una república o una monarquía constitucional, pero que, fuese el sistema político que fuese, vendría de la mano de los viejos partidos de antes de la guerra civil. De esa conversación provino mi conclusión de que en el caso peruano, cuando terminara el régimen militar, la renovación llegaría vestida asimismo de los viejos troncos populistas anteriores a 1968. Quizá esta sea una de las razones por las que a la muerte de Haya, aparte de mi amistad con él, elegí el aprismo.

Otro personaje extraordinario que conocí en Caracas fue Mario Soares. Yo lo había seguido con pasión, aunque a la distancia, después de la revolución de los claveles. Exilado sempiterno en Francia, cuando volvió a Portugal al frente de un frágil partido socialista, parecía que los comunistas de Álvaro Cunhal habían ganado la partida en las calles, además de influir en los cuarteles. Pero Soares no se resignó y levantó una alternativa socialdemócrata a fuerza de coraje, elocuencia y un pequeño apoyo económico del SPD alemán. Nunca me olvidaré de lo que me respondió cuando una noche, sentado con Yáñez y conmigo, le pregunté cuál era el significado histórico de lo que había hecho: “Fue la primera vez que los mencheviques le ganamos a los bolcheviques”.

Felipe González y Soares, además naturalmente de la gran figura histórica de Adolfo Suárez, fueron los grandes referentes para América Latina, que comenzaba a hacer por doquier su propia transición en esos años. Jimmy Carter, que ganaría en noviembre de ese año las elecciones en Estados Unidos, ayudó en esa transición.

Felipe González estaba enraizado muy profundamente en la tradición del socialismo español. En la república sobresale por supuesto la figura de Azaña, pero dentro del socialismo las dos figuras fueron Largo Caballero, el “Lenin español”, e Indalecio Prieto, el líder bilbaíno, que era el moderado, el reformista. Octavio Paz ha contado cómo, en 1946, en París, encontró a muchos exilados españoles que estaban esperando que, al terminar la segunda guerra, algo pasara en España. “Conversé con varios dirigentes, pero en sus palabras –cautas o apasionadas, inteligentes o retóricas—no encontré nada nuevo... No así Prieto. Durante dos horas –era prolijo y le gustaba remachar sus ideas– me expuso sus puntos de vista: el único régimen viable y civilizado para España era una monarquía constitucional con un Primer Ministro socialista”.

Felipe González es un heredero de Prieto, y también de Azaña. Su talante fue en todo momento de moderación, de reconciliación. Azaña había dicho en un famoso discurso: “Si ganamos la guerra, ya no habremos ganado, porque será una victoria contra otros españoles muertos”. Fue un discurso triste, melancólico, tan melancólico como los últimos versos de Antonio Machado, próximo a morir en Coilliere, separado de su hermano Manuel.

¿Qué hizo Felipe González en el gobierno? El viejo sueño “regeneracionista”, pero también el viejo sueño europeísta de gente como Ortega y Gasset, que había dicho: “España es el problema, Europa, la solución”.

O quizá Felipe González sólo quería que España “funcionase”. Una suerte de Atatürk hispánico, modernizador y, en su caso, democrático. Para modernizar a España tuvo que cerrar numerosos déficits, el principal de los cuales fue crear, tardíamente, el moderno Estado de Bienestar español y ponerlo en línea con el modelo europeo.

La España de hoy no tiene nada que ver con la España rural que alcancé en parte a conocer. Si hay alguien que la condujo en ese tránsito fue sin lugar a duda Felipe González, el gran ejemplo para los latinoamericanos de mi generación.

El otro populismo: Fernando Belaúnde Terry

Mi más lejano recuerdo de Fernando Belaúnde Terry es una pantalla de televisión en blanco y negro. Era el año 1963, durante las Fiestas Patrias. Mi abuelo materno, con quien yo me sentaba a ver programas políticos en la incipiente televisión peruana cada vez que venía de Ica, había muerto el año anterior. Pero yo, siguiendo la costumbre, me había sentado para ver la entrega de credenciales a Belaúnde como Presidente electo.

Mi segundo recuerdo lo ubico en Ica, en 1965 o quizá 1966. Se inauguraba el Hospital Regional, construido por su gobierno, como muchas obras de mi provincia. Mis padres me llevaron a la ceremonia, por lo que tuve que faltar al colegio. Fue una decisión que siempre he imitado con mis hijos cuando creía que había algo interesante que podía ayudar en su formación. En cierto momento estábamos en un corredor, cuando Belaúnde pasó por nuestro lado. Fue la primera sensación que tuve de la cercanía del poder, del hechizo de la Presidencia de la República. Me sonrió –¿es a mí?, creo que me pregunté–, se me acercó y me estrechó la mano. Luego el escolar silencioso pero atónito se quedó mirando cómo se iba el Presidente.

La primera vez que hablé con él fue varios años más tarde, en el velatorio de su madre. Velasco Alvarado, que lo desterró el día del golpe de 1968, le había permitido regresar brevemente para el entierro. Un grupo pequeño de

estudiantes de la Católica decidimos ir a verlo a su casa de Inca Rípac –debo decirlo– más por curiosidad que por devoción. Era de noche, y dentro había gente de la familia y amigos, pero Belaúnde, siempre el político por antonomasia, no dejó pasar la oportunidad de tomar contacto con unos jóvenes votantes desconocidos y salió unos minutos a conversar con nosotros.

Lo conocí propiamente cuando volvió del exilio, a comienzos del gobierno de Francisco Morales Bermúdez. Lo habían precedido algunos de sus partidarios, como Manuel Ulloa, a quien conocí en 1976, en casa de Enrique Zileri. Manuel Ulloa entró como era, altísimo, sonriente, con su andar cansino, unos pantalones colorados y un blazer azul, mirando con aire distraído alrededor, quizá para ver qué mujeres guapas encontraba. Después de saludar a todo el mundo, vino de frente hacia mí, que no lo conocía para nada y a quien llevaba treinta años, y me dijo: “Siéntate conmigo para almorzar”. Con el tiempo, sería uno de mis mejores amigos, alguien a quien, ahora que está muerto, casi veinte años después, recuerdo muchas veces con nostalgia. Creo que fue Manuel quien me organizó un almuerzo con Belaúnde, apenas llegado, en el Restaurante Suizo de La Herradura, que les encantaba a ambos (sobre todo a Manuel, que, sin embargo, no pedía pescado sino arroz con huevos fritos).

El 27 de julio de 1977, como ya he contado, Morales Bermúdez me dio un encargo insólito (yo era un periodista joven y no tenía el reconocimiento que poco después me daría la televisión): que fuera a buscar a Haya de la Torre y Belaúnde en la víspera del discurso presidencial, para anunciarles o confirmarles que al día siguiente convocaría a elecciones para una Asamblea Constituyente. Imagino ahora que había muchos otros canales de comunicación entre el régimen militar y los dos principales políticos del país, pero de todos modos recibí ese encargo. Ya he narrado la conversación que tuve con Haya.

Belaúnde me citó al final de la tarde en la Clínica Internacional, a la vuelta del local partidario de Acción

Popular, en el Paseo Colón, donde agonizaba su suegro, Javier Correa Elías. Bajó a la cafetería del hospital. Tenía una expresión entre molesta y distante, y mientras escuchaba lo que sería el contenido del discurso del día siguiente, tamborileaba sobre la mesa de plástico de la cafetería. No me dijo nada, pero cuando fui donde Morales Bermúdez esa noche a contarle las reacciones, le dije instintivamente: “Belaúnde no va a participar en esas elecciones”.

Meses más tarde, la víspera del cierre de las inscripciones para la Constituyente, Belaúnde anunció que, en efecto, su partido no participaría. Enrique Zileri, a quien acompañé a esa conferencia de prensa, estaba furioso. A mí me divertía el desplante. Poco después, cuando le dijeron en una entrevista que, de haber participado, hubieran estado en esa asamblea todos los grandes políticos peruanos, Belaúnde contestó también taurinamente: “Sí, un gran cartel para una corrida de salón”.

En octubre de 1977 comencé a hacer un programa semanal de televisión: *Contacto Directo*. Mi idea original era realizar una suerte de programas documentales como los que hacían la BBC o la RAI. Probablemente no hubieran tenido ningún éxito. Mi suerte fue que me encontré con que la televisión peruana, todavía en manos estatales, no tenía ninguna estructura ni presupuestos para hacer algo así, y tuve que derivar a un programa “de estudio”, lo que en Estados Unidos llaman un programa de *talking-heads*.

Mi primer programa fue un híbrido, con dos figuras muy conocidas: una entrevista con el entonces Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y otra con el cantante Julio Iglesias. La de Pérez la hice en Caracas, a la vuelta de un viaje a Washington, donde asistí a la firma del Tratado del Canal de Panamá. En una reunión de los Presidentes Andinos en la embajada peruana en Washington, le pedí la entrevista a Carlos Andrés Pérez, de quien luego me haría amigo. “Ven la próxima semana a Caracas, el día que quieras”, me dijo.

Al lunes siguiente estaba en el Palacio de Miraflores. Cuando llamé a la secretaría, me dijeron: “¿Le parece bien siete de la mañana, o prefiere diez de la noche?”. Varios años después, supe que a Carlos Andrés Pérez, que dormía muy poco, le encantaban esos horarios. La de Julio Iglesias la hicimos en Lima, el año que cumplía 33 años. El día anterior a la grabación, Vicente Aleixandre había ganado el premio Nobel, e Iglesias lo leía.

Esa primera etapa de *Contacto Directo* tuvo trece programas, al final de los cuales el gobierno militar no renovó el contrato. Aceptó que volviera a aparecer después de las elecciones para la Asamblea Constituyente. Pero ya se había convertido en una inesperada ventana de discusión política, en paralelo a la transición democrática que impulsaba Morales Bermúdez. En esa época tuve varios encontrones con los interventores militares y con la entonces llamada Oficina Central de Información, pero en cada uno de ellos el presidente Morales me apoyó. Yo sabía por eso que él estaba, contra todos los rumores, comprometido con esa transición.

El último de esos trece programas fue una entrevista con Fernando Belaúnde Terry. Yo había tratado de diferirla a enero, pero el viejo zorro insistía en “viajes a provincia”, y que no podía desairar a sus correligionarios (entonces todavía menguados). Si me hubiera hecho caso, no habría habido entrevista, porque el programa, como acabo de decir, fue clausurado por presiones de cierta línea dura dentro del régimen militar. Dado el éxito instantáneo de su aparición, acaso Belaúnde y el Perú hubieran tenido otro destino electoral.

Lo cierto es que en diciembre de 1977 nos sentamos uno frente al otro. Yo había llegado al set y él ya estaba allí, pero no sólo él. En una trampa que me tendió un colaborador mío de entonces, había sentado en el set a casi un centenar de correligionarios de Belaúnde. Me pregunté en segundos qué hacer, y decidí no echarlos sino “torear” esa corrida con público faccioso en las graderías. Me acerqué a Belaúnde y le

dije: “Arquitecto –no lo traté, creo recordar, de “Presidente” sino de “arquitecto”, como si eso me diera ingenuamente más independencia de él–, la primera pregunta que le voy a hacer es dónde está la página 11”. “Le agradezco su caballerosidad, señor Barnechea”, me respondió.

Cuando terminé, yo sabía en la piel que habíamos hecho un gran programa, pero que quien había ganado, sobre todo, era Belaúnde. Tenía un encanto innato para la televisión. La había usado con éxito en sus campañas de 1962 y 1963.

En 1980 apoyé a su contrincante, Armando Villanueva del Campo, lo que puso término, comprensiblemente, a mi carrera televisiva cuando Belaúnde ganó las elecciones presidenciales de 1980.

En abril de 1981 me volví a encontrar con él cuando Manuel Ulloa me invitó a presentar una reedición de la biografía de Piérola escrita por su padre. Compartíamos la mesa los dos Ulloa –Manuel y su hermano Alberto–, el ex presidente José Luis Bustamante, el presidente Belaúnde, que cerró naturalmente el acto, y yo. No sabía cómo me trataría Belaúnde, pero nunca fue un hombre de rencores. Con su conducta, enseñaba constantemente que un político puede, y diríamos debe, tener sentimientos, pero jamás resentimientos. Me saludó efusivamente y comenzó su intervención elogiando la mía. En la foto, detrás de nosotros, estaba el gran cuadro de Lepiani que muestra la entrada de Piérola por Cocharcas, la madrugada del 17 de marzo de 1895.

En 1983, rompí lanzas con su abanderado, Alfonso Grados Bertorini, por la Alcaldía de Lima. Pero en 1984, antes de las elecciones del año siguiente, organicé una mesa redonda en Lima con Enrique Iglesias –entonces Secretario Ejecutivo de la CEPAL–, Gabriel Valdés de Chile, Jaime Paz Zamora de Bolivia y el entonces Presidente del Congreso Ecuatoriano, Raúl Baca Carbo. Belaúnde me hizo llamar para invitarnos a comer a Palacio. Siempre la continuidad de la República.

En las elecciones de 1985, su partido, Acción Popular, obtuvo un pésimo resultado. Pero ni siquiera entonces

Belaúnde perdió su sentido del humor. En la noche de ese día, viendo los resultados por televisión con unos pocos amigos – entre ellos su hermano Paco, que me relató la anécdota–, se informaba que una ciudad más bien menor, Tarma, ciudad natal del presidente Manuel A. Odría (1948-1956), le daba a Acción Popular el primer lugar. “Ah, el espíritu del general Odría se ha acordado de nosotros”, dijo.

Comencé a frecuentarlo más cuando ya estaba fuera de la presidencia. A principios de 1989, escribió una de las cartas de recomendación para mi aceptación en el Mason Program de la Kennedy School de Harvard.

Ese año, Mario Vargas Llosa fue proclamado candidato a la Presidencia por el Frente Democrático, experiencia que narro en otro capítulo de este libro. El partido de Belaúnde, Acción Popular, era uno de los apoyos de este frente. Las comunicaciones entre ambos líderes fueron siempre cordiales, como correspondía a dos personalidades educadas y sofisticadas, aunque muchas veces hubo crispación, probablemente porque tenían dos maneras diferentes de entender la nación, y sobre todo, tal vez, por cómo se hace política en un país como el Perú. Belaúnde me usó en varias ocasiones para transmitirle mensajes a Mario Vargas Llosa. En una ocasión, cuando las campañas publicitarias se hacían crecientemente ostentosas por parte de muchos candidatos del FREDEMO, Belaúnde me dijo: “Dígale a su amigo que en política la plata se esconde”. La más memorable fue, en otra ocasión, ésta: “Dígale a su amigo que la plaza pública no es un confesionario”.

En 1990, opinando sobre un antiguo seguidor suyo, trocado en alto ministro del naciente régimen de Fujimori, me dijo: “Es un criollo, oiga usted. Un criollo. Respuesta para todo, solución para nada”.

En 1992 cumplió 80 años. En medio de la fiebre fujimorista, imaginé (acertadamente) que no le rendirían los debidos homenajes, y escribí una columna dominical en su honor. Lo encontré esa tarde en la plaza de toros de Acho, y atravesó el

patio de entrada para agradecermelo. La cortesía era una de sus fuerzas.

En 1994, reeditó su clásico libro *La conquista del Perú por los peruanos*, y me pidió presentarlo con una entrevista en un programa de televisión que yo dirigía. “No vale la pena –me dijo– organizar una presentación; basta con ir a la televisión. ¿Me invitaría usted?”

En 1995, organicé en mi departamento los encuentros entre Belaúnde y Javier Pérez de Cuéllar, que había decidido aceptar ser candidato a la Presidencia contra Fujimori. FBT estaba desilusionado de la experiencia del FREDEMO y no quería repetirla, pero, al mismo tiempo, no quería ofender a Javier. Yo iba a retirarme en la primera reunión, pero los dos me pidieron que me quedara en esas reuniones, que fueron tres y se hicieron en mi casa. Asistía en silencio, como era natural. Dos viejos caballeros limeños, llenos de formas, rozaban los temas pero no definían nada. Entonces me exasperaron, pero ahora las recuerdo con enorme simpatía.

En toda esa década de los noventa lo vi mucho, lo visitaba en su departamento y él venía a mi casa con frecuencia. En 1999, sus seguidores, encabezados por quien sería poco más tarde, accidentalmente, Presidente de la República, Valentín Paniagua, organizaron un acto de homenaje en el Centro Cívico, y Belaúnde me invitó a hablar.

La última vez que lo vi, salía con su nieta del supermercado que quedaba a la vuelta de su departamento. “Acompáñeme”, me dijo él, que no pedía nunca nada. “Cuando nos levantábamos con Violeta, ya estaba abierto –dijo del supermercado–, y cuando nos acostábamos, seguía todavía abierto. Era muy cómodo”. Violeta Correa acababa de morir, y el viejo león me hablaba en pasado. Al despedirme esa vez, tuve la triste intuición de que me estaba despidiendo por última vez de uno de los políticos que más admiraba. No tuvo vejez, propiamente, quiero decir: senilidad. Un día simplemente se apagó.

Yo tuve el privilegio de ser su amigo.

Yo nací y crecí –ahora lo veo– iluminado por dos “soles” o estrellas políticas en mi firmamento: Fernando Belaúnde y Haya de la Torre. Toda mi infancia y adolescencia fui, sin saberlo, un “belaundista”. Me emocioné una tarde, al salir del colegio y visitar, en el Centro Social de Ica, una exposición de fotografías llamada “El Pueblo lo hizo”, que había montado –lo supe más tarde– Violeta Correa. Me aprendí de memoria su “Oración de Chincheros”.

Pero en la universidad ya me había separado emocionalmente de Belaúnde. Asimismo, cuando entré a ella, en 1968, formaba parte de quienes veían a los apristas de la Católica como si fueran –erróneamente, lo descubriríamos poco más tarde– ecos de una galaxia extinguida. Me haría “hayista” después, cuando conocí a Haya, lo que he contado ya en otro capítulo.

El momento que dispara la vida política de Fernando Belaúnde es el llamado “manguerazo”, el 1 de junio de 1956. Era entonces el Decano de la Facultad de Arquitectura de la UNI, y el director-fundador de la revista *El Arquitecto Peruano*. No tenía ni siquiera partido sino unos pocos seguidores, casi todos alumnos suyos. Circulaba la broma: “No se preocupen de este político. Es sólo un profesor al que algunos alumnos adulan para pasar de año”. Eduardo Orrego, uno de esos alumnos, le dijo un día, después de fracasadas sus conversaciones con Ramiro Prialé para ser candidato del Apra: “Yo tengo un primo que ha fundado un grupo”. “¿Cómo se llama?”, le preguntó Belaúnde. “Frente de Juventudes”, respondió Orrego. “Ese es el partido”, concluyó Belaúnde.

Pero el Frente de Juventudes seguía siendo un grupo más bien insignificante, hasta ese 1 de junio. Una columna más bien pequeña de manifestantes exigía la inscripción de la candidatura presidencial del arquitecto, pero la policía la atacó, auxiliada por los chorros de agua del “rochabús”, el carro rompe manifestaciones importado por Temístocles Rocha, viejo amigo iqueño de mi familia, entonces prohombre del

régimen de Odría. El naciente candidato recibió un bautizo de agua, un “manguerazo”, y se disolvió la manifestación. Al día siguiente, los periódicos (en aquella época en que la política se hacía a través de ellos) dieron la noticia de que el Jurado Nacional de Elecciones había inscrito la candidatura de Fernando Belaúnde. ¿Presión de la calle? ¿Victoria del coraje juvenil?

A mediados de los setenta, Carlos Loret de Mola me contó otra historia (Loret de Mola sería Presidente de la Empresa Petrolera Fiscal durante el primer gobierno de Belaúnde, y fue quien denunció la presunta desaparición de la famosa página 11 del contrato de nacionalización de la International Petroleum Company, pretexto para el golpe del 3 de octubre de 1968 contra Belaúnde. Yerno de Hernando de Lavalle, en 1956 era uno de sus más cercanos colaboradores). Hernando de Lavalle y García, gran abogado limeño, Presidente del Banco de Crédito (sucesor del viejo Banco Italiano), parecía en 1956 el imbatible candidato a la Presidencia. Haya, que había sido su compañero de universidad y lo quería, me contaría años después que lo llamaba desde Europa para decirle: “Habla con Ramírez” (se refería a Ramiro Prialé, que manejaba las negociaciones del Apra), pero Lavalle no entendía quién era, o tal vez creía que el Apra no tenía otra opción que apoyarlo, sin tener que ofrecer nada importante a cambio, error que se probaría fatal cuando Prado, el viejo enemigo aprista entre 1939-1945, se le cruzó en el camino y pactó de la noche a la mañana con Prialé, usando el conducto de Manuel Checa Solari y Luis Barrios Llona. Pues bien, Loret de Mola y otros asesores de Lavalle, seguros de la victoria, no querían empañarla, y por eso fueron donde Lavalle a decirle que no debía negarse la inscripción a Belaúnde, que a fin de cuentas sería un actor marginal del proceso. Convencieron pues a Lavalle, que a su vez fue donde Odría o lo llamó –dadas las horas de la noche, esto último es lo que debió de haber ocurrido– para pedírselo. Odría, más cazurro que Lavalle, parece que le dijo: “Don Hernando, esto es un error, pero

si usted lo pide...". Belaúnde fue entonces inscrito. Pocos días después, la nueva manifestación de Belaúnde en la Plaza San Martín era multitudinaria. En la elección, casi le ganó a Prado, que, con el apoyo súbito del Apra, a la postre venció estrechamente, y es bastante probable que si la campaña hubiera durado quince días más, habría ganado Belaúnde. Lavalle fue finalmente un distante tercero.

Fernando Belaúnde Terry tenía entonces 44 años (había nacido en 1912). Debido al exilio de su padre, vivió de niño en París. Presumía de haber sido un colegial travieso. "Me castigaban a menudo —me dijo un día—, y me decían: Monsieur Belaúnde, a la porte...". Había estudiado luego arquitectura en Texas, a comienzos de los años treinta, y eso tuvo dos felices consecuencias para él. La primera es que no estuvo metido en la sorda guerra civil entre apristas y antiapristas del Perú de esos años. La segunda es que recibió el influjo del fenómeno Roosevelt, que luego definiría, creo yo, su filosofía y su estilo políticos.

Cuando volvió al Perú y comenzó su carrera profesional, en 1945 fue electo diputado por Lima en las listas del Frente Democrático Nacional. Haya había vetado como candidato del Frente a su padre Rafael Belaúnde, y escogido en su lugar a José Luis Bustamante y Rivero, una decisión que Haya lamentaría muy rápidamente, según me contó en una de las conversaciones que tuve con él. Por tanto, Fernando Belaúnde no era de los diputados más "apristones" del Frente, pero tampoco militaba, como tantos otros bustamantistas, en el antiapristismo. Después del golpe de 1948, se refugió en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Ingeniería, pero tenía ya el ojo puesto en la candidatura presidencial. En efecto fue candidato en 1956 y en 1962, y alcanzaría la Presidencia en 1963.

¿Qué significa FBT en el Perú? Hasta su aparición, la historia peruana del siglo XX había sido un diálogo indirecto entre el Apra y el Ejército, aunque no en el sentido de que dialogaran propiamente —generalmente mantenían una

guerra civil sorda, no declarada— sino casi etimológicamente: *dia-logos*, es decir, confrontando dos razones opuestas que se manifestaban a veces directamente y a veces a través de intermediarios, de espectros. Fernando Belaúnde inició el único intento exitoso de irrupción en ese diálogo, quizá sobre la advertencia (y reflexión) que había lanzado en 1945 su padre, Primer Ministro durante el gobierno del Frente Democrático de 1945: “Las masas se combaten con las masas”.

Los mismos signos de su partido —creo que esto es algo en lo que se ha reparado poco—, AP, aluden al APRA, con dos letras menos. Es verdad que Acción Popular era también el nombre del partido de Gil Robles durante la República española. ¿Ecos del pensamiento católico y conservador de parte de la familia? Lo cierto es que Belaúnde creó un Apra “blanca”, dulcificada, similar al plan que en 1985 Alan García ejecutó con brillo para llevar al poder al Apra por primera vez, copiando en parte la estrategia de los asesores de Felipe González en la transición española: al puño adusto y agresivo del PSOE histórico colocarle entre los dedos una rosa, a la manera de todos los socialismos europeos, y “dulcificar” su mensaje.

El Apra estaba rodeada de violencia: la insurrección de Trujillo de 1932, el asesinato de Antonio Miró Quesada en 1935, el levantamiento de los marineros en 1948, las guardias doradas que rodeaban y protegían (no sin razón) al líder máximo.

Belaúnde atrae adeptos que normalmente hubieran sido apristas: jóvenes, estudiantes y clases medias. El país había cambiado y aparecían en escena nuevas clientelas. Lo mismo había ocurrido muchas veces por doquier. Sucedió por ejemplo en Argentina, con la emergencia del peronismo, cuando los “cabecitas negros” desconcertaron a todos los partidos tradicionales, de la derecha y la izquierda. Gino Germani analizó ese fenómeno y dijo que los movimientos políticos salían del encuentro entre “clientelas dispuestas” y “élites movilizadoras”. Belaúnde representaba ahora la juventud, el

cambio, y la otrora juventud de 1931 representaba ahora el quietismo.

Aparte de expresar esas nuevas clientelas, Belaúnde hizo otra cosa: ganó en zonas geográficas donde el Apra nunca pudo convencer auténticamente. Peter Klaren analizó con finura el surgimiento del aprismo alrededor de la formación de las haciendas azucareras, la declinación de unas oligarquías tradicionales y el surgimiento de sindicatos obreros. Fue la aparición vigorosa y multitudinaria del “sólido norte”. Pero el Apra no pudo conquistar nunca la capital, coqueta y esquiva. Ni tampoco el sur andino –más profundo, tal vez intemporal, que la costa norteña–, en donde las prédicas milenaristas y su rostro secular moderno, el marxismo, prendieron de un modo natural, alrededor de grupos como Resurgimiento, en Cusco. Belaúnde amarró ambos espacios y cortó la retirada al Apra.

Sin embargo, Belaúnde sabía que no podía ser un “limeño”, un centralista. Tenía que expresar un país más allá de las élites. Su recorrido “pueblo por pueblo” le inspiró la idea de “la conquista del Perú por los peruanos”.

Pero sabía –él, que no era un ideólogo como Haya, sino un constructor y un arquitecto, un hombre que imaginaba espacios– que tenía que apropiarse del “mestizaje”. Así, propuso “el mestizaje de la economía”, la reivindicación de lo pequeño. Incluso más tarde, a fines de los setenta, ya el Belaúnde maduro me insistía en cada conversación que leyera *Small is Beautiful*, de Edward Schumacker. Naturalmente, Roosevelt era una inspiración fundamental: ecléctica, constructora, reformista, y flota sobre Belaúnde, que no la abandonará nunca.

Pero hubo otra influencia sobre él en torno de la que, hasta donde sé, nadie ha hablado: Juscelino Kubitschek. Explicable, puesto que fueron contemporáneos (aunque Juscelino Kubitschek nació en 1902, diez años antes que FBT). La idea impulsiva, transformadora, desarrollista de Juscelino Kubitschek, expresada en su lema de hacer “cincuenta años en cinco”, tiene que haber cautivado a Belaúnde.

Cuando Juscelino Kubitschek fue candidato, tenía un plan de 30 metas, pero en una manifestación alguien le reclamó cumplir con el viejo sueño constitucional de crear una nueva capital. Kubitschek recogió el guante y su meta 31 fue la construcción de Brasilia, la ciudad capital en medio de la selva, del inmenso Planalto, que hizo en menos de tres años, lo que maravilló a André Malraux cuando la visitó, porque, obras así, dijo el escritor francés, sólo las habían hecho los faraones, nunca las democracias.

La Marginal de la selva es el equivalente de Brasilia, la incorporación al país del inmenso espacio verde de la Amazonía, la tierra que sólo misioneros hollaron en la república, que hasta entonces había sido un desafío inexplorado, aquello que los incas llamaron tan apropiadamente el "Antisuyo".

Esa familiaridad con Kubitschek cierra otro evidente significado de Belaúnde: es uno de los miembros de esa pléyade de presidentes reformistas de los 50 y 60: Rómulo Betancourt en Venezuela, Alberto y Carlos Lleras en Colombia, Eduardo Frei en Chile, José Figueres en Costa Rica, Arturo Frondizi en Argentina y Kubitschek en Brasil.

Ninguno era un revolucionario. Todos eran *reformistas*, sabían que había que lograr cambios paulatinos, graduales, para transformar sus sociedades. Fue un momento dorado en la historia de América Latina. Por una parte, coincidieron con el despegue mundial de la postguerra, con *les trente glorieuses* como los agrupó Jean Fourastié. Por otra, son también las criaturas de Roosevelt, es decir, de la creencia que la política es para ayudar a los desesperados, un instrumento al servicio de la razón progresista; en suma, que una buena mezcla de voluntarismo, planificación, amor al prójimo e inteligencia colectiva pueden enderezar los destinos humanos.

Por tanto, ese momento dorado lo fue también para las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. Todos querían una asociación con el gigante. Es lo que Haya de la Torre, que fue el adelantado de todo el grupo aunque no

llegara nunca a la presidencia, denominó “interamericanismo democrático sin imperio”.

Todos son –y esto es, creo, lo que los unifica– “desarrollistas”, aunque sólo Frondizi se apropió explícitamente del apellido. Esto se aplica indiscutiblemente al primer gobierno de Belaúnde, de 1963 a 1968.

Belaúnde tuvo la fortuna (otros dirían en cambio la desventura) de dos gobiernos. Un exilio se interpuso entre ambos. En 1980, cansado de la fuerza y a menudo del abuso, el país se entregó de nuevo a sus brazos. Pero esta vez eran brazos algo cansados. El primer gobierno fue desarrollista, reformista. En el segundo, Belaúnde heredó una pesada maquinaria, y sus instintos fiscales, su formación original, su sesgo constructor, no le dejaron ver que debía proceder como reformador. O quizá sabía que no todo se podía hacer en cinco años, a diferencia de lo que creían él y Kubitschek a principios de los sesenta. Quizá los países son viejos, y uno tiene, antes que nada, que durar, que lograr que la nave democrática no naufrague y, en medio del mar, avance un poco. Se trataba sobre todo de construir, de construir algo, algo que quede.

En todo el mundo, el éxito en política se verifica acaso cuando todos saben de quién son unas iniciales: JFK es Kennedy, JK en Brasil es Kubitschek. En el Perú, todos sabían entonces quién era FBT y cuál era su mensaje.

En el siglo XX, extinguida ya la leyenda de Piérola, Belaúnde fue el que encarnó la imagen romántica del caudillo democrático y el oficio mismo de la política. Un día estábamos en mi casa con Misael Pastrana. FBT se quejaba de que había engordado algo. Les dije, para su evidente satisfacción (el juicio se aplicaba también magníficamente a Misael): “Presidentes, ustedes no tienen un gramo de grasa que no sea político”.

Cuando joven, leí con fervor un libro de Michel Leiris: *L'Age d'homme*, en el que hablaba de la literatura como una tauromaquia. Belaúnde es un perfecto ejemplo de la política como una tauromaquia. Había que “arrimarse” siempre

al toro. A veces te cogía, pero eso formaba parte del oficio. Sobre todo, había que “pararse”, y “templar”, y finalmente, “mandar”.

Además de encarnar el viejo oficio político, Belaúnde encarnó un innato sentido de la peruanidad. Era un peruano irrenunciable. Se ha dicho de Mitterrand que era completamente “hexagonal”; que todas sus referencias históricas, sus gustos literarios, sus aficiones gastronómicas, sus paseos, su memoria más íntima, eran sólo franceses. Algo semejante podría decirse de Belaúnde. No viajaba al extranjero sino raramente; lo apasionaba sobre todo viajar por el Perú. En el fondo, sólo leía sobre el Perú: viajeros, historiadores, geógrafos. Cuando leía algo distinto, era casi siempre para aplicarlo al Perú.

Ahora que escribo esto, pienso que encarnó algo más, algo que quizá se perdió: una cierta forma de educación, algo que no puede llamarse sino cortesía. Pero hasta en eso era el político por antonomasia. El Cardenal Mazarino, que algo sabía del oficio, escribió en su breviario: “Que en tu rostro no se refleje nada, ningún sentimiento, salvo la cortesía”.

VI

La biografía intelectual de una generación

El sartrecillo valiente

En mayo de 1975, acompañé a Mario Vargas Llosa a dar una conferencia en la sinagoga de la avenida Dos de Mayo, en Lima. El título de la conferencia era “Albert Camus y la moral de los límites”. La publicamos inmediatamente en *Después*, una efímera revista que dirigimos José Miguel Oviedo y yo.

¿Qué lo llevó a releer a Camus?

Después de su polémica con Sartre, Camus se sintió removido de los círculos intelectuales de París, situados la mayoría *a gauche*. Tal vez Vargas Llosa, que había soportado cuatro años de ostracismo de la izquierda intelectual a partir del caso Padilla, tenía presente, como un espejo de las suyas, las polémicas de Camus, como por ejemplo las que había sostenido con Emmanuel D’Astier (éste había condenado la intervención rusa en Hungría en 1956, pero había recibido el premio Lenin, y su cotidiano, *Libération*, fundado en 1941, había desaparecido cuando el PC francés le retiró el apoyo).

Mario Vargas Llosa ha declarado que un atentado terrorista lo llevó a releer a Camus. “No volví a leer a Camus hasta hace algunos meses, cuando, de manera casi casual, con motivo de un atentado terrorista que hubo en Lima, abrí de nuevo *L’homme revolté*, su ensayo sobre la violencia en la historia, que había olvidado por completo (o que nunca entendí)”.

Ese atentado tiene que haber sido antes de esa conferencia, digamos en 1974. Sendero Luminoso no había nacido todavía (aparecería la víspera de las elecciones de 1980, el 17 de mayo de 1980, con un atentado en el pueblito ayacuchano de Chuschi). ¿A qué atentado se refería Mario Vargas Llosa? Quizá uno contra un jefe de la marina que apoyaba a Velasco Alvarado, a contrapelo de las corrientes mayoritarias de la

Marina (ciertos grupos derechistas, aliados con oficiales de Marina, cometieron ese atentado).

Corría mayo de 1975, y era el fin del régimen de Velasco (1968-1975), que se encontraba enfermo y amputado de una pierna. Trato de capturar el clima político de entonces, y el olor que recuerdo es el de una vaga claustrofobia, el de una ciudad cerrada sobre sí misma.

Había dos cúpulas militares en competencia por captar la atención o el endoso de Velasco: una "izquierdista", penetrada por el aparato cubano, y otra más bien anticomunista, tal vez "apristizante". Pero ambas parecían poco democráticas.

La prensa, que había sido expropiada para entregar cada periódico a un hipotético "sector social" (el diario más urbano, *El Comercio*, fue destinado a las organizaciones campesinas), aunque con directores nombrados por el gobierno, se cerraba cada día más. Yo había cometido el error de aceptar que mi revista juvenil, *Postdata*, apareciera como un suplemento del diario *Correo*, pero casi inmediatamente me di cuenta de que los editores jugaban a ser voceros de alguna facción dentro de la cúpula del gobierno. Casi al final del régimen, cerraron una revista marxista, *Marka*, y yo protesté, de lo que surgió una polémica con Hugo Neira, entonces director de *Correo*.

La sensación generalizada era que aquello no marchaba más, que se necesitaba una "salida". Un sábado por la noche, a principios de julio de 1975, fui a ver una película al desaparecido cine Alhambra. Al salir, divisé a Francisco Morales Bermúdez, flamante Comandante General del Ejército, y a su esposa, saliendo del mismo cine, vestido de civil y sin escoltas. No lo conocía, pero me inspiró una instantánea simpatía.

Vuelvo a la conferencia sobre Camus, para decir que marcó una etapa importante en el largo viraje de Mario desde sus tiempos de sartreano enfurecido. La dedicatoria de *Conversación en La Catedral* venía del "sartrecillo valiente", el apodo que le habían puesto Luis Loayza y Abelardo Oquendo, con quienes había editado en la adolescencia la revista *Literatura*.

El hecho es que *Conversación en La Catedral* no era “sartreana” sino “balzaciana”. Cómo representar a toda una sociedad, se había preguntado Balzac, y había decidido hacerlo a través de personajes-arquetipo, representativos cada uno de un nivel de la sociedad. A eso, Vargas Llosa había agregado una esplendorosa pirámide de diálogos, con puntos de vista que cambiaban constantemente, entrelazando, confundiendo y fundiendo los tiempos, en una técnica que venía más bien de Faulkner, que había dicho: “Todo es presente, ¿entiendes? Ayer no terminará sino mañana, y mañana empezó hace diez mil años”. Faulkner fue el primer novelista que Mario Vargas Llosa leyó clínicamente, y sus ejemplares de las primeras traducciones de Faulkner, ediciones habitualmente argentinas, estaban profusamente anotadas, con mapas de los personajes y de los cambiantes puntos de vista, en la página final de cada libro.

Además de Sartre, que fue una influencia más “ideológica” que “técnica”, y de Faulkner, es evidente que la otra gran influencia sobre Mario Vargas Llosa fue Malraux. Creo que *L'espoir* y sus milicianos en las batallas en los campos de España, granada en mano como en la foto de Capa, están detrás de las primeras novelas de Vargas Llosa. No conozco, sin embargo, estudios sobre esa relación.

Balzac dijo que entre los veintidós y treinta años se definía la vida de un escritor. A los treinta y tres años, Vargas Llosa ya había publicado sus tres primeras y grandes novelas. Durante todo ese tiempo, Sartre fue su faro ideológico.

¿Qué le dio Sartre a Vargas Llosa? ¿Qué podían darle esas obras a un adolescente latinoamericano? “Podían salvarlo de la provincia, inmunizarlo contra la visión folclórica, desencantarlo de esa literatura colorista, superficial, de esquema maniqueo y hechura simplona –Rómulo Gallegos, Eustasio Rivera, Icaza, Ciro Alegría, Güiraldes, los dos Arguedas, el propio Asturias de después de *El señor Presidente*”.

Sus ideas eran útiles: “Nos ayudaron a organizar nuestras vidas, fueron una guía valiosa en los laberintos de la cultura

y la política, y hasta en los asuntos más privados del trabajo y la familia”. Sartre, como Faulkner, le enseñó que “la narrativa había sufrido una revolución, y que los modos de contar eran, a la vez, más complicados y más libres. Para entender lo que ocurría en *La edad de la razón*, o *La muerte en el alma*, no había más remedio que darse cuenta de lo que era un monólogo interior, saber diferenciar los puntos de vista del narrador y de los personajes, y acostumbrarse a que una historia cambiase de lugar, tiempo y de nivel de realidad (de la conciencia a los hechos, de la mentira a la verdad)”.

Probablemente por influencia de Vargas Llosa, a través de las primeras entrevistas que leí de él, antes de conocerlo, yo también leí, devoré a Sartre, en las ediciones de la editorial Losada.

Francia emergió de la Segunda Guerra con un poder mundial declinante, pero salvada por el poder de sus letras. Fue “la nacionalización de la literatura” de la que habló Sartre en *Qué es la literatura*. Él mismo fue un producto de esa época: entre 1945 y 1949 fue verdaderamente “santificado”. Diez años después, para ese joven latinoamericano que era Vargas Llosa, Sartre regía. Camus era, en cierta forma, una impostura, un gran escritor, “tierno y sensible al evocar la naturaleza”, pero de un pensamiento “vago y superficial”, escribió el joven Vargas Llosa. Sus libros serían “desdeñables si no fuera por su prosa seductora”.

¿Cuándo se distanció Vargas Llosa de Sartre? “Mi decepción con Sartre ocurrió en el verano de 1964, al leer un reportaje que le hacía *Le Monde*. Decía que frente a un niño que se muere de hambre, *La náusea* no vale nada”, confesó Vargas Llosa. Claude Simon le contestó entonces, famosamente: “¿Desde cuándo se pesan en la misma balanza los niños muertos y los libros?”. Para esa época, dice Mario, “no había argumento capaz de librarme de la literatura, de modo que el reportaje sirvió más bien para librarme de Sartre: se rompió el hechizo, ese vínculo irracional que unía al mandarín con sus secuaces”.

En 1964, Sartre rechazó el premio Nobel. En *Les Nouvelles Littéraires*, Gabriel Marcel escribió que los de Sartre eran “los consejos más tóxicos que jamás haya prodigado a la juventud un corruptor patentado”.

Pese a eso, en 1967, Vargas Llosa se emocionaría cuando se sentó en la misma mesa que Sartre en la Mutualité de París, en un acto para pedir la libertad de Hugo Blanco. Todavía Vargas Llosa elogia en ese momento al “magnífico Frantz Fanon, gran ideólogo del Tercer Mundo”, términos que a partir de 1980 Vargas Llosa no volvería a usar jamás.

La objeción primordial a Sartre era que su idea del compromiso producía en realidad mala literatura. Su limitación más importante provenía de que “la ficción de Sartre carecía de misterio: todo en ella está sometida al gobierno –en este caso, la dictadura– de la razón”, y en rigor “no hay arte grande sin una dosis de sinrazón, porque el gran arte expresa siempre la oscuridad humana”.

La ficción del otro ídolo de Vargas Llosa, André Malraux, estaba también poblada, como la de Sartre, de personajes demasiado lúcidos. Pierre de Boisdeffre escribió que eran “siluetas filosóficas con una bomba en la mano”. Sin embargo, sus ficciones “funcionaban”. ¿Por qué las de Sartre no o, más bien, con el transcurso del tiempo, habían dejado de funcionar?

Vargas Llosa creyó incluso que “con la perspectiva que da el tiempo, uno descubre que la obra creativa del propio Sartre es un rechazo sistemático de la idea del *compromiso* que él exige al escritor de su tiempo”. ¿Por qué sucedía esto? Porque “en el transcurso de la creación, las intenciones más claras, las ideas más nítidas, suelen desviarse y ser sustituidas por otras, bajo el efecto de mecanismos inconscientes implícitos a la construcción de una historia verbal”. Es la influencia de lo que Vargas Llosa llamaría los “demonios”, el elemento irracional que conduce en la penumbra al creador de ficciones.

Incluso en el momento en que comienza a distanciarse literariamente de Sartre, elogia aún, en un ensayo de 1974

dedicado a *L'idiote de la famille*, su “figura moral”, que “ha ido agigantándose siempre para mí”.

Sin embargo, ya entonces deberían haber sido visibles los errores garrafales de muchas de las posiciones de Sartre. En 1965, en un artículo sobre “Sartre y el marxismo”, Vargas Llosa había reconocido que “el colapso económico que Sartre profetizaba para Francia en 1952 no tuvo lugar”. Claro que no. Como el resto de la Europa Occidental, todavía en medio del ruido y desorden de la Cuarta República, Francia se encaminaba más bien al crecimiento, al período que Jean Fourastié llamó *les trente glorieuses*.

Entre 1952 y 1956, Sartre aceptó ser Vicepresidente del Consejo de Amistad Franco-Rusa, lo que incluye los dos últimos de Stalin, los años de Beria. Hacía por lo menos veinte años, desde que André Gide publicó su *Retour de l'URSS* (había incluso muchos sólidos testimonios anteriores), que se sabía todo lo necesario sobre la realidad soviética. Pero Sartre pregona que desnudarla era “hacerle el juego al enemigo”. Pero hay quizá todavía algo más monstruoso: en 1966, Sartre proclamó que la revolución cultural china era una épica lucha contra la “burocratización” de la revolución china. ¿No se sabía entonces lo que de verdad pasaba en el “imperio del centro”, dirigido desde las alturas de la Ciudad Prohibida?

A la luz de lo que sabemos ahora, de los millones de muertos, de lo que ocurrió, para no ir más lejos, con Deng Xiao Ping y su familia, todo eso es pura palabrería; una palabrería producto de que, como dijo David Rousset en medio de las polémicas de los años cincuenta sobre los campos de concentración, “Sartre vivía en una burbuja”.

Cuando apareció *The Private Life of Chairman Mao*, la memoria escrita por el médico personal de Mao, Li Zhi-Siu, probablemente uno de los libros políticos más importantes del siglo XX, y uno de los grandes documentos escritos alguna vez sobre un gran dictador, se haría aún más patente toda esa palabrería. Mao, dijo su médico cuando ya podía contar la verdad, era “un egoísta manipulador, incapaz de sentimientos

humanos, que se rodeaba de sicofantes y rehusaba incluso tratarse de una enfermedad venérea que tenía, a pesar de que sabía que contagiaría a las jóvenes con las que dormía”. China no era el paraíso socialista, sino “un lugar de decadencia ilimitada, disoluta, de adulación e intriga política”. Incluso Zhou-en-Lai, que a ojos de Occidente parecía un ilustrado benevolente, era “absolutamente obediente. Cada vez que lo vi con Mao, actuó como un sirviente con su amo”.

¿Quién era, entonces, el verdadero idiota de la familia?



Con Vargas Llosa, en su casa, en la época en que escribía *La tía Julia y el escribidor*. Lima, 1976.



Con Carlos Alberto Montaner y Mario Vargas Llosa, en la época de su campaña presidencial. Lima, 1989.



Con Vargas Llosa y la Reina Sofía, luego de la incorporación de Mario Vargas Llosa a la Real Academia de la Lengua. A la izquierda, el difunto filósofo Julián Marías. Madrid, 1996.



*Con Semprún y Amos Oz.
Frankfurt, 1996.*



Con Vargas Llosa y Jorge Semprún. Frankfurt, 1996.



*Con Carmen Balcells,
que llegó de sorpresa al
estreno de La Odisea.
Mérida, 2006.*



Con Vargas Llosa y Enrique Iglesias. Burgos, 2007.



*Con Mario Vargas Llosa.
La Quebrada, Lima, 2010.*



*Con el ex-canciller alemán Willy Brandt,
Premio Nobel de la Paz y entonces
Presidente de la Internacional
Socialista, y Víctor Raúl Haya
de la Torre. Caracas, 1976.*



*Con Germán Arciniegas
y Luis Alberto Sánchez.
Lima, 1978.*



*Con José Luis
Bustamante
y Rivero.
Lima, 1978.*



*Con el Presidente
Francisco Morales Bermúdez.
Lima, 1980.*



*En la presentación del libro sobre
Piérola de Alberto Ulloa Sotomayor,
junto a su hijo Manuel,
el Presidente Fernando Belaúnde y
el ex-presidente José Luis Bustamante.*



*Con Valentín
Paniagua y
Alan García,
en mi seminario
universitario.
Lima, 2003.*



Con Felipe González, en su primer viaje a Estados Unidos como Presidente del Gobierno, y Cyrus Vance, ex-Secretario de Estado. Nueva York, 1983.



*Con Adolfo Suárez.
Lima, 1980.*



*Con Alan
García
y Mario
Soares.
Lima,
1980.*



Con Octavio Paz, en su departamento del DF. México, 1982.



Con Manuel Ulloa, la noche que renunció al Premierato, y Alfonso Grados. Lima, 1982.



Con Rajiv Gandhi. Nueva Delhi, 1985.



Con Vernon Walters, entonces embajador de Estados Unidos en Naciones Unidas, y Pérez de Cuéllar. Nueva York, 1983.



Con Fidel, al comienzo de una jornada marinera. Cayo Piedras, Cuba, 1985.



*Discutiendo con el Comandante, a bordo de su bote, después de dos horas de pesca submarina.
Cayo Piedras, Cuba, 1985.*



*Con Castro y Javier Pérez de Cuéllar ese día.
Cayo Piedras, Cuba, 1985.*



Con Andrés Pastrana y Bill Clinton. Cartagena, 2002.



*Con Juan Manuel Santos y
la Reina Noor de Jordania.
Cartagena, 2002.*



Con Santos. Cartagena, 2002.



*Con Jorge Edwards, cuyo libro Persona non grata fue un parteaguas en América Latina, y Alonso Cueto.
La Quebrada, Lima, 2003*



*Con Francisco Igartua, creador de Oiga, y Alfredo Bryce Echenique.
La Quebrada, Lima, 2002.*



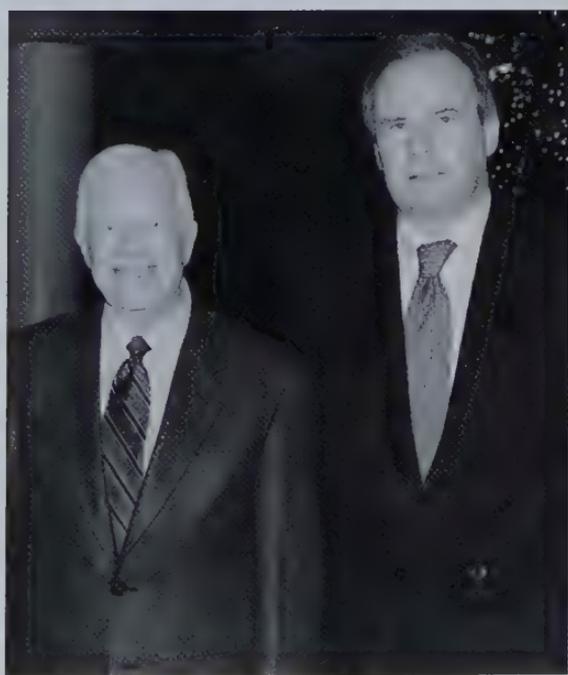
*Con César Gaviria, en su oficina, absorbidos por un mapa de los gasoductos sudamericanos
Bogotá, 2007.*



*Con el ex-presidente de Bolivia, Carlos Mesa Gisbert, durante la presentación de mi libro, El Edén imperfecto.
Lima, 2005.*



*Con don Felipe de Borbón y Luis Alberto Moreno, presidente del Banco Interamericano de
Desarrollo. Washington, 2006.*



*Con Jimmy Carter.
Washington, 2005.*



*Con David Rockefeller.
Washington, 2006.*



*Con Francis Fukuyama.
Washington, 2007.*



Con el economista Vito Tanzi y Anwar Ibrahim, el líder de oposición malayo. Washington, 2007.



Carlos Fuentes, Juan Manuel Santos, Jorge Quiroga y Julio María Sanguinetti, en el Foro Iberoamérica. Buenos Aires, 2009.



Con don Felipe de Borbón y Enrique García, Presidente de la Corporación Andina de Fomento. Sevilla, 2010.



Con Felipe González, en el XI Foro Iberoamérica República Dominicana, 2010.

Nostalgia de Albert Camus

Frente a Sartre, el que se agiganta cada día es Albert Camus. Cincuenta años después de su muerte, uno siente que había en él una humanidad y una capacidad de profecía completamente ausentes en el antiguo *normalien*.

Tenía sólo 46 años cuando murió, pero ya había ya escrito varias obras inmortales, y ya era Premio Nobel (el más joven en recibirlo desde Kipling).

Qué increíblemente joven era. De haber vivido, habría tenido setenta y seis años al momento de la caída del muro de Berlín. A fin de cuentas, Octavio Paz, su exacto contemporáneo, murió a los ochenta y cuatro, y Claude Levi-Strauss, que era cuatro años mayor, murió a los cien.

¿Qué habría escrito? Esto me lleva también a preguntarme qué era, en el fondo: ¿filósofo, novelista, dramaturgo? ¿O un pensador abierto, al que le gustaba escribir en trilogías: un ensayo, una novela, una obra de teatro sobre el mismo tema (como cuando reaccionó con *La caída* a la polémica con Sartre)?

¿Cómo habría reaccionado a los grandes acontecimientos posteriores a 1960, el año de su muerte? ¿Habría hecho política algún día? Su profesor, Jean Grenier, pensaba que tenía todos los talentos para ello. Es verdad que brilló en la escena pública, y en el debate, desde los tiempos clandestinos del periódico *Combat*, pero al final huía de París hacia Provence, donde se había comprado una casa, porque le recordaba a Argel y al sol de su infancia. Porque nos olvidamos también de lo increíblemente provinciano que fue, como su coterráneo norafricano, San Agustín.

Camus fue también el testimonio carnal de la fuerza redentora de la educación. Huérfano, pobre extremo, dormía

de niño en una sola cama con su madre y su hermano mayor, Lucien. No tenían electricidad ni agua potable. Pero el Liceo francés lo rescató y le dio los instrumentos para convertirse en el gran escritor que fue. Por eso, cuando estalló la guerra de la independencia de Argelia se sintió desgarrado, porque sabía que el Estado francés lo había protegido.

Su madre (el padre había muerto durante la Primera Guerra) era no sólo analfabeta sino medio sordomuda, y no podía leer periódicos ni escuchar radio. Nunca pudo leer los libros de su hijo. Pero fue a ella a quien se volvió, agradecido, en Estocolmo, horas antes de recibir el Nobel: "Nunca te he extrañado tanto".

Era un Don Juan, un hombre rendido ante el misterio infinito y mágico de la mujer, pero todas sus mujeres fueron provincianas, o exiliadas, o extranjeras.

Camus estará asociado para siempre a Sartre y a la gran polémica que sostuvieron. Cuando salió *El hombre rebelde*, en 1951, la revista de Sartre, *Les Temps Modernes*, lo atacó a través de Francis Jeanson. Camus replicó con una "carta al director" y Sartre contestó con un largo ensayo. Acaso sea la polémica intelectual más influyente del siglo XX, una gran polémica que giró alrededor del comunismo y de sus campos de concentración. Cuando se produjo, hacía casi veinte años que André Gide había publicado, en 1936, *Retour de l'URSS*. Se sabía todo, pero Sartre no salía casi nunca de Saint-Germain des Prés.

El tiempo ha desprestigiado a Sartre. Sus novelas son más bien ilegibles, y muchas de sus posiciones (como su defensa de la revolución cultural china) han sido desmentidas por los hechos. Camus, en cambio, crece con el tiempo. Para expresar su desconfianza en la justicia absoluta, dijo, por ejemplo: "Entre la justicia y mi madre, escojo siempre a mi madre". Asimismo, creía firmemente que aun si la justicia no era realizada, la libertad amparaba siempre el poder de la protesta.

Como argelino, como *pied-noir*, como ciudadano de frontera, nos enseñó a vivir con las identidades mestizas y con el choque de civilizaciones, antes que el término estuviera de moda, quizá porque, aparte de francés, era profunda, orgullosamente español. Los ancestros de su madre habían llegado de las Baleares, el gran amor de su vida fue María Casares, dormía a sus hijos con canciones de cuna españolas, y a la ceremonia de Estocolmo invitó a republicanos exiliados.

Era humano, vulnerable. En la maravillosa correspondencia con René Char, que Gallimard publicó hace poco, confesaba su depresión, apenas días antes de recibir el Nobel. Simone de Beauvoir, en su novela en clave *Los mandarines*, disfrazó a Camus como Henri Perron: mujeriego, buen mozo y melancólico.

Camus nos enseñó un pensamiento del mediodía: recordar los viejos límites, las lecciones de moderación de los griegos, el respeto mediterráneo a la santidad de la naturaleza, el encuentro pagano con el mundo. Dijo: "El mundo es bello y fuera de él no hay salvación". También: "En los hombres, hay muchas más cosas dignas de admiración que de desprecio". Y también había dicho: "No tenemos tiempo de ser nosotros mismos, sólo tenemos tiempo de ser felices".

Su figura ha estado al lado de muchos de nosotros por mucho tiempo, como la de Malraux. Pero Malraux era un héroe épico, un monstruo de lucidez hablándole de tú a todo el arte universal. Camus era como nosotros, un provinciano que nos enseñó que la cultura de Occidente era también nuestra, y que la compasión era la fuerza mayor entre los hombres.

Cincuenta años después, sigue aquí, como un amigo, al lado, hablándole a la razón pero también al corazón de los hombres.

Vargas Llosa: de Camus y Bataille al liberalismo

La relectura de Camus fue un paso decisivo hacia el reformismo, pero Mario Vargas Llosa no era todavía el liberal que sería más tarde, aunque siempre con el mismo ardor que tuvo en sus días “revolucionarios” (al fin y al cabo, los hombres pueden cambiar de ideas pero más difícilmente de temperamento).

En el debate entre Sartre y Camus, Vargas Llosa cree que “lo sustancial consistió en saber si la historia lo es todo o es sólo un aspecto del destino humano”.

En la segunda mitad de los setenta, Vargas Llosa continuó su búsqueda. En 1980, en la época en que terminaba *La guerra del fin del mundo*, vivió en Washington, trabajando en el Wilson Center. Fue en esa época que leyó extensamente a Isaiah Berlin, y se encaminó más seguramente hacia el liberalismo.

En una conferencia célebre de 1958, Berlin trazó la diferencia entre libertad positiva y libertad negativa. Toda su obra está basada en esa distinción y en la noción de pluralismo: los hombres nos enfrentamos a valores incompatibles, y tenemos que acomodarnos a ese dilema.

Con todo, Berlin no era probablemente un liberal en el sentido que lo sería Mario Vargas Llosa, ubicado más bien en la línea “austriaca” de Hayek o von Mises. Al fin y al cabo, la defensa política más apasionada que hizo Berlin en *Personal Impressions* fue la de Franklin D. Roosevelt. Pero Berlin fue un eslabón muy importante en la evolución ideológica de Vargas Llosa hacia el liberalismo.

¿Pero qué es éste sino el reconocimiento de la imperfección de los hombres, de su capacidad para el Mal? Por eso propone crear instituciones para contener ese peligro.

Fue en este momento que las ideas políticas de Vargas Llosa se encontraron con sus ideas literarias. Georges Bataille, “ese bibliotecario de salud precaria que nunca llegó tarde a la oficina”, y que pertenecía a la misma generación de Sartre, Camus y Merleau-Ponty, es el nexo entre ellas.

En *La littérature et le mal*, Bataille exploró la obra de ocho escritores: Emily Brontë, Charles Baudelaire, Jules Michelet, William Blake, Sade, Marcel Proust, Franz Kafka y Jean Genet. Ya antes de ese libro, en 1929, en la revista *Documents*, Bataille había escrito que “hay en cada hombre un animal encerrado en una prisión, como un esclavo. Hay una puerta: si la abrimos, el animal se escapa como el esclavo que encuentra una salida; entonces el hombre muere provisoriamente y se conduce como una bestia”. Naturalmente, el dominio de la bestia es el de la imaginación. En la literatura, el animal puede salir de su escondite. La concepción de la literatura de Bataille, dice Vargas Llosa, “es el territorio donde me siento más cerca de él. La idea que me parece constituir la raíz de esta concepción es la siguiente: la literatura puede expresar *toda* la experiencia humana, pero, fundamentalmente, expresa la ‘parte maldita’ de esa experiencia. Esta parte maldita de la condición humana, aunque reprimida y negada por la vida social (el Bien), está ahí, escondida pero viva... Sólo cuando esta dimensión ‘maldita’ consigue expresarse, haciendo violencia contra el Bien (poniendo en peligro las leyes de la ciudad), conquista el hombre la soberanía”.

¿Cómo es posible el Mal, o más exactamente la *expresión* del Mal? Gracias a la libertad. ¿Cómo puede aceptarse esta expresión de esa “parte maldita”, que enriquece la imaginación pero hace más insegura la convivencia? “La respuesta de Bataille parece ser: mediante un precario, polémico equilibrio entre el todo social y el individuo, en el que aquel controle pero no mate el espíritu de rebelión y

la voluntad de ruptura, de dilapidación". A esa dilapidación dedicó Bataille uno de sus libros más interesantes, *La part maudite*, un tratado sobre la organización económica de las sociedades.

Vargas Llosa precisa: "La puerta de entrada a la antropología de Bataille es su noción del Mal. En su boca, este concepto es 'a-teológico'... Todo lo que contraviene las leyes que se ha impuesto a sí misma la sociedad a fin de durar, de hacer posible la vida, de luchar contra la muerte". Porque, para que la vida no cese, "la sociedad debe constreñir al hombre, cercarlo de una alambrada de tabúes, obligarlo a sofocar la parte no-racional de su personalidad".

Es una idea en las cercanías de Hobbes. Y esa antropología hobbesiana es la que está en el origen de la democracia, al menos como la conocemos desde la Convención de Filadelfia. Se ha dicho de ella que "fue hecha por cincuenta y cinco hombres y un fantasma", que era, por supuesto, el de Cromwell. Como Bataille, los *Founding Fathers* sabían que el hombre era capaz de tropelías, que podía ser salvaje, que había que contenerlo, y que para eso debía crearse un sistema político de *checks and balances*.

Pero ello fue todo lo contrario de lo que parecieron pensar los padres fundadores latinoamericanos, que tenían una idea romántica y generosa, ensimismada pero desarmada, de la naturaleza humana. El resultado fue que la Constitución norteamericana nunca se interrumpió, y las de América Latina, en cambio, se siguen escribiendo interminablemente, interrumpidas constantemente por los golpes de estado, expresión que ni siquiera existe en el inglés, y que más bien fue tomada del *coup d'état* francés.

Así, la posición política liberal a la que llegó Vargas Llosa era el reverso de una de sus posiciones literarias, una que lo había acompañado, al costado, toda su vida, aun en los tiempos tempranos en que era un "sartrecillo valiente".

VII

1983. Uchuraccay.

El encuentro con el mundo
de Arguedas

La guerra del fin del mundo

Mientras leía en Washington a los pensadores de la libertad, Vargas Llosa estaba escribiendo sobre el fanatismo. El resultado fue una de las obras maestras de la literatura latinoamericana, *La guerra del fin del mundo* (1981).

La novela trata de la rebelión de los Canudos en Brasil. A fines del siglo XIX, después del fin del largo imperio de Pedro II y de la proclamación de la república, un hombre “tan flaco que parecía siempre de perfil”, Antonio Conselheiro, deambuló por las provincias de Ceará, Pernambuco, Sergipe y Bahía, antes de establecerse con sus seguidores en la granja de Canudos, cerca de la ciudad de Monte-Santo, en Bahía, en las riberas del Vaza-Barris. Afirmaba ser un profeta y que el retorno del legendario rey portugués Sebastiao estaba cerca.

La república se proclamó en 1889, después de un golpe de estado de militares positivistas, el 15 de noviembre de ese año, contra Pedro II. De allí viene el lema de la bandera brasilera: *Ordem e Progresso*. La revuelta de Canudos es una rebelión contra la república. Busca un “regreso” a un lugar mesiánico del pasado. Por tanto, es una versión de la “utopía arcaica”, de la que hablaría más tarde Vargas Llosa a propósito de Arguedas.

Vargas Llosa había tomado contacto con la historia a principios de los años setenta, cuando el cineasta Rui Guerra le pidió escribir un guión sobre ella. En una carta del 12 de julio de 1971, Glauber Rocha le había pedido antes un guión sobre Túpac Amaru, que hubiera podido tener, quizá, algunas semejanzas con aquélla. “Será –le dijo– una epopeya revolucionaria al estilo de *Deus e o Diabo na terra do Sol*”. Y agregó: “*O choque de culturas*”.

Mario Vargas Llosa nunca escribió nada para Rocha, pero escribió dos guiones para Guerra. El primero, *La guerra de Canudos*, en 1972, y el segundo, *Guerra de perros*, en 1974.

La novela originada en esos guiones trata de un cataclismo humano desatado por el fanatismo. En *Temptation of the Word*, Efraín Kristal señala que forma parte de una larga tradición literaria sobre “la propensión de la humanidad a idealizar la violencia”. Por tanto, era una prolongación de las reflexiones del redescubierto Camus de *L'homme révolté*.

Cuando se puso a escribir su monumental novela, Vargas Llosa ya había llegado, después de pasar por Camus, al liberalismo, y había descubierto, entre otros, a Isaiah Berlin. Por tanto, Tolstói, a quien Berlin dedicó su famoso ensayo sobre el zorro y el erizo, estaba de alguna manera en la mente de Vargas Llosa. En la novela se enfrentaban dos campos, ambos dirigidos por un fanático: los Canudos por el Consejero, y el ejército por el general Moreira César. El contraste entre el Consejero y Moreira César reproducía y transformaba el contraste entre Napoleón y Kutuzov de *Guerra y paz*.

La inspiración intelectual de *La guerra del fin del mundo* fue *Os Sertoes* (1902), de Euclides da Cunha. Da Cunha había nacido en Río de Janeiro, en 1866, y era al mismo tiempo un militar y un ingeniero. Cubrió la guerra de Canudos para *O Estado de Sao Paulo* mediante unas crónicas que fueron la base de su libro, organizado en tres partes: La Tierra, el Hombre y la Lucha. Medio siglo después, retomaba el tema de *Facundo* (1845), de Sarmiento: había una costa civilizada y un interior primitivo.

Da Cunha es “el periodista” en *La guerra del fin del mundo*, y su final no fue menos dramático que el de los Canudos. El 15 de agosto de 1909, consumido por los celos, quiso matar al teniente que era amante de su esposa, pero éste se defendió y mató primero al autor de *Os Sertoes*.

Da Cunha pensó que Canudos era “nuestra Vendée”, el equivalente brasileño de las revueltas campesinas entre 1793 y 1796 contra la Revolución Francesa. ¿Fue la Vendée una confabulación de nobles usando campesinos?

¿Fue el descontento rural frente a los resultados de los estados generales, que sólo se aprovecharon en los burgos? Hay una enorme bibliografía sobre la Vendée, algunos de cuyos hitos son Albert Soboul y Charles Tilly. Pero en el centro está siempre la separación, casi el odio, entre la ciudad y el campo.

Fue este un tema que reaparecería en la rebelión de Canudos. El Conselheiro era un pequeño propietario. La república, que era la “modernidad” para los positivistas del Brasil urbano, pareció una amenaza a las aldeas del interior. Este tema también está presente, creo, en otra rebelión, casi un siglo más tarde: la de Sendero Luminoso, en apariencia un intento de revolución que nace en Ayacucho, “rincón de los muertos” en quechua. Se incubaba inmediatamente después que el régimen de Velasco Alvarado decreta la reforma agraria, que transforma el campo y desordena el régimen de propiedad. Las familias de varios de los fundadores de Sendero Luminoso eran propietarios rurales afectados por esa reforma. Tal es el caso, por ejemplo, de la esposa de Abimael Guzmán, Augusta la Torre, muerta en extrañas circunstancias, tal vez en una *vendetta* interna, similar a las que han asolado a menudo ese tipo de movimientos subversivos (como en El Salvador).

Vargas Llosa publicó *La guerra del fin del mundo* en 1981, cuando ya había estallado Sendero Luminoso (en la víspera de la elección presidencial del 18 de mayo de 1980), pero la escribió cuando Sendero no existía todavía, o no se había anunciado. Fue otra de las frecuentes premoniciones de la ficción.

Uchuraccay y Arguedas

Creo que hasta el 26 de enero de 1983, la mayoría de peruanos no había escuchado siquiera el nombre de Uchuraccay. Ese día, en la aldea de ese nombre, ocho periodistas fueron masacrados en un confuso capítulo de la guerra contra Sendero.

La literatura peruana ofrece dos versiones para afrontar el drama, o la complejidad, de la peruanidad. Una es la de Vargas Llosa, y la otra es la de José María Arguedas. Uchuraccay no pertenecía al mundo de Vargas Llosa. Pertenecía, como un mudo telón de fondo, al mundo indígena y rural de las novelas del indigenismo. Pertenecía al mundo de Arguedas.

Cuando fue embajador de Kennedy en la India, John Kenneth Galbraith se impresionó del mundo de las aldeas, que representaban, pensó, el verdadero pulso vital de la enorme civilización india. Algo semejante pasó en los Andes, hasta que hacia 1940 comenzó el masivo proceso de migración hacia la costa. En esencia, la civilización peruana no es más que ese diálogo inmemorial, ese vaivén, entre los Andes y la Costa.

Uchuraccay era un punto, menos que un punto, en ese diálogo que a veces parece inmóvil. A cuatro mil metros de altura, es una pequeñísima aldea en la *puna* peruana, en la provincia de Huanta, Ayacucho. El censo de 1981 informaba que allí vivían 470 personas, menos de cien familias. En la *puna* hay menos oxígeno, y probablemente sea la “región más transparente del aire” para los peruanos. Lo único que existe en ella es una agricultura rudimentaria y una ganadería de subsistencia. Su ingreso probablemente seguía siendo el mismo que antes de que comenzara, dos siglos atrás, la revolución industrial. O tal vez era el mismo, o incluso menos, que el que

tenían las sociedades agrícolas precolombinas anteriores a la llegada de Colón. La historia no había llegado. Sólo estaba la naturaleza.

Los mundos de Arguedas y Vargas Llosa

Arguedas había estudiado esas comunidades en un trabajo que escribió luego de un viaje a España: *Las comunidades del Perú y España*. En realidad, las conocía por dentro.

Arguedas nació en 1911, en Andahuaylas, departamento de Apurímac, donde murió su madre cuando tenía apenas dos años. Vivió allí hasta 1917, el año de la revolución rusa, cuando se trasladó a Puquio, en la provincia de Lucanas, Ayacucho, donde su padre se había casado con quien sería una madrastra dura y hasta cruel. En 1926, a los quince años, se trasladó a Ica, en la costa sur del Perú. Dos años después, lo llevaron a Huancayo, en el valle del Mantaro, en el centro del Perú. Antes de los veinte años ya estaba en Lima, la capital, donde en 1931 ingresó a la Universidad de San Marcos.

Este periplo muestra que, en su vida, Arguedas vivió en casi todos los “pisos ecológicos” del Perú, según la terminología de John Murra, exceptuando la selva. Su biografía refleja, pues, el mosaico peruano, y encarna la dualidad Andes/Costa.

El recorrido de Vargas Llosa es también variado, pero no tanto como el de Arguedas: Arequipa, casi episódicamente, adonde su madre acudió para que naciera en la familia grande; Cochabamba en Bolivia; y luego Lima, o más específicamente el barrio de Miraflores, donde se ambientaría parte de su primera novela, *La ciudad y los perros*, además de aquella otra desarrollada en el colegio militar Leoncio Prado.

En esta novela, con la que acaso comienza públicamente el *boom* latinoamericano, Vargas Llosa establecía una dicotomía, una tensión estructural entre el colegio, a la vez cuartel y

a veces prisión, y la ciudad de afuera, tentación y libertad. Era, además, tensión y reflejo, puesto que el colegio era un microcosmos de la ciudad-sociedad.

Como es harto conocido, el libro narra la historia de unos cadetes en el colegio militar Leoncio Prado. La trama: un crimen, una delación, una venganza. Pero, ¿cuál era el tema secreto de la novela? ¿Esa delación, esa venganza, la justicia, la ley del más fuerte reemplazándola, los celos, la complicidad, la impunidad? Eran todos ellos a la vez, y de esa ambigüedad nacía la vocación moderna de esa novela, que se asociaba a otras que se estaban publicando en toda América Latina. En 1963, se publicó, por ejemplo, *Rayuela*, de Cortázar.

Aunque ya existían grandes narradores, como Borges, estos nuevos escritores fueron los que terminaron con la “vieja” novela latinoamericana de la tierra, de la naturaleza inhóspita y salvaje, y de los personajes de cartón piedra. Si bien seguían procesando su experiencia latinoamericana, los nuevos escritores habían asimilado las “técnicas” modernas. En el caso de Vargas Llosa, era visible la influencia de algunos relatos de Sartre (como *La infancia de un jefe*), de Faulkner (cuyos libros fueron los primeros que leyó lápiz en ristre) y Malraux.

La ciudad y los perros tenía además otras filiaciones: era una novela de “iniciación”, y se la comparó por ello con *Las tribulaciones del joven Torless*, de Musil, y el *Retrato del artista adolescente*, de Joyce. Era, según Carlos Fuentes, la gran novela de la adolescencia que se había escrito nunca en América Latina.

Asocio siempre esta novela a la niebla, a las frías olas del mar rompiendo en el acantilado. ¿Será porque la leí por primera vez en invierno? Pero así recordaba también Vargas Llosa al poeta César Moro, el modelo del profesor Fontana de la novela, en un artículo de 1958: “Recuerdo imprecisamente a César Moro: lo veo, entre nieblas, dictando sus clases en el colegio Leoncio Prado, imperturbable ante la salvaje hostilidad de los alumnos”.

En verano no hay clases. Sí, era invierno, y había definitivamente niebla en la novela. Pero eso era además una

metáfora adecuada para ese libro cruel. Como se sabe, nadie vio mejor el clima de Lima (“*the tearless city*”) que Melville en *Moby Dick*: “Y no es enteramente el recuerdo de sus antiguos terremotos, ni la sequedad de sus cielos áridos, que nunca llueven; no son estas cosas las que hacen de la impasible Lima la ciudad más triste y extraña que se pueda imaginar. Sino que Lima ha tomado el velo blanco, y así se acrecienta el horror de la angustia”.

La leyenda dice que Carlos Barral encontró en la gaveta de un escritorio el manuscrito y quedó deslumbrado. La primera edición salió con un prólogo del poeta José María Valverde, donde éste decía: “Al concedérsele –por rara unanimidad– el Premio Biblioteca Breve de 1962, dije a un periodista: ‘Es la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra*’. Ahora lo repito, ya en frío, diciendo también, como J. Middleton Murry cuando saludó en el *Ulysses* de Joyce una obra maestra: digámoslo claramente, para poder tener nuestra porción de gloria o de desprecio dentro de cien años”.

Cuatro años antes, José María Arguedas había publicado *Los ríos profundos* (1958), que trata de otro colegio, el suyo, el Miguel Grau, el colegio de los Mercedarios en Abancay, el Leoncio Prado infantil de Arguedas.

En 1964, Arguedas publicó su novela más ambiciosa: *Todas las sangres*, con la que aspiraba tal vez a configurar una *summa* novelística de la experiencia peruana, un difícil poliedro, pero que entonces parecía apenas, como el dios Jano, una personalidad de sólo dos caras: una indígena y otra hispánica.

El 23 de junio del año 1965, se realizó en el Instituto de Estudios Peruanos una mesa redonda sobre el libro, que contó con la participación del autor y de algunas de las más interesantes figuras de la cultura peruana: Sebastián Salazar Bondy –el autor de *Lima la horrible*, muerto pocos meses después–, el antropólogo José Matos Mar, el lingüista Alberto Escobar, el crítico José Miguel Oviedo, el economista Jorge Bravo Bresani, y los científicos sociales Henri Favre y Aníbal Quijano.

Ese año, el Perú enfrentaba un levantamiento guerrillero en Mesa Pelada, valle de La Convención, Cusco, inspirado en las teorías “foquistas” que Regis Debray había tratado de sistematizar. Este lugar es el mismo desde donde hoy fluye el gas natural del Perú, lo que me hace pensar que la energía natural y la energía social se mezclan en el Perú y pueden bloquearse mutuamente.

Sebastián Salazar Bondy dijo esa noche, en ese evento acaso mítico en la cultura contemporánea peruana, que la novela mostraba que Arguedas tenía “una doble visión con respecto al Perú, en cierto modo contradictoria. Por una parte, una concepción mágica de la naturaleza, una concepción indígena, un cierto panteísmo, donde las flores se animan como seres humanos, donde los pájaros tienen una condición de símbolos. Pero, por otro lado, Arguedas tiene una formación científica de la cual no puede prescindir”. Esa doble visión producía “un carácter superpuesto, no compenetrado, entre dos ideas, dos ideologías que conviven en Arguedas y que todavía no se han convertido en una sola”.

El resto de científicos sociales diseccionaron igualmente la novela. ¿Reflejaba al Perú? Imperfectamente. Parecía un intento fallido.

Arguedas trató de defenderse, con la timidez que quienes lo conocieron dicen que lo caracterizaba. “Mi formación universitaria es débil”, dijo esa noche, y más bien agregó: “Lo que yo viví en la niñez, los valores que se me contagiaron en la infancia siguen influyendo de manera muy poderosa en cuanto pienso”.

En la madrugada posterior a la noche del evento, Arguedas escribió de puño y letra un texto que ha sobrevivido:

“Creo que hoy mi vida ha dejado por entero de tener razón de ser. Destrozado mi hogar por la influencia lenta y progresiva de incompatibilidades entre mi esposa y yo; convencido de la inutilidad

de formar otro hogar con una joven a quien pido perdón; casi demostrado por dos sabios sociólogos y un economista, también hoy, de que mi libro *Todas las sangres* es negativo para el país, no tengo ya nada que hacer en este mundo...

Me voy o me iré a la tierra en que nací y procuraré morir allí de inmediato. Que me canten en quechua cada cierto tiempo donde quiera se me haya enterrado en Andahuaylas...

El quechua será inmortal, amigos de esta noche”.

Ese texto hondo y trágico mostraba por supuesto la naturaleza depresiva del escritor, pero éste sobrevivió a ese impulso de muerte otros cuatro años más.

Poco después de esa mesa redonda, se produjo un intercambio que lo trastornó: una polémica, ahora legendaria, con Julio Cortázar.

En mayo de 1968, éste había publicado en La Habana una carta a Roberto Fernández Retamar. Antes, el 29 de octubre de 1967, le había escrito al mismo Fernández Retamar después de la muerte del Ché Guevara. Había llorado, le decía, en Argel, en un baño, antes de volver a París. “Mirando esas fotos que todos hemos mirado”, se daba cuenta de que “la escritura, frente a esto, me parece la más banal de las artes... El Che ha muerto y a mí no me queda más que el silencio”. Le enviaba al final un poema, un pésimo poema, donde decía: “Yo tuve un hermano/ que iba por los montes/ mientras yo dormía”.

La carta de 1968 era una reflexión sobre la capacidad de un exiliado para reflejar la realidad latinoamericana. Cortázar decía que a pesar de su alejamiento voluntario de la Argentina en 1951, había mantenido contacto con América Latina, y contraponía la visión “planetaria” a “los intelectuales de escarapela y banderita” que le reprochaban su alejamiento de la patria. Afirmaba, en una frase que Arguedas recibió como un ataque personal, que “el telurismo me es profundamente

ajeno por estrecho, parroquial y hasta diría aldeano: puedo comprenderlo y admirarlo en quienes no alcanzan, por razones múltiples, una visión totalizadora de la cultura y de la historia. Se obstinan en exaltar los valores del terruño contra los valores a secas: el país contra el mundo, la raza (porque en eso se acaba) contra las demás razas”.

Por alguna razón, este texto tocó alguna fibra muy íntima de Arguedas, y se refirió a él en uno de los diarios de su novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Ese fragmento de la novela se publicó en *Amaru*, la revista que dirigía Emilio Adolfo Westphalen, y Cortázar se refirió a esos diarios en una entrevista que Rita Guibert le hizo para *Life en español*. “Vargas Llosa no ha mostrado una realidad peruana inferior a la de Arguedas”, expresó. Pero dijo también algo imperdonable dirigido a Arguedas: “Yo dirijo una orquesta en París, usted toca una quena”.

El último capítulo de la polémica fue un artículo que Arguedas publicó en el suplemento dominical de *El Comercio*, en junio de 1969. La polémica colocó el universalismo frente a la provincia, y desde el lado de Arguedas fue una suerte de alegato contra el *boom* y una defensa de la literatura que gente como él había venido haciendo antes que éste surgiera.

Cinco meses después de ese último artículo, Arguedas terminó ejecutando lo que había amenazado hacer después de la mesa redonda del IEP, en 1965. El 28 de noviembre de 1969, se encerró en su oficina de la Universidad Nacional Agraria y se descerrajó un tiro en la sien. Murió cuatro días después, el 2 de diciembre. Fue enterrado entre cantos en quechua y los sones de *La Internacional*.

La utopía arcaica

A Vargas Llosa lo rondó siempre la figura de Arguedas. Era la otra cara del alma peruana, distinta pero complementaria a la suya. Un espejo en el que debíamos mirarnos para completar “el país de las mil caras”, como denominaría al Perú en uno de sus artículos.

Mario Vargas Llosa conoció a José María Arguedas en 1955. Después de eso lo frecuentaría ocasionalmente, pero estudiaría constantemente su obra, a la que dedicaría reseñas, artículos, discursos, prólogos y clases universitarias. “Entre mis autores favoritos no figuran peruanos, con una excepción: José María Arguedas”. La culminación de ese interés fue un libro orgánico sobre *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*.

Vargas Llosa y Arguedas han representado, en la literatura peruana de este siglo, dos mundos divergentes, dos polos del Perú, con el simbolismo que acaso sólo puede transmitir la literatura. Para decirlo con el título de Arguedas, han representado a los dos zorros: al de abajo, del mundo de la costa y la ciudad, y al de arriba, del mundo rural de los Andes y la aldea. Hablamos, pues, del mundo criollo y del mundo indígena. Por eso es apasionante el diálogo entre estos escritores, como el que mostró ese libro, que constituye un ensayo sobre esa fragmentada e inconclusa totalidad que somos los peruanos.

Arguedas no era un escritor “indio”, pero una infancia traumática lo hizo idealizar el mundo indígena en el que pasó los años más felices de su vida. Tuvo, además de la experiencia del mundo rural y casi intemporal de esa infancia, la experiencia de la vida criolla, de la ciudad y de

la costa. Su obra, que en *Agua* tenía los estrechos contornos de la aldea, creció hasta abarcar, en *Todas las sangres* y *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, la totalidad de la experiencia peruana. Por eso Vargas Llosa confiesa hidalgamente que “tenía una perspectiva más amplia que la mía y que la de la mayor parte de escritores peruanos sobre nuestro país”.

Aunque había frecuentado su obra desde la universidad, el mundo de Arguedas le saltó a Vargas Llosa a la cara cuando ocurrió la tragedia de Uchuraccay. Su participación en la comisión que investigó esa tragedia es uno de los acontecimientos cruciales de su biografía política. Uchuraccay y lo que rodeó a ese horrendo crimen constituyeron la resurrección pública de un país arcaico y remoto, con el consiguiente estallido de mitos, prejuicios, ideologías y pasiones sobre los Andes y los indios. Un día, Mario Vargas Llosa me dijo: “No fue tanto Uchuraccay lo que me sorprendió, sino el debate sobre Uchuraccay”. Su libro sobre Arguedas fue, en el fondo, un intento de saldar cuentas con el confuso e incandescente pasado ideológico que sostuvo aquella polémica.

La utopía arcaica no es una biografía en el sentido convencional de la palabra, aunque incluye capítulos biográficos. Tampoco es únicamente un estudio literario. Además de esas dos cosas, es un ensayo sobre el indigenismo, y aún más: un balance y liquidación de las ideas progresistas del Perú contemporáneo.

El libro está dividido en veinte capítulos: uno primero sobre los testamentos de Arguedas, y uno último sobre el Perú informal; entre ellos, dieciocho capítulos diestramente estructurados: seis capítulos sobre su vida, seis sobre su obra, y seis sobre las ideologías peruanas.

La tesis central del libro es que el mundo de Arguedas nunca existió en realidad, que era una ficción, la recreación de un mundo indígena perfecto pero mítico, una utopía arcaica. La nota dominante de esa utopía es el animismo. Sus compañeros inseparables, además de la concepción animista del universo, son el agrarismo y el arcaísmo: “la antigüedad

es virtud, como lo es el campo, en tanto que la modernidad y la urbe significan vicio y decadencia”.

Notas adicionales son el racismo y la violencia. Esa violencia se percibe más amenazadora porque el mundo está visto casi siempre, en las obras de Arguedas, a través de los ojos de un niño, lo que refuerza la sensación de esa violencia y del desamparo o absurdo del mundo. Un niño extrañado del paraíso, y que ha visto, además, que el sexo es sucio o traumático: “En estos relatos hacer el amor no es jamás una fiesta en la que una pareja encuentra una forma de plenitud... Las palabras que inevitablemente designan la vida sexual son *sucio* y *suciedad*”.

Esta utopía arcaica es la compensación que Arguedas estableció frente a los traumas de su infancia, el homenaje que el Arguedas hombre le rindió involuntariamente al niño que fue. Por eso lo atrae a Vargas Llosa: no porque sea un documento, el *testimonio* que, según tantos de sus defensores, fue la obra de Arguedas, sino precisamente porque es una invención, un elemento *añadido* a la realidad.

Como en todos los escritos críticos de Vargas Llosa, aparece aquí, como telón de fondo, una teoría de la creación literaria: la ficción es soberana; los “demonios” turban las intenciones del autor; todo puede decirse, pero es el lenguaje lo que lo hace verosímil; la literatura vale no porque “retrata” una sociedad sino porque le agrega algo. “La realidad verbal que es la novela no refleja una realidad vivida preexistente –no es el famoso espejo stendhaliano–, sino, más bien, la niega”.

La utopía arcaica no está escrita con la admiración que Vargas Llosa declaró acerca de Flaubert en *La orgía perpetua*, ni con la complicidad, ya extinta, que mostró con García Márquez en el libro que nunca más reeditó: *Historia de un deicidio*. Ambos eran, como Vargas Llosa, escritores “modernos”. Arguedas no era “moderno” sino “un gran escritor primitivo”. A diferencia de Rulfo, “que se movía como por su casa en el dominio de la forma y estaba al tanto de todo lo que los grandes narradores contemporáneos habían inventado para matizar

y profundizar el mundo de la ficción, Arguedas nunca llegó a ser moderno en el sentido que lo fue Rulfo, aunque escribiera también sobre el mundo rural. Estuvo cerca de serlo con *Los ríos profundos*, gracias a una sensibilidad y una intuición que suplían su falta de contacto con las grandes innovaciones formales —en el uso de la lengua, en el punto de vista, en la organización del tiempo y el espacio— que la narrativa había alcanzado... Pero, en vez de perseverar en esa línea, en sus futuras ficciones más bien retrocedió”.

Su utopía es un alegato contra la modernización, cualquiera que ésta fuese, capitalista o socialista. De aquí brota una de las contradicciones de Arguedas que sería una de las fuentes de sus angustias: “Arguedas vivió desgarrado entre los dos mundos que representan los zorros: la costa y la sierra, lo indio y lo español. Pero este dualismo ocultaba, en su caso, otro, más secreto e inconciliable: el de un hombre aferrado a cierta antigüedad... y el Arguedas avecindado en Lima, intelectual de ideas sociales avanzadas, [que] comprendía que no había escapatoria: la justicia significaba modernización, y ésta, hispanización y occidentalización, aun cuando este proceso se hiciera mediante el socialismo. Este dilema no pudo resolverlo porque no tenía solución”.

Es también el dilema en el que ha quedado atrapada mucho tiempo la izquierda peruana: adherida a un socialismo teñido con un vago indigenismo, y planteado subliminalmente como una restauración del Incanato. Casi nadie lo formula así, pero eso está en el substrato de todos sus lenguajes. Por eso, como el mundo de Arguedas, la izquierda peruana ha sido hasta ahora una izquierda premoderna.

Según Vargas Llosa, la obra de Arguedas es la añoranza de un mundo primitivo y gregario: el de la tribu, “colectividad aún no escindida en individuos, inmersa mágicamente en una naturaleza con la que se identifica”. Para Arguedas, la sociedad moderna era una impostura en la que el individuo se hallaba desamparado, “a merced de fuerzas hostiles que a cada paso amenazan con destruirlo”.

El mundo de Vargas Llosa es enteramente diferente. En ese orbe, el individuo ya se ha emancipado de la tribu, se encuentra con la ciudad hostil y sus personajes son seres desarraigados que combaten en ella. Es la novela del antihéroe. Mientras en Arguedas la naturaleza absorbe la narración, en Vargas Llosa es la historia la que lo hace. Por eso, en Arguedas lo más persuasivo es la descripción de ríos, árboles o pájaros, y en Vargas Llosa lo son los diálogos que pronuncian personajes ambivalentes y complejos. Mientras en Vargas Llosa nos enfrentamos a individuos libres, que *eligen* esa libertad al modo de Sartre, “el lenguaje inventado de los indios de *Yawar Fiesta*, de sintaxis desgarrada, intercalado de quechuismos, de palabras castellanas que la escritura fonética desfigura, no expresa a un individuo, siempre a una muchedumbre, la que, a la hora de comunicarse, lo hace con voz plural, como un coro”. Es el mundo de Levi-Strauss contra el de Karl Popper.

La utopía arcaica fue un manifiesto contra los colectivismos. Un alegato contra ese “espíritu de la tribu” denunciado justamente por Popper, que, en opinión de Vargas Llosa, está detrás no sólo del indigenismo sino del nacionalismo, del fascismo, del comunismo y de todas las doctrinas que pretenden disolver al individuo dentro de lo gregario y que son expresión de un miedo a la libertad.

El Perú mismo le parece a Vargas Llosa, en cierto modo, una abstracción: “Esa *conjugación* de los elementos que forman la sociedad peruana, muy deseable sin duda, está lejos de ser confirmada por los hechos. Salvo en un sentido administrativo y simbólico –es decir, el más precario que cabe–, ‘lo peruano’ no existe. Sólo existen los peruanos, abanico de razas, culturas, lenguas, niveles de vida, usos y costumbres, más distintos que parecidos entre sí, cuyo denominador común se reduce, en la mayoría de los casos, a vivir en un mismo territorio y sometidos a una misma autoridad”.

Así, este ensayo culmina el peregrinaje ideológico de Vargas Llosa. Es la apoteosis del liberalismo y del individualismo.

Nada soy, parece decir Vargas Llosa, que no sea yo mismo. El hombre no es nunca las colectividades a las que pertenece. La modernidad es el escape de la tribu.

Curiosamente, este libro fue una demostración de que las colectividades persiguen la memoria de los hombres. Después de 1992, Vargas Llosa pasó los siguientes seis años de su vida sin pisar el Perú. Sin embargo, buena parte de ellos estuvo trabajando en este libro capital sobre las ideas del Perú contemporáneo, tal como ellas encarnaron en torno a la obra y la figura trágica de José María Arguedas.

La polémica sobre Uchuraccay

Vargas Llosa aceptó presidir una comisión independiente para certificar qué había ocurrido realmente en esa aldea peruana aquel 23 de enero de 1983. Rodeado de antropólogos y juristas, visitó la zona y, como habría hecho para cualquiera de sus novelas, habló con todo el mundo y leyó todo lo que tenía que leer.

Su dictamen fue escalofriante pero simple. Era Fuenteovejuna. Habían sido efectivamente los campesinos, no el ejército como proclamaba la izquierda, quienes habían ejecutado a esos ocho periodistas, todos ajenos al lugar, y a quienes los aldeanos tomaron como senderistas. Simplemente, se habrían estado defendiendo, luego de muchos ataques contra el pueblo por parte de columnas guerrilleras. Una gran incomunicación cultural, dijo su informe, había causado esta masacre, este trágico malentendido.

La izquierda peruana no aceptó nunca ese dictamen. Para ella, todo era una cobertura del ejército, que habría sido el responsable de la masacre. Incluso periódicos extranjeros —tengo en mente ahora un despacho de *The Guardian*— acompañaban ese sentimiento para decir que el informe servía para encubrir al ejército.

¿Por qué esta posición desde la izquierda?

Casi treinta años después, hay que hacer un esfuerzo para reconstruir los ánimos, y el contexto.

En 1983 estábamos a seis años de la caída del muro de Berlín. No lo dicen, pero una buena parte de la izquierda no ha roto con la mitología de la violencia revolucionaria.

Sendero Luminoso es un hijo bastardo de esa mitología, algo que no se parece al *foquismo*, pero apela subliminalmente a muchos izquierdistas que sin embargo no han tomado las armas. La “sospecha” se dirige inevitablemente a los “otros”, ante todo al ejército. Así, cuando se produce la matanza, el primer acusado es el ejército. Fuenteovejuna es una imposibilidad teórica.

Pero hay además otra razón profunda. Una de las mitologías de la izquierda es la “utopía andina”. Quien fue probablemente el más importante intelectual de mi generación, y una gran cabeza de la izquierda peruana, el historiador Alberto Flores Galindo, creía que era una creación colectiva, una manera de defenderse de la pérdida de identidad. En *La utopía arcaica*, Vargas Llosa reconoció que el libro de Flores Galindo, *Buscando un Inca*, constituía “un hito en la historia del indigenismo, pues es la más persuasiva descripción de lo que hay de irrealidad y ficción en la visión arcádica del Incario y de la realidad andina que aquel movimiento propaló”. Vargas Llosa tenía “reparos a esta tesis colectivista y popular de la utopía andina”, y creía que, más bien, nacía de “una refinada elaboración de intelectuales renacentistas” como el Inca Garcilaso y de misioneros españoles como Bartolomé de las Casas.

Para los defensores de la idea de una utopía andina, el mundo andino, el área rural y por tanto los campesinos de aldeas como Uchuraccay tenían que ser inevitablemente portadores de esa utopía y no aliados episódicos del ejército. Reconocer que eran ellos, los comuneros, los autores de la masacre implicaba desmontar la mitología de la utopía andina.

Después de Uchuraccay, Vargas Llosa escribió la *Historia de Mayta*, la crónica de una fugaz y fallida insurrección en Jauja, que fechó en 1958. Esas insurrecciones se produjeron después de 1959, es decir, después de la experiencia de Sierra Maestra, de la que fueron una proyección. Deliberadamente, Vargas Llosa quiso liberarse de ese corsé y ubicó la historia un año antes de la revolución cubana.

Pero definitivamente fue escrita después de la experiencia de Uchuraccay, y después de que Sendero Luminoso comenzara a trastornar al Perú. La rebelión de Mayta está vista como el prólogo remoto de una violencia que puso al Perú al borde de la desintegración.

Mayta es, de alguna manera, él mismo. Efraín Kristal cree que Vargas Llosa “está interesado en Mayta para recobrar aspectos de su propio pasado, para reconstruir una trayectoria que bien podría haber sido la suya”. Cuando recién conocí a Mario Vargas Llosa, un nombre que mencionaba frecuentemente era Paul Escobar, que murió como guerrillero en Mesa Pelada, Cusco. “En París nos sacaba comida de los restaurantes donde trabajaba en las noches, cuando estos cerraban”, me contó. A diferencia suya y de Escobar, el personaje es trotskista y homosexual: se parece más al personaje de Ismael Frías Torrico, de quien ya hemos hablado en este libro.

Es una novela sobre la aventura subversiva. No es de extrañar por eso que tenga ecos de Malraux. Se ha hablado mucho, empezando por él mismo, de la influencia de Sartre sobre Vargas Llosa, pero esa influencia fue más teórica que narrativa. Literariamente, Malraux fue más influyente, aunque acaso no tanto el Malraux de la *Condición humana* cuanto el de *L'Espoir*. En *Historia de Mayta* nos encontramos otra vez con él, con las meditaciones lúcidas al pie de un atentado, explorando esas emociones extremas de individuos comprometidos en actos subversivos. Así, al mismo tiempo, prolonga las reflexiones que había retomado una década antes sobre *L'Homme revolté*, de Camus.

Después de su derrota electoral, continuará esta veta con *Lituma en los Andes* (1993). *Conversación en La Catedral*, una de las novelas políticas por excelencia del siglo XX, alude a un Perú costeño, anterior a la reandinización masiva que comenzó a producirse lentamente en el Perú, precisamente alrededor de la época de Odría, eje de la novela. *Lituma* está ubicada cronológicamente *después* de ese proceso, en una

sociedad menos dual, mucho más compleja, más poliédrica, en la víspera de ese país-fusión en que, como su floreciente gastronomía lo evidencia, se ha convertido el Perú, un país que está en el fin de un largo proceso. Durante años, más que en torno al dilema izquierda/derecha, todo el debate ideológico peruano giró en torno al dilema hispanismo/indigenismo: ¿qué nación es el Perú? ¿Qué raza, o espíritu de la raza, habita su alma verdadera? Pero cuando aparece Lituma, el Perú ha dejado de interesarse en ese debate. Así, la novelística de Vargas Llosa agarra, en una trenza, los dos cabos de la vela, y en ambos arde el fuego.

No había nada, ni una línea, de “indigenismo” en las proclamas de Sendero Luminoso. Pero fue una aberración, como el trágico evento de Uchuraccay, que arrojó al rostro de los peruanos una pregunta honda sobre la identidad de su país.

Uchuraccay y el Caso Padilla van a perseguir a Mario Vargas Llosa hasta su aventura presidencial. Le van a abrir a su izquierda un foso de incomprensión. Sin ellos, no se comprende la violenta hostilidad a su candidatura en 1990.

VIII

1990.

La campaña presidencial
de Vargas Llosa

Alan García

El 28 de julio de 1987, el Presidente Alan García anunció, en su discurso anual ante el Congreso, la nacionalización de la banca privada. La noticia tomó por sorpresa al país.

Mario Vargas Llosa, que por Fiestas Patrias se encontraba de vacaciones en Punta Sal, un balneario de Tumbes, huyendo del invierno limeño, la oyó por la radio. Esta invasión del Estado sobre un sector decisivo de la economía le pareció un retroceso y un ataque a todas sus reforzadas creencias en la economía de mercado. Escribió inmediatamente un artículo en contra que se publicó en *El Comercio*.

Dicho artículo fue el comienzo de una movilización nacional contra esa estatización que sacó a miles de peruanos, mayoritariamente de clase media, a las calles, en las principales ciudades del país, y fue el preludio de la candidatura presidencial de Mario Vargas Llosa.

¿Por qué hizo esto Alan García?

En 1985, había sido electo Presidente por una extraordinaria mayoría. Después del segundo gobierno de Fernando Belaúnde, que terminó en una severa crisis desatada en gran parte a su vez por la crisis de la deuda mexicana, el país se volcó, después de más de medio siglo de espera, hacia el Apra. García había desarrollado una campaña “inclusiva”, destinada a borrar la larga y comprensible historia facciosa del aprismo.

Al llegar al gobierno, lanzó un programa económico que llamó “heterodoxo”. En realidad, era la réplica de una ortodoxia basada indirectamente en las recetas keynesianas, de estímulo al consumo para recuperar la capacidad instalada ociosa, que se había aplicado muchas veces en América Latina

con resultados finales hartamente conocidos, principalmente la inflación.

A fines de 1986, el Presidente uruguayo Julio María Sanguinetti y su Canciller, Enrique Iglesias, poco después elegido presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, hicieron una visita de Estado a Lima. En la Embajada Uruguaya, después de una elaborada y elegante demostración de tango de Sanguinetti y su esposa, éste e Iglesias, en presencia mía, le advirtieron a García: cuidado con el programa, se estrella siempre contra el muro de las reservas.

El programa era similar al que se había puesto en práctica durante el gobierno de Salvador Allende por el Ministro Vuskovic. Como se sabe, la hiperinflación que causó condujo a Pinochet.

García había estimulado el consumo; el “modelo” suponía que luego vendría la inversión. Cuando ésta no se produjo, o no se produjo en las magnitudes que se esperaban, a García se le ocurrió, o a García le aconsejaron, un salto revolucionario hacia delante. Hacer “algo” que estuviera, además, a tono con el programa original de los años treinta del aprismo.

Yo no veía a García prácticamente desde su juramentación como Presidente, rodeado en el día por los “doce apóstoles” (un grupo de empresarios similar al que se había llamado así en Venezuela durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, entre 1974 y 1979), y en las noches por ideólogos izquierdistas. Lo vi ocasionalmente a mediados de julio de ese año, en no sé qué ceremonia oficial; hablamos a solas un rato, pero el tema no apareció.

Yo había sido electo diputado en 1985 y formaba parte de una mayoría que respaldaba una política económica que yo veía llevaba al país a una catástrofe. Dos meses después de ese 28 de Julio, en la víspera de un viaje a España, me enteré que el senador Guillermo Larco, que había sido un magnífico y valeroso Alcalde de Trujillo y se había enfrentado al gobierno de Velasco, lo que le había valido una prisión arbitraria, iba a ser nombrado Primer Ministro. Me pareció

entonces que una rectificación a la política económica era posible. Lo llamé para decirle que lo ayudaría, y me dijo que eso era importante para su decisión de aceptar el cargo. Lo tomé como una cortesía, pero al día siguiente me llamó para decirme que ya había aceptado el cargo y que fuera a su casa para organizar el Premierato. No viajé a España, y durante dos meses frenéticos fui una suerte de jefe de gabinete informal de esa oficina (como congresista no podía asumir esa función de manera formal).

Una tarde, tres días antes del 28 de Julio, me encontraba solo en el despacho del Premier (Larco había salido ya para una reunión del gabinete en Palacio de Gobierno), cuando me llamó el embajador de los Estados Unidos, Alexander Watson, diciéndome que quería hablar conmigo. “Cuando quieras”, le dije, y su respuesta me preocupó: “Right now”.

Atravesó la cuadra que separaba la Embajada de entonces con el Centro Cívico, donde se encontraba entonces el Premierato, y me contó que se había encontrado con el Presidente en una ceremonia de la Fuerza Aérea y le había anunciado que debía tomar medidas contra grupos “monopólicos”, pero le había dicho que “eso no significará nada contra los Estados Unidos”.

Watson, que después sería Subsecretario de Estado para América Latina, quería ayuda para interpretar los presagios. ¿A qué se refería el Presidente? “La banca”, le dije.

Yo no sabía nada. Pero me demoró treinta segundos hacer un *flash-back*: exactamente un año atrás me había enterado que en la casa de un asesor de García se habló de nacionalizar la banca. Entonces me había entrado por un oído y salido por el otro, pero tuve la intuición de que se trataba de eso. Watson abrió los ojos, detrás de los grandes anteojos que usaba, y me dijo: “No puede ser. No puede creer que una medida así no afecte todas las relaciones del país”.

Al término de su larga reunión de gabinete, me encontré con Larco en su casa. Larco no conocía todavía todos los detalles pero decidimos que si esa medida se tomaba, alguien

tenía que decirle al Presidente que era un error monumental, que entramparía su gobierno hasta el final. La tarde anterior al discurso, preparé un memorándum con las objeciones a la medida, y Larco se lo guardó en su maletín, rumbo a la reunión final del gabinete donde se sancionaría la medida. Al día siguiente por la mañana, en el hemiciclo de la Cámara de Diputados, yo esperaba ver entrar un nuevo gabinete, luego de la acordada renuncia de Larco, pero Guillermo entró, pálido y resignado, a poner la cara por una medida en la que no creía. Allí comenzaron tres años que polarizaron al país y que terminaron a la postre en la inesperada victoria electoral de Alberto Fujimori Fujimori.

¿Cómo era Alan García? Ya he contado que estaba en Villa Mercedes el día que conocí a Haya de la Torre. Estábamos en la misma Universidad Católica, pero se cambió pronto de universidad, no sé bien por qué razones, y alcancé a verlo un par de veces antes de que se fuera a estudiar a Europa. No supe nunca qué había hecho allá, pero sí recuerdo que estaba orgulloso de haber sido alumno de Manuel Fraga Iribarne, el otrora Ministro de Información del generalísimo Francisco Franco Bahamonde.

A su regreso en 1977, comenzamos a vernos casi a diario. En noviembre de 1979, se produjo en Bolivia el golpe de Natush. El ex presidente Hernán Siles Suazo, que había ganado las anuladas elecciones de julio de ese año, se encontraba asilado en Lima como su candidato a la vicepresidencia, Jaime Paz Zamora. Alan y yo los acompañamos a entrar clandestinamente a Bolivia por la frontera de Desaguadero. Fueron detenidos casi al cruzar, debido a la traición de algunos partidarios que se habían sumado al golpe de Natush, pero al cabo de tres años erráticos, el Congreso convalidó las elecciones de julio de 1979 y Siles asumió por última vez la Presidencia (para hacer un programa económico muy parecido al que García desarrollaría). Una vez que nuestros dos amigos bolivianos pasaron la frontera, García y yo volvimos a Juliaca, donde tomamos un carro a Arequipa. Menciono ese viaje,

porque esas cinco horas fueron de un intenso intercambio intelectual que me confirmó a un García enormemente culto, aficionado sobre todo a la filosofía. Yo miraba las cosas, como las he mirado siempre, desde la historia. Yo no sabía mucho entonces de economía, pero García sabía todavía menos.

Para las elecciones de 1980, donde García fue electo diputado, sacamos juntos un semanario de corta vida, *Punto*, del que hicimos director al historiador Germán Peralta. Después de la derrota de 1980, el Apra estuvo a punto de partirse para siempre en dos facciones (algo que le había ocurrido a Acción Democrática en Venezuela y a todos los grandes partidos socialdemócratas latinoamericanos), una dirigida por Armando Villanueva y otra por Andrés Townsend Ezcurra. Poco después, García asumió la comisión organizadora de un congreso extraordinario y yo lo ayudé en esa tarea.

En octubre de 1982, Alan fue electo Secretario General del Apra, en una elección que estuvo a punto de frustrarse la noche anterior, cuando su coalición interna se quebró con la decisión de la poderosa base de La Libertad de lanzar a Jorge Torres Vallejo a la Secretaría General. "Todo está perdido", me dijo Alan, casi yéndose del local central. "Dame una hora", le dije, aunque me demoró algo más convencer a Jorge de que fuera como segundo de García. Así, Alan pudo ser electo Secretario General, lo que le abrió su exitoso camino hacia la Presidencia de la República.

En 1983, gané con el 61 por ciento las primarias para elegir al candidato del Apra a la Alcaldía de Lima. García no me apoyó al principio, pero luego se sumó. Perdí la alcaldía. El Apra pasó de 16 por ciento en 1980 a nuestro 29 por ciento, pero igual perdí frente a Alfonso Barrantes. En toda esa campaña, García me apoyó lealmente.

Churchill dijo una vez que nada educaba más a un político que perder una elección. He meditado por supuesto largamente sobre esa elección y he llegado a la conclusión de que cometí algunos errores decisivos, pero, al mismo tiempo,

que el país se había “izquierdizado”. Su centro ya no estaba en el centro.

Entre 1983 y 1985 perdí el estrecho contacto que tenía con García, que se rodeó de otro equipo, que podríamos llamar “velasquista”. En ese equipo habría jugado un papel importante Carlos Franco, un psicólogo social que había militado en su juventud en el PC y luego había sido uno de los segundos de Carlos Delgado en el Sistema Nacional de Movilización Social. Otro nexo fue Javier Tantaleán, de orígenes apristas pero vinculado familiarmente al velasquismo. De ese grupo provino el núcleo de asesores económicos para el plan “heterodoxo”. El más importante era un refugiado político argentino vinculado al ala izquierdista del peronismo: Daniel Carbonetto.

Hay muchas versiones sobre quiénes creían en la estatización y quiénes no dentro del equipo de gobierno, pero lo cierto es que nadie se opuso a la medida. Dentro del Apra, sólo lo hicimos yo, el primer día, y, curiosamente, poco después, Jorge Torres Vallejo.

La campaña contra la estatización de la banca

Tras el anuncio de la intervención, un grupo allegado a Mario Vargas Llosa organizó en la Plaza San Martín un mitin contra la estatización, mitin cuya base principal fue una parte de los empleados bancarios; pero el paisaje humano el día de la manifestación era inequívocamente de clase media.

En ese mitin habló también Hernando de Soto. Mario Vargas Llosa había participado en el primer evento que de Soto organizó en 1978, con figuras como Milton Friedman y Friedrich von Hayek. Había sido luego miembro de la junta directiva del Instituto Libertad y Democracia, y prologó *El otro sendero*. Pero su amistad se rompió luego de este mitin y nunca han vuelto a verse. En el entorno de Vargas Llosa dicen que De Soto creyó que el candidato debía ser él, y Mario sólo un apoyo intelectual. De Soto cree que un grupo los malquistó para obtener poder interno dentro del grupo en formación.

Luego de ese mitin, Vargas Llosa organizó manifestaciones en cada ciudad importante del Perú. Alan García salió también a las plazas, de modo que durante algunas semanas, ambas figuras polarizaron el país.

A fines de 1987, cuando ya se había visto que el intento de estatización estaba bloqueado, se realizó en el estudio del pintor Fernando de Szyszlo una reunión, organizada por Felipe Thorndike, para preguntarse cómo continuar. Fue esa noche cuando se habló por primera vez de la candidatura presidencial de Mario Vargas Llosa.

Mario Vargas Llosa había estado a punto de entrar a la política en 1983, cuando Belaúnde le ofreció el Premierato, y de hecho el escritor había decidido aceptar esa oferta. Sin embargo, algunos de sus amigos, primordialmente Hernando de Soto, todavía muy cercano a él, le aconsejaron que no aceptara si no le permitían elegir el gabinete, o al menos varios ministerios claves. Belaúnde estaba dispuesto a dejarlo llevar dos o tres ministros, pero era reacio a renunciar a todo el manejo gubernamental, que era lo que en el fondo implicaba la propuesta de Vargas Llosa y su círculo. La versión de Mario es que fue a Palacio a ver de nuevo a Belaúnde con su exigencia maximalista. Entre tanto, Belaúnde se había desanimado también del intento. Yo hablé de esto con él algunos años después, y una noche, comiendo en mi casa, me dijo que había presentido que Vargas Llosa convocaría gente sin criterio político.

Pero en 1987 no estaban hablando del Premierato sino de la Presidencia de la República. El primer viaje exploratorio fue al norte del país, lo que se llamaba tradicionalmente “el sólido norte”, el bastión histórico del aprismo. Poco después, comenzaron las conversaciones con Acción Popular y el Partido Popular Cristiano, a las que se sumó el SODE, una pequeña agrupación de tecnócratas que en 1985 había apoyado la candidatura de Alan García.

El 4 de junio de 1989, se lanzó oficialmente en Arequipa la candidatura de Vargas Llosa a la Presidencia de la República. Yo volé a Arequipa en una pequeña avioneta que había fletado Felipe Thorndike. Con nosotros viajaban Carlos Alberto Montaner y Carmen Balcells, la mítica agente literaria de Mario Vargas Llosa.

Recuerdo un pequeño detalle que me parece revelador del estilo de esa campaña y de cómo sus organizadores venían de un mundo sideralmente lejano de la política. Cuando estábamos en la Plaza de Armas, poco antes de que comenzara el mitin, llevé a Carlos Alberto Montaner a pasear entre los sillares de la Plaza, y traté de explicarle algo de la

historia a la que había servido de marco. Le hable de aquellas “revoluciones de Arequipa” sobre las que escribió el Deán Valdivia, quien levantaba, dicen, enérgicamente las hostias con sus manos morenas, mientras arengaba a los feligreses con furibundas proclamas liberales. De pronto me volví hacia la catedral, donde se había colocado un gigantesco tabladillo, y vi detrás una enorme banderola color fucsia. Faltaban minutos para que comenzara el mitin. “¿Qué te pasa?”, me preguntó Carlos Alberto. “No hay ninguna bandera peruana”, le dije. Cuando comenzó todo, mientras Belaúnde se colocaba en un pequeño estrado junto a Vargas Llosa, parecía mirar nerviosamente en rededor suyo. Un dirigente belaundista, Carlos Delgado, homónimo del consejero de Velasco, me había escuchado y desapareció rumbo a su local partidario. Al cabo de unos minutos vi que se acercó al estrado y le alcanzó una pequeña bandera peruana a Belaúnde, que a su vez se la entregó a Mario Vargas Llosa. Así, cuando se observan las fotos de aquel día, en medio de esa gigantesca escenografía, flota medio perdida, pero siempre bella, esa bandera bicolor.

El Frente Democrático

Muy pronto se creó un *impasse* en el Frente Democrático, con ocasión de las elecciones municipales que se realizarían en noviembre de 1989. Mario Vargas Llosa quería candidaturas unificadas, pero Belaúnde insistía en que los partidos fuesen separados. “Mario”, le dijo un día, “usted ya es Presidente. Váyase, y vuelva después de las elecciones. No se arriesgue en ellas”. Y agregó esta frase: “La Armada Invencible no puede perder”.

Sin embargo, Mario pateó el tablero, renunció a la candidatura y se fue a España. Lo acompañamos un pequeñísimo grupo de familiares y amigos al aeropuerto. Traté de adivinar una estrategia, pero observé sólo una reacción. En sus viajes a provincias, ya había comenzado a ver que esos partidos estaban muy debilitados, eran apenas espejismos de las organizaciones que él creía que eran, y además estaban peleados entre sí en casi todos los lugares.

Lo curioso, y que debía haber sido una llamada de atención, fue que Vargas Llosa trepó en las encuestas después de romper con los partidos del Frente. Marc Malloch-Brown, de la empresa Sawyer y Miller, le urgió a no regresar con ellos y apoyarse en un ejército de voluntarios. A comienzos de su trabajo con él, le había entregado un entusiasta memorándum titulado “El mandato liberal”.

Vuelvo mentalmente a ese momento. Mientras Vargas Llosa está en Europa, se retoman los contactos entre las partes. Al cabo, Belaúnde cede: habrá listas unificadas. Pero Vargas Llosa estaba en Roma, alojado en el hotel D’Inghilterra, y luego se iba a Málaga, a la clínica donde, cada año, ayuna religiosamente dos semanas. Me llamó desde allí, y hablamos

por media hora. No lo noté decidido del todo a regresar, pero una semana después lo hizo y recomenzó su campaña.

Belaúnde le dijo: “Mario, haremos lo que usted diga. Pero déjeme decirle que está cometiendo un grueso error exigiendo candidaturas conjuntas. Usted no puede perder estas elecciones”. Y eso fue lo que ocurrió a continuación en Lima, donde un independiente, Ricardo Belmont, venció al candidato del Frente Democrático, Juan Incháustegui. Debería haber sido la primera señal de alerta de lo que ocurriría unos meses más tarde, en abril, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales. ¿Qué había pasado?

Un nuevo país estaba apareciendo, un país de migrantes que habían ido ocupando las ciudades del país durante las últimas décadas, descolgándose de los *hinterlands* andinos, agrupados por barrios, ajenos a los periódicos, a la esfera pública formal, expresándose a través de la música, agazapados en cofradías, en templos evangélicos, en clubes organizados en torno a sus lugares de origen. Era algo parecido quizá a lo que ocurrió en Argentina durante las elecciones de 1946: los “cabecitas negras”, los inmigrantes, ajenos a los partidos tradicionales, fueran de derecha o de izquierda, llevaron a la Presidencia a Juan Domingo Perón, a quien antes, el 17 de octubre de 1945, preso en la isla Martín García, habían logrado liberar luego de una inédita movilización popular que tomó la Plaza de Mayo.

Hasta entonces, la única “irrupción” social nueva, después de la del aprismo en 1930, había sido la de las nuevas clases medias que apoyaron en 1956 a Fernando Belaúnde, que creó con ellas la única alternativa popular al Apra.

No estuve propiamente en el círculo íntimo de la campaña de Mario Vargas Llosa, y no sé de primera mano cuál fue el análisis de los resultados de las elecciones municipales. Apoyé a Vargas Llosa en esas elecciones no tanto porque fuera mi amigo, sino porque me parecía, como a muchos peruanos creo, una alternativa seria y plausible. Pero no acepté sus ofrecimientos para ser nuevamente candidato parlamentario,

porque había sido elegido parlamentario por el Apra en 1985 y no me pareció elegante, ni tenía el corazón dispuesto para ser candidato contra el aprismo.

Se ha escrito por supuesto mucho al respecto, pero aun así quizá sea necesario recordar en qué situación se encontraba el país.

Ante todo, habíamos caído en la vorágine de la hiperinflación. Se suele hablar de hiperinflación entre los economistas como si se tratara de un fenómeno corriente, pero la verdad es que se cuentan con los dedos de la mano los casos de hiperinflación en el siglo XX, la más memorable de las cuales fue la de la República de Weimar, causante, a la postre, del clima que posibilitó el ascenso de la locura nazi al poder.

Luego, estábamos siendo víctimas de otra locura, la del terrorismo de Sendero Luminoso. Acaso sólo la demente experiencia de los *Khmer Rouges* de Pol Pot en Camboya se parezca a la de Sendero Luminoso. El terrorismo le causó al Perú más muertos que los de todas sus guerras, y más daños exteriores que los de todas sus deudas externas.

El país vivía en una sensación de catástrofe. Había que tomar partido, pero yo quería hacerlo sin aceptar nada, como simple ciudadano de a pie. Le dije a Mario Vargas Llosa que al terminar la campaña me iría a Harvard.

Acompañé discretamente a Vargas Llosa en algunos viajes. Me gustaría aquí contar un detalle de uno de ellos. Estábamos en un pequeño avión, rumbo a Huánuco, y empezó a contarme que la noche anterior le habían presentado (por un equipo que encabezaba alguien que sería luego un cumplido canciller de Fujimori y que entonces, qué novedad, adulaba a Mario) un informe apocalíptico sobre la fuerza de Sendero Luminoso. "No creo", le dije. Y agregué: "En este país donde nada funciona bien, ¿lo único que funciona como el ejército prusiano es Sendero? En algún momento se va a desmoronar". Mario se rió, y asintió. Luego me dijo: "Lee tu libro. Tengo que leer". Pero no sacó de su pequeña

maleta de cuero ningún documento de plan de gobierno, ni ningún análisis estratégico de sus asesores electorales, sino una pequeña edición, en papel biblia, de las obras completas de Góngora. Sí, Luis de Góngora y Argote. Es decir, no sólo el Siglo de Oro en su esplendor, sino su veta más oscura, como si hubiera querido reencontrar la lengua en la que escribía en su escondite más arcano, más enrarecido, más abstracto. Como si hubiera estado buscando preservar la pureza del lenguaje. Años después, he relacionado este gesto con Orwell, que en uno de sus ensayos dijo que lo primero que se corrompía en la política era el lenguaje.

Un paréntesis en Praga

A fines de 1989, apenas caído el Muro de Berlín, mi amigo José Luis Dicenta, a quien habían hecho embajador de España en Checoslovaquia, me llamó para invitarme a pasar con él el Año Nuevo en Praga.

La caída del Muro de Berlín se ve ahora como un acontecimiento inevitable, como el colapso final de un sistema que se hundía, pero tuvo mucho que ver con el azar, con decisiones individuales imprevisibles, como lo ha contado magistralmente Michael Meyer en *The Year that Changed the World*. Por tanto, cuando acepté ir a Praga unos días en medio de las elecciones, yo no sabía lo que iba a ver. Pero llegué el 29 de diciembre de 1989, el día que Vaclav Havel juraba en la Plaza de San Wenceslao como Presidente de Checoslovaquia, después de la “revolución de terciopelo”. Esa revolución había sido al final casi como un golpe escénico, como una obra de teatro multitudinaria, que cada día producía un episodio nuevo que presionaba al régimen. Cuando llegué, no hacía muchos días que Alexander Dubcek había salido de una larga sombra de veintidós años para dirigirse a su país. Lo más emocionante para mí fue la noche del 31 de diciembre, el primer Año Nuevo de la libertad. Esa noche y esa larga madrugada, estuve entre las miles, no sé si cien mil o un cuarto de millón, de personas que celebraban y bebían, juntos ahora policías y estudiantes.

La caída del Muro fue más que la caída del comunismo. Fue la caída de una idea más global, el colapso de las utopías totales, el fin de la creencia de que unas grandes ideas podían cambiar el mundo y ordenar la política, la sociedad, la economía.

Las elecciones

Pero en el Perú la hora no había llegado todavía. Vargas Llosa enfrentaba una poderosa resistencia a una prédica que en Praga era celebrada. Era el heraldo del cambio, pero la inercia consolidaba contra él una extensa coalición.

Ya se había producido un cambio de paradigma en las organizaciones multilaterales. En 1981, al año siguiente de la elección de Ronald Reagan, Robert McNamara, que como Presidente del Banco Mundial había colocado la pobreza en el centro de la agenda del desarrollo, fue reemplazado por Tom Clausen, ex Presidente del Bank of America, y el Banco Mundial giró hacia el mercado. Después de 1990, con Fujimori, esa agenda llegaría al Perú, pero en las elecciones todos lucharon contra ese nuevo paradigma.

El 8 de abril de 1990, se realizó la primera vuelta de las elecciones presidenciales. Después de una ardua campaña de dos años, Vargas Llosa obtuvo 33 por ciento de los votos. Un candidato que en febrero de 1990 no existía, Alberto Fujimori Fujimori, un hijo de inmigrante japonés, Rector de la Universidad Agraria, obtuvo 29 por ciento. El candidato del Apra, Luis Alva Castro, sacó el 22 por ciento. El candidato de Izquierda Unida, Henry Pease, alcanzó el 8 por ciento. El ex candidato de esa izquierda, ahora como candidato de Izquierda Socialista, Alfonso Barrantes, logró el 5 por ciento. Este último pudo ser la alternativa a Vargas Llosa, pero nunca mostró ganas reales de serlo.

¿Qué había pasado?

Durante toda la campaña, Vargas Llosa había pedido un voto por el cambio, "un mandato" que debería traducirse en una victoria de primera vuelta. Malloch-Brown hablaría,

después de la campaña, de la ingenuidad de Mario, que “creía que podía prometer dolor al electorado”.

Poco antes de escribir este capítulo, en el verano del 2010, me senté una larga noche con Mario Vargas Llosa en la playa. Tenía una sola pregunta: “¿Cuándo supiste que perdías?”. Me dijo que varias semanas antes de esa primera vuelta ya sabía que no obtendría la Presidencia de ninguna manera en primera vuelta, como había sido su objetivo original. “Pero creía que ganaría de todos modos en una segunda vuelta, hasta ese día de la primera vuelta”, me confesó.

Los números no podían engañarlo. Durante toda la campaña, el Apra y, directamente, Alan García desde Palacio de Gobierno habían abierto el camino para un tercer candidato al enfrentarse frontalmente a Vargas Llosa. El voto de Fujimori, el Apra y la izquierda sumaban 64 por ciento de los votos.

Fujimori llenó el vacío antipolítico dejado por el propio Mario, cuando cayó en brazos del establecimiento político y empresarial.

Entre la primera y segunda vuelta hubo dos encuentros entre Vargas Llosa y Fujimori. El primero fue protocolar, cuando Fujimori, el segundo candidato más votado, fue a saludar a Vargas Llosa, el primero, a su casa del malecón Paul Harris, en Barranco. El encuentro no duró ni quince minutos.

Pero el segundo fue más importante y más extraño. Mario Vargas Llosa decidió ir a hablar con Alberto Fujimori Fujimori. Se dirigió a la casa de los suegros de Fujimori, en el distrito de San Luis. El único que lo acompañó fue Luis Llosa, que condujo el auto y se quedó en la antesala de la entrevista. La entrevista, me lo contó Lucho al día siguiente, duró aproximadamente una hora. En ella, Mario le propuso que él renunciaría a que hubiera una segunda vuelta, y que le entregaría todo el programa que el Frente Democrático, con centenares de técnicos, había venido preparando. Fujimori no contestó, pero luego, al cabo de unos días, y tras consultar con varios constitucionalistas, rechazó la propuesta.

El 10 de junio se realizó la segunda vuelta, y Mario subió sólo 5 puntos, con lo que pasó de 33 apenas a 38 por ciento, mientras Fujimori saltó de 29 a 62 por ciento.

En esa fase de la campaña, Mario hizo campaña completamente distendido. Sabía que estaba simplemente terminando su obra pedagógica, la prédica de su mensaje de cambio económico, y que las posibilidades de ganar la Presidencia ya se habían evaporado.

Dos días después de la segunda vuelta, Mario Vargas Llosa se fue del Perú, en lo que sería un autoexilio de varios años. Su salida se parece a la de José Vasconcelos. Luego de haber creado, desde la Secretaría de Educación con Obregón, la obra cultural de la revolución mexicana, que dio lugar, entre otras cosas, a la gran pintura mural mexicana, se enfrentó en las elecciones de 1929 a Pascual Ortiz Rubio, que era el candidato de los caciques de la revolución, los que poco después Plutarco Elías Calles organizaría en el Partido de la Revolución Nacional, luego PRI o Partido Revolucionario Institucional. Nunca sabremos si Vasconcelos perdió, en efecto, o si le hicieron fraude. Sí sabemos que al día siguiente de la elección cruzó la frontera con Estados Unidos y se autoexilió hasta 1940, cuando volvió a México en un pacto secreto con Ávila Camacho, convertido en un vocero del Eje en la Segunda Guerra. Así ocurrió con Mario, que se fue también del Perú inmediatamente después de la elección.

¿Por qué perdió Vargas Llosa?

La historia es un rompecabezas y puede tener muchas piezas, según quien la cuente. En un episodio de una obra de Faulkner, cuando tiene que narrar un desenlace, el mago de Mississippi escoge hacerlo desde el punto de vista del idiota del pueblo. ¿Debería imitarlo?

Todos los que hemos sido protagonistas de alguna campaña electoral sabemos que hay una vorágine que te envuelve. Al final, ocurre un poco lo que Truffaut hizo decir a Jean-Pierre Leaud en *La Nuit Americaine*: lo único que se quiere es que todo eso termine, no importa cómo. Ganan

los que mantienen el pulso y la mirada fríos en medio de la vorágine.

Hay un pequeño elemento “operativo” en toda esta historia: Mario Vargas Llosa había vivido toda su vida alrededor de su escritorio, solo. Es el mundo que controla y ordena. De pronto se vio envuelto en una gigantesca maquinaria, pero él seguía siendo el hombre que controlaba su escritorio, su esfera intelectual inmediata. El resto lo arrastró.

Pero me he hecho desde entonces, además, esta otra pregunta: ¿por qué alguien que parecía haber entendido tan bien el Perú, sus mecanismos políticos más íntimos, como lo había mostrado en *Conversación en La Catedral*, pareció de pronto no comprender los resortes profundos que movían su país? Entre otras cosas, tal vez porque el país había cambiado y Vargas Llosa no lo había visto de primera mano —a diferencia del Zavalita de *Conversación en La Catedral*, que tomaba transporte colectivo y se mezclaba con la bohemia periodística mestiza de los cincuenta— y la gente que lo rodeó no lo entendía.

En los tiempos de Zavalita, Lima era todavía la ciudad jardín. Al Perú lo domina una “oligarquía”, el sistema que Francois Bourricaud, el más sutil observador extranjero que tuvo el Perú del siglo XX, llamó “red de familias con clientelas”. Y el pueblo está “afuera”, organizado en la oposición alrededor del Apra, o silencioso en el *hinterland* andino. Pero en 1990, ese *hinterland* había tomado las ciudades de la costa.

En esa elección, Mario Vargas Llosa abandonó el “centro”, quizá un concepto elusivo, intelectualmente, pero que es el territorio donde se ganan todas las elecciones, en todas partes, en todos los tiempos. Una noche, Mario me dijo, medio malhumorado: “El centro no existe. Es una entelequia”. “Tal vez”, traté de responderle. Traté, porque Mario Vargas Llosa estaba ese día irritado. Traté de decirle lo que él sin duda sabía intelectualmente, pero que, por una razón que no llego a comprender, había perdido en su radar político: en un país como el Perú, ese “país de los mil rostros” como lo llamó en uno de sus más bellos artículos, el centro es una

imagen, un punto de vista ecléctico que quizá desfigura un mensaje ideológico, pero que otorga a cada habitante mestizo la posibilidad “de ser parte”, de verse incluido. Su campaña presentó al país la imagen de un país demasiado “blanco”. No fue Mario quien hizo eso, sino mucha gente a su alrededor, con lo que volvemos al problema “operativo” que mencioné.

Dos errores refuerzan esa imagen. Primero, una desafortunada propaganda, de mal gusto, donde un mono defeca sobre un escritorio. La campaña de Vargas Llosa sugería que ese es el burócrata, el Estado, que asfixia a los peruanos. Uno de los jóvenes turcos de Vargas Llosa dijo a continuación, y nunca lo rectificaron, que si Vargas Llosa llegaba al poder reduciría el Estado y despediría a medio millón de peruanos, es decir, cien mil familias a la calle. El Estado era entonces el primer y principal empleador del país. La campaña proponía el desempleo. ¿No debe ser el idiota de Faulkner el que narre esta historia?

El segundo error ocurrió cuando los candidatos al Parlamento por el Frente Democrático (FREDEMO), que apoyaba a Vargas Llosa, se lanzaron a una desenfadada campaña publicitaria. El dinero parecía brotar a manos llenas en esas campañas.

A lo largo de toda la campaña, Vargas Llosa estaba obsesionado con la idea del “mandato”, que el país votara por él sabiendo que iba a hacer una revolución económica. Esta idea tenía que ver, en mi opinión, con dos errores de Vargas Llosa.

El primero está relacionado con la verdad en política. Desde antes que Maquiavelo, antes que Plutarco y sus “consejos a los políticos para gobernar bien”, la verdad es un arma de doble filo en política. Como ya he contado a propósito de Belaúnde, un día éste me llamó y me dijo: “Dígale a su amigo que la plaza pública no es un confesionario”. Pero Vargas Llosa era intransigente, y esa franqueza que lo erosionaba políticamente fue sin embargo una de sus gracias, la fuerza moral del intelectual que está dispuesto siempre a ir contracorriente, “contra viento y marea”.

El segundo error lo vinculo con una incomprensión del sistema constitucional. Vargas Llosa quiere ser como Margaret Thatcher. En un régimen parlamentario puedes gobernar con mano de hierro mientras los demás no hagan mayoría contra ti, pero en un sistema presidencial, sobre todo en uno electo por *ballotage*, un Presidente tiene que agregar mayorías.

Mas Mario Vargas Llosa no estaba allí, no quiso estar allí, para “ganar”, sino para cambiar al Perú. Era una *cruzada*, un llamamiento mesiánico que lo impulsaba. Y había visto demasiado en el siglo, había escrito demasiado sobre la mentira en política y en ideología para ser uno más. Tenía que decir la verdad, aunque disgustase. Era el ideólogo antes que el político; pero era el ideólogo que no podía transigir, que no veía ético transigir. Así, un día el Apra le ofreció, a través de Felipe Thorndike, un pacto, un pequeño pacto: digan que por lo menos hemos respetado las libertades públicas, entre ellas la de prensa, y dejen al Poder Judicial cualquier análisis de la gestión del gobierno que termina. Pero Vargas Llosa rechazó todo pacto, así hubiera sido tácito. Alan García comenzó entonces a buscar un candidato.

En las encuestas habían aparecido ya algunas anomalías. Por ejemplo, Ezequiel Ataucusi, un religioso periférico, había trepado inesperadamente a cuatro por ciento. ¿Qué estaba pasando? Y había un “chinito”, un candidato oriental desconocido, que se paseaba en un modesto tractor proponiendo “honradez, tecnología y trabajo”.

Entonces apareció un actor del que, creo, tampoco se ha hablado con precisión a propósito de esta campaña: el Ejército. Había algunos militares retirados con Vargas Llosa, pero sobre todo marinos. ¿Qué pensaba de verdad el Ejército?

Había transcurrido poco más de un cuarto de siglo, pero las heridas estaban aún allí. Cuando se publicó *La ciudad y los perros*, cuyo primer título había sido *La morada del héroe*, el Director del colegio militar Leoncio Prado, Armando Artola, que sería luego Ministro del Interior de Velasco Alvarado, ordenó una quema de los libros en el patio del colegio. En

1975, otra vez, muchos militares creían que Vargas Llosa se había burlado nuevamente del Ejército, ahora en *Pantaleón y las visitadoras*.

Se encontraron así dos aparatos para frenar a Vargas Llosa: el Apra y el Ejército. Ya he dicho, hablando de Haya, que la historia del siglo XX es en parte la historia del combate entre esos dos aparatos, directamente o a través de interpósitos actores. Pero en esta ocasión estaban juntos.

Los elementos de la tropa de a pie eran entonces una combinación heterogénea, informal, de pequeños empresarios y corrientes evangélicas que hacían su primera aparición electoral. Constituían el país migrante, ese país del *Hinterland* andino que no había bajado a la costa, o había apenas comenzado a bajar en los tiempos de *Conversación en La Catedral*. No hablan bien el español, o hablan un español diferente, como si fuera una segunda lengua. Se parecían en eso a ese candidato cuya madre no hablaba español sino sólo japonés.

Al principio, Fujimori y su grupo no tenían mayores aspiraciones de ganar. Sólo querían algo del Parlamento. El propio Alberto Fujimori Fujimori, aprovechando una ley electoral, fue simultáneamente candidato a la presidencia y cabeza de su lista al senado, que es a donde realmente deseaba llegar.

Pero el aparato real que es el Estado, controlado por el Apra y el Ejército, se movilizó, aun antes de la primera vuelta, por Alberto Fujimori Fujimori. Mario Vargas Llosa era el "huésped inoportuno", para usar un verso de Anna Akhmatova, el profeta desagradable, el revolucionario que quiere destruir el statu quo y no transige.

Mario Vargas Llosa no conquistó la presidencia, pero cambió por completo la cultura económica del Perú. Al cabo del tiempo, obtuvo una victoria intelectual decisiva. Después de su campaña de 1990, nadie hablará más el mismo lenguaje. Sus encarnizados enemigos de 1990 se apropiaron desde entonces de muchas de sus ideas. Y con el tiempo, ya Vargas

Llosa un poco más viejo y más venerable, comienzan a ver en él al único ícono cultural verdadero del Perú. Borges dijo una vez: “Hay una grandeza que el vencedor no alcanza”.

En Boston, después de la derrota

Fujimori había sido una sorpresa, pero Vargas Llosa había adivinado a un personaje así. En una muestra del poder de vaticinio de la ficción, de su capacidad premonitoria, en *La casa verde* aparecía este personaje, Fushía. En *Historia secreta de una novela*, lo describió así: “Nadie sabía de dónde venía ni por qué había elegido esa intrincada comarca para instalarse. Era un japonés...”

Vargas Llosa llegó a Boston en octubre de 1990. Lo acompañé a una lectura que hizo en Harvard, en una iglesia gótica que había en el Yard, sobre la Massachusetts Avenue. Estoy casi seguro de que se trataba del *Elogio de la madrastra*, dado que ese año había aparecido la traducción en inglés, *In Praise of the Stepmother*.

Camino del Yard se nos acercó corriendo (estaba haciendo *jogging*) Robert Nozick, el autor de *Anarquía, Estado y Utopía*, amigo de Mario, y a cuyo seminario yo asistía. Vargas Llosa le comentó a Nozick un libro de su mujer, una poetisa, y éste, parado, pero sin dejar de correr en el sitio, le dijo en broma: “Sólo se pueden leer libros que tengan por lo menos cincuenta años”. Es decir, los clásicos.

Después de su conferencia en Harvard, llevé a Mario Vargas Llosa a comer en un restaurante chino en Boylston Street, en el centro de Boston. No hablamos de la campaña. A mí me parecía una herida todavía demasiado fresca. Él parecía querer hablar de literatura.

Curiosamente, adoptó el punto de vista de la eternidad, quizá no sorprendente en alguien que había ensalzado al

narrador como un suplantador de Dios, como un deícida. Me hizo una larga reflexión sobre cuáles de los escritores latinoamericanos sobrevivirían.

Hace poco, en el verano de este año, mientras esperábamos un concierto en el balneario de Ancón, volví a tener un diálogo con él sobre el mismo tema. Estaba menos seguro, por ejemplo, de que *Rayuela*, una novela que cuando apareció fue tan deslumbrante, sobreviviría indemne. “Pero los cuentos de Julio son extraordinarios”, me dijo.

Sobre Paz alcanzó a decirme: “No estoy seguro de que sea el gran poeta que creemos, aunque *Piedra de sol* es un poema de primer orden, pero en cambio Octavio es un ensayista extraordinario”.

Borges, claro. Borges quedaría, para siempre. “Un escritor del que siempre podemos aprender los otros escritores”, expresó.

Onetti, por supuesto. “Ha creado un mundo único”, enfatizó.

Le parecía también que el habla singular de *Tres tristes tigres* perdería, con prescindencia de otras cosas de Guillermo Cabrera Infante, que se olvidarían.

“Gabo –volvió a usar en Ancón el apodo familiar del que había sido su íntimo en los años de Barcelona– tiene asegurada la inmortalidad, qué duda cabe, con *Cien años de soledad*. No sé si todas sus cosas”, me dijo.

“Fuentes ha experimentado con el lenguaje”. No estaba seguro, en cambio, de que Sábato subsistiría.

“Guimaraes Rosa. Magnífico”, expresó.

Recuerdo claramente que en Boston, esa noche de 1990, Vargas Llosa reflexionó en voz alta: “Todo gran escritor tiene que tener una gran ambición. Un ego fuerte te protege de los avatares”.

Puntual, educado, cortés como siempre, yo sentí que no estaba entonces recuperado del todo. Ya trabajaba como un forzado de la literatura, como había hecho siempre, como lo

había hecho en la Rue Tournon cuando llegó por primera vez a París, cuando era aún joven y virtualmente inédito.

Hay quien dice que se puso a trabajar como si nada, al día siguiente de llegar a París en 1990, dos días después de la segunda vuelta, para presentarse en *Apostrophes*, el programa de Bernard Pivot. No es cierto. En su conversación de Boston, el peso de la campaña parecía estar todavía allí. Mario Vargas Llosa estaba recomponiéndose, firme, pero dolorosamente, y creo que todavía lamía sus heridas.

Después de su conferencia, y antes de ir al restaurante, pasamos por el Harvard Bookstore. Compramos diversos libros. Yo compré una edición de Cicerón. Allí pude leer la advertencia que éste le hacía a un aspirante a político romano: “No dudo que has reflexionado sobre el poder de la oportunidad en la política, lo cambiante de las fases, lo impredecible de las consecuencias, lo fácilmente influenciables que son las predilecciones de los hombres, los obstáculos y la insinceridad que hay en la vida”.

Qué duda cabe, Mario hubiera sabido de qué estaba hablando.

Una noche en Frankfurt.

Vargas Llosa y Semprún

En octubre de 1996, Vargas Llosa me invitó a acompañarlo a Frankfurt, donde recibiría el *Friedenspreis*, el Premio de la Paz de los libreros alemanes, que se otorga cada año durante la Feria del Libro de Frankfurt.

Comenzó a darse en 1950, y desde entonces los premiados son, acaso más que el Nobel, la tribuna más alta de la creación contemporánea. Lo habían recibido antes que él, entre otros, Albert Schweitzer (1951), Martin Buber (1953), Hermann Hesse (1955), Karl Jaspers (1958), Ernst Bloch (1967), Alva y Gunnar Myrdal (1970), Leszek Kolakowski (1977), Octavio Paz (1984), Vaclav Havel (1989), Jorge Semprún (1994). Luego de Vargas Llosa, lo recibieron Jurgen Habermas (2001), Susan Sontag (2003), Orhan Pamuk (2005) y Claudio Magris (2009).

La ceremonia del Premio se realiza en la Paulskirche, la Iglesia de San Pablo, en la Paulsplatz. Allí se reunió, el 18 de mayo de 1848, la primera asamblea democrática de Alemania. Como las iglesias protestantes de Holanda, la de Leyden, por ejemplo, es no sólo un templo sino un lugar *común*, el punto de encuentro de una comunidad libre.

La ceremonia fue sobria pero a la vez solemne: una liturgia laica que imponía su prestancia. La coronaba el Presidente de la República Federal de Alemania, Richard von Weizsacker. El *laudatio*, el elogio de Varga Llosa, lo hizo, en alemán, Jorge Semprún. Yo estaba sentado en la tercera fila, con Carmen Balcells.

Carmen, la mítica Carmen... La noche anterior, comiendo con ella, le había escuchado esta maravillosa, encantadora y brutal frase, dirigiéndose a un editor de algún lugar del Este de

Europa: “Usted es muy guapo, pero no me gustan sus cuentas”.

Semprún trazó el arco de la trayectoria de Vargas Llosa, desde aquel ahora legendario discurso del Premio Rómulo Gallegos, en 1967: *La literatura es fuego*.

La ceremonia me sobrecogió. Pero más sorprendente sería, para mí, la noche del premio. Mario me llevó a una cena a casa de Segfried Unseld. Era un *town-house*, una casa espaciosa pero no suntuosa, cuya principal decoración eran estantes de libros. Libros por doquier: en la sala, en el comedor, en los pasillos, en los baños.

Unseld había nacido en 1924. Tenía ese día de octubre, por tanto, la misma edad que hubiera tenido mi padre, de haber vivido aún. Su padre había sido nazi y él había peleado en el ejército alemán. Fue él, según la leyenda, quien recibió el mensaje de Martin Bormann anunciando la muerte de Hitler en su bunker de Berlín. Al licenciarse, estudió en la universidad de Tübingen, donde escribió un trabajo sobre Hesse que lo llevó a conocer al escritor, que fue quien lo recomendó en 1952 a Peter Suhrkamp, que acababa de fundar su editorial. A su muerte, en 1959, Unseld se convirtió en la cabeza de la editorial. El gran crítico Marcel Reich-Ranicki dijo que había sido “el editor más importante del mundo”. Había publicado a Hermann Hesse, Bertolt Brecht, Walter Benjamin, Samuel Beckett, y casi era el creador público de la Escuela de Frankfurt. Además de editor, había escrito libros imperecederos en su género: *El autor y su editor* (1978) y *Goethe y sus editores* (1991). “Un héroe wagneriano”, dijo esa noche Isabel Allende, que era otra de sus autoras.

Por tanto, ya el anfitrión era, por sí solo, magnífico, pero el pequeño grupo que reunió esa noche era imponente. Estaban Roger Straus y su mujer, el también mítico editor norteamericano, Carmen Balcells y, aparte de Patricia y Mario, Isabel Allende, Amos Oz y Jorge Semprún. También se hallaba presente la traductora de Mario al alemán. Nos sentamos en una mesa, en un lugar que no sé si era un pequeño comedor o una pequeña sala. Libros, libros alrededor.

Unselde leyó un brindis, y luego Vargas Llosa improvisó un agradecimiento, emotivo como pocas veces le he escuchado. Pensé: si hubiera hablado así en la campaña, más con el corazón que con la cabeza...

Daba gracias a la vida. "He sido un hombre privilegiado", dijo. Y luego de contar partes inesperadas de su experiencia, explicó que era privilegiado por haber tenido en alemán el mismo editor de Bertolt Brecht y Walter Benjamin... Y en inglés, el mismo editor de T.S. Eliot, Solzenitzin, Robert Lowell, Joseph Brodsky y Philip Roth... Y la mejor agente literaria del mundo... Y los mejores amigos escritores... Y había tenido el privilegio esa mañana, dijo, que el *laudatio* lo hiciera el hombre cuya vida él hubiera querido tener. En ese momento, Jorge Semprún se paró de su asiento, que estaba exactamente al frente del de Mario, fue a su encuentro, y éste al de él, y se abrazaron por un largo rato ante nosotros, todos en emocionado, sepulcral silencio.

Convoco acá esa noche, porque reunía a los dos intelectuales que habían hecho más profundamente lo que el propio Semprún había llamado, en el elogio de ese día, "el trabajo de duelo de la ilusión revolucionaria". Y si los convoco juntos en estas páginas, es porque creo que representan dos maneras distintas de ese duelo. Uno lo resolvió sumergiéndose en el liberalismo, con la misma pasión que antaño se había sumergido en la revolución. El otro lo hizo guardando las cenizas de una ilusión, haciendo algo que quizá pueda llamar una elegía a la fraternidad perdida.

Hablo extensamente de Vargas Llosa en este libro. Déjenme que hable en estas pocas páginas de Semprún, que representa cosas en las que creo íntimamente.

Jorge Semprún tuvo que abandonar España de niño a causa de la guerra civil: su padre era Ministro de la República. Fue la primera gran encrucijada del siglo XX que lo envolvió. Adolescente, se comprometió en la Resistencia francesa. La Gestapo lo detuvo y lo envió a Buchenwald. Conoció la realidad trágica de los campos de concentración, y fue testigo del

horror máximo del siglo XX. Logró sobrevivir y se convirtió en un importantísimo líder del Partido Comunista español y, así, igualmente en testigo de la otra gran desventura del siglo. Expulsado del mismo en 1964, comenzó a los cuarenta años una exitosa vocación de escritor y liberal. En su vida, y en su obra, que es una meditación sobre la primera, está retratado el itinerario de este “siglo de las sombras” que fue el siglo XX.

Desde su primer libro, *El largo viaje*, con el que ganó el Premio Formentor en 1964 (curiosamente por un voto sobre *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa), y sus guiones para *La guerra ha terminado*, de Resnais, y *La confesión* y ζ de Costa-Gavras, las preocupaciones de su obra son las que nos formaron: el valor del compromiso, la idea de la solidaridad, la relación entre la ética y la política, la búsqueda de una conciliación entre la justicia y la libertad. Para esta época “pragmática” puede parecer un ayer glacializado, pero fueron, a su manera, nobles tiempos en que todavía se militaba por valores, aunque estos pudieran a veces estar equivocados.

Por eso fue un gran regalo el que me hizo Vargas Llosa cuando después de la ceremonia en que recibió el Premio de la Paz de la Feria del Libro, me sentó en el banquete en la mesa de Jorge Semprún, previamente a la cena de Unseld.

Para conocer a Semprún de verdad, sin embargo, debía leer su libro, *La escritura o la vida* (1995), su memoria de Buchenwald. En lo que constituye un comentario tácito sobre la relación entre Alemania y el nazismo, el campo estaba en los alrededores de Weimar, la culta ciudad donde había vivido Goethe, y donde en 1919 se había proclamado la primera república alemana. En Buchenwald, “semana tras semana, había contemplado yo cómo surgía, cómo florecía en sus ojos el aura oscura de la muerte”, escribió. La muerte se convirtió en la realidad, la vida era el sueño que se recordaba.

El nazismo todavía es un misterio. Cuando Jean-Marie Domenach escribió sobre él, colocó un epígrafe de *Macbeth*: “¿Vivís? ¿Sois algo que un hombre puede interrogar?”. Los campos de concentración trataron de aniquilar lo más

esencial que hay en los hombres: hicieron de los prisioneros números, series, cuando, como lo había escrito precisamente Heidegger, extraño adherente del nazismo, el hombre es lo “no-inventariable”.

Pero no fue sólo el Mal absoluto lo que revelaron los campos. Mostraron también la fraternidad: “La mirada de los míos... Nuestro ser estaba definido por eso: por estar junto al otro en la muerte que avanzaba”.

Semprún no murió en Buchenwald, como estaba previsto. Liberado, atravesó la experiencia inversa a la de los seres humanos normales: vivir –léase envejecer– no era acercarse a la muerte sino alejarse de ella. La muerte había sido Buchenwald. Cuando salió de allí, quiso escribir sobre esa experiencia, pero la escritura lo devolvía continuamente a ese infierno. “La vida todavía era vivible. Bastaba con olvidar. La elección era sencilla: la escritura o la vida. ¿Iba a tener el valor –la crueldad para conmigo mismo– de pagar este precio?”. Semprún lo pagó. Enterró “aquel ser que me hubiera gustado ser, un escritor”.

Se sumergió entonces en la vida del militante. Una vida clandestina, oscura, pero iluminada en ocasiones por el rayo bendito de la fraternidad. “La historia de este siglo ha estado marcada por la ilusión mortífera de la aventura comunista, que habrá suscitado los sentimientos más puros, los compromisos más desinteresados, los impulsos más fraternales, para acabar desembocando en el fracaso más sangriento”. Con todo, no es Marx quien expresa el siglo XX. Es Kafka. “Nacido en 1883 –el año de la muerte de Karl Marx– y muerto en 1924 –año de la desaparición de Lenin–, Kafka [su *Diario*] es de una vacuidad vertiginosa: ningún eco del ruido ni de la furia del mundo parecen haber repercutido en él. Todas sus obras, sin embargo, remiten a la espesura, a la opacidad, a la incertidumbre, a la crueldad del siglo”.

La escritura o la vida es, sencillamente, un libro extraordinario. Más que una obra maestra, es una *experiencia* cuya materia indeleble es la muerte. Su estilo es el de Malraux, a quien uno asocia naturalmente con Semprún. Mezcla de memoria,

ensayo, meditación, reportaje, recupera un presente continuo, como en un *flashback* del cine, o del jazz. “Estos solos desolados o irisados de trompeta y saxo, estas baterías apagadas o tónicas como los latidos de una sangre vivaz, se situaban paradójicamente en el centro del universo que yo quería describir. La música constituiría su estructura formal imaginaria”. Un estilo que, como el de Malraux, no es nunca pura literatura. Por eso es incapaz de imaginar una novela en tercera persona: “Necesito un ‘yo’ de la narración que se haya alimentado de mi vivencia pero que la supere, capaz de insertar en ella la ficción”.

Cuando volvió en 1992 a Buchenwald, hacía años que había roto con el comunismo, y sin embargo su primer recuerdo es para el comunista que lo empadronó al llegar como prisionero. Un guía le reveló medio siglo más tarde que no escribió “estudiante” en su ficha, lo que lo hubiera conducido inmediatamente al crematorio, sino “stukateur”, un oficio útil, y así lo salvó. “El azar me plantó delante de aquel comunista anónimo... capaz de estar atento al prójimo. Atento a la idea del hombre que habrá hecho de él un militante, antaño”. No importa que el comunismo se revelara como una equivocación sangrienta: aquel comunista “había reaccionado en función de una idea generosa del hombre”.

El epígrafe del libro es una frase célebre de Malraux: “... busco la región crucial del alma donde el Mal absoluto se opone a la fraternidad”. Veo todo el libro como una elegía a esa fraternidad. Por eso quizá sea interesante transcribir lo que completa esa frase en el texto de Malraux: “... la parte del hombre que anda hoy en día buscando su nombre, que no es ciertamente el individuo”.

Le dije en Frankfurt cuánto lo admiraba. Desde mi adolescencia, su obra me ha ayudado a comprender nuestro tiempo. Pero acaso quería decirle algo más profundo y secreto. Escribió al final de su libro: “No puedo decir que estuviera emocionado, el término es demasiado débil. Supe que volvía a casa. Quiero decir, al mundo de mis veinte años”.

IX

El fujimorato

El embrujo colombiano

Existen dos grandes misterios políticos en América Latina. Uno es Argentina. El otro es Colombia.

El misterio argentino es cómo, verdaderamente cómo, un país que a principios del siglo XX estaba entre las diez grandes economías del mundo, se precipitó en el subdesarrollo. Aunque deprimente, es un capítulo fascinante de la historia del desarrollo.

El de Colombia es cómo un país atravesado por la endemia de la violencia, ha podido, pese a ella, crecer, y, hasta cierto punto, desarrollarse y, en el camino, crear cultura perdurable y universal.

La primera vez que fui a Colombia, más precisamente a Bogotá, fue en 1975.

Conocí entonces a Álvaro Mutis. Yo había leído con fervor su poesía, el libro de *Maqroll el viajero*, y había conectado con su nostalgia de la infancia y las remotas haciendas familiares.

*y un olor húmedo y cierto
me regresa a las grandes noches del Tolima
en donde un vasto desorden de aguas
grita hasta el alba su vocerío vegetal.*

El Mutis que conocí entonces era risueño y bromista, contento en su papel de gran señor del Tolima y ahora de Bogotá, de aristócrata criollo, y oficiaba como patriarca o hermano mayor de una corte de escritores jóvenes, entre los que destacaba Juan Gustavo Cobo Borda. Fue un inolvidable y único *cicerone* entre las calles y restaurantes de esa ciudad a la que volvería muchas veces.

Aparte de la de Mutis, la otra impresión que guardo de esa primera visita fue la vieja librería Bucholz, todavía atendida por su fundador. Quedaba en la avenida Jiménez de Quesada, muy cerca de la Carrera Séptima, y era un edificio circular, que semejaba muy bien una Torre de Babel, lo que en efecto era de algún modo, según recuerdo, pues uno encontraba casi cualquier libro, pero dentro de cierto desorden: un libro de poesía de la generación del 27 junto a un libro de ciencia, digamos. Bucholz auspiciaba una espléndida revista, *Eco*, y era el ancla de un mundo cultural rico y relativamente cosmopolita, con muchos emigrados centroeuropeos y alemanes, como Ernesto Volkening.

Esa Colombia “cultural” se superpuso pronto a una Colombia “política” que también me fascinó, que era la Colombia del Frente Nacional. Su exponente primordial es Alberto Lleras Camargo. Yo seguía sus columnas en la revista *Visión*. Decir que las leía sería insuficiente: era devoto de ellas, como lo sería de sus libros y, sobre todo, de sus grandes discursos. Era un orador de voz ronca y profunda, aunque más que pronunciar sus discursos, los leía, ya que los escribía antes.

Hoy no está de moda alabar al Frente Nacional. Entre la élite colombiana, incluso, es de buen grado atribuirle todos los males recientes de la política colombiana. Pero el Frente Nacional fue una de las grandes creaciones políticas de América Latina, un artefacto de decencia, de racionalidad y de consenso en tierras devoradas usualmente por el extremismo; un gran producto de la política, si la tomamos como un oficio de la inteligencia.

En 1946, los liberales se habían dividido entre los seguidores de Jorge Eliecer Gaitán, asesinado el 9 de abril de 1948, y los de Gabriel Turbay. En parte como consecuencia de eso, fue electo el conservador Mariano Ospina. En la elección siguiente, la de 1950, los liberales ni siquiera presentaron candidato, y fue electo como Presidente Laureano Gómez, quien dejó al poco tiempo la Presidencia en manos de su

Vicepresidente, Roberto Urdaneta Arbeláez, a quien derrocó en 1953 el general Rojas Pinilla.

Lleras estaba entonces en Washington, como Secretario General de la Unión Panamericana, la antecesora de la OEA, pero regresó a Colombia, para sorpresa de muchos, para ser Rector de la recién creada Universidad de los Andes, que había promovido Mario Laserna. En 1955, la dictadura de Rojas cerró el diario *El Tiempo* de Eduardo Santos. Lleras organizó un gran acto en el hotel Tequendama y pronunció un discurso contra el régimen.

Liberales y conservadores se habían estado matando en calles y campos de Colombia por más de una década, en una reminiscencia sangrienta de la guerra de los mil días, de la que nace la literatura de Gabriel García Márquez.

Liberales y conservadores no se hablaban. Misael Pastrana me contó que cuando se casó en 1952 con María Cristina Arango, la hija del líder liberal Carlos Arango Vélez, los liberales se pusieron en un ala de la iglesia y los "godos" en la otra. En esas condiciones, el acercamiento entre los líderes formales de los partidos era casi imposible. Carlos Lleras Restrepo, el primo de Lleras Camargo, era el jefe de los liberales, y se había tenido que escapar por los techos de su casa de la Carrera Séptima, donde lo conocí a principios de abril de 1992, en su escritorio rodeado de óleos de sus antepasados, ya un viejecito pequeño, más pequeño de lo que había sido toda su vida, con una voz casi inaudible, pero con una cabeza que aún brillaba como en sus mejores horas. De modo que fue Alberto Lleras, y no Carlos, quien en 1957 tomó un avión para España y se fue a la Costa Brava, donde vivía exiliado Laureano Gómez. Ambos se encontraron y pactaron en Sitges el Frente Nacional. Los liberales eran más, pero Lleras les ofreció la Presidencia a los conservadores. Cuando llegó la hora, Gómez, que no quería en la Presidencia al otro conservador, Guillermo León Valencia, le devolvió la Presidencia a los liberales en la cabeza del propio Alberto Lleras, que ya la había desempeñado fugazmente en 1942,

como “Primer Designado”, el equivalente de Vicepresidente, cuando renunció Alfonso López Pumarejo. En 1958, Alberto Lleras se dirigió solo, a pie, al viejo teatro Patria, para hablar con los militares allí reunidos, en una de los míticos discursos de la política latinoamericana. Esta era la Colombia “política” que ejercía una enorme fascinación sobre mí.

Podría haber buceado más, porque había una Colombia de mi familia que yo desconocía entonces. Mi tatarabuelo, José Bustamante, era colombiano, y vino al Perú con las tropas colombianas a pelear por la Independencia. En Lima contribuyó a que el célebre Batallón Numancia se pasara a las filas criollas y, ya prócer de la Independencia, murió siendo Ministro de Guerra de Castilla. En 1826, protagonizó un momento decisivo en los comienzos de la república: organizó y encabezó el levantamiento de las tropas colombianas contra el gobierno de Bolívar, ya ausente, con lo que terminó la Constitución Vitalicia.

Yo no entendía bien el significado de esa rebelión hasta que conocí la conexión de ese evento con la historia de Colombia. Mi tatarabuelo, que había nacido en el Socorro, la tierra donde en 1780 se habían levantado los comuneros luego sofocados por el obispo Caballero y Góngora, no sólo era compatriota de Francisco de Paula Santander, sino que se escribía con él. 1826 fue el año de la profunda disensión entre Santander y Bolívar. Aquella rebelión peruana fue un capítulo de esa histórica divergencia colombiana.

Esa Colombia “republicana” siempre ha obrado sobre mí un embrujo especial. Cuando uno pasea por las noches por el centro de Bogotá, no siente el peso de las iglesias, el esplendor barroco de la Colonia ni sus misterios galantes. Pero en los alrededores del viejo Palacio de San Carlos o de la plaza del Palacio de Nariño, uno siente que en cada esquina podrían salirle al paso algunos de los conjurados de la insurrección septembrina contra Bolívar, o encontrarse con algunas de las amantes del Libertador que todavía lo esperan.

Harvard

Mi vínculo con Colombia se renovó cuando conocí en Harvard a Andrés Pastrana Arango. Yo ya era amigo de su padre, Misael Pastrana Borrero, una de esas estelas luminosas de inteligencia y decencia que ha producido la república colombiana, y éste me había dicho: “Vas a estar con mi hijo Andrés en Harvard”. Una tarde, al salir de la Harvard Bookstore, me tocaron el hombro. Era Andrés Pastrana. Nos quedamos hablando hasta la madrugada, después de caminar por todo Harvard y terminar en un restaurante italiano en el centro de Boston.

Harvard era un lugar excitante y único en 1990, y parece haberlo sido, por supuesto, desde que se fundó, en 1636, como un colegio. Aunque dio su nombre al colegio, que se transformaría en universidad con la Constitución de Massachusetts de 1780, John Harvard llegó de Inglaterra un año después que se hubo fundado. Su madre había nacido en Stratford-on-Avon, y la leyenda asegura que su abuelo materno, Thomas Rogers, había sido un asociado de Shakespeare.

El Charles River divide a Cambridge del gran Boston, y le da una cierta majestad y serenidad a toda el área. En las callejuelas de su orilla de Cambridge se ubican teatros, cines, restaurantes de todas las cocinas del mundo, el secreto atractivo de algunas de las más nutridas librerías de libros usados del mundo, y, por supuesto, las magníficas bibliotecas de la Universidad, comenzando por la Widener Library, aunque yo prefería la pequeña Lamont Library.

Hace dos años, mientras pasábamos unos días allí, Mario Vargas Llosa me dijo que cualquier cosa intelectual que pasaba

en el mundo, pasaba siempre antes, o casi inmediatamente después, por Harvard. Todos los días, alguien importante o interesante está dando una conferencia en alguna parte del campus.

Es en efecto un *hub* intelectual único en el mundo, que comprende no sólo toda la Harvard University sino también el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), Tufts y su Fletcher School, y las otras treinta y cinco universidades de Boston y el Estado, casi todas de gran nivel.

Pero en 1990 era un lugar todavía más interesante. Acababa de caer el muro de Berlín. Nacía, o parecía nacer, un mundo nuevo. Vaclav Havel fue uno de los invitados estrella de la Kennedy School aquel año, en una de sus salidas del Castillo de Praga, que preside su ciudad y que fue inmortalizado por Kafka.

Yo acababa de pasar en Praga el 31 de diciembre de 1989, y había recibido allí el primer Año Nuevo de la libertad, en la gigantesca explanada de la plaza San Estanislao, donde un cuarto de millón de personas cantaban, bailaban, bebían, mezclados todos, funcionarios del Estado y disidentes, policías y estudiantes. Apenas meses antes se habían enfrentado, unos espiando a los segundos, pero ahora todos parecían reconciliados y felices. Recuerdo la visita a un gran escultor disidente que recién comenzaba a mostrar sus obras públicamente en su estudio, cuando hacía apenas semanas antes eran arte “decadente”.

Le conté a Havel que había estado allí, y me preguntó extrañamente: “¿A qué hora estuvo allí?”. Le dije que poco después de medianoche. “¿Dónde estaba?”. Traté de describirle el lugar preciso de la inmensa plaza donde Claudia y yo estábamos con José Luis Dicenta, entonces Embajador de España en lo que era todavía Checoslovaquia. “Yo estaba a cien metros de allí”, me dijo. Havel fue una extraña, extrañísima muestra de un intelectual eficiente en política, y sus discursos y su libro de memorias son una preciosa fuente para reflexionar sobre esa relación siempre precaria.

Entre las muchas “estrellas” que pasaron entonces por Harvard destacaba Margaret Thatcher. Acababa de salir del gobierno, traicionada por sus jóvenes turcos, y acaso más por el desgaste de un ya largo gobierno. Había indudablemente *gravitas* en esa férrea señora, pero su presentación fue más bien defensiva, autoexculpatoria. La miraba a lo lejos, y no podía dejar de pensar en los chicos argentinos del Belgrano, en aquella guerra tonta que, sin embargo, revirtió su destino político.

Con todo, en 1990, la “sensación” en Harvard era México, antes de la firma del NAFTA. Se veía a toda la administración de Salinas de Gortari como “harvardiana”, ya que el entonces Presidente, que pasó él mismo por Harvard esos meses, y varios de sus colaboradores habían estudiado en nuestra escuela hacía algunos años. Ministros, empresarios e incluso opositores participaron en los numerosos seminarios sobre México que se organizaron. Con la insurrección de Chiapas, que coincidió con la entrada en vigor del NAFTA, y la posterior caída en desgracia de Salinas de Gortari, se apagó el entusiasmo mexicanista. La elección de Zedillo, graduado en Yale (y ahora director de su Centro para la Globalización), trasladó la atención mexicana a otra universidad de la *Ivy League*.

Una de las cosas fascinantes de Harvard es que uno puede construir, cada semestre, su propio currículum, “taylor-made”. El proceso comenzaba, comienza siempre, con una *shopping week*, una semana donde puedes asistir libremente a cualquier clase, entera o por un rato. Es un gigantesco mercado de ofertas y demandas, un riquísimo bazar intelectual en el que puedes observar y tocar todas las mercancías, y casi regatear su precio, sin comprar nada. Pasado ese tiempo, tienes que optar por los cursos, pero para entonces ya te has hecho una idea interesante (y bastante aproximada) de lo que está en *store*, de lo que cada tienda ofrece. De alguna manera, es una vuelta a la universidad original, aquella que nació en Europa, primordialmente en Boloña y París, a mediados del siglo XII y comienzos del XIII. Colegios democráticos, donde los

estudiantes mandaban, y escogían lo que más les interesaba. El resultado en Harvard era que algunos cursos se repletaban y otros tenían pocos alumnos. Entre los primeros estuvo el seminario que tomamos con Amartya Sen, “Freedom, markets and democracy”. “Oh, no” –dijo Sen desconsolada y probablemente con coquetería. “Too many people. Sólo puedo tomar veinte estudiantes. Los más interesados pueden quedarse. El resto por favor retírese y tome otros cursos”. Pero nadie se movió, y un seminario pensado para veinte estudiantes tuvo que desdoblarse en tres grupos por la leal e insistente afluencia.

Harvard ofrecía otro privilegio único: el de tener a los dos más importantes filósofos políticos norteamericanos del siglo XX, John Rawls, autor del clásico *Theory of Justice*, y Robert Nozick, autor de *Anarchy, State, Utopia*. Ambos debatían a los clásicos. Asistir a sus clases y seminarios fue uno de los dones que nos fue concedido.

Otro curso fascinante para mí, un laboratorio gubernamental de primerísimo nivel, fue un seminario que dictaron al alimón Roger Porter, entonces asesor para temas domésticos del primer Bush, y Stuart Eisenstadt, que había tenido el mismo puesto con Carter. “Policy-making in the White House” fueron quince sesiones tratando en profundidad algún episodio de las decisiones presidenciales.

Una de las ventajas de Harvard era que podías tomar cursos en cualquiera de las otras universidades del *hub* de Cambridge, por ejemplo el MIT o Tufts. En la Fletcher School de esta última, seguí las conferencias de Janos Kornai. *Mitteleuropa* volvía a estar de moda, y el economista húngaro, cuyo libro posterior de memorias, *By Force of Thought: Irregular Memoires of an Intellectual Journey*, contaría su fascinante carrera como economista, primero dentro del Estado comunista húngaro y luego como disidente. Era el primero en explorar cómo se pasaba no del capitalismo al socialismo, sobre lo que se habían escrito toneladas de libros, sino precisamente acerca del camino inverso: cómo podían desmontarse más de setenta

años de extravío en la creación de la riqueza en el mundo. En el MIT era difícil elegir qué curso tomar, habiendo en su facultad de economía tantos Premios Nobel. Pero la relación con el difunto Rudiger Dornbusch, que había estudiado de cerca el tema del populismo económico, me fue muy útil. Cuando lo conocí, estaba leyendo historia alemana, *Gold and Iron*, obra del gran historiador Fritz Stern sobre las relaciones entre Bismarck y Bleichroder, su banquero.

Aparte de los cursos mismos, cuyo catálogo ocupaba más de quinientas páginas, Harvard ofrecía, cada día, infinidad de conferencias de los talentos más inesperados y sobre todos los temas que uno pudiera imaginar. Faltaba tiempo para asistir a todo lo que te interesaba y además estudiar. Por añadidura, se tenía un estudiantado tan diverso como el mundo, que venía de todas partes, hablaba todas las lenguas, y formaba los grupos de interés más diversos. A todo eso se agregaba la oferta cultural de Boston y alrededores. Cada semana trataba de oír a la Sinfónica dirigida por Ozawa. Vi a Nureyev despidiéndose de los escenarios, y pronto sabríamos que de la vida. Pero volvamos ahora a Colombia, que tuvo tanto que ver con el colapso del fujimorato.

Andrés Pastrana y el Plan Colombia

Una noche, en Harvard, Andrés Pastrana me expuso su intención de fundar un nuevo partido al volver a Colombia, distinto al viejo partido Conservador del que había sido candidato a la Alcaldía, que ganó en 1988. La decisión era difícil, porque era además el partido de su padre.

Volví a Bogotá a fines de octubre de 1991. El 27 de ese mes, la Nueva Fuerza Democrática tuvo su bautismo de fuego en las elecciones para el Senado que la recientemente promulgada nueva Constitución había decretado. Pastrana y sus seguidores obtuvieron más del diez por ciento de los votos nacionales, por fuera de los dos partidos tradicionales. Misael Pastrana y su mujer, María Cristina Arango, llegaron en la noche al local de la nueva agrupación, donde Misael pronunció un discurso breve pero emocionado, recordando cómo él y su generación habían comenzado a hacer política. Andrés y su partido apoyaron al gobierno de César Gaviria.

Es curioso cómo algunos de los mejores presidentes latinoamericanos han sido presidentes accidentales. Cardoso tituló precisamente su memoria en inglés *The Accidental President of Brazil*. Gaviria fue otro caso, como lo fue también Carlos Mesa.

César Gaviria había sido desde muy joven alcalde, diputado, varias veces ministro, siempre eficiente y metiéndole el diente a cuanto problema se le pasara por delante, sin pensar en elecciones de ningún tipo, y era el puntal de la campaña de Luis Carlos Galán, cuando éste fue asesinado por el narcotráfico. El día de su entierro, su hijo le pidió a Gaviria que empuñara la

bandera de esa candidatura. Había mucha bulla en el entierro, y según me contó hace poco César, no entendió bien qué se decía. Agotado y después de casi dos días sin dormir, se fue a su casa, se metió a la cama y se quedó dormido hasta el día siguiente. Cuando despertó, todo el mundo lo buscaba: se había convertido en candidato a la Presidencia sin saberlo.

En la moderna historia de Colombia, hubo dos Presidentes “reformadores” que cambiaron al Estado colombiano. Uno fue Carlos Lleras Restrepo, entre 1966 y 1970, que modernizó la administración económica en línea con las teorías de Raúl Prebisch y la CEPAL. Y lo hizo no de una manera extremista sino prudente, pero al mismo tiempo decidida. Lleras había sido decidido siempre: en sus escritos, en su tribuna parlamentaria, en las polémicas con sus adversarios conservadores, y lo fue también en el gobierno. Una vez, durante la visita de un impertinente alto funcionario del Fondo Monetario Internacional, Lleras simplemente lo botó de Palacio: “Aquí mandan los colombianos”. El otro Presidente reformador fue Gaviria, en parte modificando la tarea de Lleras, pues adecuó Colombia a los tiempos nuevos, pero, igual que lo había hecho Lleras en su momento, sin extremismos, con un sentido pragmático de la economía y la política. Algunos lo han calificado, por esa coincidencia en el tiempo, como “neoliberal”, pero Gaviria es algo muy distinto: un liberal colombiano clásico, provinciano (y orgulloso de serlo), celoso guardián de los instintos republicanos.

En 1994, Andrés Pastrana fue candidato a la Presidencia por primera vez. Lo acompañé en varias de sus giras. Los conservadores habían ganado la Presidencia sólo cuando los liberales, el partido mayoritario de Colombia, estaban divididos. Así sucedió por ejemplo en 1946, cuando ganó Mariano Ospina, y así había sido en 1982 cuando ganó Belisario Betancur. Andrés creó la primera coalición que compitió de igual a igual con los liberales unidos.

Así, en un momento de desesperación (y picardía), comenzó a entrar misteriosamente plata a la campaña liberal de Ernesto

Samper, para financiar cruciales movilizaciones de votos en la costa atlántica. Su jefe de campaña, Fernando Botero, que arruinó su propia y fulgurante carrera (graduado en Harvard, telegénico, hijo de un pintor universal, nieto de un patriarca liberal), quedó estigmatizado como el artífice de esa operación. Hasta dónde sabía todo Samper, es una pregunta todavía abierta.

La noche de los comicios, acompañé a Andrés a su discurso de concesión en el céntrico Hotel Tequendama, y luego Claudia y yo comimos con él y Nohra y unos pocos amigos. Unos pocos días antes me había contado en secreto que había recibido, hacía pocos días, pruebas de que dinero del narcotráfico había ingresado en la campaña de Samper. Al día siguiente volamos al Perú. Ya en Lima, me enteré de la declaración que había hecho, que dio lugar a la infausta y costosa guerra de los “narcocassetes”, que le costó a Pastrana una “travesía del desierto” ante la opinión pública.

Andrés Pastrana fue candidato a la Presidencia otra vez en 1998. Al principio, su “negativo” era muy alto, y por tanto su campaña comenzó “cuesta arriba”. Sin embargo, el descrédito de Samper y su gobierno eran muy grandes, y eso fue abriendo una “ventana” para la elección de Pastrana. Nuevamente se enfrentaba a un liberalismo unido, férreamente unido, en esta ocasión alrededor de Horacio Serpa.

¿Cómo se sostuvo Samper? Era un Presidente que no podía visitar siquiera los Estados Unidos, porque el gobierno de ese país le había retirado la visa por sus presuntos vínculos con el narcotráfico. Pero recibió el apoyo de algunos grandes grupos económicos, repartió a diestra y siniestra licencias de radios, y fue creando una red de soportes mediáticos. Sin embargo, su permanencia quizá sea un testimonio involuntario de la resistencia de las instituciones colombianas, que sostuvieron al Estado mientras el gobierno iba a la deriva.

Acompañé también a Andrés Pastrana en muchos de sus recorridos de esa segunda campaña. Antes del primero de ellos, recibí en Lima un extraño pedido de su oficina: mi tipo de sangre. Se lo di y me olvidé del asunto. Pocos días

después, ya en Bogotá, nos dirigimos a un aeropuerto militar para abordar un avión de campaña, con largas bancas como asientos. De pronto entraron unos enfermeros con una pequeña maleta. “Es la mesa de operaciones portátil”, me dijo Andrés. A continuación ingresaron unos tubos con sangre. “Ese es el tuyo”, me dijo, y me señaló el de la izquierda. “Si Galán hubiera tenido esto, de repente lo salvan”. Entonces me di cuenta de que ser Presidente de Colombia era uno de los oficios más peligrosos del mundo.

Ese viaje comenzó en Manizales y terminó en Cali, pero en el medio recorrimos de Maicao, en la punta Caribe del país, a Río Hacha, a Valledupar, donde la manifestación se transformó, para mi sorpresa, en un festival de vallenato. Ante la evidente algarabía, le pronostiqué: “Barres aquí”. “Qué va, mañana viene Serpa y es lo mismo, fiesta”, me contestó.

En 1998, Colombia era un país cansado de la sangre, pese a la familiaridad histórica de los colombianos con la violencia. Alberto Lleras escribió alguna vez que la violencia había hecho a Colombia, que a través del Magdalena y el resto de sus ríos, las armas habían transitado a lo largo de la república en sus numerosas contiendas civiles, y ese tráfico había ido uniando ciudades aisladas, enclavadas en bolsones desconectados de la geografía colombiana. Por ese río fue a morir a Santa Marta el mismo Bolívar, en ese viaje final inmóvil que retrató para siempre García Márquez en *El general en su laberinto*.

Andrés Pastrana decidió apostar su campaña, y posteriormente su gobierno, a la búsqueda de un proceso de paz con la guerrilla. En 1997, diez millones de colombianos habían votado en un referéndum por un arreglo de paz.

Poco antes de las elecciones, Pastrana recibió un guiño de Manuel Marulanda, *Tirofijo*, que recibió en su cuartel general en la selva a un enviado suyo, Víctor G. Ricardo, posteriormente negociador de la paz durante el gobierno. Una foto grabó la reunión, y en ella Marulanda ostentaba un reloj barato que durante la campaña de Andrés se regalaba a algunos adherentes. Parecía una señal de que las FARC estaban listas

para un diálogo, a condición de que Pastrana fuera el elegido. En un país sediento de paz, eso le valió tal vez algunos votos claves.

Apenas inaugurado su gobierno, Pastrana cumplió su promesa electoral y, en un acto de evidente coraje, tomó una avioneta sin escoltas y aterrizó en medio de la selva para reunirse con Manuel Marulanda, *Tirofijo*. Pero éste no apareció, y la prensa internacional registró su silla vacía junto a la de Andrés Pastrana.

En el intento por la paz, Pastrana accedió a crear una "zona de despeje". Es un tema sobre el que lo han criticado mucho. Quizá extendió por demasiado tiempo esa zona, pero al comienzo cualquiera hubiera podido preguntarse, sin demasiado cinismo, quién pedía una zona de despeje a quién: las guerrillas dominaban esa región cerca del Putumayo.

Así como extendió la zona de despeje, quizá la negociación careció desde el comienzo de un temario definido, limitado, y de un cronograma claro. Las exigencias teóricas de las FARC eran una lista de lavandería, una mezcla confusa de cosas tomadas de viejas prédicas de la CEPAL, sobre las que podría haberse discutido eternamente.

El intermediario para los encuentros con las FARC había sido Álvaro Leiva. Leiva no era un izquierdista; por el contrario, era un *godo*, un conservador con todas las de la ley. Había sido incluso ministro durante el gobierno de Pastrana padre. Con el tiempo, de una manera algo misteriosa, se había ido convirtiendo en un intermediario con la guerrilla para rescates de secuestrados y otras operaciones, y logró tener el oído de Manuel Marulanda. Yo lo conocí en 1999, en Costa Rica, donde estaba refugiado, sosteniéndose como consultor de Naciones Unidas, y desde donde manejaba, o parecía manejar, muchos hilos. Pasamos una tarde, una noche y una madrugada conversando; yo, según me parecía, recibiendo mensajes, algunos claros y otros algo crípticos, para Pastrana. Es probable que si Leiva se hubiera entendido mejor con Víctor G. Ricardo, o éste hubiera accedido a no ser

el único protagonista, algo distinto hubiera podido salir de ese enrevesado proceso. Con el tiempo, sin embargo, es claro que las FARC nunca se comprometieron a fondo en el proceso.

Al comienzo eran una guerrilla ideológica cuyos frentes nacieron como brazos armados liberales en los años cincuenta, y luego de la revolución cubana migraron al marxismo-leninismo. Pero el narcotráfico se les atravesó en el camino y terminaron como carteles de la droga. El Ejército de Liberación Nacional (ELN) era ligeramente distinto, un movimiento más politizado, con raíces izquierdistas más recientes, acaso más ligado a Cuba, y por tanto más descifrable, y más centralizado también, a diferencia de las FARC, descentralizadas en setenta frentes. A ellos se agregaron, en el ofuscado y sangriento panorama de la violencia colombiana, los paramilitares.

Al principio, cada uno de estos grupos armados estaba localizado geográficamente: los “paras” en Antioquia y el Magdalena medio, las FARC en la selva del Putumayo, y el ELN en los llanos, donde discurren los oleoductos, cuyo saqueo se transformó en su especialidad. Pero con el tiempo se produjeron cruces y asociaciones entre los grupos, que peleaban por territorios pero a la vez colaboraban a veces entre ellos.

Había una premisa tácita en la estrategia de Pastrana: la seguridad le había costado a Colombia unos cuatro puntos de su producto bruto cada año. ¿Qué ocurriría si ese precio se ahorrara y pudiera “reinyectarse” a la economía de un país que tenía, a diferencia de otros latinoamericanos, una gran clase empresarial, una clase media educada e instituciones relativamente eficientes? ¿Podía convertirse en un “tigre” económico latinoamericano?

Pastrana se encontró además con un problema que pocos han reconocido: el ejército colombiano estaba desarmado. Tenía, casi, el mismo número de hombres “en pie de guerra” que la guerrilla, y uno de los méritos no reconocidos del gobierno de Pastrana fue rearmar este ejército, que fue una de las herencias que recibió Álvaro Uribe.

Pastrana enfrentaba asimismo otro problema: las guerrillas tenían cierto prestigio internacional, gozaban de buena prensa en muchos sitios, y determinados países europeos acogían con beneplácito a refugiados guerrilleros. Pero el proceso de paz desenmascaró por completo las intenciones de las FARC, pues el mundo supo que en ellas no había Robin Hoods.

Pastrana y su equipo idearon el Plan Colombia, sobre el que hay muchos mitos. El más persistente de ellos es que se trataba de un plan para “militarizar” Colombia, como si Colombia no hubiera estado ya militarizada más de la cuenta. En realidad, el plan “empaquetó” mucho gasto público ya existente y le agregó recursos foráneos, principal pero no únicamente de los Estados Unidos. Parte fue por supuesto para equipar al ejército, pero la porción gruesa estaba destinada a gasto social.

Todo esto requería volver a acercarse a los Estados Unidos. Curiosamente, Colombia fue siempre uno de los países latinoamericanos más en línea con los Estados Unidos, al punto que fue, por ejemplo, quien lideró la oposición a la naciente Cuba castrista dentro de la OEA, cuando se le expulsó de la organización. En todos los foros internacionales, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX, siempre se encontró a Colombia al lado de los Estados Unidos. El único verdadero desencuentro se produjo durante el gobierno de Ernesto Samper.

Con el objetivo de poner a Colombia nuevamente en el radar de Washington, Pastrana contó desde el primer momento con Bill Clinton, que lo recibió en la Casa Blanca apenas electo. Incluso cuando ya había salido de la Presidencia, el 2002, participó en Cartagena en un seminario organizado para reflexionar sobre el gobierno de Andrés Pastrana que terminaba. Una noche, en el viejo castillo de la Popa, que antaño servía para divisar los galeones del reino y los barcos piratas enemigos, Clinton se subió al estrado y, como en los tiempos de su primera campaña electoral de 1992 y el show de Arsenio Hall, tomó un saxo y tocó una canción de Sinatra.

Maquiavelo escribió en *El Príncipe* que a los pueblos era fácil persuadirlos de algo, pero difícil de que persistieran en ello. Así, al ánimo de paz de 1998, los colombianos lo reemplazaron el 2002 con un ánimo de mano dura. En ese ánimo, la valoración del gobierno de Pastrana cayó. Visto en perspectiva, sin embargo, cuando los ánimos se aquieten, se apreciarán sus contribuciones a la moderna historia de Colombia.

Al jugar a fondo, sin dudas, la carta de la paz, desacreditó definitivamente a la guerrilla. Asimismo, volvió a dotar al país de unas Fuerzas Armadas dignas de ese nombre, lo que ha permitido a su sucesor, Álvaro Uribe Vélez, imponer seguridad en zonas del país. Y todo esto lo hizo Pastrana dentro de un respeto riguroso por los derechos humanos. A diferencia de Uribe, Human Rights Watch no tuvo nada que criticarle a Andrés Pastrana.

El golpe del 5 de abril de 1992

A comienzos de abril de 1992, me encontraba en Colombia. Claudia y yo habíamos ido con los Pastrana unos días a Villa de Leyva, a la casa donde, décadas atrás, había vivido Vargas Vila, el crítico liberal de Rafael Reyes, el escritor-diplomático que no quiso arrodillarse en Roma ante León XIII, aquel de quien Borges había dicho que no había merecido “infamar el patíbulo”. Debía volver a Lima el lunes 6 de abril. Estaba alojado en la casa de mi amigo Pipo Dicenta, entonces Embajador de España en Colombia. Apenas hechas las maletas para el viaje de madrugada, nos sentamos en una sala a ver televisión, cuando de pronto las televisoras interrumpieron su programación para un despacho desde Lima. Allí vi a Fujimori decir: “...disolver, repito, di-sol-ver el congreso”, y proclamar su autogolpe.

Yo no había votado por Fujimori sino por Vargas Llosa en 1990, pero ya instalado en el poder, y yo en Harvard, mi ánimo hacia su gobierno era, más bien, si no de simpatía, sí de pasiva comprensión. En medio de las colosales dificultades surgidas de la letal combinación de hiperinflación y terrorismo, parecía estar intentado ordenar las cosas. Por tanto, el autogolpe me sorprendió, antes de irritarme y convertirme en un opositor de Fujimori.

Retrasé un día mi viaje, para enterarme mejor de lo que pasaba, y el martes aterricé en Lima. El apoyo al golpe era casi general. Era claro que estaría en la minoría una vez más. No me sorprendió, la verdad, el desenfadado respaldo de lo que podría llamarse la “derecha”, aunque ésta no ha sido nunca

una entidad clara ni consistente en el Perú. Volvía a los tiempos felices, aquellos en los que, ante el tumulto, ante el ascenso desconcertante de masas que no comprendía, podía recurrir a los guardias pretorianos, al ejército. Velasco Alvarado había roto ese enlace, y ahora Fujimori se lo devolvía. Pero además me sorprendió, y me llevó a reflexionar más profundamente sobre mi país, el masivo apoyo popular. Sin embargo, si hubiera mirado más lejos, por ejemplo a Roma, habría sabido que ya Tácito había escrito que los pueblos, cuando están cansados del desorden, se entregan desenfrenados a la dictadura.

Yo había visto a Fujimori una sola vez. A fines de 1991, cuando Javier Pérez de Cuéllar volvió al Perú al terminar su mandato de diez años como Secretario General de las Naciones Unidas, Manuel Ulloa, el ex Primer Ministro de Belaunde, le ofreció una comida más bien pequeña, a la que invitaron a Alberto Fujimori y a su todavía mujer, Susana Higuchi. Me sorprendió el saludo tan solemne que nos hizo, con una pronunciada inclinación, como un ujier nervioso y extraviado, así como sus medias blancas debajo del terno. Sin embargo, más me sorprendió que no hablara prácticamente nada durante toda la noche, a diferencia de su mujer, cordial y extrovertida. Ahora sé que ya por entonces Fujimori estaba organizando el golpe posterior del 5 de abril de 1992. La tertulia republicana de aquella noche debe haberle parecido remota, como el eco lejano de un mundo en extinción.

Después del golpe, hubo medio año de inestabilidad política en el Perú, por lo cual no estaba del todo garantizada la supervivencia del régimen, pese al apoyo de la opinión pública al golpe. Todo eso cambió súbitamente el 12 de setiembre, con la captura de Abimael Guzmán. Ante la reacción internacional, que probablemente el régimen había calculado mal y que era mayoritariamente hostil al golpe, Fujimori trató de legitimarse a través de un Congreso Constituyente.

Máximo San Román había sido electo Vicepresidente con Fujimori, como representante de un gremio de micro-

empresarios. Ya estaba distanciado de Fujimori antes del autogolpe, pero a partir de él se convirtió en un opositor declarado.

San Román propuso a Javier Pérez de Cuéllar que encabezara una lista en las elecciones para el llamado Congreso Constituyente Democrático. Me reuní con San Román en su casa de San Borja, donde fue casi dramático su pedido de que lo ayudara a convencer a Pérez de Cuéllar de que aceptara. Me hizo un largo y pormenorizado recuento de sus relaciones con Fujimori y su entorno, y concluyó diciéndome: "Ustedes no saben lo que son esta gente". Fue el primero que me alertó sobre la naturaleza de esa claqué autoritaria.

Yo pensaba, sin embargo, que después de la captura de Guzmán, la opinión pública iba a premiar a Fujimori en esas elecciones, y que, por tanto, Pérez de Cuéllar iba a cometer un grueso error presentándose a las mismas, que sólo legitimaría al régimen surgido del autogolpe. Por tanto, contra el pedido de San Román, persuadí a Pérez de Cuéllar de que, incluso si quería hacer política, ése no era el momento de hacerlo.

Pérez de Cuéllar después de Naciones Unidas

Pérez de Cuéllar tuvo casi siempre un ojo astuto para juzgar las circunstancias. Acababa de rechazar el año anterior la propuesta de George H. Bush de que aceptara un tercer término como Secretario General de las Naciones Unidas. Lo vi en Nueva York el mismo día que volvía de Camp David. Su razonamiento era cristalino, directo. “Ahora sólo habrá un poder mandando en Naciones Unidas”, me dijo, aludiendo al fin de la Unión Soviética. “El papel y la fuerza del Secretario General serán menoscabados. Hay que saber partir *en beauté*”. Muchos años después, Juan Antonio Yáñez, que había sido embajador de España en la ONU, puesto que ha vuelto a ejercer desde el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, me contó que él había transmitido, a nombre del gobierno de Felipe González y del propio Rey de España, el mismo pedido, y había recibido idéntica declinación.

Yo había conocido a Javier Pérez de Cuéllar en 1976, a través de Ricardo Leguía y Mariátegui, en una de sus visitas a Lima. Él era entonces representante de Kurt Waldheim, su predecesor en la Secretaría General de las Naciones Unidas, para el conflicto en Chipre. Lo vi luego en Caracas, en 1978, cuando era Embajador allí, y lo volví a ver con relativa frecuencia a partir de 1980. En 1981, cuando el Senado peruano vetó su nombramiento como Embajador en el Brasil (donde había estado como segundo de la Embajada en la primera mitad de los años cincuenta), lo invité a mi programa de televisión, *Contacto Directo*, como una forma de homenajearlo frente a esa decisión estúpida. Javier pidió su

pase a la disponibilidad, y durante varios meses no sabía muy bien qué hacer. En 1981, comenzó a sonar su nombre para la Secretaría General, y recuerdo que lo encontré en noviembre de ese año en la Plaza de Acho, poco antes de una corrida. “¿Por qué no vas a Nueva York para hacer campaña?”, le dije. Todos los otros candidatos estaban allá, haciendo activa campaña en medios y salones. Javier hizo un gesto, que podía ser una sonrisa, y me dijo: “No se hace campaña para ese puesto. Depende de tantas variables...”.

La historia posterior es conocida. Aunque Pérez de Cuéllar estaba en el *short-list* de las opciones, había tenido menos votos que sus competidores, pero ningún veto. Waldheim tenía el veto chino, y su competidor, el veto americano. Unos pocos días antes de que terminara el año, el Presidente del Consejo de Seguridad no quiso esperar y cierta tarde presionó por una decisión, y el nombre de Pérez de Cuéllar surgió como el único sin vetos. Tenía ya un historial comprobado en la Organización, como Embajador del Perú, durante cuya función había presidido el Consejo de Seguridad, y más tarde como representante del Secretario General en Chipre. Había sido, además, en 1971, el primer Embajador del Perú en la Unión Soviética, cuando el gobierno de Velasco Alvarado abrió las relaciones con la URSS.

Lo vi muchas veces en Nueva York. De todas esas ocasiones, recuerdo aquella en que lo despedí el día que se embarcó, a principios de 1991, hacia Bagdad, para tratar de convencer a Sadam Hussein de retirarse de Kuwait y evitar lo que sería la guerra del Golfo. “Soy abogado”, le dijo Hussein. “Pues entonces, si es abogado, por qué no somete este problema a una corte, esta vez internacional”, le retrucó Javier. Lo vi al volver de ese viaje. “Este hombre va a la guerra”, me dijo.

Lo había acompañado a La Habana en 1985, y poco antes, a España. Ya he contado mi encuentro en esa ocasión con Fidel Castro. Pero, ¿por qué asocio esos dos viajes?

Acaso Fidel sea antes que nada un español, un caballero español. En su libro *Españoles de mi tiempo*, Salvador de Madariaga dijo que Picasso, como cualquier español que se respetara, había hecho lo que había hecho, plantándose ante la pintura del mundo, con la expresión: “Porque me da la gana”. Esta era quizá una descripción adecuada para Castro, antes que el marxismo-leninismo.

Cuando regresé de reunirme con Castro (en realidad a la mañana siguiente, pues ese encuentro había terminado a las cinco de la mañana), le conté a Javier, sorprendido, qué libros tenía Castro en su escritorio, y cuáles parecía leer más. Antes de poder decírselo, Javier me dijo: “¿Libros españoles?, ¿poesía española?”. Esos eran, en efecto, los que parecían más trajinados en esa biblioteca en la que había libros sobre todo, incluidos libros sobre genética vacuna. Cuento esta anécdota porque ilustra una vena profunda de Javier (que lo conectó con Castro), y es su profunda raíz española. En los fines de semana, en esos diez años de Naciones Unidas, en esa casa de Sutton Place que daba al East River, en sus escasos ratos de ocio, escuchaba música clásica, siempre, y leía a Garcilaso (el español), o releía a Cervantes.

Cuando casi a finales de su gestión logró la independencia de Namibia, el último país en descolonizarse, los sudafricanos pre-Mandela le dijeron que un obstáculo era la presencia de las tropas cubanas en Angola. Javier llamó a Castro y le pidió que las sacara, diciéndole que los Estados Unidos y otros países estaban dispuestos a financiar la repatriación. Le pregunté entonces a Javier qué creía que haría Castro: “Se va a llevar las tropas”, me dijo. “¿Le crees?”, volví a preguntar. “Por supuesto. Me ha dado su palabra, y se las va a llevar con su plata. El honor español no le permitiría otra cosa”. Castro cumplió y se llevó sus tropas, con dinero cubano, por supuesto.

Cuando regresó al Perú, Javier volvió sin tener necesidad de hacerlo, pues pudo vivir en cualquier parte del mundo.

Podía decir, como Alfonso Reyes en *Visión de Anáhuac*:

*No estoy arrepentido
del ancho mundo.
No vuelvo yo,
sino mis pies esclavos.*

A partir de entonces, salvo el año de campaña electoral, dividió su tiempo entre Lima y París. Lo veía varias veces al año. Una de sus nuevas tareas fue presidir una comisión mundial sobre cultura y desarrollo. En ella estaban, entre otros, Claude Levi-Strauss, Derek Walcott y Celso Furtado. ¿Qué mejores aportes podrían haberse encontrado? El fundador del estructuralismo se había hecho famoso en 1954 cuando publicó *Tristes Tropiques*, tal vez la reflexión contemporánea más importante sobre las civilizaciones. Por su parte, el poeta caribeño había escrito que en las pequeñas islas del Caribe “the Fine Arts flourish on irregular Thursdays...”.

En 1993 vi a Javier, entre otros sitios, en San José de Costa Rica, donde esa comisión celebraba una reunión. Hablamos allí de qué ocurriría en las elecciones de 1995. Pérez de Cuéllar carecía de apetito político, pero sentía que tenía que devolver algo al país del que salió. Sin esa premisa, es imposible entender por qué se metió más tarde en una aventura presidencial tan riesgosa.

La campaña electoral de Pérez de Cuéllar contra Fujimori

A principios de 1994, sentí que Javier había tomado una decisión interior al respecto. “¿Debo ser candidato?”, me preguntó, pero en la pregunta yo sentí que lo había decidido. “¿Me vas a ayudar?”, volvió a interrogar. “Por supuesto”, fue mi respuesta, para luego exponerle que sería difícil ganarle a Fujimori. Fue en una larga caminata por el Quai D’Orsay, acaso algo muy apropiado para una decisión de diplomático, ya que pasamos delante del Ministerio de Relaciones Exteriores francés. Recordaría la circunstancia después, en plena campaña, porque Javier cometería el error de tantos diplomáticos en política (excepto Bismarck).

En julio de 1994 nos encontramos en Miami, donde Alfredo Keller y yo le presentamos los resultados de una amplísima encuesta que le daba a Fujimori un treinta y ocho por ciento de intención de voto, un núcleo duro muy amplio y fuerte, y veinticinco a él. Con todo, casi un cuarenta por ciento de la gente no había decidido su voto, pero eran necesarias ofertas muy concretas sobre sus problemas para cambiar la tendencia del voto. Keller y yo veíamos esa información como una mina de oro, pero a Javier no parecía realmente interesarle. Perteneecía a una escuela política más vieja, de balances de fuerzas, de lecturas sutiles del alma humana, ajena por completo a todo mercadeo. “Ustedes son muy abstractos”, nos dijo. “Parecen matemáticos”.

Él estuvo más bien al margen de la creación del partido que lo lanzó a la Presidencia, Unión por el Perú, que yo

formé con ayuda principalmente de gente de izquierda en el sur andino, entre la que el más conocido era Daniel Estrada, Alcalde del Cusco.

En Miami decidimos que Javier volaría a La Paz, y de allí entraría por tierra, por Desaguadero, al Perú, para iniciar su campaña presidencial. Así, viajó a La Paz desde Miami. Envié a la capital boliviana a un académico, Róger Guerra-García, Rector de la Universidad Cayetano Heredia, y a la frontera, para recibirlos, a un militar, el general Carlos Mauricio. Ninguno era un político tradicional, y queríamos dar ese mensaje.

El filósofo Augusto Castro había vivido en Puno años atrás, en su época de militancia marxista, y era amigo del alcalde de Ilave, Gregorio Ticona. Él me ayudó a organizar la significativa (y festiva) entrada de Pérez de Cuéllar por Ilave, rodeado de miles de mujeres aimaras con sus vestidos multicolores. La idea era que recorriera el sur andino y llegara a Arequipa, desde donde vendría por tierra a Lima.

Todo eso se cumplió, pero no la segunda parte del programa, cual era que Pérez de Cuéllar saliera, después de permanecer muy pocos días en Lima, para comenzar una larga gira terrestre por el norte. La estrategia era que Javier no hablara sino que escuchara, para al final decir algo como: me decían que el Perú estaba muy bien, pero esto es lo que he visto: pobreza, atraso, problemas sin resolver.

Yo había ido a buscar a David Garth a Nueva York, unos meses antes. Garth había sido el mago electoral de Luis Herrera Campins en Venezuela. Ese país salía en 1978 de un exitoso gobierno de Acción Democrática, y el candidato adeco, Luis Piñerúa, había adoptado el slogan de "Correcto". Herrera viajó por toda Venezuela y su publicidad mostraba el otro lado de la Luna y preguntaba siempre, al final: "¿Es esto correcto?". No lo era, al parecer, porque Herrera le ganó a Piñerúa. Yo recordaba esa campaña, y Alfredo Keller, que era venezolano, la conocía de memoria, de modo que busqué a Garth para hablar de ella, porque me parecía que podía calzar bien con la situación peruana.

Nunca fuimos una verdadera amenaza electoral para Fujimori. Hacia octubre, cuando Keller nos entregó los resultados de una segunda encuesta nacional que ordenamos, la ventana de oportunidad para un cambio se había cerrado definitivamente. Era casi imposible ganar esa elección. Javier Pérez de Cuéllar lo sabía, pero sentía que era su obligación, casi más moral que política, crear un cierto contrapeso a un poder que se anunciaba total.

Un cuarto del país votó por Pérez de Cuéllar. ¿Quiénes eran? No se hizo nunca una radiografía demográfica del voto. ¿Fue el cuarto “progresista”? ¿Fue el cuarto “formal”? ¿Fue el cuarto “tradicional”? Fujimori había estabilizado el país, había frenado la violencia. El país se sentía enrumbado, con un presidente que viajaba todo el tiempo por todo el territorio peruano.

Lo increíble es que, pese a no ser una amenaza, espionaron todos nuestros movimientos, grabaron todas nuestras conversaciones, y usaron a discreción la fuerza del ejército en la campaña. ¿Por qué era éste quien trasladaba las urnas de las mesas a los jurados provinciales? ¿Qué magia produjeron?

Pérez de Cuéllar mostró una extraordinaria dignidad en la derrota; casi diría, una frialdad. La política había sido simplemente un paréntesis en su vida. Para quien lo observara de cerca, su campaña evidenció el conflicto entre ser un político y ser un diplomático. Siempre mesurado, siempre reacio a ofrecer una promesa, Javier Pérez de Cuéllar imponía respeto pero no generaba calor, entusiasmo. Un político es alguien dispuesto a ofrecer siempre mucho más de lo que puede dar, y un diplomático, en cambio, es alguien que ofrece siempre mucho menos de lo que puede dar; guarda en la manga la mayor cantidad de cartas. Hay en la historia algunos casos de grandes diplomáticos que fueron asimismo grandes políticos, pero no en tiempos electorales; quiero decir, no en la edad democrática.

Javier Pérez de Cuéllar volvió a prestarse a la política el año 2000, como Primer Ministro del gobierno de transición

de Valentín Paniagua. Era un papel que se acomodaba perfectamente a su temperamento. Se trataba de la reconstrucción formal del país y sus instituciones, no de un gran cambio. El objetivo era restaurar una decencia perdida, en espera de que el país eligiera democráticamente otros rumbos.

¿Qué fue el fujimorato?

Alberto Fujimori es una extraña figura. Venía como de un mundo remoto, de una tradición asiática completamente distinta a la latinoamericana.

¿O el cruce del estrecho de Behring, hacía milenios, había enlazado profundamente ambas mentalidades? Hablaba un español extraño, pero también eso lo enlazaba con los otros migrantes peruanos, para quienes el español era una lengua ajena, acaso imperial y usurpadora.

Desde su inauguración y hasta 1992, lo vi con benevolencia. Pero mi posición frente a él cambió por completo con el golpe de Estado del 5 de abril de 1992. Me sorprendió y luego me indignó su mensaje de esa noche. Su tosco castellano ya no me resultaba gracioso.

Había sido electo con un programa “antisistema”, pero una vez en el poder se plegó al naciente Consenso de Washington. Así, su régimen inició las reformas económicas que cambiaron el modelo peruano. Pero ese régimen tuvo dos caras: una moderna, la de esas reformas, y otra premoderna, retoño de viejas tradiciones autoritarias y clientelistas.

La anomalía Fujimori se explica por dos graves desórdenes en la sociedad peruana que la precedieron: la hiperinflación y la violencia de Sendero Luminoso. La suma de las dos creó una ansiedad de orden parecida a la que creó los totalitarismos europeos de entreguerras, una de cuyas causas fue, como se sabe, el caos de la república de Weimar.

En el Perú, esos dos fenómenos habían neutralizado los poderes de casi todos los grupos “intermedios”, complementarios del Estado, y por tanto éste alcanzó, sin

que nadie se diera cuenta, lo que se llama en las ciencias sociales una extraordinaria “autonomía”.

De los tiempos del populismo, en el que los ciudadanos se acostumbraron a recibir los dones económicos del cielo del Estado, los peruanos habían pasado a las ingratas certezas del postpopulismo: todo depende de uno mismo, y nada se obtiene sin esfuerzo. Pero el populismo, además de haber erosionado sus valores públicos, les había dejado también un irremediable vacío. Sobre ese vacío se montó el régimen político de Alberto Fujimori. Ese vacío produjo un ánimo muy peculiar en los peruanos, sedó sus reacciones civiles.

Alexis de Tocqueville escribió que “una nación que no pide a su gobierno nada más que la preservación del orden, ya está esclavizada en su corazón”. Es un fenómeno que se había visto muchas otras veces en la historia. Mucho antes de Tocqueville, lo encontramos ya en Tácito. En los *Annales*, nos dice que Augusto “sedujo a los soldados con bonos, al pueblo con comida barata y con todas las dulzuras de la paz. Se volvió gradualmente más fuerte, y asumió las funciones del Senado, los magistrados y las leyes. Nadie se opuso a él, dado que los más valientes habían muerto en los campos de batalla o estaban exiliados, y los nobles que quedaron recibieron riquezas y puestos a cambio de aceptar la servidumbre. Enriquecidos por el nuevo régimen, prefirieron la seguridad del presente a los peligros del pasado”. Agreguemos que Augusto sucedió a un período de guerras civiles, y que el gran peligro de las guerras civiles, decía Tácito, es que pone al Ejército en el centro de la vida política, y que a nadie le importa.

El 5 de abril de 1992, Fujimori violó sus contratos constitucionales e impuso un “régimen de excepción”, lo que ha sido más bien la regla en América Latina.

Ese evento tenía detrás una larga tradición. El antecedente más antiguo de los golpes de Estado es, como se sabe, Julio César, con quien comenzó un patrón. Contra César estaba el Senado, apoyándose en la legalidad republicana. César

mantuvo los ropajes de esa legalidad, pero incorporando a gente nueva adicta a él.

Dieciocho siglos más tarde, Napoleón perfeccionó el patrón. En su *Historia del liberalismo político*, André Jardin ha dicho que “aparte del consenso popular, su poder se había fundado en la adhesión de las clases superiores. En el Brumario, asqueadas de la anarquía directoral, vendieron barato la libertad, para adherirse a un gobierno capaz de poner orden”.

La descripción podría aplicarse a lo que ocurrió con Fujimori. Con estas referencias clásicas tal vez estemos ennobleciendo exageradamente el caso que reseñamos, pero describe admirablemente el mecanismo.

Como todos los regímenes similares, el fujimorato se presentó como algo nuevo, pero en realidad se parecía a todos sus antecedentes. Era una nueva y viscosa forma de bonapartismo.

Tocqueville dijo, con desdén aristocrático, que el Segundo Imperio era “el paraíso de los envidiosos y los mediocres”. Pero el hombre que lo creó, Luis-Napoleón Bonaparte, alió astutamente la leyenda napoleónica con el sufragio universal. Sus ideas eran confusas y oportunistas, pero no le impidieron gobernar Francia durante veintiún años. “Una lectura atenta –ha escrito Theodore Zeldin– revela contradicciones sobre casi todos los temas. En el papel, era republicano, enemigo de la nobleza, proteccionista. En el poder, proclama el Imperio, concede títulos ducales y firma acuerdos de libre comercio con Inglaterra y otros países”.

La esencia del régimen bonapartista fue usar las instituciones democráticas del republicanismo para poner en práctica la dictadura. Aunque Luis-Napoleón seguía atentamente los vaivenes de la opinión pública –un siglo y medio después habría sido uno de los modernos adictos a la *encuestocracia*–, para él “la libertad suponía un jefe que mandara en nombre del pueblo”. La democracia existía sólo en tanto que fuente primera del poder, pero allí cesaba su contenido

real. Limitó la independencia de los ministros, disminuyó los poderes del Parlamento y destruyó la oposición. Fue el primer régimen 'moderno' que transformó la policía, de simple gendarmería, en un órgano de vigilancia y represión, no tanto de la delincuencia cuanto de la oposición política. Detrás de esa fachada, sin embargo, el lugar central lo tuvo el ejército, al que el régimen recurrió en cada momento crucial.

Fujimori conectó con una viejísima tradición peruana y latinoamericana: usó al ejército, el más viejo partido político del Perú, como su partido. Reconoció inmediatamente que la única institución estructurada era el Ejército, y que, en lugar de los partidos políticos, cuya función natural ha sido la de ser 'correos de transmisión', podía usar a los canales de televisión como esas correas, con la ventaja de que, a diferencia de los partidos, que generan también demandas de abajo hacia arriba, aquellos sólo transmitían de arriba hacia abajo, y lo proveían de un contacto directo con esas masas atomizadas. Apoyado sobre el vacío institucional, la fragmentación social y el respaldo del ejército, Fujimori propició una democracia "de baja intensidad".

Ese proceso coincidió, y se sobreimpuso, por así decirlo, a un proceso más largo: la incapacidad de la sociedad formal, criolla, del Perú para absorber la aparición de una sociedad migrante que hacía mucho tiempo penetraba sus umbrales, y que no se reconoció en las instituciones tradicionales del país. De ese telón de fondo surgió la crisis de la república criolla.

Fujimori no era, pues, una excepción. Pero aún me asombran los niveles a los que llegó en la convivencia entre el poder y la inteligencia militar, sostenido por supuesto en el dinero: "el vicio apoyado en el brazo del crimen".

Su gobierno está en la raíz de la modernización económica del nuevo país, pero al mismo tiempo degradó nuestra ya imperfecta cultura política, instalando una perversa cultura de la sospecha.

Escribir sobre el régimen de Fujimori, en parte régimen económico neoliberal comprensible para Wall Street, en

parte régimen dictatorial parecido en algunas cosas al de Ceaucescu, según comprobaría después leyendo sobre la caída del tirano rumano, requeriría talentos disímiles, de los que carezco: macroeconomía a lo Milton Friedman y algo de Graham Greene, pero también algo de Mario Puzo.

Epílogo

El país que llegó

Mientras las ideologías soñaban, apareció, sobre todo en los últimos quince años, un país nuevo, inesperado.

Un país predominantemente urbano. Durante décadas, nos acostumbramos a hablar del Perú profundo como el Perú del interior, del mismo modo que se decía que la esencia de India estaba en sus aldeas. Pero en poco tiempo, la mayoría de la población peruana vivirá en unas diez ciudades.

En el *Facundo*, Sarmiento vio que la lucha entre la ciudad y el campo era la lucha entre la civilización y la barbarie. Entre otras cosas, esa civilización reduce la pobreza, que baja conforme un país se acerca a las ciudades (de hecho, la pobreza extrema parece ser fundamentalmente rural). El lado negativo es que las aglomeraciones urbanas son desordenadas y muchas veces inseguras. Ya se sabe: el primer jardín lo hizo Abel, y la primera ciudad la hizo Caín.

Ese nuevo país muestra, en silencio además, el fin del dilema que dominó durante décadas todo el debate nacional: la divergencia entre hispanismo e indigenismo. El nuevo Perú es un país-fusión, como su cocina.

Quizá la contraparte es que no surgió, o no ha surgido todavía, una nueva "comunidad imaginada", sustituta de los mitos divergentes de antaño. ¿Qué somos de verdad los peruanos? ¿Cuáles son los mitos profundos y los deseos que nos unifican y nos representan?

Además de urbano, el nuevo país está dominado por nuevas clases medias, con muchos matices, pero todas encima del salario mínimo y por debajo de la opulencia. Es un fenómeno que se extiende por toda América Latina, donde por primera vez las clases medias parecen más grandes que

las “bajas”. Por tanto, es un país menos fragmentado, menos dividido en bloques como antaño, donde la gente no hace tantas reverencias a las jerarquías. Acaso es una sociedad más “plana” pero al mismo tiempo más “igual”.

¿Cómo se produjo este cambio? Los orígenes pueden ubicarse hacia 1940, cuando comenzaron las migraciones andinas hacia Lima. La reforma agraria de 1969 destruyó luego las estructuras tradicionales del poder y debilitó el campo, con lo que esas migraciones aumentaron. Pero esos migrantes tuvieron un tránsito afortunado: una primera generación muy pobre, y una tercera con títulos universitarios.

Sobre ese telón de fondo estructural, de *larga duración*, se superpusieron dos fenómenos trágicos. El primero fue el brote sangriento de Sendero Luminoso. El miedo *niveló* el país y creó una comunidad escondida donde antes había clases, razas, cofradías provincianas. El segundo fue la hiperinflación, cuyos efectos, según lo había mostrado la historia, enloquecían a las sociedades, *arrasaban* su pasado.

La suma de esas experiencias, *comprimidas* en un lapso históricamente muy breve, tuvieron el mismo efecto que si los Estados Unidos hubieran padecido, *al mismo tiempo*, la Guerra Civil, la Prohibición y el *crack* del 29. Su impacto combinado deshizo las viejas estructuras sociales y mentales. Apareció entonces un nuevo tipo de peruanos, pragmáticos y creativos, casi generaciones de sobrevivientes, pero con menos lastres que las generaciones del pasado.

Me pregunto si estas migraciones tienen algún parecido con aquellas de Corea del Sur después de la guerra en su península, que fueron vastas aglomeraciones urbanas que sirvieron de mano de obra barata a la expansión económica a partir de la toma del poder del general Park Chung-hee, en 1961.

Menos rural, este nuevo peruano es, por supuesto, más internacional que cualquiera de sus predecesores, y es contemporáneo, en consecuencia, de uno de los grandes fenómenos de nuestro tiempo: el de los ciudadanos nómades,

aquellos que nacieron en un país, se educaron en otro, se mudaron a trabajar en un tercero, y sus hijos viven ahora en un cuarto. Más que a naciones, sus memorias están atadas a ciudades. Sus hijos son *niños-nintendo*: juegan los mismos juegos en Lima que en Singapur o en El Cairo. Sus héroes y mitos no provienen de imaginarios nacionales sino de uno etéreo: el éter de la televisión por cable.

Por todo eso, hay quienes creen que la era digital es una era “sin locación”. Quizá este sea el verdadero choque de civilizaciones: el viejo nacionalismo versus esas experiencias novedosas de exilio o de mera deslocalización.

El exilio es, por supuesto, una realidad inmemorial de los hombres, pero el mundo contemporáneo ha presenciado este otro tipo de exilio, y sin él no se lo puede entender.

En un artículo titulado “Modern Odyseys”, Roger Cohen ha escrito que “puedes vivir en otro lugar por décadas y aun así ese lugar sólo es en tu corazón un sitio para acampar, un lugar para pasar la noche, pero arrancado de todo destino colectivo”.

Extrañamente, el exilio está ligado a la historia del Perú. Quien fue probablemente el primer peruano, el que inventó la patria criolla, el Inca Garcilaso, era también un exiliado. Añoraba el Cusco, pero jamás volvió, y se murió en Córdoba, transformado quizá en un andaluz. Y lo mismo era, a su manera, José de San Martín, pues, ¿qué español hablaba? Probablemente uno andaluz, contagiado en Málaga, donde vivió desde que tenía siete años. Vivió setenta y dos años, pero sólo pasó en América dieciocho.

Con la Independencia, miles de familias fueron arrancadas de sus hogares. Había más peruanos refugiados en el Real Felipe que los que habían firmado el Acta de la Independencia.

En *La promesa de la vida peruana*, Basadre dijo que el siglo XIX estaba lleno de peruanos que se fueron, exiliados, o “porque encontraban la patria demasiado absurda”.

En 1906, toda la familia García Calderón se trasladó a París, casi para no volver. Una leyenda, probablemente apócrifa,

cuenta que uno de ellos taconeó la cubierta del barco para decir: “De este país, ni el polvo”. El mayor de los hermanos, Francisco, tenía apenas veinticuatro años cuando publicó en francés *Le Perou contemporain*. Volvió con las justas por dos meses, para casarse, a fines de 1909, y luego no regresó hasta 1947, casi demente.

César Vallejo soñaba con los cóndores, pero también se murió en París, según había profetizado en su poema “Piedra negra sobre piedra blanca”.

Pero ahora no hay exiliados sino ciudadanos-nómades, y además abiertos al futuro. Esto es un cambio sideral, porque el Perú simuló siempre ser un país pesimista, una tendencia reforzada por las imágenes que nos dejaron los viajeros, sobre todo de Lima.

Benjamín Vicuña Mackenna dijo que Lima era “una ninfa del ocio”.

Un marino mercante norteamericano la visitó en las primeras décadas del XIX y sintió un inmediato disgusto con la ciudad. Su nombre era Herman Melville. En la novela legendaria que más tarde escribió, *Moby Dick*, dijo que Lima era “*the tearless city*”, la ciudad sin lágrimas. Esa ciudad, donde no llovía nunca, le pareció “la más extraña y más triste de todas las ciudades”.

Al ilustrado barón Humboldt, que la visitó en el alba de aquel siglo XIX, la ciudad tampoco lo sedujo, y sus comentarios sobre su salubridad y el carácter de sus gentes no son precisamente halagadores.

A Darwin, que pasó brevemente por el Perú en su viaje del *Beagle*, el Callao le pareció un puerto “mal construido e inmundo”, y sus habitantes, como los de Lima, le dieron la impresión de ser “un pueblo depravado y borracho”.

Mucho más tarde, el poeta César Moro bautizó la ciudad como “la horrible”, un juicio que Sebastián Salazar Bondy usaría como título para sus reflexiones sobre la cultura criolla.

¿Cuándo comenzó ese pesimismo?

En todo caso, fue Vargas Llosa quien le dio partida contemporánea de nacimiento. En 1969, publicó *Conversación en La Catedral*, esa mítica novela que comienza cuando el personaje, Zavalita, toma un colectivo y sólo ve en la avenida Tacna desorden, ruido, fealdad, y entonces se pregunta: “¿Cuándo se jodió el Perú?”.

Qué extraño poder de vaticinio de la novela.

Cuando todavía España era, entre Felipe II y Felipe III, el primer poder del mundo, comenzó a su vez el pesimismo profundo sobre España. Fue la era del *Quijote*, y es prueba de que a veces la desdicha opera más fructíferamente que la felicidad en ciertos asuntos humanos. Esa duda fue el comienzo de la más espectacular, suntuosa y brillante etapa de la cultura española, un Siglo de Oro inigualado después.

El Perú de hoy no es el de Zavalita. Ahora hay un espíritu optimista; de hecho, estamos ante una increíble “ventana de oportunidad”. Por un lado, una ventana externa. A fines del siglo XIX, la expansión de la República Aristocrática fue provocada por la sostenida expansión europea desde el fin de la guerra franco-prusiana hasta la Gran Guerra. El crecimiento de América Latina está ahora impulsado por la expansión asiática, concentrada en dos grandes civilizaciones: China e India. ¿Cuánto puede durar? El tiempo suficiente para que nosotros lleguemos al desarrollo.

Por otro lado, estamos también ante una ventana de oportunidad interna: nuestra población no ha envejecido todavía, es joven. Trabaja, en lugar de presionar las pensiones, y lo hará todavía por un tiempo, el tiempo que podemos usar para el despegue. Es nuestro “bono demográfico”. Es algo que ocurrió en el sudeste asiático, y estuvo en la base de su desarrollo.

Finalmente, una de las fuerzas de este nuevo país es que estamos, además, en el corazón de Sudamérica.

En 1831, un joven aristócrata francés, cuya familia había sufrido los extremos de la gran revolución, se embarcó con un amigo para conocer los Estados Unidos, el Nuevo Mundo. Al volver, Alexis de Tocqueville escribió *La démocratie en Amérique*,

convertida en la meditación clásica sobre la naturaleza del régimen democrático. El primer tomo se publicó en 1835, y convirtió al autor en una celebridad a los treinta años, miembro precoz de la *Academie Francaise*.

El libro ha sobrevivido a toda la edad moderna, y quizá una de las razones sea su rara calidad profética. Profetizó, entre otras cosas, que los Estados Unidos y Rusia serían las potencias antagónicas del futuro. Fue una intuición genial, pero a veces he pensado si no fue solamente una inteligente observación cartográfica. Al fin y al cabo, los dos grandes países-continente se tocan en Alaska.

¿Qué vería un observador en un mapamundi del año 2050? Vería sin duda, otra vez, a esas dos grandes potencias: a Rusia, el casi infinito territorio de diecisiete millones de kilómetros cuadrados, a medio camino entre Europa y Asia, y a América del Norte.

Vería por supuesto Europa, extendida como en el sueño gaullista hasta los Urales (y hasta el mundo del Islam).

Vería, qué duda cabe, a China, de regreso a la condición de primera potencia del mundo que tenía antes de la revolución industrial.

Vería asimismo India, tan importante como China.

Vería tal vez Australia, la isla-continente.

No vería nada significativo en el África, salvo quizá Sudáfrica, en el cuerno del continente perdido.

Y vería, finalmente, una enorme plataforma llamada Sudamérica, que tiene ya una población de cuatrocientos millones de habitantes, casi igual a la de Europa y mayor que la de Estados Unidos. Posee tantas reservas de petróleo como Europa y la ex Unión Soviética, el doble que toda América del Norte, y dos veces y media las del Asia. Tiene también las mismas reservas de gas natural que América del Norte, las más grandes de agua dulce del mundo —esa preciosa materia prima del futuro—, de las que tiene unas once veces la dotación de Europa, cuatro veces la de América del Norte, y casi dos veces la de Asia.

Somos el continente de la utopía, el territorio de la imaginación. Siempre La Mancha.

América comenzó como un Edén, al punto que a Colón le pareció que los hombres que encontró “vivían según la naturaleza”. Todas las cosas eran nuevas; los árboles y animales eran más grandes, y tenían colores más vivos que en el mundo viejo.

El Descubrimiento fue una fábula literaria, renacentista. América era el lugar del paraíso de Luciano y de Virgilio. Cuando Tomás Moro publicó *Utopía*, en 1516, imaginó un mundo inmune a los vicios de Europa. En la imaginación de los descubridores, el Orinoco era uno de los cuatro ríos que regaban el Edén.

Los conquistadores, que reemplazaron a los descubridores, tenían en cambio una imaginación medieval, venían del mundo del Mío Cid. Como Irving Leonard mostró hermosamente en *Books of the Brave*, devoraban novelas de caballería. Amadís de Gaula se había mudado al paraíso. Esto era el *Novus Mundus* de Américo Vespucci, aquello que llamaríamos América desde el mapa de Martín Waldseemüller.

La Ilustración fue un segundo descubrimiento, la época de viajeros ilustrados como La Condamine o Juan y Ulloa y, casi a continuación, Humboldt y Darwin, que renovaron el deslumbramiento ante el Edén.

Junto con el Edén, sin embargo, casi desde el principio, apareció su descontento. Miguel de Cervantes trató de pasar a América, como muestra una carta suya a Antonio de Eraso, del Consejo de Indias, en 1582. Pero después se olvidó del asunto americano. En *El celoso extremeño* dijo que América era “iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, engaño común de muchos y remedio particular de pocos”.

He escrito este libro sobre otros alzados, y ahora que lo termino, vuelvo mentalmente al comienzo, al mundo de mi infancia. “El país en el que nacimos ya no existe”. Así comenzaba *La república embrujada*, mi libro de 1995, y mi intento de comprender la historia del Perú.

En *El gatopardo*, al final, hay un gran baile, también de final de temporada. En él está extraviado don Fabrizio, el melancólico Príncipe de Salina. Pertenece a un mundo que se evapora, sustituido por el nuevo de la Unificación y la República. Le aburre lo que escucha y se retira a su biblioteca a reflexionar sobre las tumbas de sus ancestros, su propia mortalidad, el paso de los regímenes.

Mucho más tarde, un catalán, Josep Pla, escribió: “Es curiosa la cantidad de raíces que tenemos. Cuanto más libres y desarraigados nos creemos, más nos gobiernan la tierra y los antepasados”.

Toda mi vida ha estado dominada –quizá podría decir embriagada– por la historia del Perú. Sin embargo, carezco de su nostalgia. Creo apasionadamente en el futuro de mi país, y cada fibra de mi ser está persuadida de que somos, como dijo a principios del siglo XX don José de la Riva-Agüero, “el país primogénito de la América del Sur”.

Entiendo el pasado, que para mis hijos será pura arqueología. Así, me veo de alguna manera como un puente cultural, y acaso este libro sea una larga carta a mis hijos para contarles qué pasó en el último medio siglo de su patria.

Índice onomástico

- Adán, Martín 56
Adenauer, Konrad 110
Aguirre Cerda, Pedro 59
Agustín, San 193
Ajmátova, Anna 86, 249
Alberti, Rafael 159
Alegria, Ciro 118, 187
Alejandro II 84, 102
Alessandri, Jorge 59
Aleixandre, Vicente 170
Alfonso XIII 143
Allende, Isabel 256
Allende, Salvador 35, 59, 60, 61,
70, 98, 124, 228
Althusser, Louis 84
Alva Castro, Luis 243
Anderson, Benedict 25
Apollinaire, Guillaume 57
Arafat, Yasser 39
Arango de Pastrana, María Cristina
265, 273
Arango Vélez, Carlos 265
Arciniegas, Germán 117
Arguedas, José María 52, 53, 56,
118, 187, 203, 207, 209, 211,
212, 213, 214, 215, 216, 217,
218, 219, 220
Armas Marcelo, J.J. 37
Artola, Armando 248
Ashton, Dore 57
Asturias, Miguel Angel 187
Atahualpa 22, 56
Ataturk, Kemal 149, 166
Ataucusi, Ezequiel 248
Aub, Max 17
Augusto, emperador 294
Ávila Camacho, Manuel 245
Azaña, Manuel 59, 166
Baca Carbo, Raúl 171
Bakunin, Mijail 101
Balcells, Carmen 36, 234, 255,
256
Balmaceda, José Manuel 60
Balzac, Honoré de 187
Barbusse, Henri 137
Barga, Corpus 49, 50, 51, 52, 53
Baroja, Pío 50
Barr, Alfred Jr. 53
Barral, Carlos 36, 211
Barranca, Sebastián 22
Barrantes Lingán, Alfonso 75,
231, 243
Barres, Maurice 116, 117, 276
Barrios Llona, Luis 175
Basadre, Jorge 303
Bataille, George 198, 199
Batista, Fulgencio 40, 42
Baudelaire, Charles 198
Baylyn, Bernard 21
Beauvoir, Simone de 36, 195
Beckett, Samuel 256
Béjar, Héctor 33, 75
Belaúnde Diez Canseco, Rafael
140, 176
Belaúnde Terry, Fernando 28, 44,
73, 78, 118, 121, 123, 125, 126,
141, 144, 145, 167, 168, 169,
170, 171, 172, 173, 174, 175,
176, 177, 178, 179, 180, 181,
227, 234, 235, 237, 238, 247
Belaúnde Terry, Francisco 172
Belinsky, Vissarion 101, 102
Belmont, Ricardo 238

- Beltrán, Pedro G. 90, 91, 95, 140
Ben Bella, Ahmed 98
Benavides Oscar R. 51, 139
Benjamin, Walter 256, 257
Beria, Lavrenti 89, 93, 190
Berlín, Isaiah, 101, 103, 197, 204
Berman, Paul 32
Bernstein, Eduard 147
Besteiro, Julián 88
Betancourt, Rómulo 45, 121, 122,
123, 179
Betancur, Belisario 274
Billinghurst, Guillermo 138
Bismarck, Otto von 271, 289
Blair, Eric, ver Orwell, George 93
Blake, William 198
Blanc, Louis 101
Blanco, Hugo 35, 99, 100, 189
Bleichroder, Gerson von 271
Bloch, Ernst 255
Bloom, Harold 27
Blum, León 59
Blunt, Anthony 94
Boisdefre, Pierre de 189
Bolívar, Simón 111, 266, 276
Bonaparte, Luis-Napoleón, 295
Bonaparte, Napoleón 204, 295
Borbón, Jaime de 143
Borbón, Juan Carlos de 143
Borges, Jorge Luis 109, 210, 250,
252, 281
Borja, Rodrigo 78
Bormann, Martin 256
Bosch, Juan 78
Botero, Fernando 68
Botero Zea, Fernando 275
Bourricaud, Francois 145, 246
Bouteflika, Abdelaziz 71
Brandt, Willy 122, 163, 164
Braudel, Ferdinand 70
Bravo Bresani, Jorge 211
Brecht, Bertold 256, 257
Brenan, Gerald 99
Bressano, Hugo 99
Breton, André 30,, 56, 57, 85
146, 148, 161
Brodsky, Joseph 257
Bronté, Emily 198
Browder, Earl 40
Brown, Archie 95
Buber, Martin 86, 255
Buckley, James 90
Buckley, William 90, 95
Bujarin, Nicolai 92
Burns Marañón, Tom 25
Buruma, Ian 25
Bush, George H. 285
Bustamante y del Villar, José 26,
271
Bustamante y Rivero, José Luis
56, 90, 132, 139, 140, 171, 176
Bustamante y Salazar, Enrique
Bustamante, Celia 52
Caballero y Góngora, Antonio 266
Cabrera Infante, Guillermo 37, 38,
252
Cabrera Infante, Miriam 38
Cabrera, Jerónimo de 22
Calvino, Italo 36
Calvo, César 72
Camus, Albert 21, 22, 93, 157,
158, 185, 186, 188, 193, 194,
195, 197, 198, 204, 223
Capa, Robert 187
Carbonetto, Daniel 232
Cardenal, Ernesto 65
Cardoso, Fernando Henrique 273
Carr, E.H. 103
Carter, Jimmy 165, 270
Casares, María 195
Castellet, José María 36
Castiella y Maíz, Fernando María
140, 141, 142
Castillo, Luciano 24, 90
Castoriadis, Cornelius 159

- Castro, Fidel 32, 34, 39, 40, 41,
42, 43, 44, 45, 46, 47, 74, 84,
119, 123, 124, 130, 286, 287,
144, 145
- Castro, Raúl 45
- Castro, Augusto 290
- Catón de Utica 160
- Cavafis, Constantin 98
- Ceausescu, Nicolae 42, 297
- Celan, Paul 31
- Cervantes, Miguel de 287, 307
- Chambers, Whitaker 90, 92, 94, 95
- Char, René 195
- Chateaubriand, Francisco de Assis
141, 142
- Chávez, Hugo 45, 163
- Checa Solari, Manuel 68, 175
- Cehabi, Houang 42
- Chernichevsky, Nicolai 103
- Chibás, Eddy 39, 40, 123, 130
- Churchill, Winston 231
- Cicerón 160, 253
- Cienfuegos, Camilo 44
- Cisneros, Antonio 66
- Clausen, Tom 243
- Clinton, Bill 279
- Cobo Borda, Juan Gustavo 263
- Codovilla, Victorio 89, 137
- Cohen, Roger 303
- Cohn-Bendit, Daniel 32
- Colón, Cristóbal 307
- Conde de Nieva 22
- Conquest, Robert 86
- Conselheiro, Antonio 203, 205
- Cornejo Chávez, Héctor 128
- Correa de Belaúnde, Violeta 173,
174
- Correa Elías, Javier 169
- Cortázar, Julio 157, 210, 213, 214
- Costa-Gavras 258
- Cristalli Frasinelli, Homero 99
- Cromwell, Oliver 199
- Cueto, Alonso 65, 66
- Cunhal, Alvaro 165
- D'Astier, Emmanuel 185
- Da Cunha, Euclides 204
- Darío, Rubén 119, 120
- Darwin, Charles 304, 307
- De Belaúnde, Javier 29, 67
- De la Puente Uceda, Luis 75, 119
- De las Casas, Bartolomé 222
- De los Ríos, Fernando 88
- De Soto, Alvaro 43
- De Soto, Hernando 233, 234
- Debray, Régis 75, 212
- Del Mazo, Gabriel 122
- Delgado Chalbaud, Carlos 72
- Delgado Olivera, Carlos 65, 66, 68,
69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77,
78, 79, 97, 98, 232, 235
- Delgado, Washington 73
- Deng Xiao Ping 190
- Deutscher, Isaac 84
- Deutscher, Tamara 36
- Dicenta, José Luis 241, 268, 281
- Dimitrov, Georgi 89
- Diez Canseco, Javier 67
- Djilas, Milovan 68
- Domenach, Jean-Marie 258
- Domínguez Michael, Christopher
160
- Dornbusch, Rudiger 271
- Dubcek, Alexander 241
- Duchamp, Marcel 156
- Duras, Marguerite 36
- Durruti, Buenaventura 89
- Duvalier, Francois 42
- Edwards, Alberto 60
- Edwards, Jorge 35, 37, 60, 153
- Ehrenburg, Ilya 49
- Eielson, Jorge Eduardo 55
- Einstein, Albert 110
- Einaudi, Giulio 37
- Eisenstadt, Stuart 270

- Eisenstein, Serge 105 239, 243, 244, 249, 251, 281,
 Elías Calles, Plutarco 135, 245 282, 283, 289, 291, 293, 294,
 Eliot, T.S. 257 295, 296
 Eluard, Paul 159 Furet, Francois 83
 Enzensberger, Hans Magnus 36 Furtado, Celso 288
 Erasmo de Rotterdam 111, 112
 Eraso, Antonio de 307 Gabo, Naum 105
 Escobar, Alberto 211 Gaitán, Jorge Eliecer 264
 Escobar, Paul 223 Galán, Luis Carlos 273, 276
 Estrada, Daniel 290 Galbraith, John Kenneth 207
 Gallegos, Rómulo 187
 Fanon, Franz 189 Galtieri, Leopoldo 98
 Faulkner, William 187, 188, 210,
 245, 247 García Bedoya, Carlos 79, 129
 Favre, Henri 211 García Calderón, Francisco 304
 Felipe II 42, 305 García Calderón, los 117, 303
 Felipe III 305 García de la Barga, Andrés 49
 Fellini, Federico 27, 86 García Márquez, Gabriel 217, 252,
 265, 276
 Fernández Retamar, Roberto 213 García Pérez, Alan 39, 46, 111, 130,
 177, 227, 228, 229, 230, 231,
 Figueres, José 121, 179 232, 233, 234, 244, 248
 Fitzgerald, Scott 16 García y García, Arturo 60, 61
 Flaubert, Gustave 116, 217 Garcilaso de la Vega 287
 Flores Galindo, Alberto 222 Garcilaso, Inca 303
 Fortuny, Mariano 104 Garth, David 290
 Fourastié, Jean 179, 190 Gasset y Artime, Eduardo 50
 Foustel de Coulanges, Numa Gaviria Trujillo, César 273, 274,
 Denys 27 280
 Foxá, Agustín de 25 Genet, Jean 198
 Fraga Iribarne, Manuel 230 Germani, Gino 177
 Franco Bahamonde, Francisco 41,
 43, 61, 92, 230 Gide, André 85, 93, 116, 117, 190,
 Franco, Carlos 232 194
 Frei Montalva, Eduardo 59, 60, 121,
 179 Gil Robles, José María 177
 Freud, Sigmund 30, 157 Gimferrer, Pere 154, 160
 Freyre, Gilberto 70 Glinka, Mijail 104
 Frías Torrico, Ismael 72, 76, 97, 223 Glucksman, André 30
 Friedman, Milton 233, 297 Goethe, J.W. 25, 122, 256, 258
 Fromm, Erich 131 Gómez Sicre, José 53
 Frondizi, Arturo 179, 180 Gómez, Juan Vicente 41
 Fuentes, Carlos 29, 37, 155, 210,
 252 Gómez, Laureano 264, 265
 Fujimori Fujimori, Alberto 172, 230, Góngora y Argote, Luis 240
 239, 243, 244, 249, 251, 281,
 282, 283, 289, 291, 293, 294,
 295, 296
 Furet, Francois 83
 Furtado, Celso 288
 Gabo, Naum 105
 Gaitán, Jorge Eliecer 264
 Galán, Luis Carlos 273, 276
 Galbraith, John Kenneth 207
 Gallegos, Rómulo 187
 Galtieri, Leopoldo 98
 García Bedoya, Carlos 79, 129
 García Calderón, Francisco 304
 García Calderón, los 117, 303
 García de la Barga, Andrés 49
 García Márquez, Gabriel 217, 252,
 265, 276
 García Pérez, Alan 39, 46, 111, 130,
 177, 227, 228, 229, 230, 231,
 232, 233, 234, 244, 248
 García y García, Arturo 60, 61
 Garcilaso de la Vega 287
 Garcilaso, Inca 303
 Garth, David 290
 Gasset y Artime, Eduardo 50
 Gaviria Trujillo, César 273, 274,
 280
 Genet, Jean 198
 Germani, Gino 177
 Gide, André 85, 93, 116, 117, 190,
 194
 Gil Robles, José María 177
 Gimferrer, Pere 154, 160
 Glinka, Mijail 104
 Glucksman, André 30
 Goethe, J.W. 25, 122, 256, 258
 Gómez Sicre, José 53
 Gómez, Juan Vicente 41
 Gómez, Laureano 264, 265
 Góngora y Argote, Luis 240
 Gonzalez, Felipe 47, 130 144, 163,
 164, 165, 166, 177, 285

- Gorbachov, Mijail 45
 Gorki, Máximo 36, 93
 Gorz, André 37
 Goulart, Joao 70
 Goya, Francisco 25
 Goytisolo, Luis 36
 Goytisolo, Juan 36
 Grados Bertorini, Alfonso 171
 Grau, Ricardo 110
 Greene, Graham 297
 Grenier, Jean 193
 Grove, Marmaduke 59
 Guerra-García, Roger 290
 Guerra, Rui 203, 204
 Guevara, Ernesto Ché 34, 213
 Guibert, Rita 214
 Guillaume, Gunter 163
 Guimaraes Rosa, Joao 252
 Güiraldes, Ricardo 187
 Gunther, John 109, 110
 Guzmán, Abimael 32, 205, 282
- Habermas, Jurgen 255
 Hall, Arsenio 279
 Hammel, Eugene 24
 Harnecker, Marta 83, 84
 Harvard, John 267
 Havel, Vaclav 32, 241, 255, 268
 Haya de la Torre, Agustín 109
 Haya de la Torre, Agustín (hijo) 67
 Haya de la Torre, Raúl 109
 Haya de la Torre, Víctor Raúl 68,
 69, 73, 74, 75, 79, 87, 88, 89,
 109, 110, 111, 112, 113, 115, 116,
 117, 118, 119, 120, 121, 122,
 123, 124, 125, 126, 127, 128,
 129, 131, 132, 133, 134, 135,
 136, 137, 138, 139, 140, 141,
 142, 143, 144, 145, 146, 148,
 149, 150, 163, 165, 168, 174,
 175, 176, 178, 179, 230, 249
 Hayek, Friedrich von 197, 233
 Hdj, Mussali 137
- Heidegger, Martin 83, 259
 Herrera Campins, Luis 290
 Herrera, Luis Alberto 69
 Herzen, Alexander 101, 102, 103
 Hesse, Herman 27, 255, 256
 Heysen, Luis 129
 Hidalgo, Alberto 74
 Higuchi, Susana 282
 Hilferding, Rudolf 147
 Hiss, Alger 94, 95
 Hitler, Adolf 32, 69, 83, 89, 93, 138,
 256
 Ho Chin Minh 137
 Hobbes, Thomas 199
 Hobson, J.A. 147
 Hoffman, Abbie 32
 Holbein, Hans 111
 Hoyos Rubio, Rafael 44
 Hugo, Victor 16, 119
 Humboldt, Alexander von 304, 307
 Hussein, Sadam 32, 286
- Ibáñez, Paco 33
 Icaza, Jorge 187
 Idiáquez, Jorge 110, 115, 125, 126,
 129
 Igartua, Francisco 49, 65
 Iglesias, Enrique 171 228
 Iglesias, Julio 169, 170
 Iglesias, Pablo 88
 Incháustegui, Juan 238
 Irigoyen, Hipólito 134
 Irving, Washington 104
 Isherwood, Christopher 55, 109
 Jardin, André 295
 Jaspers, Karl 83, 255
 Jeanson, Francis 194
 Jiménez, Juan Ramón 50
 Jovellanos, Gaspar Melchor de 104
 Joyce, James 210, 211
 Juan y Santacilia, Jorge 307
 Judt, Tony 31, 32
 Julio César, emperador 294

- Kalbichiec, Víctor 84
 Kafka, Franz 157, 198, 259, 268
 Kamenev, Lev 92
 Kandinsky, Vasily 105
 Kautsky, Karl 147
 Keller, Alfredo 289, 290, 291
 Kennedy, Edward 37
 Kennedy, John 126, 163, 180
 Kennedy, Katheleen 46
 Kennedy, Robert 46
 Keyserling, Hermann 111, 138
 Khomeini, Ayatolah 37
 Kipling, Rudyard 193
 Klaren, Peter 133, 134, 178
 Koch, Stephen 137
 Koestler, Arthur 92, 93, 84, 94
 Kolakowski, Leszk 95, 255
 Kornai, Janos 270
 Krauze, Enrique 155
 Kreisky, Bruno 163
 Krevchenko, Victor 92
 Kristal, Efraim 204, 223
 Kubitschek, Juscelino 121, 178,
 179, 180
 Kutuzov, Mikhail 204

 La Condamine, Charles Marie de
 307
 La Torre, Augusta 32, 205
 Lang, Fritz 105
 Larco Cox, Guillermo 228, 229, 230
 Largo Caballero, Francisco 166
 Larina, Ana 92, 93
 Laserna, Mario 265
 Lavalley, Hernando de 175, 176
 Le Corbusier 105
 Leaud, Jean-Pierre 245
 Leger, Fernand 155
 Leguía y Mariátegui, Ricardo 285
 Leguía y Martínez, Germán 135
 Leguía, Augusto B. 68, 72, 91, 127,
 134, 135, 149
 Leguía, Jorge Guillermo 135

 Leiris, Michel 37, 180
 Leiva, Álvaro 277
 Lenin 42, 84, 85, 95, 103, 104, 131,
 136, 138, 147, 185, 259
 Lennon, John 53
 León de Portocarrero, Pedro 23
 León de Vivero, Fernando 125, 126
 León XIII 281
 Leonard, Irving 307
 Lepiani, Juan 26, 171
 Levi-Strauss, Claude 70, 156, 193,
 219, 288
 Levy, Bernard-Henri 30
 Lincoln, Abraham 102
 Lindley, Nicolás 145
 Linz, Juan 42
 Livio, Tito 17
 Lleras Camargo, Alberto 121, 123,
 179, 264, 265, 266, 276
 Lleras Restrepo, Carlos 78, 121,
 179, 265, 274
 Llosa, Luis 33, 49, 65, 244
 Loayza, Luis 186
 Lombardi, Guido 72
 López Pumarejo, Alfonso 266
 Lora, Guillermo 100
 Loret de Mola, Carlos 175
 Lowell, Robert 257
 Luce, Henry 95
 Luciano 307
 Luis XIII 25
 Luis XIV 25
 Luis XVI 143
 Lula, Luis Ignazio da Silva 32
 Lunacharski, Anatoli 131
 Lutero, Martín 112

 Machado, Antonio 51, 160, 166
 Machado, Manuel 166
 Madariaga, Salvador de 50, 287
 Madero, Francisco 135
 Magris, Claudio 255
 Maiacovski, Vladimir 36

- Malachowski, Ricardo 51
 Malaparte, Curzio 16
 Malevich, Kazimir 105
 Malloch-Brown, Marc 237, 243
 Malpica, Carlos 35
 Malraux, André 16, 51, 66, 85, 179,
 187, 189, 195, 210, 223, 259, 260
 Mandela, Nelson 287
 Mandelstam, Nadiezhda 155
 Mandelstam, Ossip 86, 155
 Manet, Edgar 25
 Mansfield, Harvey 17
 Mao Tse Tung 31, 34, 42, 83, 190,
 191
 Maquiavelo, Nicolás 17, 102, 247,
 280
 Marcel, Gabriel 189
 Marco Craso 160
 Marcos, Ferdinand 42
 Mariátegui, José Carlos 88, 134
 Marinetti, Filippo Tommasso 155
 Marulanda, Manuel, alias Tirofijo
 276, 277
 Marx, Karl 30, 95, 101, 103, 125,
 131, 146, 147, 148, 259
 Matos Mar, José 211
 Mauricio, Carlos 290
 Mazarino, cardenal 181
 Mazzini, Giuseppe 101
 McCarthy, Joseph 94
 McNamara, Robert 243
 Medina Angarita, Isaías 121
 Melgar, Carlos Enrique 125
 Mella, Julio Antonio 137
 Melville, Herman 211, 304
 Mendes-France, Pierre 164
 Menem, Carlos Saúl 99
 Mercader, Ramón 85
 Merleau-Ponty, Maurice 93, 198
 Mesa Gisbert, Carlos 273
 Methol Ferré, Alberto 68, 69
 Meyer, Michael 241
 Michelet, Jules 198
 Mikoyan, Anastas 30
 Mirabeau, conde de 132
 Miranda, Francisco de 111
 Miró Quesada Antonio 75, 177
 Miró Quesada de la Guerra, Luis 91
 Mises, Ludwig von 197
 Mitterrand, Francois 121, 124, 163,
 164, 181
 Modigliani, Amadeo 49, 50
 Molotov, Mijail 93
 Mondrian, Piet 105
 Monnet, Jean 142
 Montaigne, Michel de 161
 Montaner, Carlos Alberto 234
 Morales Bermúdez, Francisco 39,
 71, 125, 168, 169, 170, 186
 Morales Bermúdez, Remigio, coronel
 125
 Moravia, Alberto 37
 Moreno, Nahuel 99
 Moro, César 210, 304
 Moro, Tomás 307
 Morodo, Raúl 164
 Mounier, Emmanuel 86
 Münzenberg, Willy 85, 137
 Murdoch, Rupert 137
 Murra, John 209
 Murry, J. Middleton 211
 Musil, Robert 210
 Mussolini, Benito 51
 Mutis, Álvaro 263, 264
 Myrdal Alva 255
 Myrdal Gunnar 255
 Nabokov, Vladimir 17
 Nadeau, Maurice 37
 Naipaul, V.S. 17, 158
 Nasser, Gamal Abdel 45, 70
 Natush, Alberto 230
 Nehru, Jawaharlal 137, 146, 149
 Neira, Hugo 67, 186
 Neruda, Pablo 35, 68, 159
 Nicolás I 101

- Nin, Andreu 89, 136
 Nixon, Richard 126
 Nizan, Paul 17
 Nozick, Robert 251, 270
 Nureyev, Rudolf 271
- Obrégón, Álvaro 135, 245
 Odría, Manuel A. 73, 78, 90, 140,
 144, 172, 174, 175, 223
 Onetti, Juan Carlos 252
 Oquendo, Abelardo 33, 186
 Orrego Villacorta, Eduardo 174
 Ortega Munilla, José 50
 Ortega y Gasset, José 50, 51, 166
 Ortiz de Zevallos, Augusto 65
 Ortiz Rubio, Pascual 245
 Orwell, George 93, 136, 240
 Ospina, Mariano 140, 264, 274
 Oviedo, José Miguel 33, 153, 154,
 185, 211
 Oz, Amos 256
 Ozawa, Seiji 271
- Pablo, Michel 97
 Padilla, Heberto 30, 33, 34, 35, 36,
 37, 38, 39, 185, 224
 Pahlevi, Reza 42
 Palme, Olof 163
 Pamuk, Orhan 157, 255
 Paniagua, Valentín 29, 173, 292
 Papaionnu, Kostas 155
 Papandreu, Andreas 98
 Pareja Diez-Canseco, Alfredo 66
 Park Chung-hee 302
 Pasolini, Pier-Paolo 37
 Pastrana Arango, Andrés 267, 273,
 274, 275, 276, 277, 278, 279,
 280, 281
 Pastrana Borrero, Misael 180, 265,
 267, 273
 Pastrana, Nohra 275
 Paúl, San Vicente de 24
- Paz Solórzano, Octavio 157
 Paz Zamora, Jaime 171, 230
 Paz, Ireneo 157
 Paz, Marie Jo 153
 Paz, Octavio 37, 42, 56, 57, 69, 86,
 124, 153, 154, 155, 156, 157,
 158, 159, 160, 161, 166, 193,
 252, 255
 Pean, Pierre 164
 Pease, Henry 243
 Pedro II 203
 Peralta, Germán 231
 Peret, Benjamin 158, 161
 Pérez de Cuéllar, Javier 39, 40, 41,
 43, 45, 47, 173, 282, 283, 285,
 286, 287, 288, 289, 290, 291
 Pérez de Cuéllar, Marcela 77
 Pérez Godoy, Ricardo 91
 Pérez Jiménez, Marcos 121, 163
 Pérez, Carlos Andrés 121, 163,
 169, 170, 228
 Perón, Juan Domingo 69, 70, 238
 Petkoff, Teodoro 45
 Picasso, Pablo 50, 55, 57, 110, 156,
 287
 Piérola, Nicolás de 26, 130, 139,
 171, 180
 Pinochet, Augusto 35, 60, 61, 228
 Piñeiro, Manuel 83, 84
 Piñera, Virgilio 34
 Piñerúa, Luis 290
 Pivot, Bernard 253
 Pizarro, Francisco 22, 25, 26, 68
 Pla, Josep 308
 Platón 27
 Plutarco 247
 Pol Pot 32, 239
 Pompeyo 160
 Popper, Karl 219
 Portal, Magda 74
 Porter, Roger 270
 Posadas, Juan 99
 Poulantz, Nicos 84

- Prado Ugarteche, Manuel 73, 90,
109, 175, 176
- Prebisch, Raúl 31, 76, 78, 274
- Prescott, William 104
- Prialé, Ramiro 121, 129, 174, 175,
176
- Prieto, Indalecio 166
- Proust, Marcel 117, 198
- Pushkin, Alexander 36
- Puzo, Mario 297
- Quevedo, Francisco de 160
- Quijano, Aníbal 211
- Radek, Karl 92
- Raimondi, Antonio 26
- Ramos, Jorge Abelardo 69, 70, 72,
98
- Rangel, Carlos 126, 146
- Raptis, Michel, 70, 98
- Ravines, Eudocio 29, 86, 87, 88,
89, 90, 91, 92, 94, 95, 137
- Rawls, John 270
- Read, Herbert 66, 84
- Reagan, Ronald 79, 243
- Reich-Ranicki, Marcel 256
- Reiche, María 26
- Resnais, Alain 37, 258
- Revel, Jean-Francois 125, 126
- Reyes, Alfonso 156, 288
- Reyes, Rafael 281
- Ribeiro, Darcy 70, 71
- Ribeyro, Julio Ramón 27
- Ricardo, Víctor G. 276, 277
- Richter Prada, Pedro 129
- Rimski-Korsakov, Nicolás 104
- Riva-Agüero, José de la 22, 27, 28,
117, 308
- Rivera, José Eustasio 118, 187
- Rocard, Michel 164
- Rocha, Glauber 203, 204
- Rocha, Temístocles 174
- Rockefeller, David 91
- Rockefeller, Nelson 53
- Rockwell, John 103
- Rodchenko, Alexander 105
- Rodríguez Vildósola, Luis 129
- Rodríguez Zapatero, José Luis 285
- Rodriguez, Carlos Rafael 40, 41
- Rogers, Thomas 267
- Rojas Pinilla, Gustavo 140, 265
- Roldós, Jaime 44, 66
- Rolland, Romain 85, 116, 117
- Roosevelt, Franklin 141, 176, 178,
179, 197
- Rosselli, Carlo 86, 159
- Roth, Philip 257
- Rousset, David 190
- Rulfo, Juan 37, 55, 217, 218
- Rushdie, Salman 32, 37
- Rykov, Alexei 92
- Sábato, Ernesto 252
- Sadat, Anwar-el 46
- Sade, Marqués de 198
- Salazar Bondy, Sebastián 55, 56,
116, 211, 212, 304
- Salcedo, José María 86
- Salinas de Gortari, Carlos 269
- Samper Pizano, Ernesto 275, 279
- San Martín, José de 303
- San Román, Máximo 282, 283
- Sánchez Cerro, Luis M. 139
- Sánchez, Luis Alberto 117, 128,
129, 139
- Sand, George 102
- Sandino, Augusto 137
- Sanguinetti, Julio María 228
- Santander, Francisco de Paula 266
- Santos, Eduardo 265
- Sarmiento, Domingo Faustino 204,
301
- Sartre, Jean-Paul 16, 30, 35, 37, 93,
116, 119, 157, 158, 185, 187, 188,
189, 190, 193, 194, 197, 198,
210, 219, 223

- Sauvy, Alfred 123
 Schlesinger, Arthur Jr. 46
 Schumacker, Edward 178
 Schweitzer, Albert 255
 Scorza, Manuel 73
 Sebag Montefiori, Simon 83, 93
 Sebastiao, rey 203
 Sedova, Natalia 85, 97
 Semprún, Jorge 37, 74, 255, 256,
 257, 258, 259
 Sen, Amartya 61, 76, 270
 Séneca 128
 Senghors, Leopoldo Sedar 66
 Seoane, Manuel 78, 139
 Serge, Victor 15, 84, 85, 136, 155
 Serge, Vladimir 86
 Serpa, Horacio 275, 276
 Shakespeare, William 155, 267
 Shao Shi, Liu 83
 Siles Suazo, Hernán 230
 Silone, Ignazio 92, 93
 Simenon, Georges 157
 Simon, Claude 188
 Soares, Mario 165
 Soboul, Albert 205
 Sologuren, Javier 55
 Solyenitzin, Alexander 30, 257
 Somoza, Anastasio 41, 42, 92
 Sontag, Susan 15, 37, 255
 Spender, Stephen 93
 Stalin, Josef 32, 42, 83, 85, 93, 97,
 105, 131, 136, 190
 Stanilavski, Konstantin 131
 Steer Lafont, Carlos 75
 Steffens, Lincoln 136
 Stern, Fritz 271
 Stoppard, Tom 101, 102, 103, 105
 Straus, Roger 256
 Stroessner, Alfredo 41
 Suárez, Adolfo 164, 165
 Suhrkamp, Peter 256
 Sukarno, Ahmed 137
 Sulzc, Tad 46
 Szyszlo, Fernando de 49, 52, 53,
 55, 56, 57, 110, 116, 120, 233
 Tácito 155, 282, 294
 Tamayo, Rufino 153
 Tantaleán, Javier 232
 Tatlin, Vladimir 105
 Tena Ibarra, Juan Ignacio 143
 Thatcher, Margaret 79, 248, 269
 Thorndike, Felipe 233, 234, 248
 Ticona, Gregorio 290
 Tierno Galván, Enrique 164
 Tilly, Charles 205
 Tito, Mariscal 39, 75, 89, 98
 Tocqueville, Alexis de 294, 295, 305
 Toesca, Joaquín 60
 Togliatti, Palmiro 89
 Tolstoi, León 36, 204
 Tomic, Radomiro 59
 Torres Vallejo, Jorge 231, 232
 Torrijos, Omar 44
 Townsend, Andrés 121, 129, 231
 Toynbee, Arnold 27
 Trotsky, León 84, 85, 97, 131, 136
 Truffaut, Francois 245
 Trujillo, Rafael Leonidas 41, 42
 Tucídides 102
 Tukachevsky, Mariscal 92
 Túpac Amaru 203
 Turbay, Gabriel 264
 Ulloa Elías, Alberto 171
 Ulloa Elías, Manuel 168, 171, 282
 Ulloa Sotomayor, Alberto 139
 Ulloa, Antonio de 307
 Unseld, Segfried 256, 257, 258
 Urdaneta Arbeláez, Roberto 265
 Urgoiti, Nicolás de 50
 Uribe Vélez, Álvaro 278, 280
 Valdelomar, Abraham 23, 56, 134
 Valdemar, príncipe 136
 Valdés, Gabriel 171

- Valdez, Angel 23
 Valdivia, Deán 235
 Valencia, Guillermo León 265
 Valjean, Jean 92
 Valle-Inclán, Ramón 50
 Vallejo, César 118, 119, 127, 133, 304
 Valverde, José María 211
 Vanek, Jaroslav 68
 Varela y Orbegoso, Luis 116
 Varela, Blanca 52, 116, 120
 Varese, Luis 65
 Vargas Llosa, Mario 15, 16, 17, 24, 29, 33, 34, 35, 36, 47, 49, 65, 76, 94, 97, 116, 117, 118, 119, 137, 54, 157, 158, 172, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 197, 198, 199, 203, 204, 205, 207, 209, 210, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 227, 233, 234, 235, 237, 238, 239, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 251, 252, 253, 255, 256, 257, 258, 267, 305
 Vargas Llosa, Patricia 33, 116, 256
 Vargas Vila, José María 281
 Vargas, Getulio 60, 142
 Vasconcelos, José 135, 136, 137, 141, 245
 Velasco Alvarado, Juan 31, 60, 65, 67, 68, 70, 71, 72, 75, 76, 77, 78, 79, 91, 97, 100, 125, 139, 146, 167, 185, 186, 205, 228, 235, 248, 282, 286
 Velásquez, Diego 25
 Vespucci, Américo 307
 Vicuña Mackenna, Benjamín 304
 Villanueva del Campo, Armando 121, 129, 171, 231
 Virgilio 307
 Volkening, Ernesto 264
 Volkow, Verónica 85
 Voltaire 25
 Von Ribbentrop, Joachim 93
 Vuskovic, Pedro 228
 Walcott, Dereck 288
 Waldseemuller, Martín 307
 Waldheim, Kurt 285, 286
 Watson, Alexander 229
 Weber, Max 42
 Weizsacker, Richard von 255
 West, Rebeca 109
 Westphalen, Emilio Adolfo 27, 55, 109, 214
 Wilson, Edmund 16
 Winock, Michel 116
 Wolf, Marcus 163
 Womack, John 72
 Yáñez, Juan Antonio 285
 Yáñez, Luis 144, 165
 Yourcenar, Marguerite 112
 Zapata, Emiliano 72, 157
 Zedillo, Ernesto 269
 Zeldin, Theodore 295
 Zhi-Siu, Li 190
 Zhou-en-Lai 137, 191
 Zileri, Enrique 75, 168, 169
 Zinoviev, Grigori 92, 136
 Zweig, Stefan 112

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2011 en los
talleres gráficos de Safekat, S.L.,
calle Laguna del Marquesado, 32,
28021 Madrid.

En colección Tierra Firme

Carlos Fuentes
EL ESPEJO ENTERRADO

Julio Ramón Ribeyro
ANTOLOGÍA PERSONAL

Luis Loayza
EL SOL DE LIMA

Emir Rodríguez Monegal
BORGES. UNA BIOGRAFÍA LITERARIA

Alfonso Reyes/ Octavio Paz
CORRESPONDENCIA

Octavio Paz
ITINERARIO

Serge Gruzinski
LAS CUATRO PARTES DEL MUNDO

Euclides Da Cunha
LOS SERTONES. CAMPAÑA DE CANUDOS

Edmundo O'Gorman
LA INVENCIÓN DE AMÉRICA

Gilberto Freyre
INTERPRETACIÓN DEL BRASIL

Mario Vargas Llosa
LA UTOPIA ARCAICA. ARGUEDAS Y LAS
FICCIONES DEL INDIGENISMO

Luis Cardoza y Aragón
GUATEMALA. LAS LÍNEAS DE SU MANO

Wade Davis
EL RÍO. EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS
EN LA SELVA AMAZÓNICA

“Usted ha encapsulado la historia de la sociedad del siglo XX en una burbuja de imaginación. Esta se ha mantenido flotando en el aire durante cincuenta años y todavía reluce. La Academia Sueca lo felicita.”

Con esas palabras, el Presidente del Comité del Premio Nobel invitó a Mario Vargas Llosa a recibir el galardón literario más universal.

Esta es una biografía política de Mario Vargas Llosa, escrita por alguien que ha conocido íntimamente al novelista por casi cuarenta años.

Pero como su vida y obra están tan estrechamente asociadas con los grandes debates de su tiempo, es también un panorama de cincuenta años de pasiones políticas latinoamericanas.

Por sus páginas desfilan sus grandes personajes, de Haya de la Torre a Fidel Castro, y los temas cruciales que dividieron al continente, vistos desde la perspectiva de un testigo de primera línea; alguien que ha sido, según la definición de Raymond Aron, un “espectador comprometido”.

Un libro capital para entender el Perú contemporáneo y los últimos cincuenta años de América Latina.

ISBN: 978-84-375-0656-2



9 788437 506562